

DAD AU
CIÓN GE

88

A. J. PARSONS

NATALSA GIBSKI

BS445

P3

008288



1080020834



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



125

LA FALSA CIENCIA

ANTE LAS

Divinas Escrituras. †

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA FALSA CIENCIA

ANTE LAS

DIVINAS ESCRITURAS.

Respuestas á las principales objeciones
que más comunmente se hacen contra la veracidad
de los libros Santos

POR EL PBRO. DR. D. ANTONIO DE J. PAREDES

PROFESOR DE SAGRADA ESCRITURA

EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE ESTA ARCHIDIOCESIS.

ANTIGÜO TESTAMENTO.

Con licencia de la Autoridad Eclesiastica.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO Biblioteca Universitaria

IMPRESA DE MARIANO NAVA Y CIA.

Tiburcio Número 18.

1894.

44945

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BS 445
P3



FOTO ESTERIO
VALLEJO Y TELLEZ

*Es propiedad.—Queda
hecho el depósito que mar-
ca la ley.*

MODERNA LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO
SAN JOSE EL REAL NRO. 1,
MEXICO.

*El Illmo. Sr. Arzobispo se ha servido con-
ceder su superior licencia para que se publi-
quen los artículos presentados por Vd. intitu-
lados: LA FALSA CIENCIA ANTE LAS DIVI-
NAS ESCRITURAS.*

*Lo comunico á Vd. para su inteligencia y le
protesto mi aprecio. Dios guarde á Vd. mu-
chos años.*

México, Enero 28 de 1895.

Joaquín Arcadio Pagaza,
secretario.

Sr. Cura Dr. D.

Antonio J. Paredes.

Pte.

008288

**LA FALSA CIENCIA
ANTE LAS DIVINAS ESCRITURAS.**

PROLOGO.

Incansable el error en las batallas que sin cesar libra contra la verdad, no bien ha visto que algunas de las armas con que acostumbraba pelear se han embotado en la lucha, ha cuidado de proveerse de otras nuevas y que por lo mismo son más eficaces según su opinión para obtener el resultado apetecido. Combatió por boca de Arrio, Nestorio, Entiques etc., valiéndose en contra del dogma católico de los diversos sentidos que podían tener algunas palabras de la escritura ó de los símbolos, y cuando quedó vencido por la adhesión inquebrantable de los fieles á la cátedra de Pedro y la claridad de los símbolos de fé, tomó otras armas en la Edad Media, y por medio de las sutilezas de mal encarrilada dialéctica, y abusando de los preceptos y del método peripatético: trataron Abelardo, Porretano y otros muchos, de alterar la pureza de la fé. En el siglo XVI los protestantes hicieron una arma contra la Iglesia Católica de las divinas Es-

crituras, mutilándolas é interpretándolas de una manera torcida, y hoy el error vestido con la librea de racionalismo, naturalismo, positivismo etc., etc., pretende servirse de los descubrimientos de la ciencia, para dar un mentís á la Escritura Santa, que ayer ensalzaba hasta hacerla la única regla de fé, hasta creerla inspirada, aún en sus más insignificantes ápices.

Para hacerse más poderosa ésta arma, ha tratado de ponerla en manos de todos, hablando en todas partes, en los periódicos, novelas, discursos, libros de texto etc. de la oposición, entre los descubrimientos modernos de la ciencia y la Sagrada Biblia. Esto ha hecho que no solo los sábios, sino que aún los que apenas han pisado los umbrales de la ciencia y también los que solo en los lugares mencionados han leído algo sobre la materia, digan con énfasis que cuanto se contiene en este libro divino, es una antigüalla, que no merece crédito, ante la luz refulgente de la ciencia moderna. Muchos incautos creen que al hablar en nombre de la ciencia, los corifeos de la impiedad, tratan de conclusiones obtenidas por legítima inducción, ó por riguroso cálculo, siendo así que solo se apoyan en hipótesis que distan mucho de estar demostradas, en cálculos errados ó en falsas interpretaciones de la Sagrada Escritura: de que resulta: que no pudiendo ó no queriendo examinar á fondo la cuestión, la fé en ellos ó se pierde ó por lo menos se debilita.

Tratamos, pues, de hacer populares las respuestas que la verdadera ciencia ha dado á la ciencia impía y falsa. Al emprender este trabajo, no queremos decir que seamos los primeros en responder á estas objeciones. Nos son familiares los escritos que en defensa de las divinas Escrituras han salido de la pluma de Cornelly, Moigno, Vigouroux, Mir y otros muchos que han merecido bien de la crítica escrituraria, pero creemos que es necesario poner lo que ellos escribieron para los sábios ó para los estudiosos, al alcance de mayor número de personas.

En efecto, algunas de las magníficas obras citadas, están en latín, y por desgracia cada día es más limitado el número de los que conocen y aman la bellísima lengua de la Iglesia; otras escritas en lenguas modernas y traducidas en varios idiomas, no pueden hacerse populares sea por su precio, sea por su volúmen. Voltaire decia á sus secuaces: "despreciad los grandes volúmenes y amad el folleto como el medio más apropiado para propagar vuestras doctrinas. El gran folio no es ya leído sino por uno que otro sábio misántropo. El cuarto mayor solo es consultado por los hombres de estudio, el octavo ocupa ya un lugar más preferente en la biblioteca; pero el 12.º el 16.º y el 32.º se halla en las manos de todos; se guarda en los bolsillos, se devora su contenido y pasa de mano en mano."

Esta táctica dió óptimos resultados para

el mal, y es necesario que ahora los dé para el bien. La experiencia demuestra que muchas personas sea por ligereza, sea como lo es más generalmente por demasiada ocupación, no leen ni la primera página de un libro voluminoso ó abandonan su lectura apenas comenzada, miéntras que leen con gusto el artículo del periódico, y concluyen y aún repiten la lectura de un librito en 12^o y de unas 300 páginas. Movidos por estas consideraciones tratamos de popularizar la verdad tanto ó más si es posible de lo que se ha popularizado el error.

Otra razón nos ha movido á emprender este trabajo y es el incremento que cada día toma en el mundo católico el apostolado seglar. Sí, hoy que cada impío es un apóstol del mal, es necesario que cada católico sin distinción de estado ni de condición sea un apóstol de Jesucristo, un soldado de la cruz. Para lograr ésto, es necesario ponerles en las manos las armas con que han de pelear, armas que no siempre pueden proporcionarse por sí mismos, dedicados como están muchos de ellos á la terrible lucha por la vida. La experiencia también nos ha enseñado que este medio de popularizar entre los cruzados de la verdad, las respuestas que deben darse á los secuaces del error, ha sido fecunda en buenos resultados.

Quiera el Señor bendecir un trabajo inspirado por El y dirigido á su mayor honra y gloria.



CAPITULO PRIMERO.

La Creación del Universo.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. El primer día hizo la luz. En el segundo dividió las aguas inferiores de las superiores, creando así el firmamento al que llamó cielo. En el tercer día reunió las aguas que envolvían á toda la tierra en la cavidad de los mares y apareció la tierra cubierta de plantas con sus flores y frutos. En el cuarto creó el sol, la luna, y las estrellas. En el quinto mandó á la tierra que produjese los reptiles acuáticos y las aves. En el sexto fueron creados los reptiles terrestres y los cuadrúpedos y finalmente el hombre.

Tal es el extracto de la narración de Moisés acerca de la creación del mundo. Narración sublime y que se recomienda por su misma sencillez, sobre todo si la comparamos con las absurdas cosmogonías de Zoroastro,

el mal, y es necesario que ahora los dé para el bien. La experiencia demuestra que muchas personas sea por ligereza, sea como lo es más generalmente por demasiada ocupación, no leen ni la primera página de un libro voluminoso ó abandonan su lectura apenas comenzada, miéntras que leen con gusto el artículo del periódico, y concluyen y aún repiten la lectura de un librito en 12^o y de unas 300 páginas. Movidos por estas consideraciones tratamos de popularizar la verdad tanto ó más si es posible de lo que se ha popularizado el error.

Otra razón nos ha movido á emprender este trabajo y es el incremento que cada día toma en el mundo católico el apostolado seglar. Sí, hoy que cada impío es un apóstol del mal, es necesario que cada católico sin distinción de estado ni de condición sea un apóstol de Jesucristo, un soldado de la cruz. Para lograr ésto, es necesario ponerles en las manos las armas con que han de pelear, armas que no siempre pueden proporcionarse por sí mismos, dedicados como están muchos de ellos á la terrible lucha por la vida. La experiencia también nos ha enseñado que este medio de popularizar entre los cruzados de la verdad, las respuestas que deben darse á los secuaces del error, ha sido fecunda en buenos resultados.

Quiera el Señor bendecir un trabajo inspirado por El y dirigido á su mayor honra y gloria.



CAPITULO PRIMERO.

La Creación del Universo.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. El primer día hizo la luz. En el segundo dividió las aguas inferiores de las superiores, creando así el firmamento al que llamó cielo. En el tercer día reunió las aguas que envolvían á toda la tierra en la cavidad de los mares y apareció la tierra cubierta de plantas con sus flores y frutos. En el cuarto creó el sol, la luna, y las estrellas. En el quinto mandó á la tierra que produjese los reptiles acuáticos y las aves. En el sexto fueron creados los reptiles terrestres y los cuadrúpedos y finalmente el hombre.

Tal es el extracto de la narración de Moisés acerca de la creación del mundo. Narración sublime y que se recomienda por su misma sencillez, sobre todo si la comparamos con las absurdas cosmogonías de Zoroastro,

Buda, Ciu gu Kin etc. Sin embargo, la impiedad ha ido en busca de dos ciencias que aún están en la cuna: la geología y la paleontología y buscado en las leyes de otras ciencias más conocidas, motivo para dar un mentís á la Sagrada Escritura.

1.º La geología y la Paleontología demuestran que el mundo tuvo que pasar por evoluciones ó cambios que duraron muchos siglos, ántes de que el hombre apareciese en su superficie; luego es falso que el mundo haya sido hecho en seis días.

2.º El orden de la creación y no pocas apreciaciones que hay en la narración de Moisés, están en abierta oposición con las conclusiones de la ciencia.

Vamos á examinar ambas dificultades.

§ I.

LOS SEIS DIAS DE LA CREACION.

Para que no se crea que solo presentamos la parte más flaca de las dificultades emanadas de la ciencia contra la revelación, vamos á proponer la dificultad geológica y paleontológica en toda su fuerza. "Los que han registrado el interior de la tierra, dicen nuestros adversarios, después de constante observación han llegado á concluir que el globo que habitamos no está formado de una substancia homogénea sino de varias capas que se han

ido formando unas sobre otras de un modo sumamente lento, de manera que para llegar al estado actual, que es el que describe Moisés han debido pasar millares de millares de años. Los geólogos distinguen cuatro clases de terrenos, que se denominan según el orden y anterioridad de su formación, *primarios, secundarios, terciarios y cuaternarios*. Durante la formación de estos terrenos han existido plantas y animales propios de cada uno de ellos, que al sobrevenir la nueva formación se han extinguido, y cuyos restos hallados hoy en el interior de la tierra se llaman *fósiles*. Ahora, bien, esta sucesiva formación de los terrenos y esta sucesión de diversas floras y faunas piden no seis días sino muchos siglos para su formación.

Desafiamos á los geólogos á que nos nieguen que la dificultad por más que esté expresada con la mayor consición posible, ha perdido algo de su fuerza.

La respuesta á ella es bastante sencilla: para que de las observaciones geológicas y paleontológicas pueda deducirse la falsedad de la narración de Moisés, se necesitaría: 1.º que dichas observaciones de la Geología estuviesen demostradas científicamente. 2.º que estuviese bien determinada la duración de los días mosaicos. Ahora bien ni las observaciones de la geología, en lo que mira al tiempo en que duró la formación de cada terreno, pasan de meras hipótesis, ni la duración de los días de la creación está bien

determinada en la Escritura, como me propongo demostrarlo.

1.º *Incertidumbre de las observaciones geológicas.* Nadie podrá negarnos que la geología acaba de nacer y que por consiguiente distan mucho sus últimas conclusiones de llegar á tener esa sertidumbre que tienen las de las otras ciencias físicas. De aquí resulta, como observa sagazmente el Ab. Moigno, que apenas un geólogo se jacta de haber hecho pasar una de sus hipótesis á la calidad de tésis, cuando otro sabio viene á contradecirle con experimentos que muchas veces enervan los primeros ó conducen á una conclusión enteramente contraria. Puede verse en dicho autor la lista de las principales contradicciones entre los más insignes geólogos de Europa.

Más para que no se crea que despreciamos una ciencia que por más que aún esté en la cuna, está llamada á prestar grande luz al humano entendimiento, distingamos entre los principios ciertos, demostrados por una inducción bastante lógica y confirmados por suficiente número de observaciones, de las conclusiones mal deducidas y débilmente ó de ninguna manera apoyadas en la observación. A la primera clase pertenecen ciertamente, la distinción de los terrenos en primarios, secundarios etc., y su relativa antigüedad, por eso nadie que no sea enteramente profano á la ciencia se atrevería á negar que la costra exterior y accesible de la

tierra está compuesta de diversas y sucesivas capas, y que éstas reconocen por origen sea las erupciones volcánicas, sea las deposiciones ó sedimentos fluviales etc. Tampoco podemos negar las distintas floras y faunas de cada uno de los terrenos, ni el orden progresivo en que se hallan. Pero cuando se trata de decidir en que época comenzó la formación de tal ó cual terreno y cuánto tiempo pasó para perfeccionarse, la geología no nos presenta otra cosa que hipótesis muchas veces fundadas solo en conjeturas. No decimos esto sin pruebas. Vamos á presentar las principales.

Sea la primera, la confesión de los mismos geólogos. Carlos Lyell, reputado como el primero entre los ingleses, así se expresa en su obra: *The Geological Evidences of the Antiquity of man*, etc. pág. 394: "En el estado actual de la ciencia todas estas conclusiones no pueden ser consideradas sino como ensayos que necesitan ser apoyados en mayor número de observaciones." Lubbock en la obra: *L'homme avant l'histoire*, París 1897, pág. 328 dice: Nuestros conocimientos geológicos son muy incompletos aún y en muchas cuestiones es necesario á cada paso cambiar de opinión." Antonio Stopani célebre geólogo italiano se expresa así. "Hablando del aumento de las turberas proporcionalmente al tiempo, no puede establecerse, como se ha hecho hasta aquí; una simple ecuación, sino que será necesario inten-

tar una difícilísima progresión, poniendo por base que el desarrollo de las turberas está en razón inversa de la civilización." (Note ad un corso di Geología 1867 Milán p. 148) Así pudiéramos citar otros muchos testimonios.

La oposición entre sí de los más eminentes geólogos nos suministra otra prueba de lo que vamos diciendo. Según Bischof la formación de la tierra fosilífera exigió..... 1.004,017 años; según Chevandier 671,788, y según Volger, fueron necesarios á esta formación nada menos que 648.000,000 de años. Según el cómputo de Scott Morre la época terciaria inferior duró un millón de años, la superior 825.000, el período pliocénico 675,000 el pospliocénico 350.000, el glacial 280.000 y el moderno 80.000. ¿Quién no vé que en esta parte los geólogos, más que cálculos científicos están exponiendo los juegos de su imaginación?

Un ejemplo muy reciente nos han dado ilustres geólogos de su poca conformidad en asignar la edad de los terrenos, al señalar la del delta del Mississipi. Lyell habiéndose prefijado una ley de aumento de los sedimentos del río, asignó al delta 100.000 años de existencia y dijo que un esqueleto humano encontrado en una de sus capas inferiores tenía 75.000 de estar depositado en ese lugar. Otro sabio, el profesor Tommasy solo asignó al delta 12.000 años, pero los geólogos Americanos no contentos con los

eálculos anteriores dijeron que el tantas veces citado delta, apenas llegaba á 4,400 años.

Otra cosa semejante acaeció al calcular la edad del delta del Nilo. Sirvió de base á los cálculos, el pedestal de la estatua de Ramsés II que se hallaba nueve piés y cuatro pulgadas cubierto con la arena del río. Estableciendo una ley, que ellos creyeron bien fundada, de que los sedimentos del Nilo debieron cubrir dicho pedestal en la altura de tres pulgadas en cada siglo, concluyeron que la estatua había sido colocada allí hace 12.000 años. No faltó quien contradijera ésta aserción, pues Figuiet le asignó 16.250 años y Bunsen 20.000 pero un descubrimiento reciente ha venido á poner en ridículo los cálculos de todos estos sabios. En efecto, Osborn, ha encontrado un pergamino que data del siglo XIII escrito por un árabe Abdallatif, que describe dicha estatua tal como existía en su época y según las medidas que dá del pedestal, se sigue necesariamente que en su época apenas empezaba á cubrirse de arena.

No debemos admirarnos de estos errores tan frecuentes en los trabajos de los geólogos, pues existen muchas causas que hacen erróneas sus elucubraciones. Es la primera la dificultad de las observaciones. Debiendo esta ciencia fundarse más que en ninguna otra cosa en la experiencia, no es posible aún obtener suficiente número de observaciones para fundar una legítima inducción.

Estas observaciones deben hacerse en el interior de la tierra y las escavaciones que es preciso hacer son demasiado dispendiosas para que puedan repetirse lo necesario para obtener suficientemente número de datos á fin de no errar en el cálculo.

Además, los geólogos parten de un supuesto absolutamente falso, y es que las causas naturales han obrado siempre con la misma intensidad. Así por ejemplo, tratándose de la ley de los sedimentos, son muy dudosos los cálculos basados en los que ahora dejan los ríos, ¿porque quién nos asegura que en épocas anteriores los ríos no trajeron mayor caudal de agua, ó su corriente no fué más impetuosa de lo que es hoy y trajeran mucha mayor cantidad de arena y así los sedimentos no fueron mayores que los que ahora producen? Sabido es, que mientras una región es más boscosa son en ella más abundantes las lluvias; luego las formaciones debidas á éstas debieron formarse con más rapidez en los tiempos en que el mundo todo era un inmenso bosque que no había desbrozado la mano del hombre.

Finalmente los geólogos no tienen en cuenta, ni pueden tenerlo, las causas violentas y perturbadoras del orden natural, como las erupciones volcánicas, la elevación y depresión de los terrenos, etc. que modifican notablemente el modo ordinario de obrar de las causas naturales.

Así pues, salvo el respeto debido á la

ciencia geológica en sí misma, cuanto á sus ilustres cultivadores, decimos que la geología no ha dicho aún su última palabra tocante á lo que duró la formación de las diversas capas del globo terrestre; que las que muchos llaman conclusiones y aún axiomas geológicos, no pasan de ser meras conjeturas y por consiguiente en vano se toma el nombre de esta ciencia para dar un mentís á la narración de los seis días de la creación

2.º *Indeterminación de la palabra DIA en la narración de Moisés.*

Suponiendo sin embargo, que la geología haya probado ó llegue á probar que la formación de la tierra ántes de que apareciera el hombre fué de millones de años, para que de aquí pudiera argüirse de falsedad la narración de Moisés, sería necesario que el sentido de la palabra *dia* estuviese bien determinado, es decir, que evidentemente significase el espacio de veinticuatro horas.

Pues bien, el contexto, los lugares paralelos, la interpretación de los padres de la Iglesia, todo nos dice que en este lugar, *dia*, es un espacio de tiempo indeterminado.

Desde luego la palabra *dia* tanto en hebreo como en griego y aún en latín, con frecuencia se toma por un espacio indeterminado de tiempo. Así por ejemplo, á todo el período de la cautividad de Babilonia se le llama en Isaías c. 34. v. 8. y en Jeremías c. 46. v. 10 *el dia de la vengansa del Señor*. y esto no es de extrañarse, porque la pobrísima lengua

hebréa no tenía dos voces distintas con que señalar una época y un espacio de veinticuatro horas, sino que la misma palabra [yom] se empleaba en las dos significaciones debiendo el contexto y la materia de que se trataba indicar en qué sentido debería tomarse.

Aun en otra lengua, relativamente reciente y abundantísima en vocablos, en el latín, la palabra *dies* es tomada algunas veces en un sentido lato, para expresar un espacio de tiempo mayor que veinticuatro horas. Sirva de ejemplo el siguiente pasaje de Cicerón. "Itaque cum ego *diem* in Siciliam inquirendi *perexiguam* postulavissem, invenit iste qui sibi in Achaïam *bi duo breviorum diem* postularet. (Lib. II. in Verrem.)

Si pues al texto hebreo no repugna esta ampliación de significado de la palabra *día*, veámos si el contexto nos obliga á admitirla. Durante las tres primeras épocas de la creación, que se llaman días lo mismo que los posteriores, no pudo haber un día perfecto compuesto de mañana y tarde, que es el efecto de la sucesiva iluminación de los diversos puntos de la tierra por el sol, mientras este astro no fué criado ó por lo menos mientras no llegó á tal período de su formación que pudiera iluminar nuestro globo, lo que no sucedió hasta el cuarto día como veremos después. Además, el descanso del Señor tuvo lugar el séptimo día y este día dura aún, como dice Sn. Agustín, y los mismos

naturalistas admiten, cuando tienen como un axioma, que nada nuevo se cría ya en la naturaleza.

Esta misma interpretación es aconsejada por el paralelismo. En efecto cuando Moisés en el siguiente capítulo del Génesis hace un extracto de la narración de la creación del mundo, dice: "Estos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron criados *en el día* en que hizo el Señor el cielo y la tierra y toda planta del campo etc." Aquí los seis días de que había hablado Moisés en el capítulo anterior son llamados un día: luego ésta palabra tiene el significado de época en las divinas escrituras.

En fin, mucho antes de que hubiera geólogos en el mundo y que se hubiera suscitado esta dificultad contra la veracidad de los libros santos, ya esta interpretación de los *días-épocas* era bastante común entre los padres de la Iglesia. S. Hilario de Poitiers, por ejemplo, en su comentario sobre el salmo LV dice: "Sabemos que con mucha frecuencia la palabra día significa época [ætatem,] de modo que cuando se habla de un día entero parece significarse todo el tiempo de la vida de un hombre." Esta es también la opinión de Lactancio, y varios Padres de la escuela Alexandrina, y en lo tocante á tomar la palabra *día* en sentido metafórico es también la de Sn. Agustín en varios lugares de sus obras. Los testimonios de los padres pueden verse en el erudito opúsculo del P. Vigou-

roux titulado: "La cosmogonía y los Padres de la Iglesia."

Pero aunque los datos de la geología fueran asaz precisos para obligarnos á conceder que el período de formación de la tierra debió durar millares de siglos, y aun cuando los días del Génesis fueran solo de veinticuatro horas, todavía podría quedar á salvo la veracidad de la narración de Moises, porque entre la primera creación de la materia comprendida en el primer versículo del Génesis: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra*, y el primer día en que crió la luz, hay un espacio indeterminado de tiempo, descrito en estas palabras: *La tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo* etc. y durante esta época pudieron verificarse las evoluciones geológicas.

§ II.

VERACIDAD DEL RELATO DE LA CREACION.

Resueltas las principales dificultades que se oponen á la Creación en seis días, pasamos ahora á vindicar la veracidad de la narración Mosáica en lo relativo al orden en que fueron hechas todas las cosas, y á la verdad científica de sus apreciaciones. Pero ante todo debemos advertir que Moisés no quiso hacer un tratado de cosmografía, ni un curso de Historia Natural, sino excitar la gratitud de los hombres hacia Aquel que los sa-

có de la nada y por consiguiente no debemos admirarnos si en muchas cosas para ponerse al alcance de las personas para quienes escribía, habló no como hablan los sábios en la escuela sino como hablan los hombres todos aún los mismos sabios en el lenguaje ordinario y familiar. Entremos pues, á resolver las dificultades.

1.ª Dificultad:—*Moisés asienta que la tierra es el centro de todo el universo, que es el principal de todos los planetas; que el sol, la luna y las estrellas fueron hechas expresamente para ella*, siendo así que la ciencia nos enseña que el sol es el centro del sistema planetario, que la tierra es más pequeña que el sol, que este lo es relativamente á las estrellas fijas y que muchas de estas que ocupan un lugar tan inferior en la narración de Moisés son otros tantos soles que tienen en pos de sí sistemas planetarios enteros, y que desde ellas la tierra será tal vez invisible por su pequeñez.

Esta dificultad no puede proceder sino de la ligereza de juicio ó de la mala fé de nuestros adversarios. Supongamos en efecto, un historiador de la nación, del pueblo más insignificante de la tierra. El hablará de los pueblos más poderosos que el suyo, como de cosas secundarias y los más grandes acontecimientos de las otras naciones no tendrán para él, otro interes que el del influjo que pudieron ejercer en la marcha política del pueblo cuya historia narra. Esto

mismo sucede con Moisés, escribió en la tierra y para los habitantes de la tierra y por eso en su narración los demás astros son por decirlo así cosas secundarias, y no habla de ellos sino en cuanto se refieren á la tierra. Por eso llama á la luna luminar menor respecto del sol, pero mayor con relación á las estrellas, porque para el hombre que mira la luna con sus propios ojos, aunque no para el sábio que calcula, este planeta aparece más grande y dá más intensa luz que las estrellas.

2. ^o Dificultad.—*La luz natural que hay en la tierra procede del sol y sin embargo, Moisés supone que la luz fué criada ántes que el Sol.*

De dos modos suelen responder á esta dificultad los apologistas de la Escritura:

Primero, creen que el Sol, la Luna y las Estrellas fueron criadas antes del primer día Mosáico, y que su creación está comprendida en el primer versículo del Génesis: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra.* Así parecen exigirlo las leyes de la gravitación de las que depende el lugar que la tierra ocupa en el espacio, su órbita y revoluciones. Estos astros sin embargo, aunque emitieran ya su luz, no podían ser vistos desde la tierra por la densa neblina que durante todo ese período la envolvía, por lo que en el cuarto día el Sol, la Luna y las Estrellas propiamente no fueron criados sino manifestados á la tierra, de modo que

desde ese día y no ántes pudieron llamarse *sus luminares*. Esta exposición se compadece perfectamente bien, con el texto ó sentido literal de las palabras de Moisés.

3. ^o No faltan sin embargo algunos sabios de primera nota que tengan al Sol, como un astro más moderno que la tierra. "Desde hoy, dice el Ab. Moigno, es cuando empieza á decirse que la tierra es más antigua que el Sol; que el Sol es para nosotros una imágen de lo que fué la tierra ántes de los tiempos geológicos; así como el satélite de la tierra la Luna, es la imágen de lo que ella será algún día. Apenas si el espectróscopio ha tenido tiempo de mostrarnos en el Sol la presencia del vapor de agua, testimonio cierto de su paso de la juventud á la edad madura."

Pero responderán los adversarios, concedamos que el Sol fué criado después de la tierra, aún queda en pié la dificultad acerca de la existencia de la luz sin el Sol ó sea la causa que la produce.

Respondemos con Pfaff (1) Si se busca en las obras de los físicos la respuesta á esta pregunta: ¿Qué cosa es la luz? ó no se encuentra ó no leeremos sino esta confesión: No sabemos lo que es la luz; podemos solamente estudiar sus propiedades y estas nos llevan á tener por verosímil que es un fluido sumamente sutil esparcido en

[1] Schöpfungsgeschichte p. 745-746

el espacio, llamado éther, puesto en movimiento por los cuerpos que llamamos luminosos. Son los movimientos ondulatorios de este éter los que producen en nosotros la luz. ¿Cómo sucede esto? No lo sabemos la verdadera naturaleza, la esencia de la luz, nos es totalmente desconocida.

“Si consideramos en qué circunstancias los cuerpos terrestres desarrollan la luz, descubriremos que esto sucede por lo regular de la manera siguiente: 1.º Una grande elevación de temperatura hace luminosos á los cuerpos que no lo son; los metales incandescentes, los objetos incombustibles colocados entre los polos de una batería eléctrica emiten una luz muy viva, sin que por eso se advierta cambio alguno en sus propiedades; 2.º la combinación química, intensa y rápida de dos cuerpos en la combustión por ejemplo, está igualmente acompañada de mayor ó menor desprendimiento de luz, 3.º el desprendimiento de la electricidad, produce también una luz deslumbradora, como la del relámpago. Tales son los fenómenos más conocidos y más ordinarios que se asocian á la manifestación de la luz sobre la tierra; pero en ninguno de estos casos podemos definir la esencia de la luz, solo sabemos que esto sucede así y no nos hallamos en estado de explicarnos el porqué.”

“En cuanto á los diferentes cuerpos celestes que nos parecen luminosos por sí mis-

mos, estudiándolos en el espectroscopio, vemos que es necesario considerarlos como gases incandescentes ó como cuerpos en fusión. Si observamos ahora que las nebulosas y los cometas despiden luz, debemos concluir, que las masas gazeosas aun en el estado de la más grande rarefacción son ya luminosas. Ahora bien, las ciencias naturales no pueden determinar hácia que época de la formación del Universo comenzó la emisión de la luz; pero sí afirman con certeza que la luz pudo manifestarse mucho tiempo ántes de la separación de la materia y la formación de los cuerpos particulares. Por consiguiente no puede haber contradicción entre los datos del Génesis y los de las ciencias físicas respecto al origen de la luz.”

Así, pues, la ciencia dice que el ether cuyo movimiento produce la luz, existió desde ántes que se formaran los cuerpos celestes, que no es imposible que desde entonces el movimiento ondulatorio de este ether produzca la luz. Ahora bien, Moisés añade que este ether, que según la ciencia pudo producir la luz, ántes de la formación del sol, de hecho la produjo. ¿Dónde está la contradicción?

3.ª Dificultad.—En el segundo día de la creación dividió el Señor las aguas inferiores ó sea las que están en la superficie de la tierra, de las superiores ó sea de las que están sobre ella y crió el firmamento al que llamó cielo. En esta narración parece que

se explica la formación de las nubes por grandes depósitos de agua colocados por Dios en el firmamento, que según Moisés es una esfera sólida como lo indica su mismo nombre, cuyo centro ocupa la tierra.

Nada más falso que esta interpretación. La división de las aguas superiores de las inferiores, no significa otra cosa que la formación de la atmósfera que rodea toda la tierra y que realmente con su peso y su fuerza expansiva contiene y aprisiona las aguas de la tierra ó inferiores en sus respectivos lugares y sustenta durante algún tiempo las aguas superiores ó sean los vapores acuosos de que se forman las nubes que al condensarse caen en lluvia sobre la tierra. Esto, que aun hoy es ininteligible para muchos, lo hubiera sido para todos los israelitas si Moisés hubiera hablado como sabio y les hubiera dicho que en el segundo día de la creación se formó la atmósfera.

Además ignoramos la verdadera significación de la palabra hebrea *Rakiah* que S. Gerónimo tradujo *firmamento*. Es verdad que los antiguos creyeron que el cielo era un cuerpo sólido y cristalino y por eso dieron el nombre de firmamento á los espacios intersidiales; pero de allí no se sigue que cuantos llamen firmamento al cielo, crean que este es un cuerpo sólido. Hoy á pesar de nuestros conocimientos cosmográficos así lo llamamos, y por eso de que S. Gerónimo haya traducido la palabra *Rakiah* por firma-

mento no se sigue que él, y mucho menos Moisés lo tuvieran por un cuerpo sólido.

4.ª Dificultad.—Moisés asegura que el Sol no fué criado sino hasta el cuarto día, y sin embargo ya en el tercer día la tierra estaba cubierta de yerba verde. Ahora bien ¿quién ignora que es necesario el sol para la germinación y crecimiento de las plantas y sobre todo para la producción de la *clorófila* que les dá el color verde?

Respuesta.—Ignoramos absolutamente las condiciones de la vida vegetal en esa época que los geólogos llaman paleozóica (primera vida) por haber aparecido en ella los primeros vivientes. De hecho hay una grande diferencia entre los vegetales fósiles de aquella época y los vegetales de hoy. Quizás les favorecía muy especialmente la condición de la atmósfera muy saturada de ácido carbónico, como lo aseguran algunos sabios, [1] y nos lo insinúa la ausencia de los animales de más perfecto organismo, que no podían entonces hallar en la tierra aire respirable. Por todo esto, nos es lícito decir que no es imposible, ni aun improbable la existencia del reino vegetal paleozóico, antes de la del sol.

Además la ciencia moderna ha pagado su tributo á la veracidad de los libros santos al consignar que los fenómenos esenciales de

(1) Ampere Brogniart y otros en la "Compte rendu á l'academie des Sciences" 1842.

la vegetación, como la descomposición del ácido carbónico, la asimilación del carbono, el desprendimiento del oxígeno y la formación de la clorófila, no requieren luz solar alguna, sino que se producen bajo la influencia de todas las luces, naturales ó artificiales.

Pero si no nos quedara otro recurso y nos viéramos obligados á conceder que la luz solar es indispensable para dar color verde á las plantas, podríamos responder que la palabra hebrea *eseb* solo significa yerba tierna, con lo que no tendría razón de ser la dificultad.

CAPITULO SEGUNDO.

La creación del hombre.

Dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza: y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil, que se mueve en la tierra.

Y crió Dios al hombre á su imágen: á imágen de Dios lo crió: macho y hembra los crió.

Y bendijolos Dios, y dijo: Creced y multiplicáos. y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces del mar y sobre las bestias de la tierra.

Y en la misma narración compendiada en el capítulo segundo del Génesis leemos: "Formó pues el Señor Dios al hombre del barro de la tierra, é inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en anima viviente.

A esta narración en que se define claramente la inmediata creación del primer hom-

la vegetación, como la descomposición del ácido carbónico, la asimilación del carbono, el desprendimiento del oxígeno y la formación de la clorófila, no requieren luz solar alguna, sino que se producen bajo la influencia de todas las luces, naturales ó artificiales.

Pero si no nos quedara otro recurso y nos viéramos obligados á conceder que la luz solar es indispensable para dar color verde á las plantas, podríamos responder que la palabra hebrea *eseb* solo significa yerba tierna, con lo que no tendría razón de ser la dificultad.

CAPITULO SEGUNDO.

La creación del hombre.

Dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza: y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil, que se mueve en la tierra.

Y crió Dios al hombre á su imágen: á imágen de Dios lo crió: macho y hembra los crió.

Y bendijolos Dios, y dijo: Creced y multiplicáos. y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces del mar y sobre las bestias de la tierra.

Y en la misma narración compendiada en el capítulo segundo del Génesis leemos: "Formó pues el Señor Dios al hombre del barro de la tierra, é inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en anima viviente.

A esta narración en que se define claramente la inmediata creación del primer hom-

bre por Dios, opone la falsa ciencia dos sistemas: el de la *generación espontanea*, y el de la *transformación de las especies*. Vamos á exponerlos y á refutarlos.

I. LA GENERACION ESPONTANEA.

Quien dice generación espontanea, dice ser que nace de sí mismo, sin padre ni madre, sin progenitores ni germen preexistente. Hay en efecto algunos sabios que pretenden que dada cierta materia en la cual no se encuentran gérmenes ocultos escondidos invisibles, puede desenvolverse en ella, mediante el desarrollo de las energías inherentes á la naturaleza, una serie de seres vivos. Despues de sentado este que llaman principio, concluyen de allí que si han podido nacer de este modo algunos animálculos, sin germen preexistente, sin semillas previas, nada hay que se oponga á que el hombre haya nacido de una manera igual. Cierta día, en la pendiente de un ribazo, maravillosamente expuesto á los rayos del sol, bajo un rayo más poderoso de luz y de calor, desarrollándose las fuerzas generatrices de la naturaleza, brotará un hombre. Este hombre habrá nacido en edad madura, poseyendo su estatura, su fuerza, su inteligencia, sus facultades todas. Porque suponed que hubiese nacido niño, como todos nacemos, ciego, sordo, necesitando brazos que le sostengan, pecho que le alimente, aun cuando hubiesen nacido

mil á la vez, con la misma edad, con debilidad igual, ¿no habrían muerto de hambre, ó de frío, ó comidos por las bestias? Habrá pues nacido en edad viril, sin padre, sin madre, bajo la influencia de un rayo de sol sobre la tierra; y como quiera que la naturaleza conociese que ella no tardaría en enfriarse, que no podría durante largo tiempo seguir desempeñando aquel glorioso oficio, al propio tiempo que producía espontaneamente un hombre, engendrabá tambien espontaneamente una mujer; los destinaba mutuamente, desde el punto de vista físico, intelectual y moral; les infundía mutua inclinación, para que su amor la permitiese suprimir la obra harto afortunada de la generación espontanea. Y efectivamente desde el día en que un hombre y una mujer se han visto y amado la generación espontanea se acabó.

Tal es el sistema: Desde luego preguntamos si no es el furor de prescindir de Dios lo que lleva á la llamada ciencia moderna á caer en semejantes delirios. Porque en fin si la creación del hombre hecha por Dios es un misterio, ¿quién no vé que la creación del hombre por la materia es un misterio todavía mayor? Y sobre todo: ¿quién no vé que esa pretendida explicación nada explica; que siempre queda en pie la cuestión de saber quien depositó en la materia esas energías creadoras; y que todo el resultado de ese sistema consiste en la creación hecha por

Dios. en segundo término en lugar de admitirla inmediata?

Si, en lugar de admitir que Dios crió la tierra, y que despues sobre esta tierra, crió al hombre, decís que la tierra fue creada por El, y que la hizo capaz de engendrar al hombre, habeis dejado la misma dificultad, con una belleza menos y una degradación más. Con razón, decía Humboldt: Lo que me disgusta en Strauss, es su frivolidad por no decir otra cosa, en historia natural. Así, hace él nacer sin dificultad los seres organizados de la materia inorgánica, y hasta el hombre mismo á quien hace brotar del lodo de la Caldea. (1)

Además, este sistema de la generación espontanea no puede sostenerse. Despues de haber brillado un instante á manera de fuego fatuo, acojido con avidez por los semi-sabios, se desvaneció ante los más solemnes experimentos. Se ha demostrado que la naturaleza no posee virtud alguna creadora, y que en donde quiera que se han podido sustraer los gérmenes que se hallan en el aire, en el agua, y en cualquiera otra sustancia, y destruirlos, la naturaleza se ha mostrado absolutamente estéril. Tal es lo que ha dejado establecido Pasteur, (Heterogenia ó Tratado de la generación espontanea en vista de nuevos experimentos; *Flourens* (Ontología Natural p. 84) *Louget* (Tratado comple-

[1] Carta á Varnhagen.

to de Fisiología p. 206) *Claudio Bernard* (Noticia de los progresos de la fisiología) y *Quatrefages* que en la *Revista de Ambos Mundos* 1861 p. 157 resume el estado en que se halla la ciencia contemporanea, con estas palabras: "Consideramos como definitivamente condenada la doctrina de las generaciones espontaneas"

Por consiguiente, es la ciencia, la verdadera ciencia la que rechaza el absurdo sistema de la generación espontanea; pero aún cuando este sistema tuviera algún fundamento, á menos de afirmar que la materia se dió á sí misma tales energías creadoras, no se podría aducir un solo argumento contra la creación del hombre hecha por Dios.

II. LA TRANSFORMACION DE LAS ESPECIES.

La hipótesis de la generación espontanea se disipaba como un sueño, cuando un sabio inglés, M. Darwin, vino á renovar la lucha presentando otra hipótesis, menos elemental que aquella pero completa, más amplia, y tambien más brillante, á lo menos al principio; porque despues, acabó por sumergirse en las últimas degradaciones del más abyecto materialismo. Tomó este sistema el nombre de su autor y se llamó: *Darwinismo*.

Según Darwin, no hubo al principio, mas que un corto número de tipos primitivos [se acabó por decir que uno solo], provistos enteramente de vigorosas energías creadoras; las cuales tendían á desarrollarse, sobre todo á progresar, á pasar de un estado

á otro superior. Por lo pronto, simple mineral, aspirando á más amplia vida, aproximándose al vegetal, imitándole, tomando sus formas, y despues de miles de millones de siglos, logrando franquear el paso y convertirse en vegetal. Simple vegetal aspira á la animalidad, ansia el movimiento, el instinto, y, tambien despues de cierto tiempo, ha logrado franquear el intervalo, y llega á ser animal. Simple animal, aspira á ser hombre, va acercándose mediante la lenta labor de los años, adquiere en ocasiones manos como él, pies que descansan de lleno sobre el suelo, recto el espinazo y un rostro que mira al cielo; aspira, además, á llegar á la misma inteligencia, habiendo llegado allí poco á poco, convertido por de pronto en mono, y luego de mono en hombre.

¿Como se verificó este tránsito? Hé aquí como lo explica Darwin: entre esas especies tan ínfimas, como esos individuos aspiran á la vida, y á una vida más elevada, se suscita necesariamente la lucha desde el comienzo. En esta lucha han debido desaparecer los peor organizados y solo han sobrevivido los de mejor conformación. En ellos la naturaleza, luchando con tan tremendas dificultades para resistir, hizo desesperados esfuerzos para conservar allí la vida. Modificó los órganos en relación con los medios, los aguzó, los perfeccionó según las necesidades. Y despues de miles de millones de años, despues de infinitas pruebas, abandonando lo

que era inútil ó perjudicial, cuidando de todo con maravillosa sagacidad y fijando lo perfeccionado, subiendo desde allí á un progreso mayor, acabó por llegar á los grandísimos resultados que hoy vemos.

Tal es el sistema, que hizo cantar ¡Eureka! á los enemigos de Dios, sistema sin embargo que no ha podido resistir á las cuatro dificultades siguientes:

1. ^a *La fijezá de las especies desde los más remotos tiempos.* Para que ese tipo primitivo, imaginado por Darwin, haya podido producir á la larga las innumerables variedades de especies que pueblan actualmente el globo, no hay duda que es forzoso admitir en los seres vivos *una variabilidad ilimitada é indefinida.*

Pues bien, eso es lo contrario de lo que realmente sucede. Se han practicado investigaciones en los hipogeos y templos de Egipto; se han encontrado allí momias de todas clases, no solamente de hombre sino tambien de perros, gatos, bueyes y tántalos. Pues bien, esos seres momificados hace miles de años son exacta y absolutamente semejantes á los animales de hoy. Se ha llegado á la misma conclusión, en virtud de las más precisas observaciones practicadas en los helechos, moluscos y reptiles antediluvianos. Particularmente, el profesor Van-Beneden, que comparó los murciélagos de la época del mamuth, con los de la época presente, no encontró en ellos la mas leve dife-

renencia. Todo se junta, pues, para afirmar que la ley de los seres vivos, no es variabilidad indefinida é ilimitada, sino la fijeza de las especies; primer hecho contra el que se estrella el sistema. Para desvirtuarlo, los darwinistas dicen que las especies en el presente periodo geológico han llegado al último grado de perfección ó sea al estado de fijeza é invariabilidad; pero entonces para que el darwinismo fuera un sistema científico sería necesario que nos mostrara los seres intermediarios por los que las especies han llegado al estado actual, y esto no lo ha hecho siendo esta precisamente la segunda dificultad.

2.ª *La ausencia de seres intermediarios vivos ó fósiles exigidos por la teoría.* Como según la hipótesis de Darwin, la selección natural debe obrar forzosamente con suma lentitud, á causa de las modificaciones casi imperceptibles, síguese de ahí que entre los seres actuales y sus antepasados perdidos en lo remoto de los tiempos, han debido existir *intermediarios en número verdaderamente prodigioso.* Y bien, ¿en dónde se hallan? Forzoso les ha sido á los darwinistas confesar que hoy no se encuentran. Despues se pretendió que eran especies *extinguidas*, y se han hecho inauditos esfuerzos para dar con ellas en las edades fósiles. No se consiguió.

El descubrimiento de algunas especies *extinguidas* nada significa ante las inmen-

sas lagunas que es preciso llenar, de suerte que si hay al presente alguna verdad demostrada en geología, es que las formas *intermediarias* que el sistema exige no existen. Los darwinistas se han visto obligados á concederlo. Para desentenderse de tal inconveniente, no han encontrado cosa mejor sino decir que el mundo es una grande obra compuesta de varios tomos de los que solo poseemos el último y que las formas *intermediarias* que faltan se hallan en los otros tomos, actualmente perdidos. Pero eso ya no es ciencia; es imaginación.

3.ª *La esterilidad inmediata ó muy próxima que ataca á los cruzamientos entre especies vecinas.* No basta, efectivamente, para explicar el mundo actual partiendo de algunas especies primitivas, admitir su *variabilidad ilimitada* se necesita además que se hallen dotadas de una *facultad indefinida de cruzamiento entre las especies vecinas.* Pues bien, nada está mejor desmentido que eso, por los experimentos científicos. Se puede, no hay duda variando el medio físico ó el medio orgánico alterar la especie, introducir en ellas modificaciones que desde luego son al parecer considerables; pero esas desviaciones del mundo vegetal y sobre todo las del mundo orgánico se parecen á las oscilaciones de un imán que vuelve siempre á su verdadera dirección. Desde que la especie parece alterada, pierde su fecundidad, la mata la impotencia. La esterilidad, dice el

botánico Lindley, es una enfermedad corriente en las plantas cultivadas." A fuerza de arte se obtienen flores dobles ó llenas, rosas, crisantemos, anémonas, primulas, camelias, verdaderas flores de lujo, enriquecidas, opulentas, pero estériles. Lo mismo sucede con los animales. El hombre violenta á la naturaleza para producir seres nuevos, como el mulo, pero estos seres inmediatamente ó á lo mas despues de dos generaciones son completamente estériles.

4.ª *La dificultad de explicar por una selección natural, las transformaciones que ninguna selección artificial ha podido conseguir jamás.* En efecto; seis mil años hace que trabajamos en la naturaleza y ayudándola con todo nuestro entendimiento, no hemos logrado que una vez siquiera franquease el paso del mineral á la planta, de la planta al animal, ni siquiera del mono al hombre; y la naturaleza lo habría conseguido sola, sin ayuda millares de veces? Eso es absurdo. "Probad, dice, Mr. Vitet á formar un hombre. Es cuestion de tiempo, decis, empezad siempre; que se os vea manos á la obra, y tomad tiempo; tomad miles de millones de siglos; jamás lograreis hacer del más inteligente de los monos un hombre por poco que valga

Luego la hipótesis de la *transformación de las especies* no es sostenible. Queda pues en su lugar la verdad consoladora contenida en las *Divinas Escrituras*: el hombre ha sido creado por Dios.

CAPITULO TERCERO.

La Creación de Eva.

Siendo nuestro objeto responder á las objeciones en que pretenden apoyarse los pretendidos sábios para negar la veracidad de los libros santos, no nos detendremos en demostrar la verdad del relato de Moisés acerca de la creación de la primera mujer, como tampoco lo haremos tratándose de la eaida del primer hombre.

El racionalismo en estas dos narraciones no ha visto otra cosa que un mito ó sea una ficción en forma de leyenda para explicar la identidad específica del hombre y de la mujer. Adán, dice Reuss, viendo que ninguno de los animales de la creación era semejante suyo, buscó á Eva y al verla exclamó: *carne de mi carne y hueso de mis huesos*, y de ahí, la leyenda del sueño de Adán durante el cual Dios de una de sus costillas formó á su compañera."

Contra este modo de exponer la Sagrada Escritura tenemos la tradición universal y perpétua aún entre los mismo judíos, que siempre ha visto en este capítulo del Géne-

botánico Lindley, es una enfermedad corriente en las plantas cultivadas." A fuerza de arte se obtienen flores dobles ó llenas, rosas, crisantemos, anémonas, primulas, camelias, verdaderas flores de lujo, enriquecidas, opulentas, pero estériles. Lo mismo sucede con los animales. El hombre violenta á la naturaleza para producir seres nuevos, como el mulo, pero estos seres inmediatamente ó á lo mas despues de dos generaciones son completamente estériles.

4.ª *La dificultad de explicar por una selección natural, las transformaciones que ninguna selección artificial ha podido conseguir jamás.* En efecto; seis mil años hace que trabajamos en la naturaleza y ayudándola con todo nuestro entendimiento, no hemos logrado que una vez siquiera franquease el paso del mineral á la planta, de la planta al animal, ni siquiera del mono al hombre; y la naturaleza lo habría conseguido sola, sin ayuda millares de veces? Eso es absurdo. "Probad, dice, Mr. Vitet á formar un hombre. Es cuestion de tiempo, decis, empezad siempre; que se os vea manos á la obra, y tomad tiempo; tomad miles de millones de siglos; jamás lograreis hacer del más inteligente de los monos un hombre por poco que valga

Luego la hipótesis de la *transformación de las especies* no es sostenible. Queda pues en su lugar la verdad consoladora contenida en las *Divinas Escrituras*: el hombre ha sido creado por Dios.

CAPITULO TERCERO.

La Creación de Eva.

Siendo nuestro objeto responder á las objeciones en que pretenden apoyarse los pretendidos sábios para negar la veracidad de los libros santos, no nos detendremos en demostrar la verdad del relato de Moisés acerca de la creación de la primera mujer, como tampoco lo haremos tratándose de la eaida del primer hombre.

El racionalismo en estas dos narraciones no ha visto otra cosa que un mito ó sea una ficción en forma de leyenda para explicar la identidad específica del hombre y de la mujer. Adán, dice Reuss, viendo que ninguno de los animales de la creación era semejante suyo, buscó á Eva y al verla exclamó: *carne de mi carne y hueso de mis huesos*, y de ahí, la leyenda del sueño de Adán durante el cual Dios de una de sus costillas formó á su compañera."

Contra este modo de exponer la Sagrada Escritura tenemos la tradición universal y perpétua aún entre los mismo judíos, que siempre ha visto en este capítulo del Géne-

sis una narración rigurosamente histórica y cuando el Cardenal Cayetano expuso este pasaje de un modo alegórico excitó un grito universal en contra suya, no obstante que la Iglesia no reprobó su opinión.

La única razón que pudiera oponerse á esta narración sería su imposibilidad; pero esta no podrá alegarla sino el ateo, que niegue la existencia de un Dios omnipotente que si pudo sacarlo todo de la nada, no pudo hallar obstáculo en extraer del cuerpo del primer hombre una parte del mismo para crear á la primera mujer y completárselo después para que no quedara un sér imperfecto. A nosotros no toca demostrar ahora la posibilidad del milagro, razón por la que no nos ocuparemos de las dificultades que solo provienen de la llamada inverosimilitud de las narraciones milagrosas de la Biblia.

Solo nos detendremos á considerar la admirable disposición de la Providencia que de este modo quiso significar la estrecha unión que debe reinar entre los esposos, como no puede menos que confesarlo el mismo Voltaire. "Esta alegoría, como él llama á la historia de la creación de Eva, es una bella y patética lección de la inalterable concordia, que debe reinar en el matrimonio, y de que las almas de los esposos deben estar tan unidas como sus cuerpos" No nos queda sino añadir á estas palabras: si la alegoría es instructiva y una lección útil á los esposos ¿la realidad no será aún todavía más enérgica?

CAPITULO CUARTO.

UNIDAD ORIGINARIA DEL GENERO HUMANO.

De la narración de Moisés acerca de la creación del primer hombre y de la primera mujer síguese la unidad originaria del linaje humano. Este es un hecho fundamental en el cristianismo porque de él depende la universalidad del pecado original y la necesidad de la redención. Además este hecho está formalmente consignado en el libro de los actos de los Apóstoles cap. 27, v. 28 con estas palabras: Hizo Dios que de una pareja se propagase todo el género humano sobre la tierra."

La falsa ciencia, trató también en este punto de dar un mentis á la divina Escritura inventando el sistema llamado *poligenismo*, pretendiendo que no fué uno el origen del linaje humano ó sea que no todos los hombres descienden de Adán, sino que fueron criadas diversas parejas en diversos lugares de la tierra de donde proviene la variedad en el color, estatura, etc., que se advierte en los hombres. Adelantando un poco mas en sus teorías trató, apoyándose en esta misma variedad, de probar que no todos los hombres pertenecen á la misma especie, sino que las diversas razas de hombres que existen sobre la tierra, son otras tantas espe-

sis una narración rigurosamente histórica y cuando el Cardenal Cayetano expuso este pasaje de un modo alegórico excitó un grito universal en contra suya, no obstante que la Iglesia no reprobó su opinión.

La única razón que pudiera oponerse á esta narración sería su imposibilidad; pero esta no podrá alegarla sino el ateo, que niegue la existencia de un Dios omnipotente que si pudo sacarlo todo de la nada, no pudo hallar obstáculo en extraer del cuerpo del primer hombre una parte del mismo para crear á la primera mujer y completárselo después para que no quedara un sér imperfecto. A nosotros no toca demostrar ahora la posibilidad del milagro, razón por la que no nos ocuparemos de las dificultades que solo provienen de la llamada inverosimilitud de las narraciones milagrosas de la Biblia.

Solo nos detendremos á considerar la admirable disposición de la Providencia que de este modo quiso significar la estrecha unión que debe reinar entre los esposos, como no puede menos que confesarlo el mismo Voltaire. "Esta alegoría, como él llama á la historia de la creación de Eva, es una bella y patética lección de la inalterable concordia, que debe reinar en el matrimonio, y de que las almas de los esposos deben estar tan unidas como sus cuerpos" No nos queda sino añadir á estas palabras: si la alegoría es instructiva y una lección útil á los esposos ¿la realidad no será aún todavía más enérgica?

CAPITULO CUARTO.

UNIDAD ORIGINARIA DEL GENERO HUMANO.

De la narración de Moisés acerca de la creación del primer hombre y de la primera mujer síguese la unidad originaria del linaje humano. Este es un hecho fundamental en el cristianismo porque de él depende la universalidad del pecado original y la necesidad de la redención. Además este hecho está formalmente consignado en el libro de los actos de los Apóstoles cap. 27, v. 28 con estas palabras: Hizo Dios que de una pareja se propagase todo el género humano sobre la tierra."

La falsa ciencia, trató también en este punto de dar un mentis á la divina Escritura inventando el sistema llamado *poligenismo*, pretendiendo que no fué uno el origen del linaje humano ó sea que no todos los hombres descienden de Adán, sino que fueron criadas diversas parejas en diversos lugares de la tierra de donde proviene la variedad en el color, estatura, etc., que se advierte en los hombres. Adelantando un poco mas en sus teorías trató, apoyándose en esta misma variedad, de probar que no todos los hombres pertenecen á la misma especie, sino que las diversas razas de hombres que existen sobre la tierra, son otras tantas espe-

cies, tan distintas entre sí, cual la especie bovina de la ovina.

No siendo nuestro objeto demostrar la unidad tanto específica cuanto originaria del linaje humano, sino responder á las objeciones de la falsa ciencia contra esta verdad, que tan claramente consta en las Escrituras, vamos á ver si las diferencias que se observan entre los hombres exigen que ellos procedan de diverso origen.

Para ello sería necesario que estas variedades que constituyen las diversas razas, no pudieran explicarse sino admitiendo diversos troncos ó centros de propagación del género humano. Pues bien, esta variedad tiene una explicación científica, que destruye completamente el poligenismo, pues hay dos razones, según los verdaderos sábios, que dan la razón de esta diversidad; 1.^o la influencia del medio, 2.^o la herencia. Vamos á examinarlas:

I. INFLUENCIA DEL MEDIO.

Entiéndese por medio el clima, el diverso grado de civilización y el método de vida, todos estos son factores de la diversidad de las razas humanas.

El clima. Por una admirable disposición de la Providencia, el hombre, que también en esto se distingue de los animales, puede habitar en toda la tierra; puede soportar la tempe-

ratura del Norte y la del Senegal, no obstante la enorme diferencia que existe entre una y otra. Sin embargo, por más que pueda avenirse á todos los climas, no por eso deja de sentir su influjo. "El hombre blanco en Europa, negro en Africa, rojo en América y amarillo en Asia no es sino el mismo hombre teñido del color del clima" dijo Buffon.

Por más que estas palabras parezcan un poco exageradas por atribuirse la diversidad del color á solo el influjo del clima, contienen una verdad perfectamente demostrada por la experiencia que nos muestra esa diversidad aún en los vegetales y animales que trasladados de un lugar á otro pueden soportar un clima distinto del suyo.

Así por ejemplo, las dahlias llevadas por primera vez de México á Europa, en el año de 1791, ya en 1834 habían cambiado de tal modo que parecían otra flor completamente distinta. El buey suizo trasportado á las llanuras de la Lombardía, después de dos generaciones se convierte en buey lombardo. En las regiones calidas de la América del Sur, los toros de Europa pierden su pelo y se convierten en calongos: pero sobre todo, en los perros es en los que más se advierten los cambios producidos por el clima.

El hombre, dice Quatrefages, (1) ha ido

(1) Art. Races, en el Dictionnaire Encycl. des Sciences Medicales.

á vivir dentro del círculo polar y el perro lo ha seguido y se ha revestido del espeso pelaje de los spitz; el hombre se ha internado en las regiones intertropicales con su compañero, y éste ha perdido todos sus pelos, dando origen á la raza del perro de Guinea, impropriamente llamado perro turco. Y este cambio no solo fué exterior; el esqueleto también, así como el craneo ha sufrido notables alteraciones. Un profano en anatomía jamás podrá confundir el craneo del bulldog con el del lebel."

Esto mismo ha sucedido con el hombre. El francés emigrado al Canadá, después de algunas generaciones ha visto cambiado su color, su fisonomía y su cabellera. En los Estados Unidos el Anglo Sajón en poco más de dos siglos ha dado origen al tipo bastante marcado y antipático del *yankee*. Los negros trasportados del Africa á los Estados Unidos á los pocos años empiezan á perder algo de su negrura.

Es verdad que en el hombre el cambio es mucho más lento que en los animales; pero la razón es muy obvia. El hombre tiene muchos modos de combatir la influencia del medio, como no lo tienen los animales. El Europeo que vá á colonizar el Africa no vá á vivir como los habitantes de aquella cálida región, sino que hace cuanto puede por vivir, alimentarse y cubrirse como solían hacerlo en su país natal, tratando así de contrarrestar la influencia del medio.

La civilización ó el género de vida. No es solo el clima, sino el estado social, el género de vida, las distintas ocupaciones, el alimento, etc., las que influyen notablemente en el físico del hombre como lo acabamos de insinuar. Todo el que haya viajado por la Arabia ó los países limítrofes habrá observado que los Arabes, que proceden incontestablemente del mismo origen, habitan el mismo suelo y están sujetos á idéntico clima, son sin embargo muy distintos entre sí. Los Arabes nómadas del Hauran tienen formas esbeltas, la cara pequeña, la barba poco poblada, mientras que los Arabes sedentarios de las Ciudades son gruesos y robustos y tienen muy espesa la barba, no obstante que á la edad de diez y seis años no pueda apercibirse entre ellos diferencia alguna. La esclavitud y la opresión deprimen mucho el aspecto exterior del hombre y lo acercan á la bestia. El trabajo en el campo con la cabeza expuesta á los rayos del sol hace engrosar el craneo y ensortija los cabellos. El alimento puramente vegetal oscurece el color de la piel. Hé aquí por consiguiente varias razones que explican la variedad exterior entre los hombres.

II. LA HERENCIA

Cuando la influencia del medio ha obrado de tal modo sobre el hombre que ha constituido una variedad ó raza especial, esta pue-

de y de hecho se trasmite por la herencia. Es esta una verdad palmaria atestiguada constantemente por la observación. Los ganaderos se aprovechan de ella para perpetuar estos caracteres entre los animales. En 1790, dice D'Azara, nació en el Paraguay un buey sin cuernos; al cabo de algunos años esta raza había invadido provincias enteras, y mientras que en Europa se ha multiplicado asombrosamente una raza análoga (la raza llamada Sarlabot,) en la República Argentina se ha procurado destruirla por ser difícil tomar con el lazo á los toros sin cuernos.

Los Anamitas tienen un nombre que los distingue como raza, el de Gias-Chi, que significa que el dedo grueso del pié está en dirección opuesta al segundo. Esta particularidad distingue al verdadero Anamita y se mantiene fija, no obstante que han pasado muchos siglos. Se ha observado también en cierto número de familias la persistencia de los sexdígitos ú hombres de seis dedos. Aun los mismos caracteres y disposiciones intelectuales y morales parecen transmitirse por este medio; por ejemplo en la familia de Bach hubo treinta y cuatro músicos notables.

A multiplicar considerablemente estas razas han cooperado los matrimonios entre individuos de razas distintas una vez que estas estén bastantes bien definidas.

No hay por consiguiente variedad alguna

entre los hombres que no sea meramente accidental y que no pueda explicarse por algunos de estos medios. El color de la piel no es una señal específica, sino un mero accidente que depende de la secreción dérmica que es diferente en cada una de las razas. Malpighi fué el que descubrió la sede de la coloración del negro en el cuerpo mucoso interpuesto entre la dermis y la epidermis, llena de una substancia medio líquida llamada *pigmentum*, que tuvo origen del clima y á cuya conservación ó perpetuación en las razas cooperan de consumo la influencia del medio y de la herencia.

Las diferencias específicas que se han pretendido fundar en el sistema cabelludo, el ángulo facial y el volumen del cerebro, han sido abandonadas ahora por los mismos poligenistas, que no recurren actualmente para apoyar su teoría, sino á la diferencia entre las lenguas y á la dificultad de poblar el Nuevo Mundo y la Oceanía.

Cuán débil sea el primero de estos recursos, no necesitamos demostrarlo, bástanos citar las palabras de uno de los más encarnizados enemigos de la Biblia, el impío Renan. "Del hecho que las lenguas que se hablan actualmente en la superficie del globo, sean absolutamente irreductibles, estamos autorizados á deducir algunas consecuencias etnográficas, á decir por ejemplo, que la especie humana ha aparecido simultáneamente en diversos puntos, que ha habido una ó

muchas apariciones de la especie humana? Hé aquí la cuestión sobre la que llamo vuestra atención. Pues bien, es necesario responder sin vacilación que no. De la división de lenguas en familias nada se puede concluir en favor de la división primitiva de la especie humana. ¿La especie humana proviene de una misma aparición ó de muchas apariciones? No tengo porque ocuparme de esta cuestión, que no es del resorte de la filología; lo que yo quiero probaros es precisamente lo contrario, que la filología nada nos enseña sobre este asunto." (1)

Es verdad que esta ciencia ha reducido todas las lenguas á dos grandes familias, la *aryana* y la *semitica* y por lo que hace á su formación en *monosilábicas* [las que están formadas de monosílabos separados entre sí, como el chino] *aglutinantes* [las que se componen de monosílabos juxtapuestos sin alteración, como el turco] y las *flexionales* [que alteran los elementos para formar la palabra, por ejemplo en vez de he-de-amar decimos amaré, á este género pertenecen las actuales]; pero aunque no se pueda demostrar científicamente el origen común de estas tres clases de lenguas, el don de la palabra particular y exclusivo del hombre, puede mirarse como una prueba decisiva del parentesco de todos los hombres.

[1] E. Renan Des services rendus aux sciences historiques par la philologie Revue politique littéraire 16 de Marzo de 1878, pág., 864.

Desalojados de todos los demás reductos, los poligenistas se han parapetado á fin de negar por lo ménos la unidad de origen, ya que no la de especie, tras de la más antigua de las objeciones sobre este asunto: la existencia de razas autóctonas ó sea, de razas que aparecieron en el punto del globo que habitan y no llegaron allá por emigraciones de un centro común. Para fundar este aserto han recurrido á la imposibilidad de que los hombres del antiguo mundo fueran ó pudieran atravesar el oceano, y arribaran á la América y Oceanía.

Desde luego observemos que las tradiciones de los pueblos Americanos contradicen la existencia de las razas autóctonas. Cuando Hernan Cortés invadió á México, sus habitantes lo acogieron como si desde mucho tiempo antes lo esperaran. Moctezuma sabía que la tradición les anunciaba la vuelta de hombres blancos barbudos é industriosos que habiendo visitado estas comarcas hacía muchos siglos habían prometido volver. En otro tiempo Quetzalcoalt había desembarcado en las riberas del río Tampico, viniendo del oriente, y enseñó al pueblo mexicano el arte de trabajar los metales y grabar la piedra y luego se volvió con sus compañeros. Votan desempeñó la misma misión entre los mayas, sometió á todas las tribus de la América Central é impúsoles sus leyes. Estos mismos pueblos llegaron al lugar que ocupaban después de muchas peregrinaciones, reconociendo en el norte el lu-

gar de su origen hasta donde alcanzaban sus tradiciones. Los habitantes de Yucatan creían que sus primogenitores habían llegado del este por el mar.

Pero siempre queda en pie la dificultad, parece que nos replicarán ¿cómo los descendientes de Adán ó de Noe pudieron llegar á la América?

No negamos que en esos tiempos presentara graves dificultades la travesía de los Océanos Atlántico y Pacífico; pero si negamos que estas dificultades la hicieran absolutamente imposible. En efecto, dice Nadaillac [1] testimonios concordantes y dignos de toda fé, hechos estudiados concienzudamente prueban hasta la evidencia que no pocos aventureros habían precedido á Cristóbal Colón en el suelo americano. Las comunicaciones han sido siempre fáciles entre el Asia y la extremidad norte de la América, separadas solamente por el estrecho de Behring. De la costa de África á la del Brasil no hay sino 500 leguas; de la Irlanda al Labrador no es mucho más grande la distancia: la Noruega y la Islandia no están separadas de la Groenlandia sino por 260 leguas.

Los accidentes de la navegación han arrojado en todo tiempo sobre el litoral americano á hombres de todos países.

Chinos, Fenicios, Egipcios, Indianos, Siberianos, Celtas, Escandinavos. El conocido historiador Norte-americano Mr. Branc-

(1) *Les premiers hommes* Tom. II, pag. 101.

roft, refiere que desde 1852, es decir, desde la completa colonización de la California por la raza blanca hasta 1875 han abordado á sus costas 28 navíos asiáticos de los que solo 12 estaban vacíos. Lo que ha sucedido en los últimos años, ha debido acaecer en todo tiempo, pues la corriente fría que sale del Océano Artico por el estrecho de Behring arrastra consigo hacia las costas del Nuevo Mundo, todas las embarcaciones estroviadas en el Océano Pacífico."

Con relación á los Chinos, sus antiguos anales hablan de un gran continente situado á 20,000 *li* al este, llamado Fou-Sang, que según los sinólogos es la América. Las corrientes marinas, particularmente el Kuro-Chiwo, la corriente negra del Japón, debieron arrojar, como sucede ahora sobre la costa de América á los navegantes del Celeste Imperio. De 1872 á 1876, 49 juncos chinos fueron arrastrados por estas corrientes á través del Pacífico; 19 abordaron á las islas Alucianas, 10 al litoral de la península de Alaska, 3 á las de los Estados Unidos y 2 á las islas Sandwich. Concluyamos, pues con Nadaillac. Por más que estemos reducidos á recurrir á varias hipótesis para explicar las relaciones del Antiguo y del Nuevo Mundo, podemos sin embargo afirmar que estas relaciones han existido, y que la América ha sido sucesivamente poblada por razas muy distintas, cuyo origen á fuerza de estudio no tardaremos en encontrar.

ca más extensa, la de la versión de los setenta, ha transcurrido desde la creación del hombre.

¡Cosa rara é incomprendible, dice el Card. González, á no tener en cuenta ese odio misterioso contra las cosas divinas! Los mismos hombres á quienes bastaba el más pequeño indicio, la conjetura más leve, el testimonio más discutible para negar resueltamente, ó poner en duda al menos, la narración bíblica y los datos históricos del Sagrado Texto, admitían sin pestañear y como verdades inconcusas, las séries casi infinitas de años, de siglos, de dinastías, de reinos, que ofrecen los libros de los caldeos, chinos, indios, egipcios, etc.

Antes de engolfarnos en el *mare magnum* de las dificultades, que sobre este punto suscitan nuestros contrincantes, creemos necesario fijar con precisión el estado de la cuestión presente ó sea determinar hasta que punto podemos extender la data de la creación del hombre.

La Sagrada Escritura propiamente hablando no fija el número de años que pasaron entre la creación del hombre y el diluvio y entre éste y la vocación de Abraham, la cronología bíblica solo se deduce de la edad de los patriarcas de que nos habla Moisés; pero ignoramos si esos años fueron solares, lunares ó periodos de duración convencional. Además no sabemos si en las genealogías de los patriarcas desde Adán hasta A-

CAPITULO QUINTO.

ALERE LA ANTIGUEDAD DEL HOMBRE.

El afán de contradecir á los datos bíblicos ha llevado á los enemigos implacables del nombre cristiano, á luchar en otro campo contra la divina revelación. Tratan de demostrar que el hombre ha aparecido en la tierra mucho tiempo antes de lo que parece deducirse de los datos que nos suministran los libros santos. Bien que la escritura no nos dé una cronología y que nos sea lícito alargar los límites de la Biblia en este punto, no es posible extenderlos tanto cuanto pretenden hacerlo los racionalistas.

En efecto, Haeckel, el padre del monismo, dice que el hombre ha vivido sobre la tierra 100,000 años, Burmeister 62,000 Vogt, 57,000 y Mortillet 230,000 no obstante que ni el Génesis, el libro mas antiguo que existe, ni la historia verdadera de los pueblos más antiguos aciertan á llenar el periodo de *ocho mil años* que según la cronología bibli-

braham han sido omitidos algunos nombres, como pudieramos conjeturar si atendemos á que los hebreos al escribir las genealogías solían poner solamente los hombres más ilustres y omitir los otros á fin de que dichas genealogías pudieran grabarse más fácilmente en la memoria. Así lo hizo S. Mateo en la genealogía de Nuestro Sr. Jesucristo, y muchos autores creen que lo hizo Moisés, porque tanto en la versión de los Setenta, como en el evangelio de S. Lucas encontramos un nombre más entre los patriarcas: Cainan hijo de Sale. De aquí se sigue que casi pudieramos prescindir de responder á las dificultades sobre la reciente aparición del hombre en la tierra y así lo haríamos, si nuestros adversarios además de llevar hasta la exageración su pretendida antigüedad, no negarán también la felicidad del paraíso terrenal, la confusión de las lenguas y varios otros puntos consignados en las sagradas letras.

Vamos pues á examinar la pretendida antigüedad del hombre en el campo: 1.º de la historia; 2.º de la geología y 3.º de la paleontología.

I. LA HISTORIA.

1. *Los egipcios.* Es bastante conocida la opinión de Volney que asegura con la mayor firmeza que la existencia del hombre en Egipto se remonta á millares de millares

de años, llegando á decir que los colegios sacerdotales del Egipto no contaban menos de trece mil trecientos años. Con él hicieron coro todos los enemigos de la palabra de Dios y valiéndose de las listas de dinastías de Manethon y de los geroglíficos y papiros que no sabían decifrar, dijeron que el hombre había existido en el Egipto muchos siglos antes no solo del diluvio Universal; sino aun en la época de la creación del hombre asignada por Moisés.

Afortunadamente los descubrimientos de Champollion que han permitido leer los monumentos del antiguo Egipto han venido á dar solemne mentis á los racionalistas.

En efecto, dichos descubrimientos no solo nos pintan las costumbres del Antiguo Egipto en un todo conformes á las que describe Moisés en su época, sino que han venido á echar por tierra las dinastías de Manethon, de que vamos á ocuparnos.

Este sacerdote egipcio, contemporáneo de Alejandro Magno escribió una historia de su país de la que solo han llegado á nosotros algunos fragmentos conservados en las obras de Eusebio de Cesarea, Julio Africano y Sincelo. En ella asigna á la historia del Egipto, un período de 29,925 años divididos de la manera siguiente:

Reinado de los dioses	13,900
Reinado de los héroes	1,254
Reinado de otros reyes	1,817
Reinado de 30 monarcas en Menfis	1,790

Reinado de 10 Monarcas en Thunis.	350
Reinado de los Manes y héroes.	5,813
Reinado de las 30 dinastías.	5,000

Los administradores de Maneton, cometen la primera inconsecuencia rechazando como absurdos los seis primeros reinados y dando luego entera fe al último para contradecir á Moises. Pero suponiendo que merezca entera fe las dinastías de Maneton de ellas no puede con certeza fijarse la fecha de la población del Egipto.

En primer lugar, los monumentos y papiros nos hacen creer que muchas de estas dinastías fueron simultáneas, pues en ellos con frecuencia de los nombres que Manethon cita entre los reyes de la XII dinastía se saltan á los de la XVIII omitiendo así cinco dinastías enteras. También en el cómputo del tiempo que reinó cada uno de los reyes, podemos admitir una gran disminución, pues es bien sabido que muchas veces reinaron juntos el padre y el hijo como lo hacen ver muchas estatuas é hipogeos recientemente hallados, lo que reduciría mucho el gran espacio de tiempo que se asigna para el reinado sucesivo de 1.ª treinta dinastías.

De aquí proviene la diversidad de opiniones de los egiptólogos acerca del año A. C. en que empezó á reinar Menes el primero de los reyes de Maneton:

Según Böckh fué.	5702 A. C.
— Mariette y Lenormant.	5004 „ „
— Brugsch.	4455 „ „

— Pesst.	3917 „ „
— Lepsius.	3815 „ „
— Wilkinson.	2691 „ „

Concluyamos que nos hacen falta datos más fehacientes para fijar la data de la población del Egipto y que los suministrados por Maneton sino se reducen de la manera antes indicada son verdaderamente fabulosos.

2º *Los caldeos.* Después de los egipcios, los caldeos ó asirios son citados como pueblos cuyo origen se remonta á una antigüedad muy superior á la asignada por la Biblia para el diluvio universal. Para apoyarla se sirven de las tablas astronómicas asirias, de la lista de su historiador Beroso y de una inscripción cuneiforme, que supone la existencia del templo de Sama, cuatro mil años antes de la era cristiana.

Cuan poco fundada esté la dificultad nacida de las tablas astronómicas, se deduce de que en tiempo de Alejandro Magno Aristóteles, encargó en Babilonia á Calistenes su discípulo que estudiase la astronomía caldea, y este sabio demostró que sus observaciones no abrazaban sino un período de 1903 años.

Con relación á las listas de Beroso, descartadas, como lo hicimos con Manethon, las primeras dinastías que nuestros mismos adversarios rechazan como mitológicas queda un período de tiempo que perfectamente se compadece con la cronología de los setenta.

Queda solo el cilindro que dá al templo de Sama cuatro mil años de existencia antes de Jesucristo; pero ¿quién nos asegura que los sacerdotes asirios que lo escribieron no se engañaron al hacer el cómputo, ó que no quisieron captarse mayor respeto de parte de sus conciudadanos exagerando fuera de todo límite su antigüedad, como solían hacerlo, según nos lo dice Cicerón?

3º *Los Chinos* no se quedaban en saga atribuyéndose una antigüedad aun más fabulosa que los egipcios y asirios. Confucio que existió 400 ó á lo más 500 años antes de Jesucristo, coloca el reinado de Yao en el año de 2557; pero historiadores chinos más recientes han puesto otros reinados antes de Yao y han hecho subir al Celeste Imperio hasta la venerable antigüedad de 66,000 años antes de nuestra Era.

Estos datos son tan fabulosos que el ilustre sinólogo Fries dice: la historia china abraza un período mítico y otro período histórico; éste comienza en el año 775 antes de la Era cristiana, y el mítico no en el sentido de que todos los acontecimientos que en los anales sinicos se refieren á fechas anteriores sean fabulosos sino en el sentido de que el año mencionado constituye el primer punto fijo para un estudio cronológico comparado al paso con todas las fechas anteriores solo pueden ser consideradas como apreciaciones más ó menos gratuitas.

II. LA GEOLOGIA.

La invención de huesos humanos y de varios utensilios de la industria humana en terrenos terciarios y cuaternarios, ha dado margen á retrotraer el origen del género humano á dichas épocas geológicas. Con relación al hombre terciario, cuya existencia pretendió demostrar primero que ningún otro el Ab. Bourgeois en el año de 1863, por los *silex* encontrados en Thenay, podemos decir que hoy ni entre los mas acérrimos enemigos de la Biblia, se admite su existencia.

En efecto, para que de dichos *silex* se siguiera necesariamente la existencia del hombre terciario, se necesitaría que el terreno en que se encontraron fuera realmente terciario, que no estuviese removido, que el *silex* estuviese allí desde la época de su formación y finalmente que de hecho fueran productos de la humana industria; después de algunas dudas acerca de los primeros tres puntos, al fin los sábios convinieron en reconocerlas; pero han diferido mucho en calificar si los *silex* son efectos de la naturaleza ó de la industria.

Por lo primero están gran parte de los sábios que los examinaron y de los que algunos como Traes, presenciaron este fenómeno no una, sino varias veces, viendo con sus

propios ojos, saltar un pedazo de *silex*, de una masa de la misma naturaleza. Y para que á estos geólogos no quedara ni el insignificante recurso de decir que la forma especial de los *silex* de Thenay obliga á distinguirlos de los *silex* naturales, A Bertrand sometió trozos grandes de *silex*, procedentes del mismo terreno de Thenay, á la acción del calor, por medio de cambios y variaciones alterativas de frío y calor. Pues bien, al estallar y romperse aquellas piedras silíceas, resultaron fragmentos ó pedazos de forma completamente idéntica á la que presentan los *silex* de Thenay.

Otra de las razones en que se apoyan los partidarios del hombre terciario, son las incisiones que aparecen en los huesos de algunos animales de la época terciaria, que creen debidas á la acción del hombre. Pero los sabios están muy lejos de haber demostrado que dichas incisiones no puedan explicarse por otra causa, por ejemplo, por acción de otros animales y si solo por la del hombre. Por todo esto el hombre terciario no es generalmente admitido en el mundo de la ciencia. Pasemos ahora á tratar del hombre cuaternario.

Es indudable que el hombre es contemporáneo de la época cuaternaria de modo que la cuestión presente se reduce á examinar si esta época ó por lo menos las formaciones que cubren los restos humanos son de tal antigüedad que exijan necesariamente un

período mayor que el de ocho mil años que se concede al hombre sobre la tierra.

Los huesos humanos y los restos de la industria humana se han encontrado sepultados á varias profundidades en los deltas, turberas, ciudades lacustres y debajo de las estalagmitas en las cavernas. En consecuencia la cuestión está en saber si todas estas formaciones son realmente tan antiguas como se supone. Pudiéramos excusarnos de responder á estas dificultades después de lo que hicimos notar acerca de la creación del mundo, es decir, que los datos geológicos exactos en lo relativo á la distinción y clasificación de los terrenos no lo son igualmente en cuanto á fijar la época de su duración como lo demuestran las contradicciones frecuentes en que incurren los más insignes geólogos. Ahora añadiremos otra observación relativa á este mismo asunto. Para que de la antigüedad de una formación pueda concluirse la antigüedad de los objetos sepultados en ella, es necesario que dichos objetos estén allí desde que comenzó la formación ó que sean contemporáneos á ella. Pues bien; esto no siempre puede demostrarse; las turberas por ejemplo, tienen durante un largo periodo de tiempo tan poca consistencia, que los objetos se hunden hasta el fondo aunque sean arrojados en ella en fecha muy posterior al principio de su formación. Por eso no es de extrañarse que en una turbera de once pies de espesor, encontráranse en Tlembourg

algunas antigüedades evidentemente romanas, puesto que entre ellas había escudos de bronce adornados con delfines y cabezas de medusa como refiere Reusch. En una turbera situada no lejos de Groninga se encontró una moneda del emperador Gordiano, á treinta pies de profundidad.

Tratándose de los deltas, oigamos el sentir de Fergusson: "Las observaciones de que acabo de hablar demuestran con cuanta facilidad puede uno engañarse en las conclusiones deducidas de las excavaciones de un delta y en los cálculos. Véase lo que yo he observado por mí mismo: los ladrillos que formaban parte de los cimientos de una casa construida por mí, fueron arrastrados por el agua de un río y depositados en su lecho á una profundidad de treinta á cuarenta pies. El río se detuvo despues, y en el sitio en que estaba mi casita, pero á cuarenta pies encima de sus ruinas, existe en la actualidad una nueva aldea. Si allí se hicieran excavaciones, se descubrirían mis ladrillos, y juzgando por la profundidad á que se encuentran, se podrían calcular los millares de años transcurridos desde que yo vivía.

Una cosa semejante puede decirse de los objetos enterrados en el fango de las ciudades lacustres; y relativamente á los que se hallan cubiertos por las estalagmitas, diremos que ningún dato cierto se ha encontrado que fije la duración de su formación.

No dejaremos el campo de la geología sin añadir algunas palabras acerca de la pretendida diversidad de fauna y flora entre la época cuaternaria y la presente, diversidad que según los racionalistas exige un gran espacio de tiempo para ser llevada á cabo. Dejemos ante todo consignado que esta dificultad es absolutamente nula tratándose de la flora ó sea del reino vegetal, pues la única diferencia que se advierte es en la distribución geográfica de las especies vegetales, diversidad que se puede explicar perfectamente por las variaciones climatológicas que ha soportado el globo despues del periodo glacial.

Esta misma diversidad climatológica, de consuno con el progreso de la civilización humana, explican la desaparición de unas razas ó especies como del mamouth [*Elphas primigenius*] del *Cervus Megaceros* y algunos paquidermos, así como la de otras especies que han emigrado, como el reno, á los países fríos, ó como el elefante común á los cálidos. En tiempo de Julio Cesar el buey almizclado se cazaba aún en los Alpes y si hemos de creer á no pocos viajeros rusos todavía á principios del siglo se hallaban en el norte del imperio de los czares algunas de las especies extinguidas.

III. LA PALEONTOLOGIA.

La paleontología ó la prehistoria pretende tambien aducir pruebas para demostrar la antigüedad del linage humano. Partiendo

del falso supuesto de que el primer estado del linaje humano fue el de barbarie, han inventado las tres largas eras prehistóricas de la piedra, del bronce y del hierro, haciéndolas durar millares de siglos. Además de estas tres edades han querido asignar exagerada longevidad á los dolmenes y menhirs ó sean los primitivos monumentos de piedra levantados por el hombre. Examinemos en particular cada una de estas dificultades.

1.^o Dificultad.—Al explorar las capas interiores de la tierra se han encontrado en varios sitios muchos instrumentos fabricados por los hombres, por ejemplo: cuchillos, flechas, hachas, etc., unos de piedra, otros de bronce ó cobre y otros de hierro. Estos instrumentos no se encuentran mezclados y confundidos entre sí; sino que en los terrenos más recientes ó sea en los menos profundos, se hallan instrumentos de hierro, en los medios de bronce y en los más antiguos y profundos de piedra, de lo que deduce la prehistoria, que el género humano ha atravesado sucesivamente por tres edades: la primera y remotísima es *la edad de la piedra* con sus dos periodos el *paleolítico* ó de la piedra tallada y el *neolítico* ó de la piedra pulida; durante toda esta edad los hombres no usaron como instrumentos para los usos domésticos, y para la caza y guerra sino objetos de piedra tosca al principio y pulida después. La segunda es *la edad del bronce* y la tercera *la del hierro* en las que

como dijimos de la primera, el hombre se sirvió sucesivamente del bronce y del hierro para los usos que ya mencionamos.

De todo esto concluyen los enemigos de la revelación que el genero humano es mucho más antiguo de lo que supone Moises, porque dichas épocas debieron durar muchos millares de años. Efectivamente, si el hombre fué en otro tiempo tan rudo que ignorase el uso de los metales para procurarse las comodidades de la vida y la defensa contra sus enemigos, no pudo sino despues de haber transcurrido inmenso espacio de tiempo, despojarse de esta infancia y aprender el modo de extraer los metales de más fácil elaboración, para que al fin después de otra larguísima época llegara al conocimiento y uso del hierro, y al perfeccionamiento de las artes y de la industria propias ya de los tiempos históricos.

Respuesta. Es este el gran caballo de batalla de nuestros enemigos: pero bien poco se necesita para vencerlo. Sería necesario para que de lo antedicho se tomara una prueba concluyente de la antigüedad del hombre; 1.^o que estas tres edades se hubieran sucedido simultaneamente, es decir, que durante la primera época todo el genero humano solo hubiera hecho uso de instrumentos de piedra, en la segunda de bronce y en la tercera de hierro. 2.^o que se pudiera determinar cuanto tiempo duró cada una de estas edades.

Pues bien, lo primero está en abierta opo-

sición con los monumentos y la historia y sobre lo segundo la panleontología no puede hacer otra cosa más que aventurar meras conjeturas.

Con relacion al primer punto, la historia nos enseña que al mismo tiempo en diversos pueblos, y aun en uno mismo, se han usado instrumentos de piedra, de bronce y de hierro, según el diverso grado de cultura á que habian llegado, de modo que mientras en ciertos pueblos solo se servían de silices para confeccionar sus armas y utensilios domésticos, al mismo tiempo en otros más cultos y adelantados en las artes, no solo era común el uso del bronce, sino que empezaban ya á servirse del hierro para todos estos menesteres. Así por ejemplo, mientras que los Griegos y los Romanos trabajaban diversos metales, en el extremo de la Europa los Celtas, y en el interior de Alemania los germanos solo se servían de instrumentos de piedra. Aun ahora, mientras que nosotros gozamos en las florecientes y hermosas ciudades de la América de todas las ventajas de la civilización, no faltan en las desiertas regiones del Brasil, y en muchas islas adyacentes hombres y pueblos enteros que solo usan instrumentos de piedra ó huesos de animales para las necesidades de la vida, pudiendo decir de ellos que están en plena edad de la piedra. ¿Quién no se reiría si algun geólogo se encontrara alguno de estos instrumentos y saliera con que fué fabrica-

do hace 200,000 años en la remotísima edad de la piedra?

Y no sólo en diversos pueblos, sino en el mismo pueblo ha sido simultaneo el uso de la piedra, del hierro y del bronce, segun la diversa condición de los hombres que lo componían, como muy logicamente enseña Wright secretario de la sociedad ethnológica inglesa, afirmando que aún no es posible caracterizar bien la edad de la piedra porque el estudio sério de la paleontología demuestra que en una misma época y en un mismo pueblo se usaban á la vez instrumentos de piedra e instrumentos de metal, estos por los ricos y aquellos por los pobres. Entre los hebreos, por ejemplo, aunque el uso del fierro fuera ya común en los tiempos de Moisés y de Josué, sin embargo todavía se empleaban y se siguieron empleando cuchillos de piedra para verificar el rito de la circuncisión, de los que muchos se han encontrado, principalmente en el campo de Gálgala y que con toda certeza no pertenecen á la edad de la piedra. Refiere Tácito que entre los germanos de su tiempo, casi no se hacía uso del fierro para confeccionar sus armas y entre los Estios, generalmente no se usaban sino maderos aguzados, lo mismo que entre los Fenios de quienes dice Tácito: *sola in sagittis spes, quas inopia ferri assibus asperabant* (1).

(1) Tacitus [De Moribus Germanorum 40].

Los mismos apóstoles de las épocas prehistóricas se han visto obligados á confesar las dificultades que produce á su sistema esta mezcla de instrumentos de metal con los arqueológicos. Buchner ya citado por nosotros, confiesa todo esto y añade varios ejemplos que prueban hasta la evidencia que admitir una época de la piedra, en la que el hombre no conoció los metales y otra en que conocidos éstos, desdeñó los sílex de que se había servido, es una quimera. En los campos helénicos, observa este sábio, hanse encontrado juntos con las armas y escudos de fierro y de bronce de los pérsas de Xerxes, las hachas y cuchillos de los etiopes que tomaron parte en esta expedición contra la Grecia. Igualmente en los sepulcros de Maraton también se han descubierto armas de las tres edades en absoluta confusión. Basten estos pocos ejemplos para demostrar cuan incierta y destituida de fundamento sólido es la mencionada división en edades de la piedra, del bronce y del hierro para la historia del linaje humano.

Más suponiendo ya, que en algún pueblo la edad de la piedra haya absolutamente precedido á la de los metales, ¿quién será capaz de determinar el principio, la duración y el fin de esa edad? Todo esto es muy incierto y los paleontólogos se pierden en meras conjeturas, y lo que con alguna verosimilitud puede definirse, todo se puede perfectamente conciliar con la cronología de Moisés.

Lyell, Buchner, Lubbock y Vogt, los que asignan diez, veinte, cien y doscientos mil años al género humano al fin se han visto precisados á confesar esta incertidumbre de datos. Sus opiniones se hallan compendiadas por Stopani en estos términos (1): "El Sr. Desor tan ingenioso cuanto sincero en sus juicios después de tantos brillantes descubrimientos, después de tantos estudios comparativos sobre las antigüedades de toda la Europa, cuando llega á formular sus conclusiones no encuentra una sílaba que añadir á cuanto Fernando Keller me dijo personalmente hace poco tiempo: "tratando de cronología prehistórica, me decía, nada puede afirmarse, sino que hubo una edad de piedra, que precedió á la de bronce y una edad de bronce que precedió á la de fierro."

Para determinar al menos aproximadamente la duración de estas edades sería necesario acudir á la clasificación ó al cálculo sobre la edad de los tres terrenos, y ya dijimos cuan engañoso es este procedimiento al hablar de las dificultades que se nos hacen en nombre de la Geología.

Sobre todo, esta dificultad se apoya en un supuesto enteramente falso: el del estado de barbarie en que se cree vivió sepultado en un principio el linaje humano. A esto se oponen en primer lugar las tradiciones de todos los pueblos, que nos hablan de la

[1] Note ad un corso di Geologia pag. 179.

primera edad del linaje humano, como de una era de cultura relativa y la llaman *edad de oro*. Esto no quiere decir que desde un principio hubiera estado el hombre en posesión de los medios necesarios para hacer cómoda y holgada la vida; pero sí que su inteligencia se hallaba bastante bien cultivada y tenía la suficiente claridad de percepción para descubrir é inventar, dada la oportunidad, multitud de arbitrios á fin de mejorar su condición temporal.

Medio eficazísimo para esto era el comercio y comunicación con los demás hombres, y por eso las familias que por diversas causas se apartaron de la sociedad de los demás y se internaron en lo más recóndito de las selvas, fueron perdiendo gradualmente su cultura y cayeron en el salvajismo, como ha sucedido aún hoy á no pocos hombres civilizados de Europa y América que abandonados en desiertas islas, á consecuencia de algún naufragio, han caído en la más espantosa barbarie.

Una observación hecha sobre estos pueblos bárbaros confirma admirablemente lo que venimos diciendo. La experiencia demuestra que ningún pueblo bárbaro ha salido por su propio esfuerzo de este estado, sino que la civilización ha sido siempre importada de otra parte. Si el primitivo estado del género humano hubiera sido el de la barbarie, preguntamos: ¿de donde le hubiera venido la cultura?

Dado además el primer impulso á la cultura intelectual y á la industria, el progreso no es tan lento como lo suponen nuestros adversarios cuando dicen: que para pasar el hombre de la edad de la piedra á la del bronce, debieron pasar millares de siglos. Los asombrosos descubrimientos de las ciencias físicas no datan sino de pocos años, y bien podemos afirmar que el género humano en el sendero de la civilización no camina en progresión aritmética, sino geométrica. Cada uno de sus descubrimientos no produce otro nuevo, sino otros diez nuevos, echando así por tierra el otro supuesto de la prehistoria, la lentitud con que el hombre debió avanzar en el sendero de la civilización.

2.ª Dificultad.—En varias cavernas exploradas en Francia y en Bélgica se han encontrado esqueletos humanos mezclados con los de animales pertenecientes á las especies extinguidas. Esto, dicen los semisabios, echa por tierra lo asentado por Moises sobre la reciente aparición del hombre sobre la tierra, tanto porque la costumbre de servirse de las cuevas para sepulcros es muy anterior á la historia de los pueblos más antiguos, cuanto porque la mezcla de osamentas de que hemos hablado supone al hombre contemporáneo de las especies que se extinguieron hace muchos siglos.

Respuesta.—Ambos puntos de la dificultad son falsos en todas sus partes. Desde luego la existencia de huesos humanos en

las cavernas no supone que los hombres se hayan servido de ella para sepultura porque dichos huesos pudieron ser llevados allí por las corrientes y además la costumbre de enterrar á los muertos en cavernas es plenamente histórica. Abraham compró una cueva doble para enterrar á Sara y aún en tiempos muy posteriores los Etruscos en Italia como enseñan Micallé Inghirani y los indígenas del Norte de América y del Perú enterraban sus muertos en las cavernas y aun solían habitar en ellas, como de los trogloditas refieren Plinio y Estrabon.

Relativamente á la aglomeración de huesos humanos con huesos de animales extinguidos recordaremos en primer lugar que falsamente aseguran los amantes de la paleontología prehistórica que esas especies hace millares de millares de años que desaparecieron. Testimonios irrecusables, que arriba citamos, nos aseguran que en época no muy remota de la nuestra, varias de estas especies aun existían. Además las grandes inundaciones que siguieron al período glacial y á las que debieron quizá su desaparición muchas especies de animales fueron probablemente las que arrastraron al fondo de las cavernas las osamentas de hombres y de animales que encontraron á su paso mezclándolas y aglomerándolas confusamente en el interior de las mismas.

3^ª Dificultad.—En las costas de Dinamarca se encuentran grandes aglomeracio-

nes de conchas y otros despojos de diversos mariscos, así como vestigios de cocina, á las que se conoce con el nombre dinamarques de Kjoekenmoeddings. Esto supone que los habitantes de ese país solo se alimentaban de los productos de la caza y de la pesca, sin consagrarse en lo mas mínimo á la agricultura á la que se dedicó el hombre desde que comenzaron los tiempos históricos. Aumentan la dificultad, las formaciones ó montículos á que han dado origen dichos Kjoekenmoeddings.

Respuesta.—El hecho de que hubiera pueblos que se mantuviesen exclusivamente de la caza y de la pesca, no exige que otros pueblos y aun ellos mismos ignoraran la agricultura, sólo se ve en ellos la holgazanería, que se ha observado y se observa aun en el día de hoy en muchas tribus que viven en las orillas de los grandes rios de la América del Sur, que encontrando abundantes comestibles en los frutos que espontáneamente producen los árboles, y en los peces que con poco trabajo logran atrapar, nunca se han dedicado al improbo y saludable trabajo de la agricultura. El mismo hecho de que los Kjoekenmoeddings solo se encuentren en Dinamarca prueba la futilidad de esta opinión, ya que para probar por medio de ellos la antigüedad del hombre sería necesario que en toda la tierra se encontraran indicando así una era universal en que fuera desconocida la agricultura.

Ya hemos además dicho que la ciencia carece de norma cierta para apreciar la duración de las formaciones, de modo que la mayor ó menor altura de los montículos dinamarqueses nada cierto puede probar acerca de la antigüedad del hombre.

4.ª Dificultad. Sirvense también de los monumentos megalíticos, nuestros adversarios, para atribuir al género humano exagerada antigüedad. En varios lugares de la Europa y del Asia, dicen, hállanse monumentos de piedra llamados *dolmenes*, unos y otros *menhires*, cuyo objeto es desconocido y de los que ninguna mención se hace en la historia de los pueblos más antiguos. Esto prueba que al comenzar la historia no quedaba ya memoria alguna de ellos y por consiguiente que habían ya transcurrido millares de años desde que los hombres habían cesado de construirlos.

Respuesta.—Nos basta para contestar á esta dificultad, dejar asentado que la data de los monumentos megalíticos es muchas veces rigurosamente histórica. En el libro del Génesis leemos que Jacob después del sueño misterioso en que vió una escala que llegaba al cielo por la que bajaban y subían los ángeles, erigió la piedra en que se había acostado como un monumento derramando aceite sobre ella. [Gen. XXVIII. 18), y en otro lugar de la Escritura se habla del *lapis adiutorii*, la piedra de la ayuda erigida también como monumento conmemorativo de los

favores concedidos por Dios á los Patriarcas. Esta objeción lo único que prueba es que la Biblia alcanza á lo que no llegan ni con mucho las historias profanas.

CAPITULO SEXTO.

EL PARAISO TERRENAL

Y LA CAIDA DEL PRIMER HOMBRE

El libro del Génesis nos enseña que una vez criado el primer hombre fué colocado por Dios en Edén, nombre propio de un lugar, según parece, y que el intérprete latino traduce por *paraiso*, equivalente á la palabra hebrea *pardes*, que como la persa actual *pairadaeza* significa jardín ó huerto amenísimo en cuyo sentido la encontramos usada en varios lugares de la Escritura principalmente en el Cantar de los Cantares. En este lugar tuvo verificativo el hecho más trascendental en la historia del género humano. Hablaremos separadamente y responderemos á las objeciones científicas que se hacen: 1.º acerca del sitio que ocupó el paraíso terrenal y 2.º acerca de las circunstancias que acompañaron la caída de Adán.

I. EL PARAISO TERRENAL.

La Escritura dice que el Paraíso estaba situado en el oriente y que un río que brotaba dentro de su recinto para regar el jardín, se dividía en seguida en otros cuatro

ríos, llamados: Phison, Gehon, Tigris y Eufrates. De aquí nacen dos dificultades: la primera, que los dos primeros ríos nos son completamente desconocidos y la otra es que tanto los dos ríos desconocidos como las regiones que riegan el Phison y el Gehon estarán demasiado distantes entre sí para reconocer la misma fuente. Para resolver ambas dificultades es necesario que expongamos las opiniones de los exégetas sobre la situación del Paraíso. El Ab. Moigno, que á pesar de su prodigioso talento y grande erudicción, se entrega demasiado á los caprichos de su fantasía, se separa del sentir común colocando en la ciudad de Jerusalem el lugar del Paraíso, y dando á los torrentes que corren á su redor los nombres que leemos en el Génesis.

Generalmente los intérpretes colocan el paraíso ó en la Armenia ó en las cercanías del Golfo Pérsico. El primer fundamento de esta interpretación es que dos de los ríos nombrados por Moisés nos son perfectamente conocidos y lo eran desde antes de Esdras, quien si se encontró otros nombres en el original, los sustituyó con los nombres que en su tiempo designaban á dichos ríos. Por eso la opinión más verosímil es la que coloca el paraíso terrenal en la Armenia, en uno de los ricos valles que aún hoy son unos de los más fértiles del mundo. El Eufrates y el Tigris tienen su origen en ésta región; este nace á una hora poco más ó menos del Norte de Diabbekir. El Phison es ó bien el Phase

de los autores clásicos que corre de este á oeste y desemboca en el mar negro, ó bien el Kur ó Cyrus de los antiguos que nace en los alrededores de Kars, no lejos de las fuentes occidentales del Eufrates, y se arroja en el mar Caspio después de haber mezclado sus aguas con las del Araxis. La tierra de Hevilah regada por el Phison, según el Génesis, es la Colchida, el país de los metales preciosos, á donde los Argonantas fueron á buscar el vellofino de oro. En cuanto al Gehon, es el Aras de hoy, el antiguo Araxis, llamado por los Arabes *Djaichoun er Ras* que nace en las cercanías de la fuente occidental del Eufrates y va como hemos dicho á confundirse con el Phison y á desembocar con él, en el mar Caspio. La tierra de Kousch que atraviesa, como dice Moisés, es el país de los Koseos, Cassiotis, regio Cessaeorum.

El Edén, dice Jorge Ebers, (1) debe buscarse entre las fuentes del Eufrates y del Tigris, esto nos parece fuera de toda controversia: así nos lo enseñan de consuno la etnografía, la geografía, la historia hebrea, las crónicas armenias y en nuestros días con una autoridad irrecusable, la filología comparada.

La descripción mosaica del paraíso se encuentra admirablemente confirmada por las tradiciones de los pueblos asiáticos que colocan la cuna del linaje humano entre las

1. Ebers Aegypten und die Bucher Moses t. I. p. 23.

montañas del Asia Central al lado de los grandes ríos.

Según la tradición de los Hindous, cuatro ó cinco grandes ríos brotan al Norte de la montaña sagrada, el Mersu ó Himalaya ó bien el Pamir, para dirigirse hácia diferentes puntos del mundo.—Los antiguos Iránicos colocaban al Norte, sobre el Monte Hukaírga, una de las cimas de la montaña sagrada Hara-Baerezaiti, llamada más tarde Albordj, que se eleva hasta el cielo, la fuente Ardoi-Curas, cuya agua vivificadora viene del cielo y produce la fertilidad de toda la tierra. Los chinos describen así el lugar que fué cuna de la humanidad: Es una montaña situada en la planicie central del Asia, formando parte de la cadena Kuen-Lun. En medio de la montaña, hay un jardín, donde un suave zéfiro, sopla constantemente y agita las hojas del hermoso Tong. Este jardín está situado en las puertas cerradas del cielo. Las aguas que lo riegan provienen de una limpidísima fuente amarilla, llamada la fuente de la inmortalidad: los que beben de ella jamás mueren. Se divide en cuatro ríos que corren hácia al noroeste, el sureste, el suroeste y el nordeste.

De la misma manera las tradiciones orientales, enseñan la existencia de un árbol fatal en el paraíso, representado en varios monumentos asirios, bajo una forma hiciática, lo que no deja lugar á la duda acerca de su significado.

II. LA CAIDA DEL PRIMER HOMBRE.

Conforme á nuestro programa hacemos en el presente artículo caso omiso de las dificultades que se nos hacen y que solo proceden, sea de la negación de lo sobrenatural en los acontecimientos humanos, sea de la pretendida repugnancia de un pecado que cometido por un hombre, el padre del género humano, haya pasado á toda su posteridad. Multitud de obras de controversia tratan *ex professo* la cuestión demostrando la posibilidad y existencia de los milagros, así como la justicia de Dios al hacer que la pena, en que incurrió Adán por su pecado, en su parte meramente privativa recayera sobre todos sus descendientes. Elevado Adán por puro favor de Dios al orden sobrenatural, y dotado gratuitamente de privilegios que no exigía su naturaleza, al caer de tan dichoso estado perdió para sí y para su posteridad todos los dones y ventajas de la condición en que fué criado. Nosotros no pagamos la pena de un pecado que no cometimos; sino que por culpa de Adán nacimos despojados de los bienes que él poseyó mientras fué inocente. Si esto es satisfacer un castigo, confesemos que es lo mismo que á cada paso sucede en el mundo, pues nadie dirá que es un espectáculo raro que nos ofrecen hijos inocentes que se ven reducidos á la indigencia y á infinidad de privaciones

originadas por la disipacion y licencia de sus padres.

Tócanos solamente responder á las dificultades que se nos hacen en nombre de la ciencia, tratando de demostrar, que sus verdaderas y legítimas conclusiones no están en abierta oposición con las verdades reveladas. Sobre el asunto que nos ocupa los pretendidos sabios, enemigos de la sabiduría increada, objetan que es imposible que la serpiente hubiera podido hablar, porque carece de órganos adaptados al efecto. Además el singular castigo que Dios le impuso parece suponer que antes de la tentación de nuestros padres este reptil no caminaba sobre sus anillos como lo pide su organismo; parece igualmente suponer que la serpiente no se alimenta sino de tierra, todo lo que no está conforme con las enseñanzas de la Historia Natural.

Todo este gran edificio de dificultades tiene que venir abajo con solo advertir que ignoramos cual fué el animal que sirvió de instrumento al demonio para tentar á nuestros primeros padres. Son muchos los intérpretes modernos que no creen sea alguna de las especies de serpientes ó del género ofidiano el animal que designa Moisés. La serpiente, dicen, nunca ha sido símbolo de la astucia ni entre los antiguos ni entre los modernos y el hecho de encontrarse en el original la palabra con que se le designa precedida del artículo, de este modo: *ha-nakhasch* y

en los setenta: *ὁ οφις*, parece indicar que aquí no se trata de una serpiente común, sino de una especial fantástica quizá de que se sirvió Satanás para engañar á Eva. El nombre mismo de Satanás, en su forma y acepción común significa adversario, pero precedido del artículo hebreo *ha* se toma invariablemente como el nombre propio del demonio.

Pero si la recta exégesis bíblica absolutamente exigiera la interpretación literal de la palabra: *nakhasch*, debemos decir con Mr. Freppel; "que el demonio revestido de un poder sobrenatural haya escogido para instrumento de sus designios á una serpiente real, y que haya movido los órganos de este animal de modo que produjeran sonidos articulados, nada tiene de absurdo é imposible." Es inesplicable, es cierto; pero ¿alguno ha podido explicarse el modo conque influye el alma sobre el cuerpo del hombre para producir las sensaciones y el movimiento?

Pasando ahora al castigo pronunciado contra la serpiente, decimos que ignorando cual fuese el animal de que se sirvió el demonio, no podemos dar importancia á las dificultades tomadas del organismo y de las costumbres de las serpientes. En caso de que Moisés hablara de un verdadero ofidio, diríamos que las palabras en que se contiene la pena que Dios le impuso deben solo tomarse en sentido metafórico. Cuando Dios le dijo que se arrastraría sobre su pecho, la condenó á ser mirada como el animal más despreciable

y odioso de la tierra, y cuando le dijo que comería tierra en todos los días de su vida, le impuso la pena de no alimentarse sino de los insectos que se arrastraran en el suelo.

Y no se diga que admitida esta interpretación, se seguiría que todo este período ó capítulo debería tenerse como una mera alegoría; porque una cosa es referir un hecho sirviéndose de palabras tomadas en sentido metafórico, y otra es ocultar un hecho ó una máxima bajo el follaje de una alegoría.

Pero si la serpiente fué solo el instrumento ¿por qué lo castigó Dios? La serpiente es castigada porque es una ley invariable en el Antiguo Testamento, que todo animal que ha servido al pecado, sea castigado con el pecador, para inspirar al hombre mayor aversión al mal. Pero del modo conque habla Dios al demonio, se sigue que él no es considerado como el verdadero culpable, sino sólo como una máscara de que se ha servido el demonio. En el primer miembro de la frase contenida en el versículo 15 del tercer capítulo del Génesis, la raza de la serpiente se contrapone á la raza de la mujer; pero en el segundo no es sobre la raza del reptil sino sobre el reptil, sobre quien reportará la victoria. *Ella* (la raza de la mujer) *quebrantará tu cabeza y tú* (no tu raza) *asecharás á su calcañal*. De modo que la serpiente no muere como Eva; no será el animal el que será aplastado, sino el enemigo de Dios y del hombre.

CAPITULO VII.

Los Hombres Antediluvianos.

La longevidad de los primeros hombres que llegaban hasta 969 años, ha dado motivo desde antes de la era cristiana, á las más vehementes objeciones contra el carácter histórico del Génesis. En el primer siglo de nuestra era, Josefo, se empeña en sus *Antigüedades judáicas*, en justificar el relato bíblico. Muchos Padres de la Iglesia, entre otros, San Agustín, hicieron lo mismo durante los siglos siguientes y todavía hoy, que no faltan adversarios, para quienes se hace imposible creer que el hombre haya podido vivir de 700 á 900 años, todos los apologistas de la Escritura, tratan bajo diversos puntos la cuestión, demostrando que la ciencia nada cierto puede oponer á la longevidad de los hombres antediluvianos.

Otro de los puntos que sirven de piedra de escándalo á la incredulidad, es la existencia de los gigantes de que habla Moisés y que muchos suponen nacidos en la unión de los hijos de Dios y las hijas de los hombres.

I. LA LONGEVIDAD DE LOS PATRIARCAS.

“Es necesario confesar, dice M. Glaire, que ésta duración prodigiosa de la vida de los primeros hombres, sobre todo cuando se la compara con la brevedad de la nuestra, es una de las cosas más admirables que se encuentran en la historia del mundo antes del diluvio.”

Por eso ya desde el tiempo de San Agustín, como acabamos de decir, se habían hecho no pocos ensayos para reducir á un período más eorto la vida de los primeros hombres, pretendiendo que sus años se componían solo de treinta y seis días, pero el autor del Génesis no dice una sola palabra de la que se pueda deducir que el año de que habla con frecuencia, tenga un valor diferente según que se encuentra en tal ó cual capítulo de su obra. La mención que hace del séptimo y del décimo mes del diluvio, en los capítulos VII y XIII, muestra por el contrario que los meses eran muy distintos del año y que éste se componía, por lo menos, de trescientos sesenta días. Por lo demás, no dejaremos de observar con San Agustín que habiendo Seth engendrado á los ciento cinco años y Cainan á los setenta, si se aplicara á éstas cifras la reducción indicada, resultaría que éstos patriarcas fueron padres á la edad de diez ó de siete años.

El resultado de los estudios de la exége-

sis, á este respecto, dice Reusch (1) debe ser, que según el Génesis, los patriarcas vivían mucho más de lo que viven los hombres en la actualidad; la duración de su vida en la época antediluviana era diez veces la de hoy.... Flavio Josefo refiere que los historiadores de los pueblos antiguos, tales como Manteon y Beroso, hablan de la grande duración de la vida de los primeros hombres, como de un hecho conservado por la tradición en los lugares en donde vivieron. Estas tradiciones se extendieron entre muchos otros pueblos desconocidos á Josefo, pero de los que hoy tenemos exacta noticia.

«Pero, se nos replica: ¿esta longevidad acaso no es imposible? Creo que podemos responder sencillamente con Curtz (2): "La cuestión de la posibilidad de una vida de quinientos, seiscientos ó novecientos años en los primeros tiempos del género humano no es del resorte de la fisiología ó de la biología actual. El biólogo que habla de imposibilidad en este punto sale de la reserva que le impone la verdadera ciencia." La única regla según la que, pudiera la fisiología determinar la duración de la vida, es la experiencia; pero sus observaciones se reducen exclusivamente á la época actual, y sus conclusiones deben reducirse á ésto: de que en las condiciones presentes de la naturaleza, el hombre no pueda llegar á una edad tan avan-

[1] La Bible et la Nature, p. 532.

[2] Geschichte des alten Bundes, t. I. p. 74.

zada como aquella á que llegaron los patriarcas, no se sigue que en aquellas condiciones tal longevidad haya sido imposible. Al contrario la absurda pretensión de la biología, de llegar á encontrar el medio de vivir perpétuamente, indica por lo menos que la longevidad de los patriarcas no puede ser juzgada como imposible por la ciencia.

Además, aun hoy se encuentran ejemplos no raros, de personas que han excedido considerablemente la edad ordinaria y han vivido de 150 á 200 años. Prichard cita muchos ejemplos de esta naturaleza y según los viajeros modernos, esta longevidad no es rara entre los árabes que habitan los desiertos del Africa. Pues bien, si en nuestra época la duración de la vida puede en circunstancias muy favorables, llegar al doble ó triple de la duración fijada como media por la fisiología ¿quién se atreverá á juzgar imposible el que en circunstancias más favorables aún, los hombres llegaran á una edad diez veces más avanzada? No apoyándose sino en los datos actuales, es imposible á la ciencia negar ó afirmar la realidad de esas circunstancias en la remota antigüedad.

Nada sabemos con certeza sobre la naturaleza de las causas que permitían á los hombres llegar á tan avanzada edad. El medio en el que vivían y su misma constitucion física no eran probablemente las mismas que hoy, sino diferían lo bastante para hacer posible tal longevidad. Antes del diluvio, las condi-

ciones climáticas eran diferentes con toda probabilidad de lo que son hoy; puede ser que esta circunstancia influyera en algún modo sobre la larga duración de la vida de los primeros hombres, si ella no fué su única causa.

II. LOS GIGANTES.

En el capítulo sexto del Génesis se nos refiere que "cuando los hombres empezaron á multiplicarse sobre la tierra, y hubieron engendrado hijas, los hijos de Dios, *bene ha-Elohim*, viendo que las hijas del hombre *be-sat ha-Ahadam* eran hermosas, buscaron entre ellas sus esposas. Y el Señor dijo: "No permanecerá mi espíritu por siempre en el hombre, porque es de carne. . . . Había en estos días gigantes, *nefilim*, sobre la tierra y así después que los hijos de Dios se unieron á las hijas de los hombres y que éstas dieron á luz; estos son los fuertes *gibborim*, hombres famosos desde la antigüedad."

Este corto pasaje ha dado lugar á numerosas dificultades, pues encierra alusiones muy oscuras para nosotros. ¿Quiénes eran los hijos de Dios y las hijas de los hombres? ¿Quiénes eran los *nefilim* y los *gibborim*? Los *nefilim*, según la interpretación común, son los gigantes, aunque la raíz de este nombre *nafal* que significa caer, haga la etimología difícil de explicar. Su nombre es por consiguiente misterioso y en cuanto á

su historia, nos es de todo punto desconocida. La Escritura, que es la única que pudiera darnos luz en el asunto, nada nos enseña sino su nombre, y nada nos dice sobre su genealogía. Se ha dicho mucho que nacieron de la unión de los hijos de Dios con las hijas de los hombres, pero el texto no lo dice. Lo que en él leemos es que había gigantes sobre la faz de la tierra y que cuando los hijos de Dios se unieron á las hijas de los hombres, éstas dieron á luz, los *gibborim*. Esta palabra ha sido traducida como sinónimas de *nefilim*, gigantes por los setenta; pero ella es muy diferente é implica la idea de fuerza independientemente de la estatura. El texto original no establece relación alguna entre los *nefilim* y los *gibborim*; nada indica que hayan existido dos especies de *nefilim* ó gigantes; los que precedieron al matrimonio de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y los que resultaron de esta unión. Se puede por consiguiente decir sobre este asunto cuanto se quiera; nosotros no tenemos que defender á la Biblia sobre puntos que no contiene.

Con relación á la existencia de los gigantes, muchas tradiciones antiquísimas han conservado su recuerdo. Los monumentos asirios representan con frecuencia al héroe Izdubar como de una talla gigantesca. Los Titanes son célebres en la mitología griega. La India, la Persia, la Germania conservaron memoria de sus gigantes y los mexica-

nos refieren que en la segunda época, *Taltoniatuh*, ó en la edad de la tierra, los gigantes fueron aniquilados por la conmoción que causó la ruina del mundo. Según los peruanos, abordaron á su país en otro tiempo algunos gigantes, que se hicieron culpables de toda clase de crímenes y que perecieron en castigo de su inmoralidad.

Pasando ahora á explicar lo que se debe entender por hijos de Dios é hijas de los hombres, diremos que un gran número de críticos incrédulos y de comentadores protestantes sostienen que los hijos de Dios son los ángeles que tomaron cuerpos fantásticos para verificar estos enlaces, y de allí concluyen que se trata aquí de una fábula. Pudieran ellos alegar en favor, no de su conclusión, sino de su interpretación, el sentir de algunos Padres de la Iglesia que florecieron en los primeros siglos y de hecho no han dejado de aducir su testimonio. Nosotros reconocemos que los intérpretes judíos y algunos cristianos han pensado en efecto que los de Dios eran los ángeles.

Pero tanto unos como otros fueron inducidos á este error por la idea falsa que tenían de la naturaleza de los espíritus celestiales, á los que atribuían un cuerpo semejante al nuestro, y por su respeto injustificado al libro apócrifo de Henoch se olvidaron de que Nuestro Señor Jesucristo dijo que los ángeles no se casaban [1].

(1) S. Mat. XXII. 30.

Los incrédulos pretenden, es verdad, que no nos debe sorprender el que los primeros cristianos creyeran en las fantasmagorias del libro de Henoch, porque según ellos; el apóstol San Judas, creía en ellas y enseñaba al trasladar en su Epístola alguno de sus pasajes, á venerar este escrito fabuloso cual si fuera la palabra de Dios. El mal está en que todas estas consecuencias no se siguen de las palabras del Apóstol y ni siquiera prueban que él haya tenido conocimiento de éste libro apócrifo.

Suponiendo, además, que él lo hubiera conocido y aún que lo hubiera citado, su cita en manera alguna probaría ser el apóstol de opinión que los hijos de Dios de que habla Moisés son los ángeles. "Hench ha profetizado, diciendo: Hé aquí al Señor con un millón de santos que viene á juzgar á los hombres." Tales son las espresiones de San Judas. Pudo muy bien haber tomado esta profecía de la tradición oral y no de un texto escrito; pero aun cuando lo hubiera tomado de esta última fuente, su lenguaje no encierra alusión alguna á la cuestión que tratamos aquí, y en vano se pretende alegar su testimonio en favor de la interpretación de Lactancio y de Tertuliano. Aunque hubiera alabado el libro de Henoch, porque en él se contenía un hecho verdadero, no se seguiría que aprobaba todo cuanto se contiene en este libro apócrifo.

Además del pretendido testimonio de San

Judas, los incrédulos se sirven de otro argumento, que toman de la filología. Los *bene-Elohim* ó hijos de Dios, nos dicen, designan á los ángeles en el libro de Job y en el de los Salmos, luego debe esta frase interpretarse del mismo modo en el Génesis.

Negamos absolutamente la paridad. De que la espresión *bene-Elohim* signifique ángeles en el libro de Job y en los Salmos, no se sigue que tenga el mismo sentido en el Pentateuco. Jamás ni en el Pentateuco ni en otro escrito en prosa del Antiguo Testamento los ángeles son llamados hijos de Dios, aunque de ellos se hable con bastante frecuencia; sino que son llamados *enviados* de Dios: *male-ak*. Si pues Moisés hubiera querido hablar de los ángeles en el capítulo VI del Génesis, los habría designado con la palabra *male-akim*, como lo hizo en los capítulos XVI, XIX, XXIV, XXVIII y XLVIII. Por *hijos de Dios* entiende los hombres que habían permanecido fieles á Dios, lo mismo que por *hijas de los hombres* entiende las que se habían dejado llevar de las pasiones humanas. La frase por sí misma significa criaturas de Dios, hechas á su imágen: por consiguiente no conviene menos á los hombres que á los ángeles; los hombres son llamados *hijos del Altísimo* en los Salmos; *hijos de Jehovah, su Elohim* en el Deuteronomio, é hijos del *Dios vivo* en Oseas, no es por consiguiente extraño que en el Génesis se les llame *hijos de Dios*.

CAPITULO VIII.

El Diluvio.

La palabra *diluvio* en su acepción ordinaria, significa la gran inundación que destruyó el género humano, excepto Noé y su familia, en castigo de la corrupción de costumbres que reinaba en todos ellos. En *geología*, se dá el nombre de *diluvium*, á formaciones de cantos y de limo que se dicen efecto de las vastas inundaciones que precedieron el período actual. La narración de este hecho tan importante, se contiene en los capítulos VI, VII y VIII del Génesis. Trataremos en el presente capítulo: 1º de demostrar por las tradiciones de todos los pueblos, la realidad del diluvio: 2º De examinar las relaciones que existen entre el diluvio y la Geología y 3º De dilucidar ante la Hermenéutica y la Ciencia, la moderna opinión de la no universalidad del diluvio.

I. EL DILUVIO Y LA HISTORIA.

El gran objeto de todas las tradiciones, dice el Abad Lambert, es el Diluvio, y no hay un solo hecho en la historia de los siglos, que se haya grabado más profundamente en la memoria de los hombres. Vamos á citar las tradiciones de los principales pueblos, tanto orientales como occidentales, comenzando por estos últimos.

1.º *Los mexicanos*. Varios pueblos del

Judas, los incrédulos se sirven de otro argumento, que toman de la filología. Los *bene-Elohim* ó hijos de Dios, nos dicen, designan á los ángeles en el libro de Job y en el de los Salmos, luego debe esta frase interpretarse del mismo modo en el Génesis.

Negamos absolutamente la paridad. De que la espresión *bene-Elohim* signifique ángeles en el libro de Job y en los Salmos, no se sigue que tenga el mismo sentido en el Pentateuco. Jamás ni en el Pentateuco ni en otro escrito en prosa del Antiguo Testamento los ángeles son llamados hijos de Dios, aunque de ellos se hable con bastante frecuencia; sino que son llamados *enviados* de Dios: *male-ak*. Si pues Moisés hubiera querido hablar de los ángeles en el capítulo VI del Génesis, los habría designado con la palabra *male-akim*, como lo hizo en los capítulos XVI, XIX, XXIV, XXVIII y XLVIII. Por *hijos de Dios* entiende los hombres que habían permanecido fieles á Dios, lo mismo que por *hijas de los hombres* entiende las que se habían dejado llevar de las pasiones humanas. La frase por sí misma significa criaturas de Dios, hechas á su imágen: por consiguiente no conviene menos á los hombres que á los ángeles; los hombres son llamados *hijos del Altísimo* en los Salmos; *hijos de Jehovah, su Elohim* en el Deuteronomio, é hijos del *Dios vivo* en Oseas, no es por consiguiente extraño que en el Génesis se les llame *hijos de Dios*.

CAPITULO VIII.

El Diluvio.

La palabra *diluvio* en su acepción ordinaria, significa la gran inundación que destruyó el género humano, excepto Noé y su familia, en castigo de la corrupción de costumbres que reinaba en todos ellos. En *geología*, se dá el nombre de *diluvium*, á formaciones de cantos y de limo que se dicen efecto de las vastas inundaciones que precedieron el período actual. La narración de este hecho tan importante, se contiene en los capítulos VI, VII y VIII del Génesis. Trataremos en el presente capítulo: 1º de demostrar por las tradiciones de todos los pueblos, la realidad del diluvio: 2º De examinar las relaciones que existen entre el diluvio y la Geología y 3º De dilucidar ante la Hermenéutica y la Ciencia, la moderna opinión de la no universalidad del diluvio.

I. EL DILUVIO Y LA HISTORIA.

El gran objeto de todas las tradiciones, dice el Abad Lambert, es el Diluvio, y no hay un solo hecho en la historia de los siglos, que se haya grabado más profundamente en la memoria de los hombres. Vamos á citar las tradiciones de los principales pueblos, tanto orientales como occidentales, comenzando por estos últimos.

1.º *Los mexicanos*. Varios pueblos del

Anahuac en sus pinturas representaban á Noé, á quien llamaron Coxcox, Cipactli ó Tepzi sentado junto á su esposa Xochiquetzal en una nave que vogaba en medio de las aguas. En una pintura descrita por Humboldt, además del dicho Coxcox, se ve el nombre de Colhuacan saliendo de las aguas, en cuya cima se encuentra un árbol desde el que una paloma distribuye las lenguas á los hombres mudos. Esta pintura fué hecha por el P. Pedro de los Ríos, en el año de 1566, según los manuscritos que se hallaron en Cholula, cuando fué ocupada por Cortés.

29. *Los Iroqueses* de la América Septentrional, contaban que un perro anunció á su amo que la tierra se vería cubierta de agua y le mandó que se encerrase en un cofre para no perecer.

30. Los habitantes de las islas *Fidji* dicen que después de que el primer hombre y la primera mujer habitaron en su isla, cayó del cielo una lluvia tan abundante, que desapareció todo el suelo bajo las aguas; pero antes de que se cubrieran las alturas, aparecieron dos naves, conducidas, la una, por el Bokora el dios de los carpinteros, y la otra por Rokola, el principal de ellos, en las que se salvaron ocho almas.

40. *Los Chinos*, representan á Iao, bajo el que el mundo pereció envuelto en las aguas, ocupado en secar la tierra, y refieren que Tohi se salvó con tres hijos y tres hijas.

5.º *Los Persas* unen íntimamente en sus

tradiciones el diluvio con su cosmogonía y atribuyen este cataclismo á la corrupción de los hombres por Ahirimán. En él perecieron todos los cuerpos, aunque después de algún espacio de tiempo volvieron á su antiguo lugar.

6.º *Los Hindous* en su Magabarata-Bagabadam refieren de este modo la historia del diluvio: "Cuando se corrompió todo el linaje de los hombres, excepto los siete Rechis (ó patriarcas de la India), reinando Satyaavrata, Brahma bajo la forma de un pez se le apareció y le anunció el próximo diluvio y el estermio de todos los animales, mandándole al mismo tiempo que construyera una grande y sólida nave en la que él, con los siete Rechis y la simiente de las plantas se librasen de la destrucción. Lo que de hecho sucedió, y la nave levantada en alto por las aguas del diluvio, al fin se detuvo en la cima del monte Hiranam, donde después Vishnou se apareció á los patriarcas sobrevivientes y les enseñó muchas cosas acerca de la religión." [1]

7.º Los Egipcios aunque con menos claridad que los otros pueblos, conservaron la misma tradición en algunos de sus monumentos, entre ellos en la inscripción mitológica del sepulcro de Seti I. que publicó Mr. Eduard Laville—Transactions of the Society of Biblical Archaeology Jun. 1875.

1. W Jones. Asiatic Researches 1832.

8.º *Los Sirios* mostraban en un templo antiguo que está cerca de Hierapolis en la Frigia una profunda caverna por la que pretendían se habían retirado las aguas del diluvio.

9.º *Los Armenios* conservaron la tradición del arca cuyas reliquias se conservaban en la cima de una de sus montañas.

10.º *Los Caldeos* más que ningún otro pueblo conservó con más pureza y fidelidad la historia del diluvio. Además de la tradición de Xisurthro que se salvó en una arca por disposición de Dios, tenemos el largo poema de Izdubar descubierto y publicado por Jorge Smith en el *Daily Telegraph*.

Este poema dividido en doce cantos fué hecho en el Siglo VII antes de la era cristiana, en tiempo de los reyes de Ninive y copiado de un escrito antiquísimo que existía en Erech la Atenas Caldea. Contiene la historia de Izdubar célebre en los azahares de la caza y de la guerra, quien temiendo la muerte pregunta á cierto Hassisadra, el secreto de su inmortalidad y éste le responde con la historia del diluvio. No podemos transcribir aquí todo el poema íntegro á causa de su magnitud pero bastará indicar los diversos puntos que comprende.

- 1.º El precepto de construir el arca.
- 2.º Dimensiones del arca.
- 3.º La enumeración de los hombres y animales que se han de salvar en ella.

4.º Edificación del arca y el betun de que debía estar calafateada.

5.º Preparación de los alimentos, entrada en el arca, que es cerrada por la parte de afuera.

6.º Descripción, duración y objeto del diluvio.

7.º El arca se detiene en la cima de un monte, es abierta su ventana y enviadas varias aves para reconocer la tierra.

8.º Salida del arca, el sacrificio ofrecido por los hombres sobrevivientes y aceptado por Dios.

Todos estos puntos contenidos en el poema de Izdubar, y casi calcados sobre el relato de Moisés, exceptuando las fábulas monstruosas de que se halla mezclado, nos demuestran que los caldeos desde los primeros años de su historia tuvieron vivo el recuerdo del diluvio.

Entre los monumentos de la antigüedad destinados á perpetuar la memoria de este cataclismo, hablaremos:

1.º Del Sarcófago que encontró Belsoni en las ruinas de Tebas en el que están representadas ocho figuras de hombre dentro de una nave y otras muchas fuera de ella y nadando en las aguas. [1]

2.º En el año de 1765 se encontró en el campo Romano cerca de la Ciudad, un vaso de barro, en el que con otros muchos objetos

[2] Monthly Magazine May. 1825.

se hallaron varias figuras de hombres y de animales, de modo que todo el vaso, según la opinión de insignes arqueólogos representaba el arca. Los animales pareados pertenecen á varios géneros de cuadrúpedos, aves, y reptiles y los hombres aparecen como escapados de una grande inundación. (1)

3.º Citaremos tambien algunas medallas encontradas en Apamea en la Frigia en las que se vé esculpido un cofre flotando sobre las aguas, del que salen hasta medio cuerpo un hombre y una mujer. Fuera de esta Arca, vese una paloma con un ramo de verde olivo en el pico. En algunas de ellas se lee el nombre de *NOE* escrito en caracteres griegos. (2)

Concluyamos, pues con el Ab. Lenormant, que la tradición del diluvio es entre todas las que se refieren á los primeros tiempos, de la humanidad, la tradición universal por antonomasia.

II. EL DILUVIO Y LA GEOLOGÍA.

No hace muchos años que los geólogos aún los más insignes como Cuvier, Humboldt, Buckland etc., creyeron encontrar escrita en la superficie de la tierra, la narra-

(1) Blanchini: La Storia Univ. provata con monumenti etc p. 178.

(2) Ekkell Doctrina Nummorum Veterum. Viena 1793.

ción mosaica del diluvio, tanto en las formaciones más recientes, cuanto en los restos paleontológicos que se han encontrado, y que dieron en llamar *reliquias diluvianas*, de modo que además de las pruebas históricas aducidas, el diluvio podría demostrarse también por la Geología. A este objeto se dirigieron los esfuerzos de varios otros sabios modernos entre ellos del Abate Lambert en su obra "Le Deluge Mosaïque l'Historie et la Geologie." Trataremos brevemente de exponer el estado de la cuestión y resolverla convenientemente.

1.º El terreno cuaternario, medio entre el terciario y el actual está compuesto en casi toda la redondez de la tierra de una capa de cuarzo rojizo, arcilla, arena y cantos rodados. En esta capa los primeros observadores creyeron encontrar los vestigios del diluvio de Noé, atribuyendo los sedimentos que en ella se encuentran á esta grande inundación y denominaron *diluvium* al terreno que los encierra. Los geólogos actuales, conservando el nombre de *diluvium* á esta formación niegan absolutamente que ella sea efecto del diluvio mosaico. Dicen y con razón, que el periodo cuaternario ó postpliocénico para producir en casi toda la superficie de la tierra estos sedimentos no pudo ser de tan corta duración, cual lo fué la de la permanencia de las aguas sobre la superficie de la tierra en el año que duró el diluvio. Igualmente enseñan que esta formación

no pudo ser efecto de un cataclismo violento, sino el resultado de una larga série de revoluciones diversas y conformes á las leyes ordinarias de la naturaleza, en las que el agua juega un papel importante aunque no esclusivo. Si el diluvio noaquico ha sido un agente de estas revoluciones, no fué solo.

2.º Otra prueba del diluvio suministraron á los antiguos geólogos los *cantos rodados* ó erráticos (Blocks erratiques). Entiéndese con este nombre grandes masas de roca que desprendidas del lugar de su origen han sido transportadas á grandes distancias en toda la Europa septentrional; en la Gran Bretaña, en las costas escandinavas, en la Alemania del Norte y en una gran parte de la Rusia. Encuéntrase igualmente en Asia, sobre las montañas del Himalaya, en el Líbano, en el Sinaí, en los Estados Unidos, en Nueva Zelanda lo mismo que al Norte y al Sur de los Alpes occidentales. Humboldt, Leopoldo de Buch y otros supusieron que estas rocas habían sido transportadas por las aguas, y una vez sentada esta aserción fácil era ver en ellas otros tantos testigos del diluvio mosaico.

Pero la explicación imaginada por esos sábios ha sido hoy abandonada, á causa de las dos dificultades insuperables que ofrece: ¿cómo una inundación ha podido dislocar masas rocallosas de más de diez mil metros cúbicos? Está además en contradicción con la observación exacta de los blocks cuyos án-

gulos no están quebrados y redondeados como lo estarían ciertamente si hubieran sido rodados por las aguas.

La existencia, pues, de los cantos erráticos se explica hoy por la acción de los glaciares, siendo los hielos flotantes los que los han acarreado á prodigiosas distancias.

3.º La tercera prueba en la que principalmente se apoya el Abate Lambert, es la existencia de las cavernas de osamentas y de brechas huesosas, en las que se encuentran mezclados y confundidos los despojos de esqueletos humanos y de animales en casi todos los puntos del globo. Es posible en efecto, y ningún sábio podrá demostrar lo contrario que algunos de estos depósitos hayan tenido origen en la gran catástrofe, referida en el Génesis; pero para que la prueba fuese sólida sería necesario que dichos depósitos no pudiesen reconocer otra causa que el diluvio, y no las inundaciones parciales, habitación de las cavernas por los hombres primitivos, etc., lo cual nunca llegará á probarse.

4.º Ultimamente el P. F. Juan T. González Arintero O. P. ha creído encontrar una sólida prueba geológica del diluvio en la última capa del diluvium llamada lehm ó loess (tierra ó lodo de alfareros). El encontrarse en casi toda la superficie del globo, el hallarse en ella muchos despojos del hombre y de la fauna cuaternaria y finalmente su homogeneidad en todos los lugares, así como

su ninguna estratificación, que hace sospechar que ella no es efecto de inundaciones sucesivas, mueven al esclarecido autor que acabamos de citar, á mirar al loess como el testigo perpetuo del diluvio mosaico. Pero queda siempre la dificultad de que una inundación tan pasajera como el diluvio, que apenas duró un año no pudo efectuar una formación universal que si en Europa tiene de 10 á 15 metros de espesor, en la China, país clásico del loess llega á medir 400. Si fuera cierto que los geólogos no pueden explicar la existencia del loess, como consecuencia del período glacial, todavía tendría que hacerse mucho camino para probar que fué efecto del diluvio.

En consecuencia, concluimos citando las palabras del célebre Abate Moigno. (Los Esplendores de la Fé, Tom. III p. 193). "El diluvio nada tiene que ver con la geología; la geología había terminado hacía mucho tiempo, cuando el diluvio sobrevino, y nosotros aprobamos enteramente las palabras del M. Abate Maupied cuando dice: "No pretendemos de ninguna manera probar el diluvio por la geología. El diluvio es ante todo un hecho moral é histórico; la geología no podrá desmentirlo jamás, bien que no nos atrevemos tampoco á decir que ella pueda jamás confirmarlo."

III. LA UNIVERSALIDAD DEL DILUVIO.

El estudio comparativo de la terminología escrituraria, así como el deseo de encontrar más aparente acuerdo entre la Biblia y las observaciones científicas ha llevado á no pocos y esclarecidos exégetas modernos á negar la universalidad del cataclismo acaecido en tiempo de Noe y llamado diluvio. Por más que esta opinión sea moderna, si atendemos á su forma, científica, llamémosla así, no faltaron en los primeros siglos de la Iglesia, quienes como San Agustín pusieran un límite á la universalidad del diluvio, creyendo que no todas las montañas habían quedado sepultadas bajo las aguas. En la edad media los escolásticos esceptuaban de esta terrible inundación algunos lugares de la tierra, y entre ellos el que ocupaba el paraíso terrenal, y la montaña en que colocaban el purgatorio como se ve en la Divina Comedia del Dante.

En el Siglo XVI de una manera más científica trató la cuestión Vosio, en un libro que fué presentado á la censura de la Inquisición Romana en 1685, y sobre el que dió un juicio Mabillon, opinando que la sentencia que negaba la universalidad del diluvio, no era contraria al texto del Génesis, ya que las palabras de este libro en que se trata de un diluvio universal, muy bien podían admitir un sentido restringido. Este parecer fué de la unánime aprobación de los Emos.

Cardenales Inquisidores, si bien la obra de Vossio fué proscrita por otras proposiciones asaz sospechosas que contenía. En la actualidad, los más insignes apologistas de la Escritura como el P. Pianciani, Vigouroux, el Cardenal Gonzalez etc. niegan la universalidad del diluvio sin que por eso falten otros sabios que crean se deben tomar á la letra las frases de Moisés, por ejemplo el Abate Moigno, Gonzalez Arintero y otros.

Antes de tratar de resolver la cuestión es conveniente que distingamos con cuidado la universalidad geográfica de la universalidad antropológica. Admiten la universalidad geográfica, los que dicen que toda la tierra, hasta las cimas del Himalaya quedaron cubiertas por el agua. Admiten la universalidad antropológica los que negando que la tierra toda hubiese sido sumergida, y suponiendo que el género humano todavía no poblaba sino una porción limitada del globo, afirman que todos los hombres, excepto Noe y su familia, perecieron en esa inundación. No faltan exégetas que nieguen aun esta última universalidad al diluvio, entre ellos el Cardenal Zeferino Gonzalez, diciendo que el diluvio solo castigó á los descendientes de Seth que habitaban la Armenia y la Mesopotamia.

Después de examinadas con el mayor detenimiento que nos ha sido posible las razones en que se fundan ambos sistemas, nos atrevemos á negar la universalidad geográfi-

ca y admitir la antropológica, asentando que si bien todos los hombres perecieron en el diluvio, no toda la tierra quedó cubierta con sus aguas. Vamos á esforzarnos en demostrarlo.

1.º *Demostración de la no-universalidad geográfica del diluvio.* Para proceder con orden en esta importantísima cuestión es preciso que ante todo dejemos probado que esta sentencia no se opone al sagrado texto. Es verdad que en el relato de Moisés, se dice expresamente: *que las aguas cubrieron toda la tierra, que se cubrieron todos los montes que están bajo todo el cielo, que el nivel del agua subió quince codos sobre las más altas montañas.* (Gén. VII. 19.) pero la comparación de este lugar con varios otros del mismo Pentateuco y de los demás libros sagrados nos hace ver con claridad, que nos es lícito admitir estas palabras con las mismas restricciones que nos vemos obligados á admitir en los otros lugares.

Así por ejemplo en el capítulo XLI. del Génesis Moisés nos dice: *Hubo hambre en todo el orbe de la tierra. . . . Crescía todos los dias el hambre en toda la tierra. . . . Todas las regiones acudian al Egipto á proveerse de víveres.* Es evidente que estas palabras no pueden entenderse sino de los pueblos que habitaban la tierra de Canaan, pues sería un absurdo creer que los lapones, los americanos y los de más remotas islas acudian al Egipto á proveerse de víveres y que los graneros de Faraon bastaban para surtir á todos ellos.

En el libro del Deuteronomio, capítulo II, verso 25 Dios dice á Moisés: *Hoy comenzaré á poner terror y miedo de ti en todos los pueblos que habitan debajo del cielo.* En el tercer libro de los Reyes X 24. leemos que *toda la tierra deseaba ver el rostro de Salomón.* San Lucas hablando de la venida del Espíritu Santo dice que se hallaban reunidos en Jerusalem *hombres de todas las naciones que hay debajo del cielo.* Estas expresiones tan universales cual las que emplea Moisés al hablar del diluvio, no pueden entenderse sin restricción; luego al espíritu de la Biblia, al sentido genuino del Génesis no choca el limitar la extensión geográfica del diluvio.

Además es una regla admitida por todos los intérpretes, que la Escritura debe entenderse según la mente del autor, y de un modo adaptado á aquellos para quienes escribe. Ahora bien, en el momento de la gran catástrofe toda la tierra habitable, no estaba de hecho habitada y Noé así como Moisés no entendían por la tierra entera todo el globo terrestre tal como nos es conocido en la actualidad, después del descubrimiento de la América y después de todas las exploraciones modernas, sino la parte del mundo entonces poblada.

“No somos injustos para con Noé y sus hijos, ni con el libertador de Israel, dice el P. Pianciani, cuando suponemos que lo mismo que sus contemporáneos y sus próximos descendientes, ignoraban la existencia de la

América y de la Australia y nada sabían sobre esas regiones y aun sobre otras bastante apartadas del mundo antiguo, como por ejemplo el Cabo de Buena Esperanza; que ellos no tenían sobre la forma particular de estos países y en general que sus conocimientos sobre Geografía, y Zoología no eran más escasos que los que después tuvieron Plinio, Aristóteles, Hiparco y Tolomeo.”

A medida que la ciencia geográfica y zoológica se ha desarrollado, se han extendido á todos los países y á todos los animales nuevamente descubiertos, lo que en el Génesis se dijo, de los países y animales de entonces, se ha atribuido á las palabras de la Biblia el sentido que tendrían en la boca de un hombre que vive en otros lugares y en otros siglos, en Europa por ejemplo y en el siglo XIX, siendo así que es preciso darles el sentido que tenían en la pluma de un escritor, que vivió en los confines del Asia y del Africa 1500 años antes de la era cristiana.

Una vez que dejamos demostrado que la sentencia de la no-universalidad del diluvio no repugna al sentido ó espíritu de la escritura, tocamos exponer las razones que nos mueven á darle la preferencia. La primera prueba nos la proporciona la prehistoria, el atento registro de las superiores capas de la tierra. Si el diluvio hubiérase extendido á toda la tierra, de modo que ninguna de las especies se hubiera salvado fuera del arca encontraríamos en la superficie del globo las

huellas de las dos grandes peregrinaciones de los animales, una para dirigirse al arca y la otra, finalizado el diluvio, para volverse á sus regiones. No es posible en efecto creer que en ambas peregrinaciones ninguno de los individuos de estas especies perecieron no obstante las prodigiosas distancias que debieron recorrer, los diversos climas á que tuvieron que sujetarse, los obstáculos insuperables que se vieron obligados á franquear y la carestía de los alimentos adecuados á su organismo.

Pues bien, ninguna huella se ha encontrado de estas peregrinaciones, ningún esqueleto, ningún fósil de ellas nos han devuelto las entrañas de la tierra, cuidadosamente registradas; siendo de notar un hecho que parece inexplicable en la universalidad del diluvio. En efecto, parece increíble que las especies de animales, más fáciles y dispuestos para moverse de un lugar á otro y más ligeros de la carrera, como el caballo, los venados etc se hayan quedado en las cercanías del arca, mientras que los más tardos y pesados como los desdentados, entre ellos el Perezoso que en su vida no llega á caminar una distancia de veinte metros, fueron precisamente los que emigraron á las apartadas regiones de la América y Oceanía.

De propósito dejamos para el segundo lugar la prueba tomada de la parsimonia con que debemos cuidar de no multiplicar el milagro cuando un hecho puede explicarse de

un modo natural. No tratamos de poner límites á la omnipotencia divina, confesamos que á Dios no es más difícil hacer un milagro, que cien milagros; pero siendo el milagro un hecho extraordinario estamos en la obligación de no admitirlo sino cuando nos conste directamente su existencia ó cuando un hecho que nos conste con evidencia sería inexplicable ó imposible sin la intervención de un milagro.

Conforme á estos principios, deberíamos creer en el hecho del diluvio aun cuando fuera necesario para explicarlo admitir los mayores milagros; pero desde el momento en que las palabras del Génesis en que se refiere este hecho pueden explicarse sin acudir á ese cúmulo de milagros que sería necesario admitir en la sentencia de la universalidad geográfica del diluvio, todo intérprete que quiera obrar de acuerdo con las reglas de la sana exégesis no puede vacilar en abrazar la tesis de la no-universalidad.

En efecto, admitida esta sentencia: 1.º no habría necesidad del doble milagro de la creación de aguas para inundar la tierra en el diluvio, y de su aniquilamiento después del cataclismo, ó bien del no menor milagro de que las aguas siderales, á que acuden los partidarios de la universalidad absoluta, bajaran á cubrir la tierra y luego contra todas las leyes de la gravedad recobrarán sus primitivos sitios. Porque suponemos no habrá quien se empeñe en asegurar que las

aguas pluviles y los desbordamientos de rios y mares son suficientes á cubrir toda la tierra hasta quince codos encima de las más altas montañas. Toda vez, dice el Cardenal Gonzalez, que el semidiámetro de la tierra es de 6,371 kilómetros, resulta que á la superficie de la misma corresponden más de 510 millones de kilómetros cuadrados. Si colocamos ahora sobre esta superficie una capa de agua de nueve kilómetros de espesor resultará que la masa ó cantidad de agua que se necesita para cubrir toda la tierra hasta la altura espesada se eleva en números redondos á 4597 millones de kilómetros cúbicos.

Ahora bien, si doblamos la cantidad de agua arrojada por las lluvias torrenciales más violentas, entre cuantas han sido observadas y medidas, solo resultará una capa de unos 800 metros, suponiendo que esa lluvia continuase cayendo sobre toda la tierra por espacio de cuarenta días con sus noches sin interrupción alguna. Resulta de esto que aun haciendo caso omiso, de la dificultad no pequeña de señalar origen y alimento á semejante lluvia torrencial por espacio de tantos días y noches seguidos, habremos de tropezar siempre con una dificultad mayor, con la grave dificultad de buscar aguas para llenar la diferencia que existe entre 800 y 9.000 metros, entre la masa y cantidad de agua que se necesita para formar al rededor de la tierra una capa de 800 metros de espesor y otra de 9.000.

2.º No son necesarios milagros menores para explicar la llegada de los animales al arca, así como su colocación y alimentación en ella. En efecto, muchos de ellos eran y son peculiares á zonas muy apartadas del Asia. El Aí ó perezoso para que desde la América Meridional pudiese llegar á la Mesopotamia, necesitaría nada menos que 20.000 años, y esto suponiendo que encontrase vado á través del oceano. Esta dificultad se hace mayor si consideramos que muchas especies de animales que solo viven en determinadas zonas por razón del clima y de la alimentación, no lo hubieran hallado en tan distintos lugares y en tan larga peregrinación.

Dificultad no menos grave ofrece el incluir un par de animales de cada especie en el arca. Por más que la capacidad de esta, no nos sea conocida de un modo exacto, desde el momento en que no podemos determinar la longitud del codo mosaico; podemos decir sin miedo de equivocarnos, que no hay una sola nave capaz de fluctuar sobre las aguas, cuya capacidad pueda contener todas las especies de animales que existen. El ilustre Moigno que no se queda corto al asignar al codo de Moisés 20 pulgadas francesas ó sean 0.^m 54, con mayor ó menor probabilidad halló lugar en el arca para 16.137 especies de animales entre cuadrúpedos, aves y reptiles mayores, y para 16.000 insectos; y como quiera que según dicho autor, las especies de animales que debían salvarse en el

arca no pasaban de 4620, fácilmente pudiera explicarse su salvación sin recurrir á un gran milagro.

Pero la ciencia zoológica actualmente describe un número mucho mayor de especies. John Lubbock dice que las especies realmente distintas descritas hasta el año de 1831 son 70.000 y que ahora no son menos de 320.000, número que es muy posible se aumente cada día más según que se vayan descubriendo nuevas especies.

Sería además necesario un continuo milagro para conservar y alimentar á tantos animales dentro del arca y durante un año entero. ¿Cómo pudo Noe reunir tanta variedad de pasturas, cómo requerían tantos centenares de miles de animales, y distribuirlos oportunamente para su alimento cotidiano? ¿Cómo los animales encerrados en el arca muchos de los cuales se aborrecen entre sí, permanecieron quietos y sin devorarse mutuamente? ¿Cómo los animales que se multiplican diversas veces en el año, no hicieron crecer al triple por lo menos la colonia del arca? Todas estas cosas que en la hipótesis de la universalidad geográfica del diluvio no pueden explicarse sin un continuo milagro, se explican fácilmente en la nuestra, si atendemos á que Noe, solo introdujo en el arca; aquellas especies de animales que habitaban la porción de tierra que iba á inundarse.

Pero entónces, nos replican los partidarios de la universalidad absoluta, si el diluvio

no fué universal ¿para qué construir el arca? ¿No podían Noé y sus hijos salvarse emigrando á otras regiones que no deberían ser inundadas? ¿Acaso no hubieran podido los demás hombres huir de la ira de Dios? ¿para qué finalmente, encerrar los animales en el arca si hubieran podido después del diluvio, venir de otras regiones á la Mesopotamia?

Respondemos, que, aún cuando no hubiera habido necesidad alguna ni otra razón para construir el arca, sino que fuese figura de la Iglesia y del bautismo, sería una razón suficiente por parte de Dios para ordenar á Noé el que la construyese porque según la doctrina de San Pablo, Dios ordenó los acontecimientos del Antiguo Testamento para que fuesen figura de Cristo y de la Iglesia. Pero además muchas otras razones pueden asignarse para explicar la necesidad del arca. Acaso Noé y sus hijos no hubieran podido emigrar á las regiones que no se debían inundar sin emplear la navegación por lo que más fácil les era construir el arca que solo estaba destinada á flotar, que fletar una nave armada de velas ó remos é indigente de piloto que la dirigiera para llegar á remotos países. Lo mismo pudiéramos decir acerca de la salvación de los culpables que se supone posible en nuestra sentencia. Los hombres, cuando al fin no pudieron ya dudar de la realidad del diluvio, pues al principio no dieron crédito á Noé, no les fué ya posible emigrar á otros puntos por estar ya

rotos los diques del grande abismo y haber empezado ya las inundaciones que lo realizaron.

Con respecto á las especies de animales que fueron encerradas en el arca, podemos decir que quizás eran ellas propias de los lugares en donde el diluvio devastó toda la fauna de modo que á no ser en el arca no se hubieran conservado y aún cuando ellas existiesen en las regiones no inundadas, Dios mandó que fueran incluidas en ella, entre otras razones á fin de que Noé al salir de el arca, encontrase animales suficientes para los sacrificios, alimento, vestido y otros usos domesticos.

Otra objeción suele hacerse en contra de nuestra teoría. Una inundación parcial, nos dicen que cubriese la cima de las montañas es imposible dada la ley de equilibrio que impide que las aguas suban demasiado en un lugar sin que hagan lo mismo en el resto del globo á fin de conservar el mismo nivel. A esto respondemos en primer lugar que esta objeción prueba demasiado si se toma en todo su rigor; porque lo mismo se rompería el equilibrio de las aguas por cualquiera inundación parcial de esas que no son raras por desgracia y que se elevan algunos metros sobre el nivel del suelo. En segundo lugar, si suponemos un levantamiento considerable sea en la superficie de la tierra, sea en el fondo del mar tendremos un desequilibrio en las aguas capaz de producir una

inundación parcial y de una magnitud capaz de cubrir algunas montañas de no muy considerable elevación. Así por ejemplo la elevación del terreno que convirtió el vasto mar central del Africa en el vasto desierto de Sahara sería causa suficiente para inundar la parte septentrional del Africa y obligar al Mediterráneo á cubrir una gran parte de toda Europa. En mayor escala hubiera podido producir estos efectos la aparición de alguna de esas cordilleras, como la de los Andes de reciente formación. Con razón, pues, escribe el P. González Ariintero: "Sabido que la tierra firme es muchísimo menor que la superficie ocupada por los oceanos y que la profundidad de estos alcanza varios kilómetros, bastaba con que se elevara un poco su fondo y con la impulsión comunicada á las aguas mediante la aparición de las grandes cordilleras que además de esta desalojaban un incalculable volúmen de aquellas, para que se formara una inmensa corriente que fuera á inundar las tierras firmes. Finalmente, hé aquí un testimonio clarísimo de un insigne matemático, M. Tait: "La represión repentina de una extensión suficiente del continente produciría un lago capaz de sepultar las cimas de las más altas montañas, sin que las condiciones especiales del equilibrio pudiesen faltar."

2.º *Demostración de la universalidad antropológica del diluvio.* Este cataclismo fué el castigo de los crímenes con que el géne-

ro humano se hallaba manchado. *Toda carne habia corrompido sus caminos* dice Moisés por lo que este castigo debió ser universal. Y no se nos diga que del mismo modo que restringimos el sentido de aquellas palabras *toda la tierra se cubrió con las aguas del diluvio, todos los animales fueron incluidos en el arca*, así deberían restringirse las que indican una corrupción general del linaje humano. No hay paridad en ambos casos porque si no todos los hombres se hubieran manchado con el pecado, sino solo los hijos de Seth, se seguiría que los hijos de Cain, que según los que niegan la universalidad etnográfica no perecieron en él, no habían corrompido sus caminos, lo que es contra la Escritura que nos presenta á los Cainitas, como muy criminales y aún como la causa impulsiva é inmediata del diluvio. Movieron á Dios á castigar tan terriblemente á los hombres las seducciones de las hijas de Cain y la perversa estirpe que de ellas nació.

Las palabras dichas á Noé por el Señor, cuando al salir del arca le ofreció un sacrificio, nos persuaden de esto mismo. Del mismo modo que Adán al ser criada Eva y formada la primera familia que debía poblar la tierra oyó de los labios de Dios este precepto: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra*, así después del diluvio cuando todos los hombres debían descender de la única familia sobreviviente, Dios concedió la misma bendición y les dió el mismo precepto, siendo

digno de notarse que estas palabras no se leen en ninguna de las ocasiones en que Dios destruyó alguna parte del género humano.

Al pronunciar esta bendición Dios promete que jamás volvería á destruir al linaje de Adán con las aguas del diluvio. Esta promesa no se habría realizado si el diluvio fué parcial tratándose de los hombres, y si Dios sólo se hubiera referido á una inundación parcial, ya que con mucha frecuencia pueblos enteros han quedado sumergidos en el agua.

La epístola primera de San Pedro nos proporciona otra prueba de nuestro aserto. Nos dice el Apóstol, que *en los días de Noé, cuando se fabricaba el arca pocos hombres, esto es, ocho almas se salvaron por medio del agua* (1). *“En la misma forma ha obrado con vosotros el bautismo.”* Aquí se establece una comparación entre el arca y el bautismo, de manera que el sentido es este: Así como en tiempo de Noé, todos los hombres perecieron excepto las ocho almas que salvó el agua, al elevar el arca sobre su superficie así, todos los hombres deberán perecer si no los salva el agua bautismal. Siendo esto así, para que sea verdadera esta proposición: Ningún hombre se salva actualmente sino por el agua del bautismo, es necesario que el primer miembro de la comparación es de-

(1). Porque la misma agua que dió muerte á los demás hombres, hizo flotar el arca en su superficie.

cir solo ocho almas se salvaron del diluvio sean igualmente verdadero; de otro modo la conclusión no se deduciría de las premisas.

Además sin la universalidad antropológica del diluvio, quedarían sin explicación las tradiciones de todos los pueblos que con más ó menos pureza han conservado el relato de la destrucción de todo el linaje humano por las aguas del diluvio.

La antropología prehistórica va á proporcionar la última prueba de nuestra tesis. Los trabajos asiduos de los antropólogos han llegado á demostrarnos que la única raza anterior á la época del reno, fué la llamada de Canstadt, que se extinguió completamente, sin que en épocas posteriores apareciese el mas mínimo vestigio de su primordial industria. La primera raza que se nos manifiesta después de la edad del reno, ó sea después del diluvio, fué la raza de Cro-Magnon superior bajo el punto de vista de la cultura, y de la que sin interrupción se suceden todas las demás hasta nuestros días. Por consiguiente esta extinción de la industria humana en todo el orbe habitado, y esta destrucción de la estirpe anterengífera bien pueden aducirse para confirmar la universalidad antropológica del diluvio.

CAPITULO OCTAVO.

EL RAMO DE OLIVA Y EL IRIS.

Suelen preguntar algunos naturalistas como después de que el agua cubrió la tierra durante 150 días, pudo la paloma encontrar un ramo de verde oliva que llevar á Noé. Los antiguos intérpretes respondían con Cornelio Alapide: Puesto que el olivo está siempre verde, muy bien pudo conservarse con todas sus hojas y durante un año entero debajo de las aguas como enseña Plinio en el libro XIV c. 20. Así lo asienta San Juan Crisóstomo y otros muchos, aunque San Ambrosio (lib. de Arca c. 19) diga que este olivo germinó por obra de milagro.

Los modernos para quienes Plinio no es autoridad en historia natural, y que han consultado el texto hebreo en el que no se habla de ramo verde, explican este pasaje de muy distinto modo. Así, por ejemplo, Glaire, opina que la voz hebrea que Moisés empleó en este lugar no significa ramo verde, sino ramo arrancado del tronco. Del mismo modo juzga Lambert: "La expresión hebrea que

cir solo ocho almas se salvaron del diluvio sean igualmente verdadero; de otro modo la conclusión no se deduciría de las premisas.

Además sin la universalidad antropológica del diluvio, quedarían sin explicación las tradiciones de todos los pueblos que con más ó menos pureza han conservado el relato de la destrucción de todo el linaje humano por las aguas del diluvio.

La antropología prehistórica va á proporcionar la última prueba de nuestra tesis. Los trabajos asiduos de los antropólogos han llegado á demostrarnos que la única raza anterior á la época del reno, fué la llamada de Canstadt, que se extinguió completamente, sin que en épocas posteriores apareciese el mas mínimo vestigio de su primordial industria. La primera raza que se nos manifiesta después de la edad del reno, ó sea después del diluvio, fué la raza de Cro-Magnon superior bajo el punto de vista de la cultura, y de la que sin interrupción se suceden todas las demás hasta nuestros días. Por consiguiente esta extinción de la industria humana en todo el orbe habitado, y esta destrucción de la estirpe anterengífera bien pueden aducirse para confirmar la universalidad antropológica del diluvio.

CAPITULO OCTAVO.

EL RAMO DE OLIVA Y EL IRIS.

Suelen preguntar algunos naturalistas como después de que el agua cubrió la tierra durante 150 días, pudo la paloma encontrar un ramo de verde oliva que llevar á Noé. Los antiguos intérpretes respondían con Cornelio Alapide: Puesto que el olivo está siempre verde, muy bien pudo conservarse con todas sus hojas y durante un año entero debajo de las aguas como enseña Plinio en el libro XIV c. 20. Así lo asienta San Juan Crisóstomo y otros muchos, aunque San Ambrosio (lib. de Arca c. 19) diga que este olivo germinó por obra de milagro.

Los modernos para quienes Plinio no es autoridad en historia natural, y que han consultado el texto hebreo en el que no se habla de ramo verde, explican este pasaje de muy distinto modo. Así, por ejemplo, Glaire, opina que la voz hebrea que Moisés empleó en este lugar no significa ramo verde, sino ramo arrancado del tronco. Del mismo modo juzga Lambert: "La expresión hebrea que

se ha traducido por ramo verde, según el sentir de muchos traductores, significaría *una hoja arrancada*, esta es la traducción que le dá Glaire. Esta palabra *arrancada* no quiere decir seca, marchita muerta; indica únicamente el trabajo de la paloma que con esfuerzo separó, arrancó del árbol la rama que llevó á Noé. Esta palabra está admirablemente puesta en el texto hebreo, porque nos hace comprender que no se trata de un ramo flotante sobre las aguas como hubiera podido suceder; sino de un ramo arrancado con dificultad y por consiguiente tomado de un árbol cuyas ramas estaban fuera del agua. Este calificativo está felizmente hallado por la verosimilitud del relato. Yo sé que muchos comentadores apoyándose en autores antiguos y en Plinio el naturalista entre ellos, nos dicen que en el fondo del mar Rojo hay una especie de olivos que crecen y fructifican. Invocar en historia natural la autoridad de Plinio, no es una prueba que pueda sostener un serio exámen, cuando se sabe que este compilador ha conservado á la humanidad una multitud de absurdos que él creía ó quería hacer creer á la humanidad. La ciencia verdadera, la botánica jamás ha hablado de un olivo marino ó acuático, jamás ha enseñado que las partes foliáceas de las plantas aéreas y terrestres puedan vivir completamente sumergidas en el agua."

Pretexto toman igualmente los racionalistas para acusar de ignorancia á los auto-

res inspirados porque se lee en el capítulo IX del Génesis, que Dios en señal de la promesa que hizo de no volver á destruir la tierra con un diluvio puso su arco en las nubes, como si para nosotros fuera un dogma de fe, el que antes del diluvio jamás apareció el iris. La mala fe ó supina ignorancia de nuestros adversarios aparecerá claramente á quien considere con atención lo siguiente:

1.º Además de que la Iglesia nada ha definido sobre este punto, los más notables exégetas juzgan que el iris se dejó ver antes del diluvio, como efecto natural, producido por la irradiación solar en una nube; pero no como señal arbitraria de la protección de Dios puesto que no repugna que una cosa ya existente se tome como señal de otra que en un momento dado comienza á existir. Así lo estima Cornelio Alápide: "Existió ciertamente el iris antes del diluvio como signo natural de la nube cargada de agua, pero después del diluvio, y después de la promesa que hizo Dios á Noé, el iris fué designado para ser un signo sobrenatural de que no habría diluvio en lo de adelante."

Weitnauer añade: "No pretende Moisés enseñarnos que antes no apareció jamás en las nubes el arco iris, sino que sólo entonces lo escogió Dios como señal de que nunca volvería á haber diluvio." Esta comunísima interpretación tiene su fundamento en que tanto la versión de los Setenta como el texto hebreo en lugar del futuro *pondré* que se lee

en la Vulgata tienen el presente y dicen: *He aquí que he puesto mi arco en las nubes para que sea señal, etc.*

2.º No faltan sin embargo, quienes crean que el iris jamás apareció antes del diluvio por las especiales condiciones climatéricas de esa época. Algunas de las palabras del Génesis, cap. II 5; *Todavía no había mandado Dios lluvia sobre la tierra*, infieren que el arco iris nunca apareció por falta de lluvias, siendo entonces suficientes las brumas y las nieblas para fecundizar la tierra; otros, de las diversas teorías inventadas para explicar el diluvio aseguran que sólo después de este hecho la atmósfera estuvo en disposición de producir el iris. Así opina Reusch en su obra "La Biblia y la Naturaleza," pág. 386. Es posible, dice, que precisamente en la época del diluvio las leyes atmosféricas hayan experimentado modificaciones de importancia; hasta puede sospecharse que el diluvio fué la causa principal de esto. . . . Esta modificación producida en el estado atmosférico, que yo sólo considero ahora como una hipótesis, es posible que tenga relación con una palabra de Dios que cita el Génesis. Después del diluvio declara Dios que este acontecimiento no se repetirá en lo sucesivo, y que en las estaciones del año no habrá perturbación. ¿No podríamos ver en esta declaración la indicación que á partir desde aquel momento, quedaron fijas las leyes atmosféricas de tal manera que como dicen los naturalistas ya

no existirían las condiciones naturales que se requieren para producir semejante catástrofe? El iris es colocado en el firmamento como señal de esta promesa divina: *Pondré mi arco en las nubes como señal de alianza que hice con la tierra.*

"No pretendo que estas palabras nos obliguen á creer que el arco iris apareció entonces en el cielo por vez primera. La verdad es sin embargo, que este es el primer sentido que se ofrece al espíritu. Ateniéndonos á esta interpretación, podemos además concluir no precisamente que no cayó lluvia alguna en la tierra antes del diluvio, sino que la acción combinada del aire, el agua y la luz que determina la aparición del arco citado no podía realizarse todavía por aquella época y que por consiguiente las leyes y las condiciones físicas entonces reinantes, no eran las mismas que las que hoy existen en esta materia. . . . No puede ponerse en duda que las circunstancias y leyes de las cuales depende la aparición del arco iris, entrañan cierta relación con las demás leyes físicas de toda la tierra, acerca de las cuales es preciso admitir igualmente alguna modificación en la época de Noé."

El mismo autor, después de corroborar su teoría con nuevas observaciones y citas, aventura una opinión que no se puede despreciar. "Es posible, añade, que la no existencia del iris antes del diluvio y su formación después de éste, junto con el cambio y

variación que éste supone por parte de las condiciones físicas y climatológicas, explique en parte al menos, la longevidad extraordinaria de los antiguos patriarcas."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO NOVENO.

LA TORRE DE BABEL.

“Entonces toda la tierra, dice Moisés, era de un sólo lenguaje, y de unas mismas palabras. Y como partiesen de Oriente, hallaron una campiña en la tierra de Sennaar, y habitaron en ella. Y dijo cada uno á su compañero: Venid, hagamos ladrillos, y cosámoslos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamasa. Y dijeron: Venid, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo: y hagamos célebre nuestro nombre, antes de esparcirnos por todas las tierras. Y descendió el Señor, para ver la ciudad y la torre, que edificaban los hijos de Adam. Y dijo: Hé aquí, que el pueblo es uno sólo, y el lenguaje de todos uno mismo: y han comenzado á hacer esto, y no desistirán de lo que han pensado, hasta que lo hayan puesto por obra. Venid pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero. Y de este modo los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. Y por esto fué llamado su nombre Babel, porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra; y

desde allí los esparció el Señor sobre la haz de todas las regiones."

Esta narración se halla confirmada por una inscripción que Mr. Oppert encontró en el año de 1857 y publicó en sus *Etudes Assyriennes*, y que es del tenor siguiente: "El templo de las siete luces, fué edificado por cierto rey, que no logró llevarlo á cabo. Porque los hombres en los días antiguos lo abandonaron sin cuidar de sus canales. Los terremotos y los rayos destruyeron la cubierta de los ladrillos no cocidos. Los ladrillos no cocidos que servían para la ornamentación del templo, formaron pequeños montecillos. El gran dios Mecordach movió mi corazón para redificarlo; pero yo me rehusé á poner la mano en sus cimientos, etc.

En esta inscripción aparecen la edificación de la torre y de la ciudad, el tiempo remotísimo en el que sucedió el hecho, la suspensión de la obra, los ladrillos con que se estaba edificando, etc. Lo que no aparece es la confusión de las lenguas; pero este hecho consta suficientemente en las tradiciones antiquísimas de los pueblos, reunidas por Eusebio en su "Preparación Evangélica" (lib. VI). Además, en el Talmud Babilónico se hace referencia á este hecho de la manera siguiente: "Un hombre á quien se preguntaba: De dónde eres? Y respondió: De Borsipa ó de Borsoph, se le respondió. No digas de Borsipa; sino de Borsoph, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tie-

rra. En el mismo libro hallamos consignada la tradición de que el aire de esta región produce el olvido, porque allí los hombres se olvidaron de su primitiva lengua.

Suele preguntarse si todos los hombres en la época á que nos referimos, habitaban el campo de Senaar, y si á todos alcanzó la confusión de las lenguas. La opinión general de hoy es que sólo la raza de Sem y una parte de la de Cham trabajó en la edificación de la torre de Babel. Las razones son: 1^o. El texto hebreo comienza el capítulo, diciendo que toda la tierra era de una sola lengua y hablaba el mismo idioma; pero éste *toda la tierra* debe restringirse, como en otros lugares de la escritura, á los hombres que entonces habitaban en las llanuras de Senaar. Esto parécenos indicado por el mismo Moisés, cuando empieza á hablarnos de la dispersión de los pueblos, inmediatamente después del diluvio y mucho antes de la confusión de las lenguas.

2^o. El versículo segundo de este capítulo nos hace saber que los hombres que intervinieron en la torre de Babel, vinieron de las regiones orientales; ahora bien, si los constructores eran advenedizos, parece improbable que no hayan dejado otros hombres en los sitios que dejaron.

3^o. Según la cronología del texto hebreo, este suceso acaeció en el año 117 después del diluvio; según los setenta, en el 400; ahora bien, sería imposible que absoluta-

mente todos los hombres que descendían de Noé, pudieran habitar con sus rebaños en el campo de Senaar.

4^o. Finalmente, la historia del Egipto parece exigir, que ya desde entonces los hijos de Mezraim estuviesen en posesión del valle del Nilo. En consecuencia, nada nos obliga á interpretar de tal modo el texto bíblico, que exijamos la presencia de todos los hombres en el campo de Senaar. Lo contrario se nos insinua en el lugar citado del Génesis, y en su contexto.

CAPITULO DECIMO.

ABRAHAM.

En la vida de este santo hombre, escogido por Dios para fundar el pueblo que debía conservar la fe y el culto del verdadero Dios, y atesorar las esperanzas todas de la humanidad, hallan los incrédulos muchos puntos, por donde atacar la veracidad de los libros santos. Casi ninguno de ellos, sin embargo, se relaciona con la ciencia, razón por la que no nos detenemos á resolver esas dificultades. Pero no podemos prescindir de hablar sobre un hecho juzgado hoy inverosímil, no por los naturalistas, sino por los historiadores racionalistas, como opuesto á las reglas más elementales de la táctica militar. Hablamos de la victoria obtenida por Abraham sobre Chodorlahomor y otros tres reyes.

Se refiere en el capítulo XIV del Génesis, que Chodorlahomor, rey de los Elamitas, sujetó é hizo tributarios suyos á todos los reyes del valle de Pentápolis; pero que después de trece años de vasallaje al fin sacudieron su yugo. Por eso en el año siguiente este rey se asoció con otros tres y peleó contra los de Sodoma, Gomorra, Seboim, Adama y Bala y devastando toda la religión de los Amale-

mente todos los hombres que descendían de Noé, pudieran habitar con sus rebaños en el campo de Senaar.

4^o. Finalmente, la historia del Egipto parece exigir, que ya desde entonces los hijos de Mezraim estuviesen en posesión del valle del Nilo. En consecuencia, nada nos obliga á interpretar de tal modo el texto bíblico, que exijamos la presencia de todos los hombres en el campo de Senaar. Lo contrario se nos insinua en el lugar citado del Génesis, y en su contexto.

CAPITULO DECIMO.

ABRAHAM.

En la vida de este santo hombre, escogido por Dios para fundar el pueblo que debía conservar la fe y el culto del verdadero Dios, y atesorar las esperanzas todas de la humanidad, hallan los incrédulos muchos puntos, por donde atacar la veracidad de los libros santos. Casi ninguno de ellos, sin embargo, se relaciona con la ciencia, razón por la que no nos detenemos á resolver esas dificultades. Pero no podemos prescindir de hablar sobre un hecho juzgado hoy inverosímil, no por los naturalistas, sino por los historiadores racionalistas, como opuesto á las reglas más elementales de la táctica militar. Hablamos de la victoria obtenida por Abraham sobre Chodorlahomor y otros tres reyes.

Se refiere en el capítulo XIV del Génesis, que Chodorlahomor, rey de los Elamitas, sujetó é hizo tributarios suyos á todos los reyes del valle de Pentápolis; pero que después de trece años de vasallaje al fin sacudieron su yugo. Por eso en el año siguiente este rey se asoció con otros tres y peleó contra los de Sodoma, Gomorra, Seboim, Adama y Bala y devastando toda la religión de los Amale-

citas y Amorreos, se llevó á muchos cautivos, y entre ellos á Lot, sobrino de Abraham. Al saber esta nueva, Abraham reunió á trescientos diez y ocho criados suyos y junto con sus vecinos Aner, Escol y Mambre, los sorprendió en el silencio de la noche, los derrotó y persiguió hasta Hoba, que está á la izquierda de Damasco. Les quitó todo el botín, y á Lot con su familia y riquezas.

Esta narración, dicen los racionalistas, en todo se parece á una fábula, porque ¿quién creará que al poderosísimo rey de los Elamitas fuese necesario asociarse con otros tres reyes, para vencer á los miserables reyezuelos de Pentápolis? Sobre todo, es absolutamente inverosímil que Abraham con un puñado de hombres venciese á cuatro reyes que iban al frente de ejércitos aguerridos y triunfantes.

A lo primero respondo, que en ninguna parte se lee que Chodorlahomor fuese un rey poderosísimo y que los otros reyes compitiesen con él en pujanza. Lo contrario demuestra la proximidad de los lugares en donde estos reyes imperaban. Además, no sólo debían pelear contra los reyes de Siddim, que con igual ligereza se juzgan miserabilísimos, sino con los pueblos vecinos como los Rafamitas, Lucitas, Eminitas y todos los que habitaban en el valle de Faraon, por lo que nadie se admirará de que Abraham se haya preparado sócios para esta expedición.

Lo segundo inverosímil sería en la época

actual y entre los pueblos que han llegado á cierto grado de cultura; pero en la época de Abraham y entre los orientales, que no disciplinaban sus tropas en manera alguna, y que no acostumbrando dejar centinelas durante la noche, no era raro que sufriesen estas sorpresas, de que con frecuencia nos habla la Escritura. (1) En nuestros mismos días y este eterno Oriente suelen aún acaecer. La siguiente descripción que hace Vigouroux del hecho de que venimos tratando parece copiada del natural.

Desde que Abraham, dice, supo por un fugitivo lo que acaba de acaecer á su sobrino Lot, reunió apresuradamente trescientos diez y ocho esclavos y se puso en persecución de los enemigos. Estaba acampado entonces al Sur de la Palestina, en el valle de Mambre, cerca de Hebron. Después de cuatro jornadas, se halló en la altura de las montañas que después se llamaron de Nef-talí, desde cuyas cumbres pudo distinguir sin trabajo, á los Elamitas gozando de su victoria y reposando confiados cerca de una de las fuentes del Jordán. El dió la batalla como suelen hacerlo hoy todavía los árabes en semejantes circunstancias.

Las tribus vencidas cuando se deciden á perseguir á los vencedores, no cuentan con la fuerza bruta para tomarse el desquite, sino en la complicidad de las tinieblas de la

1. Jueces VIII y I Rey XXX, etc.

noche. Esperan, antes de atacar á los que las han despojado, á que estén profundamente dormidos. Entonces la sorpresa es fácil, porque los guardias y los centinelas son desconocidos en la imprevisora estrategia de los Orientales. Los asaltantes se dividen en grupos, *divisis sociis*, como dice el Génesis, y cuando ha cerrado completamente la noche *irruit super eos nocte* se precipitan bruscamente de diversos puntos sobre el campo sumergido en el sueño. En un abrir y cerrar de ojos las tiendas son derribadas y arrancadas las estacas que las tenían fijas en la tierra. La confusión, el desorden, los aluidos llegan á su colmo en medio de los enemigos que se despiertan sobresaltados y como enterrados bajo sus tiendas. Se desembarazan como pueden sabiendo apenas lo que hacen. Si hay combate, es más una refriega, que una batalla. Ellos son hollados, se matan, se degüellan entre sí y se colman mutuamente de maldiciones. Es imposible, en medio de las tinieblas, distinguir el número de los que atacan y distinguir los amigos de los enemigos, ó más bien, la imaginación exaltada por el miedo, no ve por todas partes sino enemigos. Así es que por lo regular la consecuencia es un pánico irresistible y una derrota segura. Los vencedores de ayer, huyen con el mayor desorden, dejando sus ricos despojos en manos de los vencedores de hoy, y perseguidos con furor son muchos de ellos degollados.

Esto sucedió en el pasaje á que nos referimos. Las gentes de Chodorlahomor, sorprendidas por Abraham, tratan de escapar de la matanza, más bien que de defenderse, dejando en el campo los cautivos y el botín. Una táctica semejante debía dar los mejores resultados más de una vez á los descendientes de Abraham. Así es como Gedeon sorprendió á los Madianitas más allá del Jordán y se apoderó de sus reyes Zelbec y Salmana; y así también David dispersó á los Amalecitas que habían saqueado á Siceleg.

CAPITULO UNDECIMO.

JACOB.

I. LAS MANDRÁGORAS

Las mandrágoras que Raquel compró á su hermana según se nos refiere en el capítulo XXX del Génesis, dieron ocasión á G. C. Horst, para acusar á la Escritura de apoyar la fe supersticiosa de los antiguos en la fe prolífica de esta poma. Se lee en el lugar citado que: *habiendo salido Rubén al campo en tiempo de la siega del trigo, se encontró con unas mandrágoras que llevó á su madre Lia. Dijo Raquel: dame una parte de las mandrágoras de tu hijo, etc.*

Para apreciar toda la fuerza de esta objeción, debemos advertir que entre los antiguos se atribuían cualidades maravillosas á la mandrágora. Los árabes la creían poderosa para producir la locura, por lo cual la llamaban manzana del diablo. Según Esiquio, la misma Venus se llamó en algunas partes, *mandragorita*, y sus frutos solían llamarse *manzanita de amor*. Si damos fe á Dioscórides, la Mandrágora es lo mismo que la *kirkaia* ó sea la planta circense, porque se creía que la famosa maga Circe usaba de ella

en sus encantos. Filón dice que la mandrágora echa bajo tierra unas raíces semejantes al cadáver humano, por lo que Pitágoras la llama *antrapomorfou* y Columella *semi-hombre*. Mاتيolo dice que hubo no pocos impostores que de la raíz de la brionia, que hacían pasar por mandrágora y que tiene la forma de los muslos y piés del hombre, la vendían como si debajo de la tierra hubiera sido algo animado, que con peligro de la vida lograron extraer del pié de algún patíbulo y que entre otras virtudes ocultas tenía la de dar la fecundidad á las estériles. Raquel, por consiguiente, nos dicen, que era estéril, deseaba vehementemente comer las mandrágoras movida de su virtud prolífica.

A esto respondemos dos cosas:

1.^a Aunque así fuera, esta fe supersticiosa de Raquel en nada se opone á la santidad ó veracidad de la Escritura. Ni Moisés aprueba ó alaba el hecho de Raquel, ni atribuye á las mandrágoras la fecundidad que ésta obtuvo, tanto más cuanto que José nació tres años después. Quédese pues á Raquel, la responsabilidad de sus supersticiones, si es que las tuvo, y no se culpe de ellas al fiel historiador, ya que nunca se ha hecho á éste responsable de las supersticiones ó errores que profesaron aquellos cuya historia narra.

2.^a No es inconcuso que el fruto hallado por Rubén fuese una mandrágora. El nombre hebreo *dodim* significa seno, y quizás

San Gerónimo lo virtió por mandrágora en vista de las cualidades prolíficas que en su tiempo se atribuían á esta última fruta. Rosenmüller opina que el *dodatim* es la manzanita llamada por los persas *distinbujeh*, como leemos en la versión persica. Esta planta se encuentra por toda la Persia, Siria y Egipto, y es de óptimo olor y sabor, por lo que las mujeres orientales, suelen traerla en la mano lo mismo que el limón. Esto nos hace pensar, que Raquel, sin conceder á la mandrágora cualidad alguna maravillosa, bien pudo desearla por su belleza y fragancia.

II. LA ZOOTECNIA DE JACOB.

Todos cuantos hayan leído el capítulo XXX del Génesis, conocerán el ingenioso medio de que se sirvió Jacob, para obtener sucesivamente ovejas manchadas ó de un solo color. Colocaba delante de los abrevaderos unas varas en parte descortezadas unas veces y otras sin descortezar obteniendo así respectivamente crías de uno ó más colres.

¡Cosa singular, dice Voltaire! ¿qué hombre en su juicio puede creer tales cosas? Si del color de las cosas que rodean á la madre dependiera el color de la cria ¿no todos los becerros que nacen en el campo serían verdes?

Desde luego, notemos que Voltaire supone que este hecho es debido exclusivamente á las fuerzas naturales. Pero es falso que

Dios no influyese con especial y extraordinaria providencia en este suceso, pues que el mismo Jacob, atribuye de este modo á Dios el aumento de sus riquezas. Sin embargo, exceptuando á los padres griegos que unánimamente creen milagrosa esta multiplicación, la mayor parte de los padres latinos y de los exégetas modernos y entre ellos el abate Moigno, creen que esto fué exclusivo efecto de las fuerzas naturales puestas en juego por el ingenio de Jacob. Este último autor aduce multitud de ejemplos tomados de la práctica de ganaderos. El benemérito de la crítica sagrada P. Vigouroux dice que si esto no nos consta aún de un modo que no deje lugar á la duda, es porque todavía no conocemos perfectamente las fuerzas de la naturaleza, por lo que debemos esperar de las nuevas y cotidianas experiencias de los ganaderos la confirmación de este hecho.

Sea lo que fuere de estas opiniones, debemos tener por cierto: 1.º Que no hay razón alguna por la que consultando las leyes de la naturaleza debía decirse que el modo de obrar de Jacob y los efectos que de allí se siguieron fueron absurdos é imposibles. 2.º Que de repetidas observaciones hechas sobre el influjo de la imaginación de la madre en varias particularidades del color, forma, etc. de los hijos; así como de la constante práctica de los ganaderos, el hecho referido en el capítulo XXX del Génesis debe juzgarse sumamente verosímil.

CAPITULO DUODECIMO.

LA VIDA PATRIARCAL.

Una de las más puras alegrías del peregrino de la tierra santa, es ver con sus propios ojos las costumbres patriarcales. ¡Cuán vivas claras é inteligibles se vuelven las escenas de los Libros Santos, cuando al recorrer esos lugares podemos tocarlas, ser testigos y en cierto modo actores de las mismas! La inmovilidad del oriente ha hecho de él una especie de Pompeya, pero no de una Pompeya muerta donde el pasado está esculpido en sus piedras; sino una antigüedad viva aún, que se mueve y agita á nuestros ojos. Nosotros no conocemos á los Romanos y á los Griegos sino por sus escritos y por sus obras de arte, por sus mármoles, sus pergaminos, sus frescos y sus minas: Atenas no está ya poblada por los antiguos atenienses y en Roma buscaríamos en vano á los antiguos romanos; pero en Palestina, como si Dios por una gracia especial, hubiera querido permitirnos juzgar aún hoy la exactitud de las descripciones que su Espíritu ha inspirado á los autores sagrados, sus antiguos pobladores viven aún, usan poco más ó menos los

mismos vestidos, hablan una lengua muy poco diferente, tienen los mismos giros en sus frases, el mismo tono, los mismos hábitos, las mismas costumbres. Abraham vive aún bajo la tienda Sara amaza el pan para sus huéspedes, y Rebeca extrae el agua de la fuente. Los usos que reinaban en esos lugares, hace cuatro mil años se han conservado intactos y casi sin cambio.

Ninguna parte de los Libros Santos es más rica en cuadros de las costumbres patriarcales como las historias de Abraham y Jacob. Pues bien, no hay un solo rasgo de esos cuadros cuya exactitud no esté confirmada por los usos actuales de las tribus árabes. La costumbre de casarse dentro de la propia familia subsiste aún y un padre no da su hija á un esposo extranjero sino después de que los parientes la rehusaron. Hay tribus que jamás permiten el que alguno de sus miembros tome mujer fuera de su seno. Las disenciones entre Sara y Agar se reproducen aún á menudo en las tiendas de los árabes, y á cada paso una de las esposas se ve obligada por el bien de la paz á abandonar la tienda conyugal.

Quando una caravana se pone en camino para cambiar de pastos "toda la riqueza que posee" la familia es colocada sobre el lomo de los camellos. Los esclavos que han comprado ó que han nacido de las que ya lo eran suyas, se ponen cerca de sus amos y alrededor de ellos, los rebaños de ovejas y de ca-

bras caminan bajo la vigilancia del scheik, el patriarca de hoy, que se distingue de todos los otros por su manto de púrpura y la faja de eueru que rodea su turbante. Empuña la lanza para guiar la marcha y fijar el lugar del campamento. Las mujeres llevan joyas, como las que Eliezer dió á Rebeca y con las que se adornaba Sara: el *nésem* anillo de oro ó de plata, recargado de perlas y de coral cuelga de sus narices, collares y brazaletes de oro adornan su cuello y sus manos. El Génesis nos ha conservado y descrito en detalle dos escenas de costumbres que merecen más detenida consideración: la hospitalidad dada á los tres ángeles en Mambré y la compra de la caverna de Makpelah. Ambas se verifican en los contornos de Hebron, de esa ciudad á la que Abraham legó su nombre de *amigo de Dios*. El *khalil* como lo llaman los árabes, y donde las costumbres antiguas se han conservado con más persistencia y tenacidad.

El patriarca hebreo acampa en un bosque de terebintos, de ese árbol majestuoso que estiende á los lejos sus ramas y su sombra. Cuando encuentra uno de estos árboles hospitalarios arma su tienda, pero desde la hora del medio día no puede ya permanecer en su interior donde el aire circula apenas y por eso se fija en la entrada esperando la brisa de la tarde. En esta hora los viajeros; que han partido al amanecer, quemados por el ardor del sol, buscan un lugar de reposo. En

un campamento nómada, la tienda del scheik se distingue siempre de la de los demás miembros de la tribu y cuando los viajeros son personajes de distinción á ella se dirijen. Las leyes de la hospitalidad, tan escrupulosamente observadas en Oriente exigen que se les haga una acogida llena de agasajos. Si el viajero es un hombre vulgar; el amo solo se levanta para recibirlo; pero si es persona de distinción, los usos mandan que el que va á darle hospitalidad le salga al encuentro, y después de haberse prosternado profundamente delante de él, lo conduzca á la tienda rodeándole con sus brazos la cintura ó dándole suaves golpes en la espalda para asegurarle la bienvenida. No se le dirige pregunta alguna, sino que al momento se le ofrece agua para lavarse los piés, porque las sandalias que se usan en Siria y Arabia dejando desnuda la parte superior de los piés, estos des piés de un día de camino quedan cubiertos de polvo y abrazados por la arena caliente.

En seguida se prepara el banquete que reparará las fuerzas del viajero agotadas por el camino. En Oriente se coce diariamente el pan y no se prepara sino la cantidad necesaria para las necesidades de la familia. Son siempre las mujeres y ordinariamente el ama de la casa, las que amasan el pan y lo cuecen ó en una tienda separada, ó en la parte de la de los hombres que está exclusivamente reservada, sino tienen una para ellas solas. El pan no tarda en estar listo. Se mezcla la

harina con el agua, y se hacen grandes tortas sobre las piedras que se tiene cuidado de calentar con anticipación, se sirven y se les cubre con ceniza y después de algunos minutos se encuentran en disposición de ser comidos.

Solo para los personajes de alto rango se sirve carne y se degüella en obsequio suyo un cordero ó un cabrito. Pero la mayor prueba de estimación que se puede dar á los extranjeros, es ofrecerles una ternera como lo hizo Abraham. Se sirve toda entera ó se despedaza en cuartos que se colocan separadamente sobre el fuego. Se come acompañada de trigo molido y nadando en mantequilla líquida. Cada trozo de carne se coloca sobre un pedazo de pan y los comensales se sirven de las manos para dividirlo y llevarlo á la boca. Una escudilla de leche de camella termina la comida. Por más que haya numerosos criados para atender á los forasteros, el huésped mientras que estos comen sentados, se hace un deber de estar en pié por cortesía. Hé aquí lo que se hacia hace cerca de cuatro mil años, en el sur de la Palestina y lo que aún hoy se hace entre los pueblos nomadas del desierto á quienes el progreso de la civilización y los refinamientos del lujo son completamente desconocidos. Si los ángeles vinieran aún á pedir hospitalidad á algún piadoso scheik arabe, serían recibidos exactamente como lo fueron por Abraham.

Hebron se distingue entre todas las ciudades del Oriente, como una de las que más fielmente han conservado los usos primitivos. Son aun los mismos no solo por la hospitalidad, sino por todos los demás usos de la vida. Todo, aun la lengua actual nos recuerda esos tiempos antiguos; las frases y las locuciones han permanecido idénticas, como vamos á verlo, con la diferencia de que están expresadas en dialecto árabe en lugar de serlo en dialecto hebreo.

Algunos años después de la escena que acabamos de describir, Abraham se encontraba en los mismos lugares y Sara, la que cocía bajo la ceniza las tres medidas de harina para los ángeles, exhalaba en Hebron el último suspiro. El patriarca que había vivido como un nómada en el país de Canaa, no poseía aun un palmo de tierra. Su primera adquisición fué un sepulcro para enterrar en él á su esposa. El Genesis nos ha conservado, por decirlo así, el contrato de venta, y como cuadro de costumbres orientales el capítulo XXIII en que se describe la adquisición de la gruta de Makpelah puede colocarse al lado del capítulo XVIII de que acabamos de hablar.

Quando muere un personaje distinguido en el Oriente, se hace un duelo público y extraordinarias lamentaciones, que son menos una señal del dolor de una familia, que una ceremonia solemne en honor del difunto. Mientras es más escandalosa la manifesta-

ción, se juzga más honrado el muerto y por eso los parientes, amigos y las plañideras alquiladas al efecto se ponen á dar gritos desatemplados, se hieren el pecho, derraman torrentes de lágrimas y agotan en una palabra las señales de dolor. El de Abraham fué sin duda, más interior que exterior; pero se conformó á los usos nacionales: *Veni que Abraham ut plangeret eam.*

Después de haber rendido homenaje al difunto con ese duelo extraordinario, se le deposita en el sepulcro de la familia. Los orientales dan grande importancia á la posesión de un sepulcro que les pertenezca en propiedad. Abraham no lo tenía aun y por eso tuvo que adquirir uno para enterrar á Sara su esposa. Después de haberla llorado se dirigió al lugar en donde se reunía el pueblo. Jamás en Oriente los negocios se tratan de una manera privada; las compras y ventas se hacen en público; así lo exigen las costumbres locales y la seguridad de las transacciones. Abraham observa minuciosamente el ceremonial acostumbrado en semejantes circunstancias y que aun está en vigor en el día. Tiene lugar delante del pueblo: *vayyaqom*. En esta actitud se dirige á los habitantes de Hebron en medio de los que se encontraba, y les dice: *Beni-Heth* ó hijos de Heth llamándolos por el nombre de su tribu, como diría hoy á los que habitan esas regiones: *Beni-Keis* ó *Beni-Yemen*, soy extranjero en medio de vosotros, tales sus primeras palabras. Co-

mienza su exordio como lo empieza invariablemente un viajero en Oriente colocado en las mismas circunstancias. Este no falta nunca á decir en el dialecto actual *ana ghulib* como Abraham dijo entonces: *gher anoski*. Es un medio eficaz de despertar la simpatía de los oyentes, porque á sus ojos, nadie es tan digno de compasión como el extranjero, siempre expuesto á ser tratado como enemigo, y en consecuencia á ser burlado y despojado.

Después de esta precaución oratoria, Abraham continua: "Dadme en propiedad un sepulcro en medio de vosotros, á fin de que yo entierre á mi muerto." La política oriental llevada hasta la exageración, exigía que los Heteos le ofreciesen sus propios sepulcros y así lo hicieron. Oyendo su oferta, Abraham, según el uso, se inclinó con respeto, *adoravit* "delante del pueblo del lugar" pero sabía muy bien que sus ofrecimientos, no eran sino un cumplimiento obligado, y que no debía tomarlos á la letra, y de ningún modo hubiera permitido que los despojos de aquella cuya raza había sido bendita por Jehovah se mezclasen con los de los paganos, y por eso insistió en tener una tumba en propiedad.

En medio de un bosque de olivos ó de terebintos situado al este y en el punto culminante de Hebron, había visto una roca en donde la naturaleza había cavado una doble caverna, por lo que se llamaba el sitio Mak-

pelah. Esta caverna había de ser el sepulcro de los patriarcas. Abraham se cuida mucho de dirigirse directamente al poseedor. Se dirige á los vecinos que deben desempeñar el papel de intermediario, entre el vendedor y el comprador. Ningun negocio, ni aun el mismo matrimonio se puede tratar en Oriente, sin el concurso de un tercero, y Dios sabe cuan largas, delicadas y espinosas son las negociaciones, sobre todo cuando una de las partes contratantes es extranjero. Si os place que yo entierre á mi muerto, dice Abraham á los Beni-Heth después de profundas reverencias al pueblo de la tierra, escuchadme y convenced á Ephron hijo de Seor, que me ceda la caverna de Makpelah que le pertenece y que está situada á la extremidad de su campo. Yo le daré en plata su precio delante de vosotros, á fin de que yo posea una tumba. Así es como Abraham se dirige á los intermediarios y no á Ephron mismo. Este, sentado en medio de su pueblo, los Beni-Heth, responde en alta voz para ser oído de todos los que se hallan reunidos en la puerta de la ciudad: "De ningún modo, señor mío, escuchame: yo te doy mi campo y la caverna que hay en él, yo te lo doy en presencia de los hijos de mi pueblo, yo te lo doy, entierra tu muerto." ¡Cuántos viajeros han oído en nuestros días las mismas palabras en semejantes circunstancias! Un árabe dá hoy igualmente su casa, sus caballos, su campo, poniendo por testigos á todos los espectado-

res y acompañando sus palabras con protestas y juramentos sagrados; pero todos saben que este lenguaje no tiene otro objeto que obligar al comprador á pagar más caro lo que desea. Abraham lo sabía y por eso pagó cuatrocientos siclos de plata para entrar en posesión de la caverna. "Que son entre mí y tí, cuatrocientos siclos" dice el Heteo. Aun hoy día, se oye repetir la misma frase por el vendedor; pero Abraham tuvo que pagar como sucede con frecuencia, tres veces el valor de lo que deseaba comprar.

Deseaba la caverna, y no regateó sino que pesó los cuatrocientos siclos de plata. El Oriente posee ahora moneda acuñada, con peso y valor determinado y sin embargo frecuentemente se pesa el dinero, como se hacía entonces: cada mercader lleva colgando de la cintura pequeñas balanzas para pesar la moneda y asegurarse que no han perdido su peso.

El uso antiguo y el uso actual exigen que la descripción del objeto vendido sea precisa, minuciosa y que todo lo que hace parte de ello se especifique con cuidado. Aun en la venta de un campo, se debe expresar que los pozos y los árboles que en él se encuentran, quedan vendidos con el campo, lo mismo que en el alquiler de una casa, es necesario enumerar en detalle todas sus partes de alto á bajo. Así leemos en el Génesis: "Y fué entregado á Abraham el campo de Ephron y la caverna de Makpelah que mira á Mam-

bré y todos los árboles que había en el campo y en los alrededores.

En fin el contrato de esta manera es concluido y aceptado, *viéndolo los hijos de Heth y todos los que entraban por la puerta de la ciudad.* Esto es lo que dá fuerza y valor al contrato. Cuando una venta debe efectuarse en una ciudad ó en una aldea, aparte de los intermediarios, toda la población se junta alrededor de las partes contratantes, en el lugar ordinario de las reuniones es decir cerca de la puerta de la ciudad. Todos toman parte en los debates como si personalmente estuvieran interesados. Así todos son testigos, conocen los detalles y las circunstancias del negocio, y la transacción queda confirmada sin escrito alguno. Toda transacción atestiguada de este modo es legal é inatacable, mientras que los títulos escritos más auténticos de propiedad, revestidos de toda clase de fórmulas son de ningun valor sin el testimonio de un testigo vivo.

CAPITULO DECIMO TERCERO.

LA PERSECUCION

DE LOS HEBREOS EN EGIPTO

Aunque no tengamos en este punto que responder á dificultades tomadas de la pretendida ciencia moderna, nuestra misión de vindicar el sagrado texto nos pone en el deber de manifestar como la historia del Egipto escrita en sus monumentos y papiros confirma admirablemente el primer episodio del Exodo Mosaico. En efecto, es tanta la conexión que hay entre la narración bíblica y la egiptología, que muy bien pudiéramos escribir ambas historias en dos columnas para que más aparentemente se viera su conformidad.

El exodo nos refiere que después de tres generaciones desde la entrada de Israel en Egipto, subió al trono un rey que no conocía á José, ó sea los hieres que José había hecho á toda la nación egipcia, ni distinguía al pueblo israelita como tres Faraones lo habían hecho, de donde se originó aquella cruel persecución. Pues bien, la historia de Egipto nos refiere que hacia el año dos mil antes

bré y todos los árboles que había en el campo y en los alrededores.

En fin el contrato de esta manera es concluido y aceptado, *viéndolo los hijos de Heth y todos los que entraban por la puerta de la ciudad.* Esto es lo que dá fuerza y valor al contrato. Cuando una venta debe efectuarse en una ciudad ó en una aldea, aparte de los intermediarios, toda la población se junta alrededor de las partes contratantes, en el lugar ordinario de las reuniones es decir cerca de la puerta de la ciudad. Todos toman parte en los debates como si personalmente estuvieran interesados. Así todos son testigos, conocen los detalles y las circunstancias del negocio, y la transacción queda confirmada sin escrito alguno. Toda transacción atestiguada de este modo es legal é inatacable, mientras que los títulos escritos más auténticos de propiedad, revestidos de toda clase de fórmulas son de ningun valor sin el testimonio de un testigo vivo.

CAPITULO DECIMO TERCERO.

LA PERSECUCION

DE LOS HEBREOS EN EGIPTO

Aunque no tengamos en este punto que responder á dificultades tomadas de la pretendida ciencia moderna, nuestra misión de vindicar el sagrado texto nos pone en el deber de manifestar como la historia del Egipto escrita en sus monumentos y papiros confirma admirablemente el primer episodio del Exodo Mosaico. En efecto, es tanta la conexión que hay entre la narración bíblica y la egiptología, que muy bien pudiéramos escribir ambas historias en dos columnas para que más aparentemente se viera su conformidad.

El exodo nos refiere que después de tres generaciones desde la entrada de Israel en Egipto, subió al trono un rey que no conocía á José, ó sea los hieres que José había hecho á toda la nación egipcia, ni distinguía al pueblo israelita como tres Faraones lo habían hecho, de donde se originó aquella cruel persecución. Pues bien, la historia de Egipto nos refiere que hacia el año dos mil antes

de Cristo, los reyes Hischos ó Pastores de estirpe chamita y que antes habían ocupado el Egipto, fueron expulsados por los reyes indígenas, de lo que fácilmente se comprende, quien fuera este rey y por qué desconocía á José. Los reyes de esta última dinastía con razón podían temer como dice la Escritura, que el pueblo de Israel se multiplicase y *en caso de guerra se uniese á sus enemigos, y arrojándolos de la tierra se pudiese en salvo.* (Ex. I 10.)

Otros dos hechos concuerdan optimamente en la Biblia y en la historia egipcia del año 2000 antes de Cristo. El primero es que tanto la persecución, como los trabajos de los hebreos, suponen que su nación gozaba de grande paz. La otra es que el rey que empezó á perseguir á los hebreos reinó por muchos años; lo que se desprende de que Moisés que huyó á la tierra de Madian y no volvió al Egipto sino después de la muerte del Faraon que lo buscaba para darle muerte, no volvió sino cuarenta años después. Ahora bien, estos dos hechos se hallan confirmados plenamente en la historia de Egipto. Ramses II, llamado por los griegos Sesostris, después de batallas sangrientas, pudo gozar de cuarenta y cinco años de paz, cual no los gozaron ninguno de los reyes de su dinastía. Los monumentos egipcios nos muestran á este rey, como deseosísimo de construir ciudades, templos y canales, por lo que el insigne Champollion lo llama el rey albañil.

La narración Mosaica nos describe minuciosamente la persecución de que fueron objeto los hebreos. Después de que Moisés y Aron se presentaron á Faraon para obtener la libertad de los hebreos, este se encendió en ira y se decidió á vejar más y más á los de Israel. Mandó pues (Faraon) á los prefectos de los trabajos, y á los exactores del pueblo, y les dijo: Ya no dareis al pueblo paja para fabricar los ladrillos, como antes se les daba, sino que vayan ellos mismos y recojan la paja, sin que les disminuyais el número de ladrillos que antes fabricaban." Y como los hijos de Israel, no pudiesen entregar el mismo número fueron azotados por los ministros del rey.

Todo esto, está escrito casi literalmente en los monumentos egipcios. Con frecuencia vemos pintados en ellos, las dos clases de personas de que aquí se trata, es decir, á los prefectos de las obras (sophetim) ó sea los escribas que se representan consignando el número de ladrillos que entregaban los esclavos, y los exactores [noghesim] teniendo siempre en la mano la vara ó azote, con que los castigaban. La flagelación era un castigo muy común entre los egipcios, como puede verse en los papiros y monumentos, y aún hoy los miserables fellans que se ven precisados á trabajar en las obras públicas son á menudo tratados de esta innoble manera.

Ultimamente se han encontrado dos documentos que apoyan admirablemente esta na-

rración. Ambos pertenecen al reinado de Ramses II. En el primero se habla de los Aberiu ó Aperiu, nombre con el que los egipcios designaban á los hebreos, como con gran copia de documentos lo demostró M. Chabas en sus *Melanges Egyptiennes* primera serie p. 46. En el primero el escriba Kaonisear pone en conocimiento del prefecto Bekemptali el haber cumplido el mandato que de él recibiera. "Para satisfacción de mi amo, dice, yo he obedecido el mandato que me dió mi amo diciendo: Dá su alimento á los soldados lo mismo que á los Aperiu, que cargan la piedra para la gran Belehen del rey Ramses Mériamen, amigo de la justicia, los cuales están confiados al jefe de los Madjaiu Ameneman. Yo les doy el alimento cada mes, según las excelentes instrucciones que me ha dado mi amo." El otro documento que casi tiene la misma forma que el anterior está redactado por el mismo escriba Keniamon y dirigido al amo Kadjena--Hai: "Yo he obedecido, dice, al mandato que me dió mi amo diciendo: Dá alimento á los soldados lo mismo que á los Aperin que cargan la piedra para el sol del sol Ramses Meriamen al Sur de Memphis."

En la Vulgata se nos dice que no distribuyéndose al pueblo la paja necesaria para fabricar ladrillos, se dispersó por toda la tierra de Egipto *para recoger pajas*. En el texto hebreo este pasaje concluye de la siguiente manera: *Iecoshes kas late ben para recoger kas*

en lugar de paja. San Jerónimo no supo como traducir la palabra *kas*, por lo que solo habló de la recolección de paja, é hizo que este lugar permaneciese inexplicable durante muchos siglos. Porqué si á los hebreos no se les daba paja, como es que se les dispersaban para recogerla? ¿Acaso la paja no se encuentra en los graneros sino esparcida por los campos para ser del primer ocupante y en tanta cantidad que pudiese bastar, para la fabricación cotidiana de un gran número de ladrillos? Pero ahora sabemos que con el nombre de *kas* se designan unas cañas que crecen en las riberas del Nilo y de sus canales, y por consiguiente el sentido de este lugar es que los hebreos no recibiendo paja para fabricar los ladrillos, se dispersaron por las orillas del Nilo para recoger estas cañas y emplearlas en vez de paja. Pues bien, en las ruinas de la ciudad llamada Pithoom dice M. Naville, [Egypt. Exploration Fund, Report of frist general meeting 1883 p. 12] una parte de los ladrillos con que fueron fabricados sus muros, están hechos con las cañas del Nilo y otras de solo el limo de este río sin que se halle vestigio alguno de paja.

A toda esta narración opone Reuss lo siguiente: Las diversas circunstancias de estos sucesos demuestran que no fué escrita por un contemporáneo, como lo fué Moises. En primer lugar el rey de Egipto contemporáneo de José, él del nacimiento de Moisés, y él del exodo de los hebreos se llamaron

Faraon, lo que parece inverosímil. Además el mandato de Faraon de arrojar á todos los niños al Nilo supone que todos los hebreos habitaban las riberas de este río, lo que es falso, pues la tierra de Gessen se halla separada por algunas leguas de sus orillas. Finalmente las murmuraciones de los hebreos en el desierto sea por la escasez de víveres, sea por la sencillez del maná supone que en el Egipto vivieron no entre las angustias de la cautividad, sino en medio de las comodidades de la vida, sin que podamos saber como tenían á la mano terneras y ovejas para alimentarse.

Todas estas tres dificultades tienen muy fácil solución. A la primera respondemos que el nombre Faraon no es nombre propio de una persona, sino el título con el que los egipcios designaban á su rey, como Czar entre los rusos, Sultán entre los turcos y Shah entre los persas. Esta opinión comunísima entre los egiptólogos se confirma con la observación de que en la Escritura, con excepción de dos lugares nunca se encuentran juntas estas dos voces: Pharaon y rey de Egipto para indicar que el primer nombre es el nombre propio de la persona, y el segundo el de la dignidad regia. Ordinariamente el modo de hablar de la Escritura es el siguiente: *Se presentaron Moisés y Aron á Faraon. Dijo Faraón etc.* Si en los dos lugares exceptuados leemos: *Faraon rey de Egipto* es porque los hebreos más modernos añadieron la

voz *melej* para mayor claridad. Además aunque el nombre Faraon fuera propio de la persona, no puede decirse con razón que es inverosímil que en Egipto tres reyes tuviesen el mismo nombre. ¿No cuenta Francia diez y ocho de sus reyes con el nombre de Luis y diez con el de Cárlos?

A la segunda dificultad respondemos que la tierra de Gessen y las ciudades de Ramses y de Pithom ciertamente no se hallan á la orilla del Nilo; pero en los papiros y monumentos consta que Ramses abrió canales en todo el delta del Nilo, en los que debieron ser arrojados los hijos de los hebreos.

En fin, diremos con relación á la opresión de los hebreos, sabemos que ella consistió en que se les obligaba á terminar un trabajo excesivo bajo la pena de azotes; pero no sabemos que se les limitaran los alimentos. Al contrario, es de creerse que tuviesen carne en abundancia, pues ejercían la pastoría tenida en desprecio por los egipcios; de la que no podían disfrutar en el desierto por la especial prohibición de Moisés quien para que no se consumieran las reses en el desierto prohibió que se diese muerte á otras que las destinadas al sacrificio. Además, las carnes que deseaban los israelitas en el desierto, debieron ser las de las ayes que abundaban en las orillas de los ríos y canales de Egipto y que juntamente con los peces les proporcionaban abundante y sabroso alimento, como lo sabemos de la Escritura y de los monu-

mentos egipcios. En efecto, todos los que conocen las costumbres de los pueblos pastores saben muy bien que se mantienen con la leche y que no comen la carne de sus ovejas sino en circunstancias escepcionales. En Egipto los hijos de Jacob no comían muchas veces carne de res ó de carnero, pero sí de aves. Esto es lo que extrañan en el desierto, en donde sus ojos, decían, no ven sino el maná. La prueba de que no son las terneras ni las ovejas las que desean, la tenemos en la manera con que Dios hizo cesar sus murmuraciones: les mandó codornices, no rebafios para que se saciasen.

Es necesario además no olvidar que los hebreos no se quejaban solo de no tener ya las marmitas llenas de carne como en el valle del Nilo, se lamentaban de verse también privados de las legumbres del Egipto, de las cebollas, de los ajos que eran los alimentos favoritos de los egipcios, como se puede ver en las figuras de sus monumentos. Los israelitas estaban privados de ellas en el desierto, ¿es extraño que los echaran de menos cuando todo les faltaba en el desierto? Este rasgo lejos de ser inverosímil, es por el contrario una confirmación brillante del conocimiento perfecto que tenía del Egipto el autor del Pentateuco.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

LAS PLAGAS DE EGIPTO.

No es de extrañarse que los monumentos y papiros del Egipto nada nos enseñen acerca de estos castigos con que Dios hirió á Faraon y á todo el Egipto por su dureza y rebeldía, porque los antiguos jamás consignaban lo adverso y deshonoroso para su nación. Tenemos, ahora que combatir á dos clases de adversarios: á los que pretenden explicar naturalmente las plagas de Egipto y á los que creen hallar contradicciones y absurdos en esta narración.

I. RECHASASE LA EXPLICACION NATURAL DE LAS PLAGAS DE EGIPTO.

Eichhorn, Th: Mogan, Du Bois-Aime Bohlem y otros racionalistas que creen imposible y absurdo todo lo milagroso, no pudiendo negar la autenticidad, de las narraciones bíblicas tratan de explicarlas de un modo natural, no deteniéndose en asentar los mayores absurdos para apoyar su preconcebido sistema.

Las plagas enviadas por Dios para castigar al Egipto son las siguientes:

mentos egipcios. En efecto, todos los que conocen las costumbres de los pueblos pastores saben muy bien que se mantienen con la leche y que no comen la carne de sus ovejas sino en circunstancias escepcionales. En Egipto los hijos de Jacob no comían muchas veces carne de res ó de carnero, pero sí de aves. Esto es lo que extrañan en el desierto, en donde sus ojos, decían, no ven sino el maná. La prueba de que no son las terneras ni las ovejas las que desean, la tenemos en la manera con que Dios hizo cesar sus murmuraciones: les mandó codornices, no rebafios para que se saciasen.

Es necesario además no olvidar que los hebreos no se quejaban solo de no tener ya las marmitas llenas de carne como en el valle del Nilo, se lamentaban de verse también privados de las legumbres del Egipto, de las cebollas, de los ajos que eran los alimentos favoritos de los egipcios, como se puede ver en las figuras de sus monumentos. Los israelitas estaban privados de ellas en el desierto, ¿es extraño que los echaran de menos cuando todo les faltaba en el desierto? Este rasgo lejos de ser inverosímil, es por el contrario una confirmación brillante del conocimiento perfecto que tenía del Egipto el autor del Pentateuco.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

LAS PLAGAS DE EGIPTO.

No es de extrañarse que los monumentos y papiros del Egipto nada nos enseñen acerca de estos castigos con que Dios hirió á Faraon y á todo el Egipto por su dureza y rebeldía, porque los antiguos jamás consignaban lo adverso y deshonoroso para su nación. Tenemos, ahora que combatir á dos clases de adversarios: á los que pretenden explicar naturalmente las plagas de Egipto y á los que creen hallar contradicciones y absurdos en esta narración.

I. RECHASASE LA EXPLICACION NATURAL DE LAS PLAGAS DE EGIPTO.

Eichhorn, Th: Mogan, Du Bois-Aime Bohlem y otros racionalistas que creen imposible y absurdo todo lo milagroso, no pudiendo negar la autenticidad, de las narraciones bíblicas tratan de explicarlas de un modo natural, no deteniéndose en asentar los mayores absurdos para apoyar su preconcebido sistema.

Las plagas enviadas por Dios para castigar al Egipto son las siguientes:

La primera fué el cambio de las aguas del Nilo, de los lagos, pozos etc. en sangre, y la muerte de los peces, todo lo que fué imitado por los magos egipcios.

La segunda fué una inmensa cantidad de ranas que produjo el Nilo. Lo que también imitaron los magos.

La tercera fué una multitud innumerable de mosquitos. Esta plaga no fué imitada por los magos, que en vista de su impotencia exclamaron: "*El dedo de Dios está aquí.*"

La cuarta fué una gran cantidad de moscas, que los orientales llaman *Blatas*.

La quinta fué peste en las bestias de carga.

La sexta fueron las úlceras en los hombres y animales.

La séptima un granizo terrible.

La octava una multitud de langostas.

La novena tinieblas deusísimas que por tres días cubrieron todo el Egipto.

La décima fué la muerte de todos los primogénitos tanto de los hombres como de los animales, exceptuando los de los Israelitas. Esta última plaga decidió á Faraon á dar libertad á los hebreos.

Los racionalistas aseguran que en ninguno de estos castigos intervino el milagro sino que todos pueden explicarse perfectamente bien por las fuerzas naturales. Seanos permitido, antes de entrar de lleno en la refutación de esta sentencia, trasladar aquí la hermosa doctrina de Santo Tomás sobre la naturaleza y división del milagro.

"Llámase milagro alguna cosa por comparación á la facultad de la naturaleza que por él se supera. Puede superarla de tres modos. Primero en cuanto á la sustancia del hecho, como que dos cuerpos ocupen el mismo lugar ó que el sol retroceda ó que el cuerpo humano sea glorificado, lo que la naturaleza en manera alguna puede efectuar. En segundo lugar algo excede á la facultad de la naturaleza no en razón de lo que se verifica sino en razón del sujeto en que se verifica, como la resurrección de un muerto, la iluminación de un ciego, porque propio es de la naturaleza dar la vida al hombre, pero no al que ya espiró, así como es propio de ella dar al hombre vista pero no al que carece del órgano propio para la visión como lo hace el milagro. En tercer lugar algo excede á la facultad de la naturaleza en razón del modo y orden de verificarse. Así cuando alguien repentinamente y por virtud divina es curado de la fiebre, sin medicinas y sin emplear el método conforme al orden natural en tales casos, y como cuando las nubes en un momento dado se condensan y disuelven en lluvia sin que las causas naturales en esa ocasión puedan producirlo, como sucedió en las preces de Samuel y Elías. [1]

En esta suposición, confesamos ingenuamente que todas las plagas de Egipto fueron efectos naturales atendida la substancia y el

(1) I p. q. 105 art. 8.

sujeto; mas aún que estas plagas son frecuentes en esa región; pero las circunstancias todas y el modo con que fueron producidas, exigen absolutamente el que sean colocadas entre los milagros de tercer orden. En efecto ¿quién podrá creer que tantos y tan grandes males, inconexos entre sí se sucediesen en el espacio de cuatro ó seis semanas, y en una región no muy dilatada y que los israelitas que vivían entre los egipcios se vieses libres de ellas? ¿Cómo Moisés pudo predecirlas y producirlas con el solo auxilio de su vara y hacerlas cesar con solo la oración. Además Dios les mandó estas plagas que no eran desconocidas á los egipcios y que con mucha frecuencia los afligian para que obrasen con más eficacia en sus ánimos y más pronto los decidiesen á dar libertad á los israelitas.

Para mayor claridad explicaremos en que está la razón del milagro en alguna de las plagas. Con relación á la primera ó sea la coloración sanguínea de las aguas, es verdad que este río en determinada época del año, cambia de color. Esto sucede dos veces; primero cuando el Nilo comienza á salir de madre en los meses de Julio ó de Agosto, por la mezcla de las aguas con los detritus de las plantas que hay en las riberas y con las plantas criptógamas que le vienen de los afluentes, toma un color verde por lo que en esa época se llama *Nilo verde*. Entonces las aguas se vuelven fétidas, nauseabundas é insalubres. Después de diez ó doce días acaece

un nuevo fenómeno, el río se vuelve rojo ó sanguinolento, y sin embargo las aguas permanecen saludables y dulcísimas, como lo atestiguan los viajeros.

La razón de milagro en el hecho de Moises estuvo: 1^o en que comenzó y acabó al arbitrio de Moises, 2^o en que esta coloración tuvo lugar en tiempo en que naturalmente no podía acontecer, porque si la décima plaga acaeció el 17 de Nisan ó sea á principios de Abril y la séptima en el mes Marzo, cuando como dice el Exodo, la cebada estaba verdeando y el lino echaba las primeras florecillas, de ahí se sigue que la primera plaga acaeció al comenzar de Febrero, tiempo en que nunca se altera el color ordinario del río. 3^o El Nilo rojo de Moises no tuvo la dulzura y salubridad propia de esa época; sino que con el color sanguíneo adquirió las propiedades nocivas del Nilo verde.

Para no repetir la misma cosa, diremos que las demás plagas exceptuando la séptima y décima son frecuentísimas en Egipto por lo que solo son milagros de tercer orden ó sea por razón del modo, según lo que acabamos de decir.

La séptima plaga ó sea el granizo y los rayos que mataron á los animales que estaban en el campo, aunque en sí misma pudo ser efecto de las causas naturales, por las razones antedichas debe juzgarse como un verdadero milagro. La novena plaga, ó sean las tinieblas hoy comunmente se explica por

el viento abrasador de las Escrituras. Este viento llamado *Simoun* por los turcos, y *chamsim* por los árabes excita tan grandes nubes de polvo, que los hombres casi nada pueden ver, y por la inflamación que este polvo causa en los ojos, estos y los animales buscan instintivamente los antros y lugares subterráneos, como nos lo dice el autor de la sabiduría al describirnos esta plaga. Fué un verdadero milagro, ya por razón de su duración pues el viento *chamsim*, nunca dura más de doce horas, ya porque la tierra de Gessen se vió sola libre de esta plaga, ya finalmente por razón de la intensidad y de los fenómenos especiales que en ella tuvieron lugar y que pueden leerse en el citado libro de la Sabiduría.

La décima y última plaga fué la muerte de todos los primogénitos, así de los hombres, como de los animales, en una misma noche. Es evidente que aquí no se trata de un hecho natural sino de un verdadero milagro en razón del modo. El ángel exterminador pudo ciertamente valerse de la peste ó de otro azote para dar muerte á los primogénitos; pues de todos modos este castigo no fué natural, porque la muerte súbita de todos y solos los primogénitos de un solo golpe y en una sola noche no puede concebirse, como efecto de las leyes de la naturaleza.

La memoria de este hecho tan notable ha quedado impresa en la estatua colosal de Me-

nephath I, descrita por Mr. Brugsch, en la que su hijo se ve asociado á su padre en el reino lo que, según M. Chabas, Lauth y otros egiptólogos significa que murió antes de él.

Otra razón en que, los partidarios de la explicación natural de los milagros pretenden apoyar su tesis, es la siguiente: Los magos de Egipto convirtieron sus varas en serpientes, el agua en sangre y como Moises produjeron una gran multitud de ranas: estos hechos, dicen, no son milagros; luego tampoco los de Moisés.

Para resolver esta dificultad advertimos que no todos los expositores tienen la misma opinión tratando de explicar estos tres hechos de los magos. Algunos, de aquellas palabras del Exodo: *los magos por medio de sus filtros hicieron cosas semejantes* deducen que estos hechos fueron efectos naturales, producidos por causas solo conocidas de los magos ó juegos de manos con los que Faraon y los circunstantes quedaron engañados. De este modo la conversión de las varas en serpientes la explican por el arte de adormecerlas poniéndolas rígidas hasta aparecer como unas varas. La conversión de las aguas en sangre por medio de cebos ó de tenuísimos hilos con que fueron extraídos, como lo asegura Janssens. Sin que entremos á discutir la probabilidad de la explicación de las varas convertidas en serpientes, nos parece risible la explicación de los otros dos llamados prodigios de los magos.

Nos adherimos absolutamente al parecer de San Agustín y de Santo Tomás que atribuyen dichos hechos á la intervención diabólica. Muevenos á emitir esta opinión, las palabras del mismo Angélico Doctor; que dice: "No dar fe alguna ó dar muy poca á la intervención diabólica en las cosas humanas, procede de la raíz de la incredulidad." Así mismo nos mueve no encontrar otra explicación satisfactoria de estos hechos si excluimos la intervención diabólica. Y no nos hace gran peso la dificultad que pudiera oponérsenos, es decir: que de este modo Dios hubiera confirmado la mentira, porque para prueba de los suyos ó castigo de los malos permite por corto tiempo esta clase de triunfos fugaces al demonio, teniendo el designio, de que luego sea más brillante el triunfo de su poder. Así ha sucedido siempre y con particularidad en el suceso que nos ocupa.

II. EXPLÍCASE LO QUE PARECE
INVEROSÍMIL Ó CONTRADICTORIO EN LA
NARRACIÓN DE LAS PLAGAS DE EGIPTO.

La primera contradicción que se nos objeta se refiere á la primera plaga ó sea á la conversión del agua en sangre. Según el Exodo, dicen los racionalistas, todas las aguas de Egipto se convirtieron en sangre durante siete días, ¿Cómo pudo suceder que los egipcios no muriesen de sed en este tiempo? ¿En donde pudieron hallar los magos de

Faraón agua pura para convertirla á su vez en sangre?

Respondemos que las aguas no fueron cambiadas en sangre en la tierra de Gessen y además Moisés nos dice, que los egipcios cavaron pozos cerca del Nilo para beberla y que de esta misma se sirvieron los magos para ejecutar sus encantamientos. Además los magos convirtieron el agua en sangre después de que la plaga ya había cesado, como parece colegirse de que Faraón afligido con el castigo se había ya decidido á dar á los israelitas la libertad; pero á causa de lo que hicieron los magos se arrepintió de su resolución, lo que indica que ya la plaga había cesado. Hallan otra contradicción, en que la quinta plaga dió muerte á todas las bestias de carga de los egipcios y en la sexta fueron las mismas bestias, heridas con úlceras, bubones etc. ¿De dónde resultaron esos animales, si como se afirma en esta narración, todos ellos murieron en la plaga anterior? ¿Que animales fueron después heridos por el granizo en la séptima plaga? ¿Cuales fueron los primogénitos de los animales que murieron en la décima plaga? ¿De donde obtuvo Faraón la numerosa caballería con que después persiguió á los de Israel y que según Moisés, quedó sepultada en el mar Rojo?

Respondemos que las palabras de Moisés, que refiriendo la quinta plaga, dice que fueron muertos todos los animales, deben en-

tenderse de los que estaban en el campo, como se colige de la conminación que hizo Moisés, á Faraón antes de dicha plaga. *Si aún te resistes, negando á mi pueblo la libertad que solicita, mi mano se extenderá sobre tus campos y sobre los animales que hay en ellos* etc., de modo que los animales que se hallaban en la ciudad ó en los establos, no perecieron y las úlceras que los atormentaron en la sexta, tuvieron lugar en los animales sobrevivientes á la quinta.

Ahora bien estas úlceras, los atormentaron mucho, pero no los mataron, por lo que bien hubo animales á quienes hirió la séptima plaga del granizo, que como es natural solo dió muerte á los animales que se apacentaban en los campos, y no á los que estaban bajo techo, entre los que hubo primogénitos que perecieron en la última de todas ellas, quedando aun, número suficiente de caballos para salir en persecución de los hebreos.

Finalmente, increíble parece á nuestros adversarios, que Faraón después de tantas y tan terribles plagas como sufrió, se obstinase aun en retener en Egipto á los israelitas; pero los racionalistas no deben olvidar que los hebreos, incluso las mujeres y los niños eran cerca de dos millones y servían como esclavos en el Egipto, por lo que Faraon preferiría ciertamente sufrir todas las nueve primeras plagas antes de verse privado de tantos brazos, para la edificación de sus ciudades, fabricación de los canales, ejercicio de la pasto-

ria etc. Además Moisés nos enseña que Dios permitió que Faraon se obstinase, para manifestar su omnipotencia con los prodigios que su diestra realizó. Precisamente de que Faraon al fin permitió que dos millones de esclavos en un solo día recobrasen la libertad deberían concluir los racionalistas que debieron intervenir prodigios tan grandes que decidieron á Faraon á hacer este sacrificio.

CAPITULO DECIMO QUINTO.

EL MANA.

Dice Moisés en el capítulo XVI del Exodo:

1. Partieron de Elm, y vino toda la multitud de los hijos de Israel al desierto de Sin, que está entre Elim y Sinai: á los quince días del mes segundo después que salieron de la tierra de Egipto.

2. Y murmuró toda la congregación de los hijos de Israel contra Moisés y Aarón en el desierto.

3. Y le dijeron los hijos de Israel: ojalá hubiéramos muerto por mano del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos sobre las ollas de las carnes, y comíamos el pan en hartura: ¿por qué nos habéis sacado á este desierto, para matar de hambre á toda la multitud?

4. Y dijo el Señor á Moisés: hé aquí, que yo os lloveré panes del cielo: salga el pueblo, y recoja lo que basta para cada día: para hacer de él prueba, si anda en mi ley, ó no.

5. Más el día sexto aparecen lo que han de guardar, y sea doblado de lo que solían recoger cada día.

El maná era como una semilla de culantro, de color blanco y su gusto era como de harina con miel. Sus propiedades eran: 1.^a hallarse esparcido en el campo todos los días al salir del sol. 2.^a que cualquiera que fuese la cantidad que recogiese cada uno de los hebreos, se reducía á la medida de un Gomor. 3.^a que no podía reservarse para el siguiente día; sino que pasada la mitad de la noche se corrompía y llenaba de gusanos. 4.^a que en el quinto día de la semana podían recoger doble cantidad y reservar la mitad para el siguiente día, sin que se redujese á la medida de un Gomor, ni se corrompiese.

Los naturalistas y algunos intérpretes protestantes están de acuerdo en negar el origen milagroso del maná.

Dos son las opiniones generalmente admitidas entre ellos: una es de M. Bertelot, que asegura, ser el maná que comieron los israelitas el *Tamaris Mannifera* ó sea una excrecencia sacarina del árbol llamado *Allago* por los habitantes del Yemen, y del que se alimentan los árabes y los monges de Santa Catarina mezclándolo con pan. "Esta excrecencia proviene de la trasporación del árbol en los lugares en que pica un insecto llamado por los naturalistas: *Cocus mani fera*. Kaliso además de este maná al que llama con los árabes *tree-manna*, admite otro llamado *airmanna* que es como un rocío que frecuentemente cae en el desierto.

Pensando maduramente sobre las cualidades de este maná, y comparándolas con las de que habla Moisés decimos que éste es milagroso y muy distinto del maná producido por los árboles ó llovido del cielo.

1° En primer lugar el maná del Exodo se recogió durante cuarenta años y en todas las estaciones del año, mientras que el maná del desierto solo se encuentra en el mes de Junio.

2° El primero caía á la aurora, el segundo caía al medio día, hora en que el otro se liquidaba.

3° El maná de Moisés era tan abundante que bastaba á alimentar una innumerable multitud. El otro es tan escaso que según M. Stanley (1) no bastaría el que se encuentre en una legna á la redonda para alimentar á un solo hombre en el espacio de medio año. Es verdad que Burchard estima la producción anual de maná en toda la península del Sinaí en 500 ó 600 libras inglesas y Welsted en 700 bajo favorables circunstancias; pero aún concediendo esta cantidad que ciertamente es exagerada, aseguramos que toda esta cantidad apenas bastaría para alimentar al pueblo hebreo durante seis semanas.

4° El pan del cielo que Moisés dió á sus hermanos caía solo en los seis primeros días de la semana, y nunca el sábado; mientras

[1] Sinaí and Palestina p. 26. nota.

que la goma del Tamar se recoge diariamente en el mes de Junio.

5° El maná se corrompía y hervía en gusanos al día siguiente de aquel en que se recogía; en cambio el maná Sinaitico se puede conservar indefinidamente.

6° Del maná de Moisés leemos en el cap. XI de los Números: "Salía el pueblo y lo recogía y en seguida lo trituraba en un mortero, ó lo desmenuzaba sobre una piedra ó lo cocía en una olla, haciendo con él unas tortillas que tenían el sabor de pan con aceite." A nada de esto podía aptarse el maná del Tamar.

7° El maná también se distinguía por esta cualidad milagrosa que á ninguna otra vianda natural puede convenir. Dice Moisés: "Lo hicieron así los hijos de Israel y reunieron unos más y otros menos pero no encontraron sino la medida de un Gomor; ni el que más había recogido, halló más; ni el que menos preparó se encontró con menor cantidad; sino que cada uno tuvo lo que debía servirle de alimento."

8° Finalmente, y sobre todo, el maná fué un alimento sumamente nutritivo con el que casi esclusivamente se alimentaron los israelitas durante cuarenta años. Entre tanto la goma de tarfah no puede servir para alimentación, porque más tiene elementos purgantes, que azoados necesarios para sostener la vida.

El mismo Berthelot nos dá esta indicación:

“Si se conoce perfectamente el origen del maná Sináítico, no sucede lo mismo con su naturaleza química. Esta es tanto más interesante cuanto el análisis químico es el único que puede explicar el papel de esta materia en la alimentación. Las experiencias que he hecho me han llevado á la conclusión siguiente: este maná presenta el aspecto de un jarabe amarilloso, espeso, conteniendo detritus vegetales. Contiene azúcar de caña, azúcar entreverada, dextrina y agua. El peso del agua se eleva á un 50 p 8 del peso total y su composición con abstracción del agua y de los detritus vegetales es la siguiente:

Azúcar de caña.....	55
Azúcar entreverada.....	25
Dextrina y productos análogos.....	20

100

Según estos resultados, si nos referimos al papel histórico que debió desempeñar el maná del Sinaí, se hace fácil explicar el empleo de esta sustancia como alimento. En efecto, es una miel verdadera perfeccionada por la presencia de la dextrina. Al mismo tiempo se deduce que el maná del Sinaí no podía bastar como alimento pues no contiene principios azoados. [1]

(1) Comptes rendus de l'Académie des sciences p. 584-586.

*CAPITULO DECIMO SEXTO.

EL BECERRO DE ORO.

Bien conocida es la historia del becerro de oro referida en el capítulo XXXII del Exodo. Mientras que Moisés recibía de Dios los preceptos de la ley, los israelitas fabricaron una estátua con los sarcillos y brazaletes de oro de sus mujeres, representando al buey Apis de los egipcios, é hicieron una grande solemnidad en su honor. Moisés al ver esta defección de su pueblo, destruyó el becerro, lo hizo potable, se lo dió á beber á los culpables y ordenó á los levitas que hiciesen un castigo ejemplar dando muerte á los adoradores del becerro.

Tres cosas, dicen los racionalistas, se oponen á la verosimilitud y á las conclusiones científicas. 1.º La fabricación del becerro por los pobres hebreos acabados de salir de la esclavitud, y en un corto espacio de tiempo. 2.º La liquefacción del becerro para que lo bebieran los idólatras. 3.º La matanza de veintitres mil culpables, por los levitas cuyo número no podía exceder en mucho al de los occisos. Vamos á examinar cada una de estas dificultades.

“Si se conoce perfectamente el origen del maná Sináítico, no sucede lo mismo con su naturaleza química. Esta es tanto más interesante cuanto el análisis químico es el único que puede explicar el papel de esta materia en la alimentación. Las experiencias que he hecho me han llevado á la conclusión siguiente: este maná presenta el aspecto de un jarabe amarilloso, espeso, conteniendo detritus vegetales. Contiene azúcar de caña, azúcar entreverada, dextrina y agua. El peso del agua se eleva á un 50 p 8 del peso total y su composición con abstracción del agua y de los detritus vegetales es la siguiente:

Azúcar de caña.....	55
Azúcar entreverada.....	25
Dextrina y productos análogos.....	20

100

Según estos resultados, si nos referimos al papel histórico que debió desempeñar el maná del Sinaí, se hace fácil explicar el empleo de esta sustancia como alimento. En efecto, es una miel verdadera perfeccionada por la presencia de la dextrina. Al mismo tiempo se deduce que el maná del Sinaí no podía bastar como alimento pues no contiene principios azoados. [1]

(1) Comptes rendus de l'Académie des sciences p. 584-586.

*CAPITULO DECIMO SEXTO.

EL BECERRO DE ORO.

Bien conocida es la historia del becerro de oro referida en el capítulo XXXII del Exodo. Mientras que Moisés recibía de Dios los preceptos de la ley, los israelitas fabricaron una estátua con los sarcillos y brazaletes de oro de sus mujeres, representando al buey Apis de los egipcios, é hicieron una grande solemnidad en su honor. Moisés al ver esta defección de su pueblo, destruyó el becerro, lo hizo potable, se lo dió á beber á los culpables y ordenó á los levitas que hiciesen un castigo ejemplar dando muerte á los adoradores del becerro.

Tres cosas, dicen los racionalistas, se oponen á la verosimilitud y á las conclusiones científicas. 1.º La fabricación del becerro por los pobres hebreos acabados de salir de la esclavitud, y en un corto espacio de tiempo. 2.º La liquefacción del becerro para que lo bebieran los idólatras. 3.º La matanza de veintitres mil culpables, por los levitas cuyo número no podía exceder en mucho al de los occisos. Vamos á examinar cada una de estas dificultades.

I. LA CONSTRUCCIÓN DEL BECERRO.

Para la construcción del becerro, dicen los falsos sabios, se necesitan tres cosas: materia, artifices y tiempo suficiente para realizarla. Nada de esto tuvo Aarón, porque en primer lugar, ¿de dónde pudieron tener las mujeres hebreas tanta cantidad de oro para fabricarlo?

Esta objeción se apoya en dos falsos supuestos ó por lo menos supone inconcuso lo que es muy incierto.

Supone por una parte que las mujeres hebreas eran extremadamente pobres, y por otra, que la estatua fabricada por Aaraon fué muy grande. Nada de esto nos consta. En efecto, pongamos que entre los dos millones de hebreos, sólo había 150,000 mujeres. Si cada una hubiese dado á Aaraon una dracma ó sea a octava parte de una onza, tendríamos más de mil libras, cantidad que no puede llamarse inverosímil, dado que este metal abundaba entonces en el Egipto, como consta de los monumentos y de la multitud de objetos de oro que se han hallado en los sepulcros y en las ruinas, y que ahora se encuentran en todos los Museos de Europa. Ni debe preocuparnos mucho, el que las mujeres hebreas fuesen muy pobres, porque aún hoy las mujeres árabes lo mismo en la Palestina que en península del Sinaí por pobres que sean, rara vez carecen de varias monedas con que adornan su cabellera. Ade-

más, es de suponerse que tuvieren oro en relativa abundancia proveniente del despojo de los egipcios.

Por otra parte la estatua del becerro, no podía ser muy grande porque era una estatua portátil y apta para ser llevada al frente del ejército, como sucedía con las águilas romanas, y que no excedían de pie y medio. Así no es lícito conjeturar de las palabras del Exodo: *Hazmos*, dijeron á Aaron los idólatras, *díoses que vayan delante de nosotros*.

Tampoco pudieron faltar artifices para la construcción del becerro, pues el arte de fundir los metales era bien familiar á los egipcios, como de lo dicho arriba se desprende. Debemos también añadir para que aparezca más lo verosímil de la narración, que no hay metal que se preste más á ser fundido y elaborado que el oro.

Lo último que objetan los racionalistas á la construcción del becerro es la imposibilidad de fabricarlo en el espacio de un día. ¿Pero donde, asegura Moisés que el becerro fué fundido en un solo día? Los israelitas tuvieron bastante tiempo para construirlo antes de la vuelta de Moisés que permaneció cuarenta días en la cumbre del Sinaí. Ignoramos igualmente el método de que se sirvieron para fundirlos, que bien pudo facilitar esta operación.

II. LA DESTRUCCIÓN DEL BECERRO DE ORO.

Es imposible, dice Voltaire, aún á los más hábiles químicos hacer potable el oro.

Para responder á esta dificultad debemos decir, que los intérpretes de la Sagrada Escritura dan dos diversas explicaciones á este pasaje. Unos dicen, que Moisés á fuerza de golpes de martillo destruyó el becerro y trituró sus fragmentos entre dos piedras de molino, reduciéndolo á polvo que después mezcló con el agua y se la dió á beber á los culpables. Esto no repugna, pues que cuerpos más duros que el oro se pueden despedazar y triturar hasta reducirlos á un polvo sutilísimo. Esta interpretación parece fundarse en las palabras del Deuteronomio: [1] *El objeto de vuestro pecado que fabricasteis es decir, el becerro lo tomé, lo puse en el fuego, lo despedazé, y reducido á fragmentos y después á polvo lo arrojé en el torrente que baja del monte.*

Otros creen que el becerro fué realmente hecho potable con el auxilio de la química, lo que hoy no solo no es imposible, pero ni siquiera difícil. Hé aquí como lo explica Moigno: "En tiempo de Moisés se conocía el oro y se sabía quemarlo ú oxidarlo, es decir, tranformarlo en susóxido ó sesquíóxido, que son dos polvos impalpables, el uno color de violeta obscuro y el otro de color pardo, pudiendo ambos ser mezclados perfectamente y tragados sin peligro. . . . Los agentes eficaces de oxidación cierta y pronta, el cloruro de sodio, el nitrato de sosa y el azufre, hallábanse evidentemente al alcance y á la mano

(1) Deut- IX, 12.

de Moisés, que solo se encontraba á algunas leguas del Mar Rojo. El agua regia se hace con la sal marina y la sal amoniaca. Pues bien, dice M. Gerhard, en el Diccionario de Bouillet artículo *Amoniaco*: Desde tiempo inmemorial sípose en Egipto extraer la sal amoniacal del estiercol de los camellos. Los egipcios la extraían del hollín, resultante del empleo de dicho esccremento como combustible. Para reducir el oro á polvo impalpable ó á polvo soluble, no es ni necesario transformarlo en óxido, en sulfuro ó en cloruro, bastaría cuando está fundido, hacerlo caer de una altura considerable sobre una plancha sólida animada de un movimiento de rotacion suficientemente rápido, como lo ha hecho en estos últimos años el barón de Rostaing.

En una palabra, para hacer de este relato de Moisés, una objeción contra la revelacion, requeriase ser ignorante, como lo era Voltaire en el siglo XVIII y no conocer las propiedades elementales del oro. [1]

III. CASTIGO DE LOS ADORADORES DEL BECERRO.

Dice Moisés, que los levitas dieron muerte á 23,000 hombres que habian adorado al becerro. Esto parece increíble y bárbaro á nuestros adversarios. Increíble porque ese

(1) Esplendores Tom II p [4]

número tan considerable de hombres debieron defenderse de los levitas; bárbaro porque ninguna nación civilizada efectuaría una matanza tan considerable en sus súbditos por grandes que fuesen sus crímenes.

Debemos de advertir antes de responder directamente á la dificultad, que el Texto hebreo, los Setenta, el Caldeo, la versión siríaca, la arábiga, la antigua Italia y aun la Vulgata en la I Epístola á los Corintios ponen tres mil, en vez de veintitresmil como se lee en la Vulgata en el libro del Exodo. Esta matanza nos parecerá no menos increíble si atendemos á que la tribu de Leví era numerosísima y en extremo belicosa, mientras que el pueblo por razón de la solemnidad consagrada al becerro estaba descuidado, sin armas y aun como parece insinuarlo. S. Pablo en el lugar citado se había entregado á la embriaguez.

Este castigo fué justiciero por parte de Dios que por medio de grandes prodigios había librado á los de Israel de la cautividad del Egipto, y derramaba sobre ellos sus beneficios á manos llenas, y á quien tan gravemente ofendía. Este castigo, no fué solo una prueba vindicativa sino también, un ejemplo que debía alejar de la idolatría á los hijos de esos adoradores del simulacro egipcio.

CAPITULO DECIMO OCTAVO.

LA CONSTRUCCION DEL TABERNACULO.

Relativamente á la construcción del Tabernáculo, los racionalistas hacen casi siempre las mismas objeciones que refutamos en la primera parte del capítulo anterior.

1ª ¿De dónde los pobres hebreos pudieron obtener, veintinueve talentos de oro, cien de plata y setenta y dos mil de bronce? Respondemos que los museos de Europa demuestran suficientemente ser posible que los hebreos tuvieran esa cantidad de oro y plata.

Con relación al bronce, diremos que los mismos pudieran sacarlo de las minas que abundan en los alrededores del Sinaí.

2ª De dónde obtuvieron los hebreos; artistas capaces de llevar á cabo una obra tan grande?—Oigamos cómo responde Lenormant: nos admiramos con frecuencia de la magnificencia del Tabernáculo, tal como nos la describe el Exodo y sobre todo, de los inmensos trabajos que no pudieron llevarse á cabo por un pueblo de pastores nómadas errantes y que vivían bajo sus tiendas; nece-

número tan considerable de hombres debieron defenderse de los levitas; bárbaro porque ninguna nación civilizada efectuaría una matanza tan considerable en sus súbditos por grandes que fuesen sus crímenes.

Debemos de advertir antes de responder directamente á la dificultad, que el Texto hebreo, los Setenta, el Caldeo, la versión siríaca, la arábica, la antigua Italia y aun la Vulgata en la I Epístola á los Corintios ponen tres mil, en vez de veintitresmil como se lee en la Vulgata en el libro del Exodo. Esta matanza nos parecerá no menos increíble si atendemos á que la tribu de Leví era numerosísima y en extremo belicosa, mientras que el pueblo por razón de la solemnidad consagrada al becerro estaba descuidado, sin armas y aun como parece insinuarlo. S. Pablo en el lugar citado se había entregado á la embriaguez.

Este castigo fué justiciero por parte de Dios que por medio de grandes prodigios había librado á los de Israel de la cautividad del Egipto, y derramaba sobre ellos sus beneficios á manos llenas, y á quien tan gravemente ofendía. Este castigo, no fué solo una prueba vindicativa sino también, un ejemplo que debía alejar de la idolatría á los hijos de esos adoradores del simulacro egipcio.

CAPITULO DECIMO OCTAVO.

LA CONSTRUCCION DEL TABERNACULO.

Relativamente á la construcción del Tabernáculo, los racionalistas hacen casi siempre las mismas objeciones que refutamos en la primera parte del capítulo anterior.

1ª ¿De dónde los pobres hebreos pudieron obtener, veintinueve talentos de oro, cien de plata y setenta y dos mil de bronce? Respondemos que los museos de Europa demuestran suficientemente ser posible que los hebreos tuvieran esa cantidad de oro y plata.

Con relación al bronce, diremos que los mismos pudieran sacarlo de las minas que abundan en los alrededores del Sinaí.

2ª De dónde obtuvieron los hebreos; artistas capaces de llevar á cabo una obra tan grande?—Oigamos cómo responde Lenormant: nos admiramos con frecuencia de la magnificencia del Tabernáculo, tal como nos la describe el Exodo y sobre todo, de los inmensos trabajos que no pudieron llevarse á cabo por un pueblo de pastores nómadas errantes y que vivían bajo sus tiendas; nece-

sitaban instrumentos perfeccionados é instalaciones fijas extensas. La crítica antireligiosa se ha apresurado á sacar partido de esta dificultad para tachar á los libros santos de exajerados y aun mentirosos y para decir que los trabajos del tabernáculo deben ser relegados entre las fábulas. Pero hoy estas objeciones especiosas se disipan ante el progreso de los conocimientos y la verdad del libro divino, brilla aquí lo mismo que en todas sus narraciones.

Los exploradores más recientes de la Arabia-Petrea, el conde de Laborde, M. de Lessep y M. Lotin de Laval, han encontrado en el terreno montuoso del Sinai, muy cerca del lugar donde permanecieron los hebreos, durante los dos años que pidieron los trabajos del Tabernáculo, en el lugar que ahora se llama Ouadi-Magharah, importantes minas de cobre, explotadas por los Egipcios desde el tiempo de sus primeras dinastías, y los restos que aun se pueden reconocer perfectamente de vastos hornos metalúrgicos que habían fundado. Es evidente que los israelitas, una vez que llegaron al Sinai y quisieron ejecutar los objetos necesarios á su culto, se apoderaron de los hornos de Ouadi-Magharah, y aun hicieron trabajar por su cuenta á obreros egipcios, bajo la dirección de Bezeleel y Oliab, únicos artifices que nombra la Biblia, y aprovechándose de los hornos establecidos por los Faraones, fundieron los nu-

merosos objetos de oro y de bronce que formaban el moviliario del Tabernáculo. [1]

CAPITULO DECIMO NOVENO.

PRESCRIPCIONES HIGIENICO RELIGIOSAS DE LA LEY DE MOISES.

Moisés en su propósito de inducir al pueblo á observar estrictamente ciertas medidas higiénicas necesarias sobre todo en esos climas les dió el carácter de prescripciones religiosas á fin de que en conciencia se creyeran los hebreos obligados á observarlas y así se consultase á la salubridad pública. Muchos racionalistas, sin fijarse en la diversidad de tiempos y lugares tienen por absurdas y ridiculas muchas de estas prescripciones, como poco fundadas en las conclusiones de la ciencia. Especialmente se fijan en la distinción hecha por Moisés entre los animales puros é impuros, y en las prescripciones relativas á la lepra de los vestidos y de las casas.

[1] Manuel de l'histoire ancienne de l'Orient Tom. I p. 176-177.

sitaban instrumentos perfeccionados é instalaciones fijas extensas. La crítica antireligiosa se ha apresurado á sacar partido de esta dificultad para tachar á los libros santos de exajerados y aun mentirosos y para decir que los trabajos del tabernáculo deben ser relegados entre las fábulas. Pero hoy estas objeciones especiosas se disipan ante el progreso de los conocimientos y la verdad del libro divino, brilla aquí lo mismo que en todas sus narraciones.

Los exploradores más recientes de la Arabia-Petrea, el conde de Laborde, M. de Lessep y M. Lotin de Laval, han encontrado en el terreno montuoso del Sinai, muy cerca del lugar donde permanecieron los hebreos, durante los dos años que pidieron los trabajos del Tabernáculo, en el lugar que ahora se llama Ouadi-Magharah, importantes minas de cobre, explotadas por los Egipcios desde el tiempo de sus primeras dinastías, y los restos que aun se pueden reconocer perfectamente de vastos hornos metalúrgicos que habían fundado. Es evidente que los israelitas, una vez que llegaron al Sinai y quisieron ejecutar los objetos necesarios á su culto, se apoderaron de los hornos de Ouadi-Magharah, y aun hicieron trabajar por su cuenta á obreros egipcios, bajo la dirección de Bezeleel y Oliab, únicos artifices que nombra la Biblia, y aprovechándose de los hornos establecidos por los Faraones, fundieron los nu-

merosos objetos de oro y de bronce que formaban el moviliario del Tabernáculo. [1]

CAPITULO DECIMO NOVENO.

PRESCRIPCIONES HIGIENICO RELIGIOSAS DE LA LEY DE MOISES.

Moisés en su propósito de inducir al pueblo á observar estrictamente ciertas medidas higiénicas necesarias sobre todo en esos climas les dió el carácter de prescripciones religiosas á fin de que en conciencia se creyeran los hebreos obligados á observarlas y así se consultase á la salubridad pública. Muchos racionalistas, sin fijarse en la diversidad de tiempos y lugares tienen por absurdas y ridiculas muchas de estas prescripciones, como poco fundadas en las conclusiones de la ciencia. Especialmente se fijan en la distinción hecha por Moisés entre los animales puros é impuros, y en las prescripciones relativas á la lepra de los vestidos y de las casas.

[1] Manuel de l'histoire ancienne de l'Orient Tom. I p. 176-177.

I ANIMALES PUROS E IMPUROS.

Nadie que tenga un poco de buen sentido podrá creer que al alimentarse de ciertos animales, y por solo el hecho de comerlos, pueda manchar su alma y hacerse reo de alguna culpa; pero todos comprenden que hay muchos de ellos verdaderamente nocivos á la salud, y que la autoridad á quien toca velar por la salubridad pública está en su derecho y aun tiene estricta obligación de prohibir que los miembros de la sociedad á quien preside, se alimenten de ellos. Así lo han hecho las autoridades de todos los países particularmente en tiempo de pestes y epidemias. ¿Es de extrañar, que siendo teocrático el gobierno de los hebreos, Dios hubiera dado el carácter de leyes religiosas á las prescripciones higiénicas que consignó en los libros de Moisés?

Pero, nos objetan los racionalistas, Moisés en este código sanitario, está en oposición con las observaciones y clasificación zoológica cuando prohíbe á los Israelitas la manducación de animales mitológicos que solo existen en la imaginación de los poetas. Sirva como ejemplo de lo primero, el texto del Levítico en el que se prohíbe comer liebre *porque es rumiante pero no tiene pezuña partida*. A liebre entre los roedores y no teniendo casla, sino unos dedos muy divididos, es ridí-

culo advertir que no tiene la pezuña hendida.

Los racionalistas tendrían razón si el animal de que habla Moisés fuera la liebre; pero no es así. El animal de que habla Moisés es un pequeño mamífero, conocido entre los hebreos, bajo el nombre de *daman* ó de *hirax* y denominado liebre por la mayor parte de los traductores; él no es, dice M. Milne Edwards ni un conejo, ni una liebre, ni un roedor cualquiera, sino una especie perteneciente á otro orden zoológico [1] Las versiones de la Biblia, la de los Setenta y aun la Vulgata bien pudieron dar á un animal, á un pueblo, á una ciudad que no conocían, un nombre que no les pertenecen de ningún modo.

Preciso es, dice el mismo Milne Edwards en el lugar citado, ser muy circunspectos en las conclusiones que deben sacarse de los nombres empleados, no solo por los traductores, sino por todos los antiguos, cuando hablan de ciertos animales que ellos no conocían más que imperfectamente, dado que los escritores que no son naturalistas hallanse siempre dispuestos á aplicar á las especies nuevas para ellos, los nombres de especies con los cuales las primeras tienen más ó menos semejanza. Por lo tanto es muy probable que los cuadrúpedos descubiertos en el

(1) Informe á la Academia de las Ciencias Tom, LXIX p. 1283.

desierto y llamados mulos por la mayor parte de los traductores, no eran sino *hemiones*, animales que por su talla y formas son intermediarios entre el caballo y el asno, aunque sean completamente distintos del uno y del otro como especie zoológica.

Con esto queda también respondida la segunda dificultad tomada de los nombres mitológicos de algunos animales de que se habla en el mismo Levítico y el Deuteronomio. El grifo, el ixión son animales reales que ni nosotros ni el traductor de la Vulgata podemos clasificar debidamente por lo que al vertir estos pasajes del hebreo al latín les dió los nombres de los animales mitológicos que se les asemejan.

II LEPROSA DE LAS CASAS Y DE LOS VESTIDOS

“El vestido de lana, ó de lino, leemos en el cap. XIII del Levítico, que en su trama ó urdimbre, y todo vestido de piel que en su tejido tuviere lepra, es decir una mancha roja ó blanca, será presentado al sacerdote, quien, después de haberlo inspeccionado, lo encerrará durante siete días. Si el séptimo día, examinándolo de nuevo notare que la mancha se hubiere agrandado, es una lepra perseverante, y debe juzgar el vestido contaminado.” Y en el capítulo siguiente: “Si se observase alguna úlcera de lepra en la casa se debe denunciar al sacerdote. . . . Cuando el sacerdote vea en las paredes como unas pe-

queñas cavidades oleaginosas, con manchas pálidas ó rojizas, más hundidas que la superficie de la pared y si, después de haber sido arrancadas las piedras y rascado el polvo empapado con otra tierra, las paredes ó muros estuvieren cubiertos de nuevas manchas, es una lepra persistente.”

Preciso es perdonar, ha dicho Voltaire, el primero de todos, á un pueblo grosero é ignorante esa fantasía ridícula de la lepra de los vestidos y de las casas.

Respondemos con el ilustre Moigno: Nosotros nos hallamos demasiado léjos de aquellos tiempos antiguos para formarnos una idea siquiera de esas manchas singulares que se adhieren en ciertos casos á los vestidos y paredes, así como la relación que estos pudieran tener con la lepra, tan rara entre nosotros, cuanto común entre los judíos. Empero lo que sabemos es que uno de los mayores adelantos de la ciencia en estos últimos años ha sido el descubrimiento inesperado de que todos ó casi todos los contagios, las fermentaciones y las putrefacciones tienen su origen en unos seres infinitamente pequeños ó microscópicos, vegetales ó animales, esporos, mucédineas, setas, polillas, *penicilliums*, vibriones etc., que es propio de estas mucédineas ó polillas el originar ciertas manchas rojas ó blancas más ó menos persistentes, que no es de ningún modo imposible que la lepra sea en sí misma engen-

drada ó comunicada por dichos pequeños seres capaces de pegarse á las ropas y á los muros. La teoría de Moisés sobre la lepra, era, pues ciencia muy adelantada, demasiado adelantada para la incredulidad ignorante hasta el ridículo del siglo XVIII.

La asamblea legislativa votó últimamente una pensión de doce mil francos para el sabio ilustre, M. Pasteur, por haber sido el que ha puesto más claramente en evidencia y consignado el papel que desempeñan en el mundo físico, fisiológico, y patológico, esos seres infinitamente pequeños, cuya existencia apenas sospechada hoy, había sido revelada á Moisés. Acabamos de saber que en el Cabo de Buena Esperanza, la lepra de la casas y de los vestidos es una triste realidad

CAPITULO VIGESIMO.

JOB.

Job era un varon rico y piadoso. Aunque en este libro busquemos en vano la más mínima indicación cronológica, el cuadro de costumbres que ofrece este libro nos obliga á creer que fué anterior ó contemporáneo.

Habiendo puesto el demonio en duda la piedad de este hombre, le permitió el Señor que lo tentara, como lo hizo, privándolo sucesivamente de sus riquezas, de sus hijos y de su salud, reduciéndolo á vivir en un estercolero en donde, á pesar de las invectivas de su mujer, no tuvo en su corazón otro sentimiento que el de la más completa resignación á la voluntad de Dios y en los labios palabras de bendición para con su santo nombre.

Este relato sirve de prólogo á la parte principal del libro, que es una disputa entre Job y tres de sus amigos que lo fueron á visitar sobre esta gran cuestión que siempre ha preocupado á los hombres: ¿Porqué permite Dios que los buenos se vean aflijidos por tantas

drada ó comunicada por dichos pequeños seres capaces de pegarse á las ropas y á los muros. La teoría de Moisés sobre la lepra, era, pues ciencia muy adelantada, demasiado adelantada para la incredulidad ignorante hasta el ridículo del siglo XVIII.

La asamblea legislativa votó últimamente una pensión de doce mil francos para el sabio ilustre, M. Pasteur, por haber sido el que ha puesto más claramente en evidencia y consignado el papel que desempeñan en el mundo físico, fisiológico, y patológico, esos seres infinitamente pequeños, cuya existencia apenas sospechada hoy, había sido revelada á Moisés. Acabamos de saber que en el Cabo de Buena Esperanza, la lepra de la casas y de los vestidos es una triste realidad

CAPITULO VIGESIMO.

JOB.

Job era un varon rico y piadoso. Aunque en este libro busquemos en vano la más mínima indicación cronológica, el cuadro de costumbres que ofrece este libro nos obliga á creer que fué anterior ó contemporáneo.

Habiendo puesto el demonio en duda la piedad de este hombre, le permitió el Señor que lo tentara, como lo hizo, privándolo sucesivamente de sus riquezas, de sus hijos y de su salud, reduciéndolo á vivir en un estercolero en donde, á pesar de las invectivas de su mujer, no tuvo en su corazón otro sentimiento que el de la más completa resignación á la voluntad de Dios y en los labios palabras de bendición para con su santo nombre.

Este relato sirve de prólogo á la parte principal del libro, que es una disputa entre Job y tres de sus amigos que lo fueron á visitar sobre esta gran cuestión que siempre ha preocupado á los hombres: ¿Porqué permite Dios que los buenos se vean aflijidos por tantas

tribulaciones? Los tres amigos de Job, Elifaz de Theurat, Baldad y Sofar dicen que nadie es afligido sino en castigo de sus culpas, y por eso sin consideración á la desgracia de su amigo, le increpan y le dicen que ha de tener algún pecado oculto por el que está reducido á este miserable estado.

Job rechaza por dos veces á sus interlocutores encerrándose en su negativa, de que si bien es pecador como todos los hombres, no ha cometido crimen alguno de tal gravedad que merezca la terrible situación á que le ha reducido el Señor.

Elin, que no parece ser amigo de Job, sino un traeseunte que por casualidad ha oído la disputa de Job con sus amigos, tercia en la cuestión, y con un lenguaje más florido desaprueba lo dicho por todos ellos y asegura y trata de probar que Dios aflige á los buenos á fin de probarlos, de impedir que caigan en pecado y hacerlos adelantar en la virtud. Al tiempo mismo acusa á Job de temeridad para con Dios por el modo con que ha hablado de su inocencia. Job calla y entonces Dios manifiesta la pequeñez de la inteligencia humana y obliga al Patriarca de Hus á pedir perdón de su temeridad y á humillarse delante de la magestad divina.

Viene después el epílogo, ó sea la rehabilitación de Job, Dios lo cura de su terrible enfermedad, sus amigos le hacen presentes con los que llega á ser más rico de lo que an-

tes era, y finalmente llega á la ancianidad consolado por tres hijas celebradas por su notable hermosura.

Dos cuestiones trataremos en el presente artículo: la primera versará sobre la personalidad histórica de los personajes que intervinieron en este drama, y la segunda para vindicar el libro de algunas objeciones que contra él hace la falsa ciencia.

I. CARACTER HISTORICO DEL LIBRO DE JOB.

Se ha vulgarizado mucho la opinión de que el libro que nos ocupa es sólo una parábola inventada por algún autor hebreo á fin de dilucidar la gran cuestión de la Providencia divina. En este caso todos los amigos de Job representarían tres sistemas ó tres opiniones distintas y Job sería el hombre que no puede ser convencido por ninguno de ellos, hasta que Eliu pone la cuestión bajo su verdadero punto de vista é interviene después la teofanía ó sea la aparición de Dios para decidir completamente la cuestión. El prólogo y el epílogo, solo son adornos para introducir y poner fin á la cuestión, objeto del libro.

En apoyo de su tesis aducen ser inverosímil lo que se refiere en el prólogo, es decir,

el concurso de los ángeles buenos y malos, delante de Dios y la multitud de calamidades que vinieron sobre Job. Aducen lo acomodaticio de los nombres de Job, de sus amigos y de sus hijas, así como lo largo y elegante de los discursos inverosímiles, especialmente en un hombre como Job, aflijido por crueles dolores.

Antes de responder á estas dificultades debemos dejar advertido que la existencia de Job, nos consta por el dicho de los otros escritores agiógrafos. Ezequiel dice: *Si estuvieren en medio (de ese pueblo) estos tres varones: Noe, Daniel y Job, ellos con su justicia librarán á su alma.* (1) aquí se manifiesta que Job fué una persona real, porque si no fuese así no se hubiera puesto su nombre entre los de dos personas que realmente existieron.

En el libro de Tobías se cita por dos veces la paciencia del santo Job. Dícese que todas las calamidades que sufrió Tobías, permitió Dios que le acaecieran para servir de ejemplo á sus descendientes, como sucedió con el santo Job. (2) Y en otro lugar hace alusión á las ofensas de que fué objeto Job, de parte de su mujer. (3)

El apóstol Santiago también recomienda la paciencia de Job y muestra el feliz resultado que tuvieron sus trabajos á fin de mo-

(1) Ez. XIV. 20.

(2) Job, II. 12.

(3) Job, II. 15.

ver eficazmente á sufrir las calamidades de la vida, lo que no hubiera conseguido, ni podía conseguir á no ser que Job hubiera realmente existido. [1] La Iglesia Latina ha colocado también el nombre de Job en su Martirologio, y ya desde antes se podía leer en los menologios de los griegos.

Respondamos ahora en general á lo que opinan nuestros opositores, antes de entrar al pormenor de las dificultades.

Los amigos de Job son tres, pero no representan tres sistemas distintos; ni siquiera plantean la cuestión bajo tres puntos de vista diferentes, como sucede ordinariamente en los dramas en los que cada personaje tiene y pone de relieve un carácter particular. Lo más que se puede decir de ellos es que uno con más moderación que los otros dos, pero todos en el fondo dicen la misma cosa: Dios castiga á los malvados, la desgracia es la pena; del pecado, los hombres no saben más que Dios.

Por su parte Job no hace más que repetir sus protestas de inocencia y decir que no ha merecido su suerte. Es que el autor no escribe como lo haría un filósofo, emitiendo tesis unas después de otras y demostrándolas con una argumentación lógica y encadenada, de modo que acerque á sus lectores poco á poco á la conclusión. Pone en escena perso-

[1] V. II.

jes vivos, cada uno de ellos trae sus convicciones y sus prejuicios. No llegan á entenderse, lo que uno opina, lo niega el otro y la argumentación no adelanta hacia una consecuencia.

Entrando ahora á examinar en particular las dificultades que apuntamos, debemos decir que este libro refiere un hecho real y que los personajes que intervienen son reales; pero la forma es poética, de modo que los consejos de Dios á los que asisten los ángeles buenos y malos no son otra cosa que una alegoría para dar vida á la disposición de Dios, de probar á Job con muchas tribulaciones á fin de dar un ejemplo de paciencia en los hombres, Pero una cosa es la forma poética con que se puede adornar un hecho y otra que se finja un hecho ó se diga una parábola con algún fin moral.

Esto mismo debemos responder á otra objeción que se hace contra los discursos de Job y sus amigos llenos de figuras y tropas en los que no escasea el fuego de la imaginación del poeta. Es evidente que ning uno y mucho menos Job agobiado por el dolor, pudo hacer esos largos y floridos discursos que se contienen en su libro; pero hablando ellos en lenguaje sencillo y prosaico, el autor sagrado para propagar la lectura de un libro tan interesante y hacer atractiva la doctrina que contiene, la embelleció con su lenguaje poético.

¿Pero es posible, se nos objeta, que tantas desgracias cayeran sobre Job en el corto espacio de unos cuantos días? ¿Por qué no? respondémos. ¿No vemos á cada paso familias enteras que desaparecen en un corto espacio de tiempo, y no tenemos frecuentes ejemplos en todas las historias así antiguas como modernas de hombres que de la meta de la fortuna, han caído á la sima de la desgracia? El infeliz delfín de Francia Luis XVII ¿no cayó en unos cuantos meses de las gradas del trono á limpiar el calzado del cruel Simón?

Además si Dios quería dar á los hombres un ejemplo extraordinario de paciencia no era necesario que la prueba fuese igualmente extraordinaria?

Objétasenos en segundo lugar la inverosimilitud de los nombres. Job significa *varón de dolores* ¿Es de creerse que desde su nacimiento tuviera un nombre tan de acuerdo con las desgracias que habían de sucederle y que nadie podía prever? ¿no son ridículos é inverosímiles los nombres que impuso á las hijas que tuvo después de su desgracia?

Con relación al nombre de Job, cuyo significado según la opinión más común es el *varón de dolores*, debemos decir que no nos es conocida su etimología. No faltan quienes lo hacen significar varón que vuelve á sí, ó que se arrepiente, ó bien varón que vuelve á su primitivo estado según las diversas combi-

naciones que pueden hacerse con las letras hebreas de que se forma. Como fácilmente puede verse también estas interpretaciones ó traducciones aluden á las diversas y extraordinarias vicisitudes de la vida del patriarca árabe.

Parécenos que pudiéramos opinar que muchos de los nombres bíblicos no fueron impuestos á los personajes sino después de algunos hechos notables á que aluden. Esta no es una hipótesis destituida de fundamento. En la Escritura encontramos frecuentes ejemplos de personas que se cambiaron nombre después de algún suceso memorable. Abram se llamó después Abraham, Sara, Sarai; Jacob, Israel; Jostué se llamó antes Oseas y San Pedro, Simón. ¿No pudo suceder lo mismo con Job?

Mas fácil es nuestra respuesta tratando de los nombres de las hijas de Job. Todos los que están algún tanto familiarizados con el oriente, saben que nombres semejantes son muy comunes entre los orientales. Job llama á la primera de sus hijas *Jemimah*, que quiere decir paloma á causa de sus hermosos ojos; á la segunda *Quesiah*, porque parecía envuelta en el perfume de la *canela*; á la tercera *Querenapuk*, que es el nombre del cuerno en que solían guardar las mujeres orientales el principal cosmético de la belleza femenina. Los griegos las hubieran comparado á las tres gracias: Job las compara á los objetos que parecían más hermosos á los orientales, y les dá sus nombres. Aun hoy en Arabia y

en Persia se suelen dar á las mujeres nombres de animales graciosos, de flores, perfumes y piedras preciosas, y no es raro oír llamar á las jóvenes como en las mil y una noches; Flor del jardín, Brazo de coral, Caña de azúcar, Luz del día, Estrella de la mañana, Delicia del tiempo.

Finalmente, lo último que suelen objetar los defensores de la parábola del libro Job, es la inverosimilitud del epílogo, tanto porque un hombre justo como Job no debió esperar su premio sino en el cielo y el de la tierra siempre parecerá mezquino comparado con la intensidad de sus dolores y desgracias, cuanto porque parece parabólico el que Dios le hubiera vuelto precisamente el doble de lo que perdió. Doble número de camellos, de bueyes, de ovejas y de burras.

Creemos que según las miras de la Providencia en la prueba á que quiso sujetar á Job, y que según dice Santiago, eran dejar á los pósteros un ejemplo de la paciencia que es recompensada por el Señor, era necesario, indispensable este epílogo. Los orientales que todavía no tenían ideas claras de la vida futura no se habrían movido por la recompensa eterna de los sufrimientos de Job. Sin esta restitución á su primitivo estado las teorías de Elifaz, Baldad y Sofar hubieran quedado triunfantes y los israelitas hubieran creído que todos esos males fueron el castigo de los pecados de Job.

Tan cierto es esto que el mismo Moisés casi pasó en silencio las promesas de la vida futura que apenas se insinúan en el Pentateuco, y puso como el gran móvil para inclinar á los israelitas al cumplimiento de la ley divina las prosperidades que Dios prometió á los que la observaran.

El segundo punto de esta dificultad se resuelve diciendo que aquí el duplo no se ha de tomar en un sentido demasiado riguroso, sino que significa solamente que Dios hizo á Job más rico de lo que era antes de la prueba. ¿No así interpretaríamos cualquiera otra frase semejante?

II. LA HISTORIA NATURAL EN EL LIBRO DE JOB.

1.—Behemot y Leviathan

Entre las diversas descripciones de la naturaleza que admiramos en el libro de Job, ocupan un lugar muy preferente las de Behemot y Leviathan. Algunos intérpretes entienden por el primero ó al elefante ó al mamont que suponen aun existente en la tierra: y por el segundo á la ballena ó á cualquiera otro grande cetáceo; pero la mayor parte de los exegetas modernos creen que aquí se trata del hipopótamo y del cocodrilo.

Dos cosas se oponen á la autenticidad de este pasaje. Primera: La difusa descripción de los dos animales aparece singularmente

diferente en su fondo y en su forma, en comparación de los hermosos y sobrios cuadros de la vida animal en los desiertos de la Arabia que nos ofrece el capítulo precedente. Insisten sobre todo en que esta descripción no tiene objeto y es absolutamente superflua. En efecto, después del largo discurso de Jehovah, que es la más bella página del libro, Job reconoce que ha hecho mal en impacientarse y criticar á la Providencia: él se inclina humildemente ante la majestad del Señor. ¿Porqué entonces Dios vuelve á la carga, sirviéndose de la misma interpelación que la primera vez sin presentar nuevos argumentos? ¿Para qué presentar otros dos ejemplos de lo mismo que antes ha probado en el anterior discurso?

Así hablan de Wette, Eichhorn y otros intereados en negar la autenticidad del libro de Job. Para responderles, nos serviremos de las palabras de un racionalista M. Reuss que dice: "En el fondo esta crítica es cuestión de gusto y nada más. Se reduciría á decir que el argumento hubiera podido plantearse de diversa manera. ¿Pero esta es una dificultad seria? Aunque fuese necesario confesar que el segundo discurso de Jehovah esta de más ¿esto probaría que no fué escrito por el autor del libro? ¿No hay en él bastantes repeticiones? Pero preferimos negar que este cuadro sea una ociosa repetición.

"El fin del segundo discurso es distinto del primero. En este Jehovah quiere desde

luego que Job comprenda la insuficiencia de sus medios intelectuales para explicar los hechos y los fenómenos de la creación que tiene siempre delante de los ojos, y en seguida la vigilancia del Criador que provee al orden natural y á la subsistencia de las criaturas cuyos instintos ha regulado. En el segundo discurso lo pone en presencia de dos monstruos ante los que el hombre no experimenta sino el miedo y á quienes no se atreve á provocar, y despreciará á Aquel que los ha creado? Evidentemente del primero al segundo hay una graduación, un progreso dialéctico. La confesión de la impotencia ante un bruto es mucho más humillante que la de la ignorancia ante la sabiduría insondable de la divinidad."

Restanos hablar de la verdadera dificultad científica, á saber, que la descripción de Behemot y Leviathan no conviene á alguno de los animales de que Job pudo tener conocimiento, puesto que el hipopótamo y el cocodrilo se encuentran en Egipto y no en Arabia.

Deberíamos reir más bien que tomar á lo serio esta dificultad. ¿Acaso los que la proponen no viven más lejos de los bordes del Nilo que el mismo Job? ¿No pudo éste tener noticia de la fauna egipcia de los numerosos viajeros que desde la más remota antigüedad á travésaban constantemente la Arabia á causa del comercio activo entre Egipto y Asiria? ¿No fué la Arabia y la tierra de Canaan teatro de las guerras y expediciones de Sesós-

tris contra el imperio de los babilonios? Si hay algo que salta luego á los ojos, es la noticia que tenían los escritores hebreos de las cosas de Egipto.

Por lo demás no estamos empeñados en sostener que Behemoth y Leviathan son el hipopótamo y el cocodrilo: Aunque los caracteres de los monstruos descritos en el libro de Job, nos parece que cuadran perfectamente con los de los dos animales indicados, no tenemos empeño en sostenerlo. Esta cuestión más bien es el del terreno de la hermenéutica que de la crítica y si se nos dice que aquí se trata de dos animales monstruos cuya especie ha desaparecido de la faz de la tierra, no tendremos dificultades en concederle siempre que de aquí no se quiera hacer pie para negar la veracidad del libro.

2. *El Aveztruz.*—Los que se dan grandes humos de sabios en las ciencias naturales critican acerbamente el pasaje de Job, donde leemos: "Cuando el aveztruz (hembra) abandona sus huevos sobre el suelo ¿serás tú acaso quien les devolverá el calor sobre el polvo? Ella olvida que una planta los hollará, ó que la fiera de los campos los devorará; ella es dura para con sus pequeñuelos, como si no fueran suyos; ella ha hecho inútil su trabajo abandonándolos, puesto que ningun temor la obliga á ello, Dios la ha privado de sabiduría y no le ha dado inteligencia. [1]"

(1) Job XXXIX 17.

Reaumur en su Descripción del Cabo de Buena Esperanza, dice que el avestruz empolla lo mismo que las demás aves, sucediéndose alternativamente el macho y la hembra en esta tarea. Esto que también se ha observado en los jardines de aclimatación de Europa ha dado motivo á los incrédulos para hablar en contra de la veracidad de nuestro libro.

Al principio cuando las costumbres del avestruz salvaje aun no habían sido estudiadas suficientemente, los intérpretes católicos no hallaron otra solución sino decir que el autor sagrado solo se hizo eco de un error de observación. Así lo hace Du-Clot en sus Vindicias de la Biblia.

Hoy sucede lo contrario; mejor observadas las costumbres del avestruz, ve cuanta verdad hay en las palabras de Job. Un racionalista nada sospechoso, el hombre venerado por todos los incrédulos como el descubridor de un nuevo sistema y el que dio la clave para el estudio de la biología Mr. Darwin, nos enseña á responder la dificultad. "Yo he visto, dice, á varias hembras de avestruz poner cada una de ellas sus huevos en un nido común. Los huevos son luego empollados por los machos solos. Sin embargo ese instinto del avestruz americano no ha tenido el tiempo de fijarse y perfeccionarse, puesto que un número considerable de huevos permanecen sembrados acá y acullá en las lla-

nuras, de modo que en un solo día de caza, he encontrado al menos una veintena de ellos perdidos y maleados de esta suerte." (1)

Esto mismo que Darwin vio en los desiertos de América, lo vieron los expedicionarios y soldados franceses acantonados en el Sahara, en los desiertos del Africa, M. Aubrun solía referir que él había visto multitud de veces huevos de avestruz abandonados sobre la arena y aplastados.

Además de la nota de crueldad, atribúyese al avestruz en el libro de Job una falta absoluta de sabiduría é inteligencia, ó digámoslo mejor de instinto. Pues bien en el nuevo Diccionario de Historia Natural leemos: El avestruz tiene el oído fino y la vista prespicaz, más al mismo tiempo el sentido del olfato y del gusto son casi nulos. A esta imperfección de los sentidos debe atribuirse su escaso discernimiento en la elección de su comida. Es cierto que el estómago del avestruz digiere ó disuelve en parte los cuerpos duros, pero dichos animales son á menudo víctimas de su glotonería... si el avestruz mostrara más inteligencia en su fuga, su marcha más rápida que la del caballo más ligero lo pondría fuera del alcance de sus enemigos. (2)

(1) Origen de las especies trad. de Clomenc Roger P. de pag 313.

(2) Tom. III p. 110

3. El Cociro. Aunque esta cuestión no pertenece al campo de las ciencias naturales, sino de la geografía, la resolveremos aquí brevemente por no consagrarle un capítulo. separado Argúyenos la incredulidad el que se halle mencionado en el libro de Job un río de la mitología griega. La respuesta es muy sencilla. Job habla de un río cuyas propiedades son las mismas que los gentiles asignaron al Cocito. Este nombre no se halla en el original, sino que San Jerónimo por razón de semejanza tradujo de este modo la palabra que encontró en el texto.

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO.

LA DETENCION DEL SOL.

Pocas cuestiones escriturarias habrá que hayan interesado tanto á los sábios y hayan sido objeto de tanta oposición, como el hecho que se refiere en el Cap. X del libro de Josué, es decir la milagrosa detención del sol, ó más bien dicho la prolongación del día para dar lugar á que el caudillo de Israel obtuviese una plena y decisiva victoria.

Para proceder con el debido orden en esta cuestión, dividiremos el presente capítulo de la siguiente manera. Primero expondremos el sentido literal del pasaje citado explicando algunos de sus términos. En seguida referiremos las diversas hipótesis que establecen los sabios para explicar esta detención y finalmente emitiremos nuestro juicio acerca de ellas, y nos empeñaremos probar la que nos parezca más probable.

3. El Cociro. Aunque esta cuestión no pertenece al campo de las ciencias naturales, sino de la geografía, la resolveremos aquí brevemente por no consagrarle un capítulo. separado Argúyenos la incredulidad el que se halle mencionado en el libro de Job un río de la mitología griega. La respuesta es muy sencilla. Job habla de un río cuyas propiedades son las mismas que los gentiles asignaron al Cocito. Este nombre no se halla en el original, sino que San Jerónimo por razón de semejanza tradujo de este modo la palabra que encontró en el texto.

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO.

LA DETENCION DEL SOL.

Pocas cuestiones escriturarias habrá que hayan interesado tanto á los sábios y hayan sido objeto de tanta oposición, como el hecho que se refiere en el Cap. X del libro de Josué, es decir la milagrosa detención del sol, ó más bien dicho la prolongación del día para dar lugar á que el caudillo de Israel obtuviese una plena y decisiva victoria.

Para proceder con el debido orden en esta cuestión, dividiremos el presente capítulo de la siguiente manera. Primero expondremos el sentido literal del pasaje citado explicando algunos de sus términos. En seguida referiremos las diversas hipótesis que establecen los sabios para explicar esta detención y finalmente emitiremos nuestro juicio acerca de ellas, y nos empeñaremos probar la que nos parezca más probable.

I. EXPLICACION DEL PASAJE JOSUANO

Las palabras con que el autor sagrado refiere el milagro de Josué son las siguientes: "Entonces habló Josué al Señor, en el día en que destruyó al Amorreo ante la presencia de los hijos de Israel y dijo delante de ellos loh Solo no te muevas hacia Gabaon y tu loh luna; hacia el valle de Aialon. Y se detuvieron el sol y la luna hasta que se vengó la nación de los hebreos de sus enemigos. ¿Acaso esto no está escrito en el libro de los justos? Así pues, se detuvo el sol en medio del cielo y no se apresuró á ocultarse por el espacio de un día. Ni antes, ni después hubo día tan largo, obedeciendo Dios la voz de un hombre y peleando por Israel."

En el targum de Onkelo, se lee: *Entonces alabó Josué al Señor ó sea oró al Señor para que le concediese tiempo suficiente para obtener plena victoria de sus enemigos y para que no se le escapase la ocasión propicia que se le presentaba para cumplir con el precepto divino de exterminar á los cananeos. Confiado en las promesas que Dios le había hecho de asistirlo como á Moisés asistió profirió las siguientes palabras: Sol no te adelantes hacia Gabaon. En el hebreo leemos: Sol cállate, de la palabra *damam* que significa callarse; pero en muchos otros lugares de la Escritura se toma como sinónima de descansar lo que no debe extrañarse en una lengua tan pobre, como la hebrea. Así debe tomarse en este lu-*

gar como se desprende de que en el verso siguiente donde la vulgata dice: *Se detuvieron el sol y la luna*, hallamos en el texto hebreo el verbo *aamael* que propiamente significa detenerse.

Mayor dificultad ofrece la interpretación de la segunda parte del versículo, es decir: *¡Oh luna! no te adelantes hacia Aialon* ya que la detención de la luna sería absolutamente innecesaria para la prolongación del día.

Varias son las soluciones que suelen darse á este pasaje. Según algunos Josué solo apóstrofó á la luna para guardar el paralelismo con el versículo anterior, ó bien que dicho apóstrofe fué añadido con el mismo objeto por Esdrás ó por algún otro, ó bien porque así se hallaba en el libro poético de los justos que después se cita y del que quizá fueron tomadas estas palabras. Es más probable lo que opinan otros autores. Según ellos lo que Josué intentó fué la prolongación del día y el retardo de la noche: ahora bien, como en el Génesis la luna es llamada *luminar de la noche*, como el sol, *luminar del día* y según las ideas que en esa época se tenían acerca del movimiento de los astros fuera necesaria la detención así del sol como de la luna para la prolongación del día por eso Josué á ambos mandó que interrumpieran su curso.

Gabaon era una ciudad situada en el territorio que después tocó en suerte á la tribu

de Benjamín y Aialou situada al occidente de la anterior se hallaba separada de ella por el camino que llevaba á Betoron, de la tribu de Dan. Así pues, cuando Josué dijo: *sol no te adelantes hácia Gabaon* quiso que el sol poniente y que por eso estaba en la parte adversa de Gabaon siguiera iluminando la ciudad y el camino de Bethoron; y por el contrario quiso que la luna que quizá se veía ya en el Oriente no adelantase en su camino, sino que enviase los rayos de su luz contra la opuesta llanura y ciudad Aialon.

Hácese mención en esta historia, del libro de los Justos. Cual fuese este libro lo ignoramos pues que hace mucho tiempo que se perdió, y de él no vuelve á hacerse mención sino en el libro II de los Reyes I. 18. Opinan algunos intérpretes tanto judíos como cristianos que este libro es el mismo que con el título de *Libro de las batallas del Señor* se cita en el de los Números y que era un catálogo de los varones ilustres que se distinguieron sea por su fortaleza en las batallas, sea por su prudencia y madurez de su juicio, sea por su piedad sincera para con Dios; pero que habiendo Esdras ú otro hagiógrafo transcrito su contenido en varios otros libros él de los Justos perdió su importancia y cayó en olvido. Así opinan Sixto Senense, Andrés Masio, Serario y Calmet; Otros del nombre hebreo de este libro: *sefer hai haschiar* deducen que su objeto era coleccionar los cánticos con

que los hebreos, como todos los pueblos antiguos perpetuaban la memoria de los grandes hechos. La razón de este modo de opinar estriba en que la palabra *char* significa cántico; y así según ellos las palabras de Josué: Oh sol no te apresures hácia Gabaon son una pura alegoría copiada textualmente de un cántico popular. Este es el parecer de Rosenmüller. La objeción que los incrédulos hacen, tomada de este lugar tendrá oportunamente su solución.

Suelen también inquirir los exégetas acerca de la hora en que se detuvo el sol. De las palabras de la Vulgata algunos deducen que el milagro sucedió cerca del medio día cuando el sol se hallaba en la mitad de su camino, *en la mitad del cielo ó en medio del cielo*. Otros de las palabras que siguen: *y no se apresuró á ponerse durante el día* opinan que el hecho se verificó poco antes de ponerse el sol. Esta opinión parecerá más probable á quien considere que Josué no debió solicitar de Dios un milagro sino en el caso extremo, cuando al ver el día ya próximo á morir comprendió que iba ya á ser imposible su victoria. Además la permanencia del sol en la mitad de su carrera hubiera sido muy nociva á los israelitas, pues los rayos del sol bien pronto habieran agotado sus fuerzas. A más de que en esa hora todavía no era posible que se viese ya la luna en el Oriente. Así opinan él Avuleuse, Cornelio Alapide Tiri-

no y otros. La frase: *en medio del cielo* no obsta á esta interpretación, porque como puede colegirse de la comparación de este lugar, con otros muchos de la Escritura en medio del cielo, no significa otra cosa que encima del horizonte visual. Así el monumento de 12 piedras que mandó fabricar Josué y que se colocó frente á la ribera del Jordán, se dice que se hallaba en medio del Jordán. Y en este mismo libro cuando se dice *el anatema está en medio de tí, oh Israel*, nadie dirá que el culpable por quien fueron dichas estas palabras estaba precisamente en el centro del campamento Israelita.

Finalmente se pregunta cuanto tiempo duró este día milagroso? De unas palabras del eclesiástico en el capítulo 44 sabemos que fué doble sobre un día ordinario. Dice el escritor sagrado *¿Acaso en el día de su venganza no fué detenido el sol, y un día se hizo como dos?* La sentencia más común entiende esta duplicación del día civil y por consiguiente admite que se compuso de treinta y seis horas.

II DIVERSAS HIPOTESIS EXCOGITADAS PARA EXPLICAR EL MILAGRO DE JOSUE.

Pasamos por alto la opinión de los que negando absolutamente la veracidad de los libros santos, enumeran esta narración entre los mitos y las fábulas, pues no es nuestro objeto demostrar la autenticidad de la sagrada Escritura, sino responder á las dificultades que se le hacen en nombre de la falsa ciencia.

Tratamos de examinar las hipótesis de aquellos autores, que supuesta y admitida la veracidad del libro de Josué, explican de diverso modo la detención del sol. Estas hipótesis pueden reducirse á tres: primera la de los que no ven en este hecho un positivo milagro, ó sea que no admiten prolongación alguna de día; segunda, la de los que admiten un milagro en este hecho consistente en la verdadera y real detención de la tierra en su movimiento de rotación ó sea del movimiento aparente del sol alrededor de la tierra; tercera, la de los que explican este prodigio, por una milagrosa refracción ó reflexión de los rayos solares. Entre los partidarios de la primera sentencia que niega la prolongación del día ó sea el milagro, unos dicen que toda esta narración es una mera alegoría, por la que el autor quiso manifestar la facilidad con que por favor especial de Dios obtuvo Josué la victoria y deshizo á sus enemigos. Por consiguiente Josué con aquellas palabras: "sol no te adelantes hacia Gabaon" solo quiso manifestar el grande deseo que tenía de que le bastase el espacio de un día para derrotar completamente á sus enemigos. Las palabras siguientes: "se detuvo el sol y no se apresuró á ocultarse en el espacio de un día" designan el cumplimiento de este deseo, como si hubiera dicho: Dios colmó los deseos de Josué y le concedió matar á tantos enemigos en el espacio de un

día, como apenas en circunstancias ordinarias pueden matarse en dos. Así opinan entre los judíos el Rabino Maimonides y entre los católicos Jahn, Quatremere etc.

A esta hipótesis se reduce también la de aquellos que explican el hecho de Josué por una reflexión natural de los rayos solares en alguna opuesta nube, ó sea al fenómeno llamado "parelion," ó bien á una refracción natural de los mismos rayos en la nube que produjo el granizo de que se habla en el vers. 11 del mismo capítulo. Defienden esta hipótesis, Espinosa, Leclerc y otros.

La segunda sentencia explica el hecho por una verdadera y real detención del sol ó de la tierra. La generalidad de los Padres siguiendo las conclusiones de la cosmografía común en su tiempo, y creyendo que la tierra es el centro del sistema planetario, explicaron el milagro por una real detención del sol. Pero como ahora es universalmente admitido y se halla plenamente demostrado el sistema de Copérnico ó sea de la inmovilidad del sol por ser el centro del sistema planetario, los expositores de la sagrada Escritura explican el prodigio de Josué por una real detención de la tierra y aparente del sol, de tal modo que él general de Israel ó bien mandó al sol que se detuviese porque juzgaba acerca de su movilidad como juzgaban todos los de su tiempo [lo que en nada perjudica á la veracidad de la Escritura] ó bien por-

que aunque conociese que el sol está inmóvil, habló como hablan hoy todos los hombres aun los mismos sabios en casos análogos.

La tercera hipótesis, que adelantó primero que nadie, Bergier en su Diccionario Teológico artículo "Sol" asienta que al mandato de Josué el día se prolongó realmente no porque la tierra se hubiese parado en su movimiento rotatorio, sino porque Dios hizo que los rayos solares que ordinariamente se prolongan en línea recta, describiesen en este caso una línea curva, y produjeran una reflexión ó bien una refracción que prolongó por doce horas el crepúsculo. Esta sentencia difiere de la primera en que admite la intervención del milagro en esta reflexión ó refracción que aquella explica naturalmente.

III. EXAMEN DE LAS TRES OPINIONES.

Para decidir cuál de las tres opiniones concilia mejor la Sagrada Escritura con las conclusiones legítimas de la ciencia, adelantamos la siguiente proposición:

Al mando de Josué el día realmente se prolongó y aunque ningún absurdo se seguiría de explicar esta prolongación del día por la detención real de la tierra, nos parece más verosímil y probable explicarla por una milagrosa reflexión ó refracción de los rayos solares.

Tres partes contiene esta proposición: la primera asegura que el día de Josué fué realmente prolongado y por consiguiente va contra los que solo ven en esta narración una mera alegoría ó tratan de explicarla por un crepúsculo un poco más dilatado que de ordinario. La segunda asegura que la opinión de muchos Padres de la Iglesia y autores eclesiásticos acerca de la detención real de la tierra y aparente del sol, no encierra absurdo alguno, y la tercera admite la opinión de Berger acerca de la milagrosa reflexión ó refracción, como la que mejor concilia la Escritura y la verdadera ciencia.

1. *Demuéstrase la prolongación del día Josuans.* Todo el que lea el capítulo décimo de Josué comprenderá fácilmente que el autor cuenta una historia y no hace una alegoría. Habla en primer lugar del viaje de los israelitas de Gálgala hacia Gabaon en el versículo 9, después la fuga de los Amorreos y su gran matanza que se hizo entre ellos por todo el camino de Betoron hasta Azeca y Maceda (verso 10). Luego se habla de la lluvia de piedra ó de granizo que mató á muchos más Amorreos, que los hijos de Israel (verso 11). Después añade, que el tiempo de la matanza se prolongó por la detención del sol (verso 12) y para que nada de ésto pudiera tomarse figuradamente añade con palabras tan claras cuanto sencillas: *No hubo antes ó después tan grande día* (verso 14).

Después de esta narración prosigue Josué narrando la vuelta de su ejército hacia Gálgala (verso 15) la aprehensión y suplicio de los cinco reyes delante de todo el pueblo (verso 16 y siguientes).

Ahora bien, dice Ubaldi, ¿quién no vé en toda esta narración una verdadera y sencilla narración de los hechos y que las circunstancias están de tal manera enlazadas entre sí, que es imposible explicar unas en sentido propio y otras en sentido figurado y metafórico? Si los versículos 12 y 13 contienen una locución poética, esto no excluye su veracidad histórica, porque una cosa es la forma poética bajo la que se refiere un hecho verdadero para darle realce y hermosura, y otra es la figura ó alegoría que excluye un hecho que realmente aconteció. Admitimos la primera y rechazamos la segunda." Además, y como puede atribuirse este sentido al pasaje de Josué, esto es, que fueron exterminados en un día tantos enemigos como se hubieran podido exterminar en dos, pueden componerse con las palabras siguientes que nada tienen de poéticas, es decir: *no hubo antes ni después un día tan largo?*

Los hagiógrafos posteriores hablan de la detención del sol como de un hecho histórico. Así Jesús Sirach, autor del Eclesiástico, en las biografías de los varones ilustres de Israel, hablando de Josué dice:

¿No es verdad que en el colmo de su arrojo, se detuvo el sol, y un día se alargó como dos? Invocó al Altísimo y omnipotente para exterminar hasta el fin á sus enemigos y lo oyó el Dios grande y santo mandando contra ellos piedras de granizo de gran mole. Arremetió contra la nación enemiga, y en el descenso (de Bethoron) los derrotó, para que conozcan las gentes el poder de Dios etc. (1.)

Habacuc refiriendo los diversos prodigios obrados por Dios después del tránsito del Jordán, añade: *El sol y la luna se detuvieron en sus tiendas al ver el fulgor de tus saetas.*

2. *Demuéstrase que ningún absurdo se sigue de la hipótesis que admite la detención real de la tierra y aparente del sol.*

Supuesta la autenticidad del libro de Josué y dado que el autor de esta milagrosa narración haya referido un hecho histórico, como acabamos de demostrarlo, la única razón que podría aducirse en contra de la hipótesis que venimos exponiendo sería que esta narración contiene un absurdo. Pero esto nunca podría demostrarse, porque aunque este hecho sea admirable y estupendo, no es imposible al poder de Dios, por cuya voluntad los astros giran en sus órbitas y se rigen por ciertas y determinadas leyes. Nada pues, á no ser la imposibilidad del milagro puede objetarse á la verdadera prolon-

(1.) Eccli. XLVI, 5-7

gación del día por medio de la detención del sol y de la tierra. Esto se hará más manifiesto al responder á las objeciones.

3. *Demuéstrase la preferencia que se debe otorgar á la hipótesis que explica la prolongación del día por una milagrosa reflexión ó refracción de los rayos solares.*

Antes de entrar de lleno á la demostración supongo como plenamente probado, 1º que según el sistema de Copérnico: las palabras de Josué *Sol no avances hacia Gabaon..... Se detuvieron el sol y la luna..... Se detuvo el sol en medio del cielo* no pueden entenderse en sentido propio y literal. Esto lo conceden los mismos seguidores de la anterior hipótesis, entre ellos el P. Veith, de modo que según ellos Josué, no pidió á Dios precisamente que se detuviese el sol, pues que está inmóvil, al menos respecto del sistema planetario; sino que quiso como último resultado, una sola cosa: que el día se prolongase. Ahora bien, como él no sabía que esto pudiera acaecer por otra causa que por la detención del curso aparente del sol, que quizá el juzgaba como real, por eso le mandó que se detuviese. Así pues la frase de Josué, sacada del modo vulgar de expresarse y pesada en el platillo de la ciencia es una locución figurada. ®

No se diga que hay contradicción entre lo que antes dijimos, esto es, que esta narra-

ción no era una parábola ó alegoría; porque una cosa es usar de una metáfora ó de cualquiera otra figura de dicción al referir un hecho que realmente acaeció y otra referir una alegoría fingiendo acontecimientos que jamás sucedieron. Así por ejemplo, cuando S. Juan en el Apocalipsis dice: *Venció el león de Judá* habla de una verdadera victoria, aunque la persona del vencedor, que es Cristo esté designada con la metáfora de león de Judá. Y ya que los ejemplos vulgares suelen dar grande esclarecimiento á los racionios, decimos, que así como cuando alguien dice: *hoy al salir el sol yo salí de mi casa ó bien mañana al ponerse el sol iré á verte*, expresamos acciones reales, aunque no sea cierto que el sol sale ó que se pone, así aunque la expresión de Josué dirigida al sol, no fuera verdad si se consideraba bajo el aspecto científico, manifestaba un deseo real y verdadero de la prolongación del día.

2. Supongo como evidentes que Josué en último resultado y como último objeto de su oración á Dios, lo que quiso fué que el día se prolongase hasta consumir la exterminación de los cananeos y por eso, solo esta prolongación pertenece á la substancia del asunto y solo ella debe caer necesariamente bajo el sentido literal y propio; pero lo demás, ó sea el modo con que se verificó el portentoso no puede entenderse en sentido literal, desde el momento en que éste es im-

posible. Esto supuesto paso á demostrar la mayor probabilidad de la tercera hipótesis.

La opinión que ha admitido un único y sencillo milagro y que en manera alguna se opone al sagrado texto, debe ciertamente preferirse, á las demás hipótesis que si bien no repugnan dada la posibilidad del milagro, multiplican indefinidamente el número de milagros: tal es la opinión que explica el milagro de Josué por una prodigiosa reflexión ó refracción de los rayos solares; luego ésta debe preferirse á las demás

La proposición mayor de este silogismo nos consta por el axioma teológico que enseña que los milagros no deben multiplicarse sin que de ello tengamos constancia cierta. Por más que á Dios sea igual obrar uno ó muchos milagros, obrar milagros mayores ó menores; sin embargo ya que el milagro acontece fuera del orden establecido en las cosas, no debe suponerse su existencia mientras de ella no conste con toda certeza y por eso si algún hecho puede explicarse sin milagro, no tenemos que admitirlo, y si nos consta de un solo milagro no hemos de admitir dos ó más.

Debemos ahora demostrar que nuestra hipótesis no repugna al texto sagrado y que limita el número de milagros. En primer lugar el sentido propio y literal de este pasaje lo único que pide es la prolongación del día; pues bien, esta prolongación se explica per-

fectamente por una milagrosa reflexión ó refracción de los rayos solares, de lo que se sigue que la tercera hipótesis no repugna al sagrado texto. Además de esta sentencia admitido un solo milagro ó sea la derogación de una sola ley de la naturaleza; la de la propagación de la luz en línea recta, se evitan las dificultades é inconvenientes de las demás hipótesis. En ella se puede explicar fácilmente la carencia de tradiciones de los pueblos antiguos sobre este hecho, puesto que el sol milagrosamente reflejado solo fué visto en el descenso de Bethoron. Ni ocurrirían las perturbaciones sea en el sistema planetario, sea en la superficie de la tierra, sea en las mareas, y en una palabra no sería necesario admitir milagros sobre milagros para sostener la realidad de la prolongación del día al mandato de Josué.

IV. SOLUCIÓN DE LAS DIFICULTADES.

1. *Dificultades que tienden á demostrar que la narración del milagro de Josué fué una mera alegoría.*

1ª Toda esta narración está tomada del libro de los Justos, como se desprende de aquellas palabras: *¿Acaso no está esto escrito en el libro de los justos?* Ahora bien, el libro de los Justos era un libro poético y lleno de

alegorías, por consiguiente esta narración es igualmente alegórica. Respondemos á esta dificultad en primer lugar, negando que la única fuente de donde se tomó este escrito haya sido el libro de los Justos. Este libro se cita para confirmar la narración ó sea para aducir un testimonio más de su veracidad, como suelen hacerlo los otros escritores hebreos, que siempre procuran buscar un apoyo de su dicho en el testimonio de sus contemporáneos. Así lo observamos en el autor de los libros de los Reyes y de los Paralipómenos.

Pero aun suponiendo que las palabras de Josué, estuviesen textualmente copiadas del libro de los Justos, y que ellas sean una expresión enfática propia de un libro poético, no se sigue que la narración sea alegórica, pues que en todo tiempo se ha usado describir y cantar el hecho real bajo una forma poética. Además ignoramos cual fuera el carácter del libro de los Justos, porque las dos únicas menciones que de él se hacen en la escritura, no bastan á darnos una idea adecuada de su naturaleza.

2ª Esta narración se puede explicar perfectamente por medio de las leyes naturales, porque los hebreos ignorantes pudieron atribuir á la detención del sol, el fenómeno natural llamado *parelion*, ó simplemente por la refracción algún tanto prolongada que ha-

cia ver el sol sobre el horizonte cuando en realidad ya se había ocultado.

Esta explicación es de todo punto imposible, porque si bien es cierto que á causa de la refracción de los rayos solares, muchas veces parece que el sol permanece por algún tiempo sobre el horizonte, después de haberlo traspasado, este fenómeno lo mismo que el paelion ó falso sol no pueden durar sino unos cortos instantes y nunca prolonga el día al grado de poder decir que un día se ha hecho como dos. Y si esta refracción se explica por un milagro tendremos la tercera hipótesis que hemos defendido.

3^a No puede explicarse el silencio de los historiadores profanos sobre un hecho tan extraordinario que debió conocerse en todo el universo; mas aún, el mismo S. Pablo que en la epístola á los hebreos capítulo XI, recuerda los milagros verificados en el Antiguo Testamento, ninguna mención hace de este hecho prodigioso.

Advirtamos que en la hipótesis que defendemos, de la reflexión ó refracción milagrosa de los rayos solares, esta objeción no tendría lugar, porque la prolongación del día solo se hubiera visto en la tierra de Canaan y no en lo restante del orbe.

Pero respondiendo directamente á la dificultad diremos, que los autores profanos son muy posteriores al hecho que defendemos, por lo que de él no pudieron tener noti-

cias, sino por la tradición ó por la historia de los hebreos; pero siendo un hecho extraordinario debemos decir, que la tradición respectiva en el lapso de seis siglos se perdió ó se alteró radicalmente, ó que no tuvieron conocimiento de los libros de los hebreos, lo cual es muy probable, ó que habiéndolos conocido ninguna fé les dieron, de todo lo que se deduce que es muy explicable el silencio de los historiadores.

No faltan sin embargo, quienes creen hallar vestigio de esta tradición: 1^o En los anales de los chinos, donde se lee que bajo el séptimo Emperador Yao el sol duró diez días seguidos sobre el horizonte. 2^o En esa noche prolongada por Minerva hasta que Ulises completó la matanza de los cerdos como se refiere en el libro XXIII, verso 242 de la Odisea. 3^o En el poder que se atribuía á los magos de prolongar el día como consta en Virgilio (1) y en Lucano. (2) 4^o En diversos escritos de Herodoto (3) Platon (4) Varron, Ovidio y otros. Pero estas alusiones son demasiado vagas para que de ellas podamos servirnos para aducir un momento sólido.

(1) Eneida lib. IV, 487.

(2) Farsalia lib. VI.

(3) Euterpe I. II. n. 142.

(4) Politica et Timæus.

Con relación al silencio de San Pablo en la epístola á los hebreos diremos con Ubaldi á quien acabamos de citar: En ese lugar no trataba S. Pablo de enumerar todos los prodigios que hizo Dios al pueblo hebreo, sino algunos solamente que ponían en claro la fé viva de sus padres, por lo que conmemora únicamente aquellos milagros como la destrucción de Jericó que se debieron no á la confianza de algún profeta en la palabra de Dios, sino á la de todo el pueblo, como sucedió en el hecho aludido. Por eso San Pablo nada dice de los portentos obrados en el Egipto, del paso del Mar Rojo y del Jordán y de la detención del sol.

II. *Dificultades contra la posibilidad de que la tierra interrumpiese su movimiento de rotación.*

1° Es imposible la suspensión del movimiento de la tierra, porque según la ley Newton los astros están de tal manera coordinados en sus movimientos, que no puede uno detenerse sin que los demás sufran un trastorno tal, que acabaría con muchos de ellos. Esta objeción procede de la confusión entre el movimiento de traslación y el de rotación. Todo esto acaecería si la tierra se hubiera detenido en su curso al rededor del sol; pero en el movimiento en torno de su propio eje, y eso sin contar con que Dios autor de las leyes de la naturaleza muy bien pudo impedir todos estos trastornos.

2° De una repentina cesación del movimiento rotatorio de la tierra se hubiera seguido en virtud de las leyes de la inercia la destrucción de todos los edificios que hay en su superficie y además las excesivas mareas hubieran inundado toda la tierra. Respondemos que si Dios puede mandar á la tierra que se detenga, puede también impedir tanto la destrucción de los edificios, cuanto la prolongación de las mareas.

3° Si el día se hubiera duplicado los soldados de Josué hubieran desfallecido en el combate. Respondo que nada nos obliga á decir que los soldados de Josué pelearon sin descanso; pero aun cuando así fuera ¿acaso Dios que hizo un prodigio para prolongar el día no pudo dar á los soldados israelitas la fuerza necesaria para exterminar á sus enemigos?

Todo esto se evitaría en nuestra tercera hipótesis. Así opina Ubaldi, cuando dice: si á alguno parece demasiado suponer tantos prodigios en uno solo, puede admitir la hipótesis perfectamente sostenible, de que ni el sol, ni la tierra propiamente se detuvieron; sino que la divina potencia creó una criatura que supliera las veces del sol, ó que los rayos solares contra las leyes físicas y ópticas aun iluminasen á Gabaón después de que el sol se había ocultado, por una milagrosa reflexión ó refracción que duplicó el día.

III. *Dificultades en contra de la hipótesis de la milagrosa reflexión ó refracción.*

1.º Esta hipótesis rechazando el milagro que nos consta con evidencia, admite uno del que no nos consta. Este aserto es enteramente falso, el milagro que nos consta con certeza es que el día realmente se prolongó; pero el modo de esta prolongación, si fué por la detención de la tierra ó por la inflección de los rayos solares, no nos consta, por lo que supuesto que las palabras: *se detuvo el sol* etc. no pueden entenderse literalmente porque el sol está inmóvil, tanto la segunda como la tercera hipótesis, distan igualmente de las palabras de la narración.

2.º El teólogo debe interpretar la Sagrada Escritura conforme al consentimiento unánime de los Padres de la Iglesia. Ahora bien, los santos Padres jamás interpretan el milagro de Josué según lo hacen los defensores de la tercera hipótesis, luego ésta es inadmisibles para un teólogo católico. Si esta objeción algo probara, nos obligaría á admitir que no fué la tierra, sino el sol, quien se detuvo, pues que los padres hablaron siempre de la detención del sol, y no de la tierra; lo cual sería absolutamente contrario á las lucubraciones de la ciencia. Además, no nos es lícito abandonar la interpretación de los Padres, cuando se trata de una cuestión dogmática, pero cuando se trata de una científica, crítica ó histórica, sus opiniones deben

examinarse á la luz de la hermenéutica y de las ciencias, y si no aparecen del todo fundadas, deben rechazarse con el debido respeto. En fin, la tercera hipótesis también puede conciliarse con estas opiniones, porque los padres lo que unánimemente enseñaron ó quisieron enseñar, fué que el día Josuano realmente se prolongó; pero con relación al modo con que se prolongó hablaron como lo hace el vulgo, prescindiendo absolutamente de la cuestión astronómica.

CAPÍTULO XXII.

SANSON.

El héroe legendario de las Escrituras, cuyas proezas exceden en mucho á los célebres trabajos de Hércules, es Sansón. No discutiremos ahora sobre la posibilidad de lo que ejecutó este Juez de Israel, pues que ni es nuestro objeto probar la posibilidad del milagro, ni todo lo que hizo Sansón excede á las fuerzas naturales. Tampoco hablaremos del carácter moral de Sansón, sino que de acuerdo con nuestro programa, demostraremos que ninguna de sus proezas está en oposición con las enseñanzas de las ciencias naturales.

1. El primer hecho que parece absurdo á los naturalistas, es el panal que se halló en la cabeza del león. Consignemos ante todo las palabras del sagrado texto: *así, pues, encaminose Sansón con su padre y su madre á*

III. *Dificultades en contra de la hipótesis de la milagrosa reflexión ó refracción.*

1.º Esta hipótesis rechazando el milagro que nos consta con evidencia, admite uno del que no nos consta. Este aserto es enteramente falso, el milagro que nos consta con certeza es que el día realmente se prolongó; pero el modo de esta prolongación, si fué por la detención de la tierra ó por la inflexión de los rayos solares, no nos consta, por lo que supuesto que las palabras: *se detuvo el sol* etc. no pueden entenderse literalmente porque el sol está inmóvil, tanto la segunda como la tercera hipótesis, distan igualmente de las palabras de la narración.

2.º El teólogo debe interpretar la Sagrada Escritura conforme al consentimiento unánime de los Padres de la Iglesia. Ahora bien, los santos Padres jamás interpretan el milagro de Josué según lo hacen los defensores de la tercera hipótesis, luego ésta es inadmisibles para un teólogo católico. Si esta objeción algo probara, nos obligaría á admitir que no fué la tierra, sino el sol, quien se detuvo, pues que los padres hablaron siempre de la detención del sol, y no de la tierra; lo cual sería absolutamente contrario á las lucubraciones de la ciencia. Además, no nos es lícito abandonar la interpretación de los Padres, cuando se trata de una cuestión dogmática, pero cuando se trata de una científica, crítica ó histórica, sus opiniones deben

examinarse á la luz de la hermenéutica y de las ciencias, y si no aparecen del todo fundadas, deben rechazarse con el debido respeto. En fin, la tercera hipótesis también puede conciliarse con estas opiniones, porque los padres lo que unánimemente enseñaron ó quisieron enseñar, fué que el día Josuano realmente se prolongó; pero con relación al modo con que se prolongó hablaron como lo hace el vulgo, prescindiendo absolutamente de la cuestión astronómica.

CAPÍTULO XXII.

SANSON.

El héroe legendario de las Escrituras, cuyas proezas exceden en mucho á los célebres trabajos de Hércules, es Sansón. No discutiremos ahora sobre la posibilidad de lo que ejecutó este Juez de Israel, pues que ni es nuestro objeto probar la posibilidad del milagro, ni todo lo que hizo Sansón excede á las fuerzas naturales. Tampoco hablaremos del carácter moral de Sansón, sino que de acuerdo con nuestro programa, demostraremos que ninguna de sus proezas está en oposición con las enseñanzas de las ciencias naturales.

1. El primer hecho que parece absurdo á los naturalistas, es el panal que se halló en la cabeza del león. Consignemos ante todo las palabras del sagrado texto: *así, pues, encaminose Sansón con su padre y su madre á*

Thamuaatha, y aproximándose á los viñedos de la ciudad, apareciöse un cachorro de león iracundo y rugiendo. Apoderose de Sansón el Espíritu de Dios y despedazó al león como si fuera un cordero, haciéndolo pedazos sin tener algo en las manos, de lo que nada dijo á sus padres. Descendió á la ciudad y se concertó con la mujer que habia agradado á sus ojos y después de algunos dias, cuando volvió para recibir á su esposa, se apartó del camino para ver el cadáver del león y halló en la boca del león una colmena con su panal de miel, y habiéndolo tomado, se lo fué comiendo por el camino.

Esta narración paréceles á los racionalistas, opuesta á las conclusiones de la ciencia, primero, porque Aristóteles, Plinio y otros autores de historia natural, así como la cotidiana observación enseñan que las abejas aborrecen toda corrupción y huyen de los lugares en donde hay cadáveres, sangre ó grosura y no pueden avenirse al mal olor. A más de esto, es imposible que las abejas fabricasen en el corto espacio de algunos días un panal en la boca del león.

Respondemos, que la Sagrada Escritura no dice que Sansón encontró el panal en el cadáver del león estando aun en estado de descomposición, sino en el esqueleto del animal ya perfectamente seco y limpio, como expresamente lo dice la versión siríaca. La sangre, la grosura y la carne del león habían

desaparecido ya, ó devoradas por las bestias feroces, ó consumidas por el sol, que secó los huesos que no despidiendo mal olor, ofrecieron á las abejas un lugar á propósito para fabricar su miel. A este hecho se parece el que refiere Herodoto en el libro V., capítulo 144, esto es, que la cabeza de Onesilo que habia sitiado á los Amathusos, fué por éstos cortada y suspendida sobre las puertas de la ciudad, y que una vez que el cráneo quedó completamente seco, sirvió á las abejas para la fabricación de sus panales.

No es inverosímil que en el espacio de pocos días, el esqueleto del león quedase completamente seco y dispuesto á recibir una colmena porque es tal la intensidad de los rayos solares en Palestina en el estío, que un cadáver á la intemperie en muy pocos días se seca, sin que de él quede otra cosa que un montón de huesos, á lo que conduce también la abundancia de fieras, particularmente de los chacales, de que hablaremos después, que según la relación de los viajeros, basta un día para que un caballo, asno ó dromedario muerto en el camino quede completamente devorado, y poco tiempo después el sol seca los huesos y les quita el mal olor [1]. Según Plinio, hay una especie de abejas que fabrican un panal en quince días y aun más; dice que él mismo vió, que habiéndose dete-

(1) Historia Natural, lib. XI, c. 18.

nido en el hueco de un árbol, un enjambre de abejas, después de permanecer allí ocho ó diez horas dejó ya pequeños alveolos.

Sobre todo, en el texto original y en la versión de los Setenta, solamente leemos: *Y sucedió después de los días*, lo que comparado con el Génesis, cap. IV. 3 y los Jueces XVII, 10, significaría que esto sucedió después de un año, pues que este espacio eran los días de los desposorios ó esponsales entre los hebreos. Así lo entiende Arias Montano en su comentario sobre este lugar: *Después de algunos días*. Es un hebraísmo que significa un año entero, en que conforme á la costumbre de aquellas pueblos se permitía á la prometida permanecer aun entre sus parientes, según advertimos al hablar de la historia de Abraham.

El segundo hecho, por el que se combate la veracidad de los libros santos en nombre de las ciencias naturales, es el que se refiere en el cap. XV del libro de los Jueces.

El suegro de Sansón había entregado á otro hombre la mujer con quien se había casado éste, creyéndola repudiada por él, por lo que ardiendo en ira exclamó: *Desde este día no se me culpe de lo que haga contra los Filisteos; pues les causaré todo género de males. Se apoderó de trescientas zorras y unió sus colas dos á dos y les ató en medio un haz ardiendo, dejándolas que escapasen por diversos lados.*

Ellas inmediatamente se dirigieron hácia las mieses de los Filisteos, resultando de allí que las mieses que aun no podían segarse fueron quemadas, llegando la destrucción aun á las viñas y olivares.

A propósito de este pasaje, preguntan los incrédulos: ¿Es posible que en la Palestina hubiera tal cantidad de zorras, como se dice en esta narración? ¿Es posible que Sansón en un corto espacio de tiempo haya podido cazarlas; ya que según los naturalistas son muy astutas y ágiles en la fuga?

A la primera pregunta, respondo que no han faltado quienes con Coutaut de la Molléte, siguiendo la versión arábiga, digan que Sansón no se sirvió, para quemar las mieses de los Filisteos, de trescientas zorras; sino de trescientos hacecillos, que atados de dos en dos, después de haberles prendido fuego, los fué arrojando en los campos de los Filisteos, pretendiendo que la palabra usada en el texto original lo mismo significa *zorras que haces*. Confesamos ingenuamente que admitida esta interpretación, cesarían todas las dificultades; pero apareciendo destituida de todo sólido fundamento, no vacilamos en rechazarla, pues que la voz *setnal* en ningún otro lugar se traduce por *haces*, y la versión arábiga tiene en su contra tanto al texto original, como á todas las demás versiones antiguas orientales y occidentales.

Por otra parte, en Palestina abundan las

zorras, como lo atestiguan los viajeros de todos tiempos, que al hablar de la fauna de esas regiones nos dice, que la especie llamada *canis aureus*, en hebreo *chiacal* y en nuestras lenguas *chacal* es allí muy común, que andan en manada, no huyen la presencia del hombre y son sumamente nocivas á las viñas; Niebuhr dice: "El chacal es una especie de zorra ó perro silvestre, del que se encuentra mucha abundancia en India, Persia, Siria, cerca de Constantinopla y en muchas otras partes. . . . son tan atrevidas que llegan á penetrar en las casas, y un criado mío que vivía en las inmediaciones de Bombay solía encontrarlas aun en la cocina de la casa (1)." Lo mismo dicen: Chalquit, Monson, Halssequit, etc.

Los mismos autores sagrados, suponen la abundancia de estos animales en la tierra de Canaan, como el del Cantar de los cantares, cuando dice: *Aprendednos las pequeñas zorras (en hebreo chacales) que destruyen las viñas* (2). Ezequiel compara á la multitud de falsos profetas que pululaban en el reino de Israel, á las zorras del desierto: *Como las zorras en el desierto, así son tus profetas, oh Israel!* (3). De ellas también habla Jeremías en

(1) Niebuhr, Tom. I, pág. 231 y 232.

(2) Cant. II, 15.

(3) Ezech. XIII, 4.

las lamentaciones, (1) y en el libro de Josué se nos habla de una zorra de la Palestina en la tribu de Simeón en que había tantas zorras, que se llamaba *chat zar schual* ó *erets schual* atuo ó tierra de las zorras (2).

Aniquilada la dificultad que se toma del crecido número de las zorras que empleó Sansón, nos queda resolver si pudo cazarlas como se lee en este libro. Ahora bien, en él no se dice que Sansón por sí solo hubiera cazado las trescientas zorras. Era juez en Israel y por eso tenía hombres bajo su mando, que pudieron ayudarle á realizar su empresa, atribuyéndose á él solo por el adagio jurídico: *que de alguien se dice haber hecho por sí, lo que hizo por medio de otros*, así como la victoria se atribuye solo al general, no obstante que la ganó por medio de sus soldados.

Hecha esta advertencia, debemos confesar con el P. Veit, que ningún otro medio más á propósito pudo escoger Sansón para debilitar el poder de sus enemigos, porque la rapidez en la carrera que es propia de estos animales hizo que el incendio fuera más universal.

Quizás de la tradición de este hecho entre los antiguos pueblos, tomó origen la fiesta que celebraban los romanos á mediados de

(1) Thr. V, 18.

(2) Jos. XV, 28 y I Rey III, 8.

Abril, llamadas *vulpinas* y en las que se ataban téas encendidas en las colas de algunas zorras y así se las dejaba correr en el circo hasta que al fin eran devoradas por las llamas. Serario [1] y Bochardo [2] creen que la fábula que consigna Ovidio en el libro IV de los Fastos acerca de Caseolano, es la misma historia de Sansón, corrompida en el trascurso del tiempo y mezclada con mitos. Además, en otros tiempos, es muy común entre los orientales quemar las mieses y talar los árboles de aquellos á quienes han declarado la guerra.

30 Sansón en toda su historia aparece dotado de una fuerza verdaderamente prodigiosa. En el capítulo XIV, se dice que sin armas, desquijaró á un león, en el XV, que con solo una quijada de asno, mató á mil filisteos, en el XVI, que arrancó de su quicio las puertas de Gaza y las llevó al monte vecino, y finalmente, que derribó las columnas del templo de Dagon para vengarse de sus enemigos. Aparte de lo inverosímil de estos relatos, es contra todos los principios de la fisiología, asegurar que la mayor ó menor fuerza de un hombre, depende de la mayor ó menor longitud de los cabellos, y si esta fuerza era milagrosa ¿cómo concebir que

(1) Com. in lib. I, ud.

(2) Hieroz p. 1, lib. 3, c. 13.

Dios hubiera hecho un prodigio en favor de un hombre pecador?

Respondo que no son inverosímiles los hechos referidos, aun sin admitir la intervención del milagro. No faltan en la historia, ejemplos de hombres que llevaran á cabo hechos semejantes. Sin embargo, nada nos impide confesar que Dios le concedió fuerzas, no solo extraordinarias, sino aun milagrosas para llevar á cabo estos y mayores prodigios. Y que realmente se las haya concedido nos lo persuade tanto la dificultad de explicar sin milagro el conjunto de todos estos hechos, cuanto la predestinación de este hombre para libertar al pueblo de Israel, y finalmente, aquellas palabras de la Escritura: *Descendió el Espíritu de Dios sobre él*. Pero si tratamos de algunos de estos hechos en particular, no creemos que sea necesario recurrir al milagro, porque cosas semejantes se leen de David y de Banaias en las Sagradas Letras y Pausanias [1] cuenta que Polydama sin armas dió muerte á un león en el monte Olimpo, y Plinio refiere que con mucha frecuencia los leones morían en los circos á manos de los gladiadores, quienes los sofocaban envolviéndoles la cara con sus vestidos. Además, los leones de Palestina, no tienen el tamaño y fuerza de los leones africanos y sobre todo, el león que mató San-

(1) Lib. VI, c. 5.

són, era pequeño, pues que la Escritura lo llama: *cachorro de león*.

Cuando se dice que Sansón con solo una quijada de asno, mató á mil filisteos, no debemos entender que él solo realizó esta proeza, pues era juez de Israel, y con él, ciertamente vinieron muchos israelitas que le ayudaron á ejecutar esta represalia, y si en la Escritura se dice que Sansón fué el autor de esta matanza, es porque el escritor sagrado, lo mismo que los profanos, atribuye solo al capitán la victoria obtenida en unión de sus soldados.

Es falso que la Escritura haga depender las fuerzas de Sansón de la longitud de su cabellera. La longitud de los cabellos de Sansón, era ciertamente una condición *sine qua non*, le concedía este don extraordinario, porque era Nazareno y en fuerza de este voto, no debía jamás cortarse la cabellera. A este voto iba inherente la admirable fortaleza de Sansón, como él mismo lo dijo á Dalila: *Jamás han sido cortados mis cabellos porque desde mi nacimiento he sido consagrado á Dios, es decir, nazareno desde el vientre de mi madre*. En consecuencia, el cortarse los cabellos, no traía necesariamente consigo la pérdida de las fuerzas, sino en cuanto era la violación de un voto hecho al Señor; por eso dijo: *Si fuese tonsurada mi cabeza, se alejará de mí el vigor y seré semejante á los demás hombres*.

Ni debemos admirarnos de que Sansón haya sido objeto de este especial favor divino: porque esta fortaleza debe contarse entre las gracias *gratis dadas* que no dirigiéndose á santificar al pecador ó sea á la utilidad de aquel á quien se conceden, sino en beneficio de los demás, bien pueden ser concedido á los pecadores. Balaam infiel y Caifás impío y deícida profetizaron, y Júdas Iscariote fué uno de los enviados por Jesucristo á preparar su visita á diversos pueblos con potestad de arrojar á los demonios y curar las enfermedades.

Y todo esto lo decimos sin conceder desde luego que Sansón fuera indigno de estos favores, dejando esta cuestión en su punto, pues no queremos hablar del carácter moral de Sansón.

CAPITULO XXIII.

LOS LIBROS DE SAMUEL.

Nuestra Vulgata latina á ejemplo de la Biblia Hebrea, llama libros de Samuel á los que en el canon tridentino se designan con el nombre de primero y segundo de los Reyes.

En ellos ocupan el lugar prominente Samuel y David. El primero fué un Juez de Israel, destinado por Dios para ser el precursor de la monarquía hebrea y el fundador

són, era pequeño, pues que la Escritura lo llama: *cachorro de león*.

Cuando se dice que Sansón con solo una quijada de asno, mató á mil filisteos, no debemos entender que él solo realizó esta proeza, pues era juez de Israel, y con él, ciertamente vinieron muchos israelitas que le ayudaron á ejecutar esta represalia, y si en la Escritura se dice que Sansón fué el autor de esta matanza, es porque el escritor sagrado, lo mismo que los profanos, atribuye solo al capitán la victoria obtenida en unión de sus soldados.

Es falso que la Escritura haga depender las fuerzas de Sansón de la longitud de su cabellera. La longitud de los cabellos de Sansón, era ciertamente una condición *sine qua non*, le concedía este don extraordinario, porque era Nazareno y en fuerza de este voto, no debía jamás cortarse la cabellera. A este voto iba inherente la admirable fortaleza de Sansón, como él mismo lo dijo á Dalila: *Jamás han sido cortados mis cabellos porque desde mi nacimiento he sido consagrado á Dios, es decir, nazareno desde el vientre de mi madre*. En consecuencia, el cortarse los cabellos, no trafa necesariamente consigo la pérdida de las fuerzas, sino en cuanto era la violación de un voto hecho al Señor; por eso dijo: *Si fuese tonsurada mi cabeza, se alejará de mí el vigor y seré semejante á los demás hombres*.

Ni debemos admirarnos de que Sansón haya sido objeto de este especial favor divino: porque esta fortaleza debe contarse entre las gracias *gratis dadas* que no dirigiéndose á santificar al pecador ó sea á la utilidad de aquel á quien se conceden, sino en beneficio de los demás, bien pueden ser concedido á los pecadores. Balaam infiel y Caifás impío y deícida profetizaron, y Júdas Iscariote fué uno de los enviados por Jesucristo á preparar su visita á diversos pueblos con potestad de arrojar á los demonios y curar las enfermedades.

Y todo esto lo decimos sin conceder desde luego que Sansón fuera indigno de estos favores, dejando esta cuestión en su punto, pues no queremos hablar del carácter moral de Sansón.

CAPITULO XXIII.

LOS LIBROS DE SAMUEL.

Nuestra Vulgata latina á ejemplo de la Biblia Hebrea, llama libros de Samuel á los que en el canon tridentino se designan con el nombre de primero y segundo de los Reyes.

En ellos ocupan el lugar prominente Samuel y David. El primero fué un Juez de Israel, destinado por Dios para ser el precursor de la monarquía hebrea y el fundador

de esa escuela de hombres enviados por el Señor, que aparecerán sin interrupción hasta la cautividad de Babilonia, para servir de freno al poder de los reyes y conservar la teocracia en su gobierno. El segundo fué el progenitor del Mesías, cuyo nombre quiso llevar como distintivo y señal de su misión.

En estos libros meramente históricos, la falsa ciencia no ha encontrado, como en el Pentateuco, objeciones deducidas, según ella dice, de sus principios ciertos, y todo lo que opondrá á la veracidad de esta parte de la Escritura, es la mayor ó menor inverosimilitud de alguna de sus narraciones. Nos ocuparemos aunque brevemente de estas cuestiones tratando de probar, que no solo no se oponen á las conclusiones de la ciencia, sino que ni siquiera traspasan los límites de la verosimilitud. Los hechos de que vamos á ocuparnos, son los siguientes: 1.º La cautividad del arca. 2.º La cabellera de Absalón. 3.º La corona de Melcóm. 4.º Los ejércitos de la Palestina.

I. LA CAUTIVIDAD DEL ARCA.

Mientras que Sansón, en la región meridional de la Palestina, debilitaba con sus victorias individuales, el poder de los Filisteos, Heli en Silo, donde se hallaba el arca del Señor, juzgaba á Israel. Este, juez en toda la extensión de la palabra, no era como los demás, elegido para salvar á su pueblo de es-

ta ó aquella invasión, sino que además de presidir á la milicia primero por sí y luego por sus hijos, como sumo sacerdote que era, regía los destinos del pueblo y arreglaba sus diferencias.

En una de las batallas que libró á los Filisteos, permitió á sus hijos llevar consigo el arca de la alianza para captarse la protección del Señor. Pero irritado justamente Dios, por las exacciones y liviandades de Ophni y Phinees, permitió que Israel fuese derrotado y el arca cayó en poder de los filisteos. No nos detendremos en referir todos los pormenores de esta narración; bástenos recordar, que esa victoria no fué tanto la de una nación contra otra nación, cuanto la de un Dios, contra otro Dios. Por eso tomaron el arca y como un trofeo de la victoria obtenida por Dagón sobre Jeovah la colocaron ante su ara.

Pero pronto iba á verse que si el arca cayó en poder de los adoradores de Dagón, fué solo un castigo de que se valió el Dios de Israel para refrenar á su pueblo y hacer ostentación de su Omnipotencia. Por una parte la estatua del dios-pep fué por mano invisible derribada y despedazada, y por otra, los campos se vieron infestados de ratones muy nocivos á las mieses, y los hombres tuvieron que sufrir la incómoda y dolorosa plaga de las hemorroides, como explican algunos intérpretes, ó de los bubones, inflamación ca-

racterística de la parte de Levante. Entonces comprendieron los filisteos, que era preciso devolver el arca para que cesase la plaga, lo cual hicieron poniéndola en una *araba* ó carro tirado por dos bueyes, y acompañándola de valiosos dones. Al entrar á la tierra de Israel, fué cuando el desacato de los bethsamitas costó la vida á muchos de ellos. Dos son las cosas increíbles en esta narración para los racionalistas. La plaga de los ratones en los campos les parece cosa inaudita en las observaciones de la Historia Natural, y la muerte de cincuenta mil bethsamitas parece imposible entre otras cosas, porque el campo que llevaba ese nombre no podía contener tanta población.

La primera dificultad pone de manifiesto, si no la ignorancia, por lo menos la mala fe de nuestros adversarios. En efecto, el ratón del campo de corta cola, como lo llaman los naturalistas, es muy común en toda el Asia occidental. Se propaga con admirable rapidez á pesar de todos los enemigos empeñados en destruirlo: el buho le hace guerra muy encarnizada durante la noche, el milano y otras aves de presa lo persigen de día: de lo alto de las nubes suelen arrojarle sobre él y en un abrir y cerrar de ojos, se lo arrebatan á su nido, mientras que otras musarafías van á buscarlo hasta lo más recóndito de sus agujeros. Sin embargo, su número apenas disminuye. Lo veréis en todos los terrenos

cultivados, corriendo á través de los campos, arrancando grano á fin de almacenarlo para el invierno, exhalando de cuando en cuando un débil grito de alegría, sentándose sobre sus patas traseras para ver mejor y sepultándose luego en su agujero. Este animal puede multiplicarse de tal modo en breve tiempo, que puede devorar por completo una cosecha, por lo que es considerado como una plaga.

“Un amigo digno de toda fe, dice M. Van Lennep, me ha referido que hallándose hacia el año de 1863, en las posesiones de uno de sus amigos en el Asia Menor, vió los destrozos causados por una multitud incalculable de ratones que cubrían el suelo cual si fueran miriadas de langostas. Campos enteros de cebada y de trigo desaparecieron en un corto espacio de tiempo, y las viñas y moreras fueron roídas cerca del nacimiento de la raíz y así ó vinieron por tierra, ó por lo menos se secaron. Toda la cosecha anual de una región que mide seiscientas hectáreas y que prometía ser en extremo abundante, se perdió por completo. De esta especie fueron probablemente los ratones que desolaron el país de los Filisteos.” (1)

Belón observa que los ratones son numerosísimos en la Palestina, cerca del Mediterráneo.

(1) Van Lennep. Bible Lands, tom. I, pág. 285.

neo. "Estando entre la ciudad de Gaza, que es la primera que hallamos en el país de Egipto, y Belba, encontramos varias campiñas sembradas en donde hay tal cantidad de ratones, que si no fuera porque la naturaleza envía muchas de esas aves que Aristóteles llama perenopten y los franceses buhos, para destruirlos, creo que los habitantes de esas regiones no sembrarían un solo grano que no fuera devorado sin darle ni siquiera tiempo de nacer." [1]

Bochart se aventura á decir que el nombre hebreo del ratón *abkar* es una contracción de *abalkax* y significa devastador de los campos (2). Lo mismo opina Rosenmüller (3).

El Dr. Keil, con la mayor parte de los apologistas modernos de la Escritura, explican de un modo bastante satisfactorio la muerte de los bethsamitas. "En la cifra de cincuenta mil y setenta que leemos en la Vulgata, nos admiramos de ver el número de setenta colocado antes de los cincuenta mil, muy al contrario de lo que se acostumbraba; pero no lo es menos que la conjunción *vau*, y, falte en hebreo, lo cual es inaudito. Si se considera, además, que no podía haber en Bethsames ni en sus alrededores una población de cincuenta mil habitantes, y que aquí no se

(1) Belon, Observations, libro II, cap. 78.

(2) Bochart. Hierozoicon, 1794, tom. II, pág. 729.

(3) Biblische Naturgeschichte, II, 224.

trata de una asamblea extraordinaria de pueblo, si se observa en fin que las palabras: *hamisini elefis* (50,000 hombres), faltan en muchos manuscritos hebreos, y que Josefo, en la narración de este suceso (1), no habla sino de setenta muertos, tenemos derecho de no mirar la cifra de cincuenta mil como original, y se puede suponer que ha sido introducida en el texto por una distracción del copista, la que debió ser muy antigua, pues que se encuentra en los Sesenta y en la paráfrasis Caldea (2).

Otros prefieren decir que en el texto hebreo falta la partícula *ex*, pues que tal como se halla este pasaje no tiene sentido alguno. *Hirió de los hombres de Bethsames, porque vieron el arca del Señor, setenta hombres, cincuenta mil del pueblo.*

II. LA CORONA DEL REY DE LOS AMONITAS.

David, en la guerra que declaró á los Amonitas, sitió á la ciudad de Rabat, y habiéndose apoderado de ella, *tomó de la cabeza de su rey la diadema que pesaba un talento y que tenía piedras preciosísimas y la puso en su cabeza* (3).

Pero, ¿es creíble, dicen los adversarios, que tanto el rey David como el de los Amo-

(1) Antigüedades, VI, 4.

(2) Die Bücher Samuels, tom. II, 507.

(3) II. Reg. XII, 30.

nitas pudieran sostener en la cabeza un peso de 112 libras?

Según algunos intérpretes, siguiendo á Cornelio Alapide, dicen que ni el rey de los Amonitas, ni David, la llevaron en la cabeza. Leyendo en el lugar correlativo á éste del libro de los Paralipómenos: [1] *Tomó David la corona de Melchom que tenía en su cabeza,* pretenden que la voz *melech* no se debe tomar apelativamente para designar la dignidad real, sino substantivamente para designar un nombre propio, y que indica el dios ó ídolo de los Amonitas. Además, de ese mismo lugar consta que David no puso en su cabeza la corona tal como la quitó al ídolo; sino que de ella tomó la cantidad de oro y las piedras que necesitó para hacer su diadema, pues leemos en el citado libro de los Paralipómenos: *Encontró en ella [la corona] el peso de un talento y joyas preciosísimas y de ellas se hizo una diadema.*

Si á alguien no parece bastante obvia esta explicación, puede abrazar la de Tirino, el Abulense, Sanctio y otros que opinan no ser esta corona destinada á ponerse materialmente en la cabeza de los reyes; sino en el trono ó conopeo real, en su parte superior, para manifestar la dignidad regia, como solían hacerlo los antiguos.

(1) Par. XX. 2.

III. LA CABELLERA DE ABSALÓN.

Hé aquí otra nueva fábula, dicen los enemigos de la revelación. El libro segundo de los reyes refiere, que cuando Absalón *cortaba su cabellera, y lo hacía una vez al año porque mucho le molestaba, solía pesar doscientos siclos de peso aceptado públicamente.* Más frívolo les parece lo que pasados algunos capítulos volvemos á leer de los cabellos de Absalón, esto es, que huyendo este hijo ingrato y rebelde, en la precipitación de su fuga quedó colgado de un árbol, suponiendo que la cabellera de Absalón pudo sostenerlo, no obstante el peso de su cuerpo y de sus armas.

De dos modos suelen explicar este hecho los exégetas escripturarios. Juan Pelletier y Calmet, dicen que hay una grande diferencia entre el talento hebreo y el talento babilónico. Este era de peso notablemente menor que el primero; por lo que los cabellos de Absalón no pesaban 112 libras, sino sólo 31, lo que no es imposible, pues, que hay mujeres que llevan un peso mayor que éste, tanto más que este peso, no era relativo á los cabellos ya cortados, sino al total de la cabellera.

Si se pregunta por qué razón un autor hebreo hace uso de una medida babilónica, responden, que si este libro fué escrito después de la cautividad de Babilonia, el hecho

tiene fácil explicación, pues que los hebreos desde entonces usaron los pesos y medidas babilónicas, y si, como es más verosímil, nuestro libro es más antiguo que la cautividad, Esdras, al cambiar los caracteres y sustituir los nombres anticuados, en vez de poner las medidas hebreas que estaban en desuso, empleó las babilónicas como más usuales y conocidas.

Otro modo de explicar este hecho observan Tirino y Sanctio al opinar que los doscientos siclos no eran el peso, sino el precio de los cabellos de Absalón, pues ya desde entonces estuvo en uso ponerse cabellera postiza los que no la tenían propia ó que querían aparecer más hermosos. Particularmente los cabellos rubios ó color de oro parecen haber sido los más estimados, pues Flavio Josefo refiere que los jóvenes compañeros ó pages, como ahora se diría, se ponían polvo de oro en la cabeza para emular al mismo sol. Quizás de este color eran los cabellos de Absalón y por eso eran tan estimados, y no quiere decir esto que un príncipe los vendiera, sino que ese era su precio ó que en eso eran vendidos por los criados ó amigos del mismo.

En fin, si á alguien le parece fabuloso y absurdo que Absalón quedase por los cabellos pendiente de una encina, no debe echar esto en cara á la Escritura, sino á los pintores á quienes todo es lícito, como dice Horacio. La Escritura dice: *Sucedió que Absa-*

lón huyendo caballero sobre un mulo de los ejércitos de David pasó debajo de una encina y su cabeza quedó adherida á la encina y quedando suspendido entre el cielo y la tierra, el mulo pasó de largo (1). Así pues, aunque la cabellera de Absalón se hubiera enredado en el árbol, no se ha de decir que sólo de ella quedó pendiente, sino que al pasar por la encina, con la velocidad de la carrera, su cabeza se introdujo en alguna bifurcación de las ramas, de donde no pudo desprenderse.

IV. LOS EJERCITOS DE LA PALESTINA.

En varios lugares de los libros de Samuel y de los Reyes, se habla de ejércitos demasiado numerosos para el pequeño territorio denominado Palestina. En el libro I se dice que Saul, *contó á sus soldados en Bezec, y había allí de los hijos Israel trescientos mil* (2). David hizo también un censo y *halló de Israel ochenta mil varones fuertes que podían desenvainar la espada, y de Judá quinientos mil guerreros* [3]. Lo mismo se refiere después de los ejércitos de Asa y de Josafat.

A nadie, empero, debe admirar número tan crecido de soldados en un país tan exiguo, si advierte que en la antigüedad, cuando urgía la necesidad de la guerra, todos los

(1) II. Reg. XVIII, 9.

(2) I. Reg. XI, 8.

(3) II. Reg. XXIV, 9.

varones, capaces de llevar las armas, se alistaban en la milicia. No había soldados acuartelados y á quienes el Estado alimentaba y vestía, sino que á la voz de alarma dada por el juez ó rey de Israel dejaban el arado los agricultores y tomaban las armas, volviendo á las faenas del campo una vez terminada la campaña.

Además, el pueblo de Israel era numerosísimo. Desde el tiempo de la cautividad de Egipto se multiplicaba de tal modo, que infundió grave temor en el ánimo de Faraón por lo que trató de dar muerte á todos los niños hebreos. Número más exagerado de guerreros hallaremos ciertamente en algunos autores profanos. Así Pompinio Mela, refiere que de la ciudad de Tebas, en el Egipto, que tenía cien puertas, salió un millón completo de soldados, diez mil por cada puerta (1).

Más increíble aún parece á los racionalistas, que de todo este numerosísimo ejército sólo Saul y Jonatás tenían espada ó lanza, y sin embargo, el autor sagrado dice que obtuvieron completa victoria, armados sólo de rejas de arado, de hachas y azadones. La causa de la admiración de nuestros adversarios es que á todo trance quieren que las personas, cosas y hechos de la antigüedad fueran exactamente iguales á los de nuestra

(1) Pom. Mela, lib. 1, cap. 9.

época. En los ejércitos antiguos había batallones enteros que sólo peleaban con flechas ú hondas. Particularmente entre los hebreos había muchos que desdafiaban la espada y la lanza; porque superaban fácilmente á sus enemigos en el manejo de la honda. De estos eran los Gabiatas; de quienes se lee en el libro de los Jueces (1): *Había setenta varones fortísimos que lo mismo peleaban con la mano derecha que con la izquierda, y con tal certeza arrojaban una piedra con la honda que atinaban á herir un cabello.*

No se admirará de que un ejército con tal equipo haya obtenido una victoria, quien sepa que 800 años después, en el ejército de Darío Codomano, un pueblo innumerable sólo peleó con hondas y palos endurecidos al fuego.

Pudiéramos ciertamente evitar esta digresión advirtiendo que la Escritura no dice que el ejército entero de Saul carecería de lanzas y espadas, sino sólo aquellos seiscientos hombres que acompañaban al rey, y nada dice del resto del ejército. Tampoco hemos de extrañar que el ejército hebreo estuviese en tanta escasez de armas y armeros, que tuvieran que recurrir á los Filisteos para proporcionárselas; porque los hebreos estaban exclusivamente dedicados á la agricultura, sin que nadie cultivase industria algu-

(1) Jud. XX, 16.

na, como lo veremos detenidamente cuando se trate de la construcción del Templo de Salomón.

CAPITULO XXVI.

REINADO DE SALOMON.

“El nombre del rey Salomón, dice Vigou-roux (1) ha llegado á ser como sinónimo de sabiduría, de brillo y de magnificencia. Jesucristo mismo, habló con entusiasmo de su gloria. La Biblia, sin embargo, le consagra apenas, algunas páginas, mucho menos que á David, su padre; pero como fué al mismo tiempo rey, poeta y sabio, como estaba dotado de esas facultades que mas deslumbran la imaginación oriental, la belleza del cuerpo y la penetración del espíritu, como había profundizado todos los secretos de la naturaleza, como amaba el lujo, la pompa y el esplendor, como dejó, en fin, edificios soberbios, monumentos duraderos de su opulencia y de su afición por las artes, la leyenda se ha apoderado de su persona y le ha dado un papel muy brillante. Se puede decir que este príncipe ha sido para el Oriente, lo que Carlo Magno en la Edad Media.”

Los incrédulos hallan inverosímiles muchas de las narraciones que sobre Salomón

(1) La Bible et les decouvertes modernes T. III, página 413.

leemos en el libro tercero de los Reyes y en el primero de los Paralipómenos. Vamos á ocuparnos de los principales.

I. LAS RIQUEZAS DE SALOMON.

Nos refiere el escritor Sagrado, que David en el momento de morir, entregó á Salomón: *cien mil talentos de oro, y un millón de talentos de plata, además de tres mil talentos de oro de Ofir, y siete mil de plata probada para donar las paredes del templo.* (1)

Pues bien, replica Voltaire, en todo el orbe hacia la época de David, no había tal cantidad de moneda acuñada.

Para responder satisfactoriamente á esta dificultad, los intérpretes han tomado diversos caminos.

1º Weissenbach cree que hay un error en el número de los talentos, proveniente de la negligencia de los copistas.

Confesamos que realmente en el sagrado texto, se han deslizado no pocos errores accidentales, principalmente en los números y cronología, lo que no debe extrañarse en un libro tantas veces copiado como la Biblia; pero no creemos que está en nuestro deber recurrir á este medio, cuando carecemos de esos indicios de error, que hallamos en otros lugares y sobre todo, cuando tenemos otros medios de explicarlo.

(1) Math., VI, 29.

20 A Calmet y Cornelio Alapide, no parece imposible la existencia de esa suma en manos de David. Por más que llegue á..... 2,400.000,000 de escudos de nuestra moneda, no solo es posible que David la hubiera acoopiado; sino que es aún verosímil, si atendemos á la grande extensión de su reino, á los numerosos despojos y tributos que impuso á las naciones extrañas á quienes venció, á la gran economía de la casa real y finalmente, al especial favor de Dios, que ayudó á David á reunir esta riqueza fabulosa, destinada al decoro de la casa de Dios.

Para hacer dichos autores, más verosímil su opinión, traen á cuento las riquezas de los reyes de Asiria y Persia, en los tiempos antiguos, y de los de México y el Perú en los modernos. Pero aunque todo esto debe considerarse y apreciarse y demuestra que no debió ser exiguo el tesoro de David, no parece, sin embargo, que satisfagan completamente, pues que una suma tan considerable hubiera bastado para edificar decenas de templos tan espléndidos como el de Jerusalem.

30 Mucho más acertada nos parece la opinión de Bullet, (1) quien para fundarla, pone las siguientes premisas: 1ª Debe distinguirse el *talento peso* del *talento moneda*. Es

(1) Recherches antiques, I. n. 36.

decir, que entre los hebreos, lo mismo que entre varios pueblos, los *pesos y monedas* tienen nombre igual y peso desigual. Así entre los ingleses, *libra*, se llama una moneda equivalente á 5 pesos de nuestra moneda, no obstante que no llegando al peso de la cuarta parte de una onza apenas llega á la sexagésima parte de una libra. 2ª Que el valor de las monedas antiguas, cambia con frecuencia, y sobre todo, que la gran estimación que ahora tiene el oro sobre la plata, no ha sido siempre la misma. De aquí concluye el autor citado, en primer lugar, que no hay razón para considerar el tesoro que David reunió como equivalente á su peso en oro ó en plata. En segundo lugar, que carecemos de un criterio fijo para estimar el valor excedente del oro sobre la plata y por consiguiente, carecemos de norma cierta para fijar el valor de este tesoro en moneda nuestra. Finalmente que el *talento moneda* era menor que el *talento peso*.

Esto último, lo confirma con el ejemplo de uno de los pueblos antiguos. "Los escritores griegos, dice, en ninguna parte hacen mención expresa de esa doble especie de talentos, y sin embargo, es indudable que debemos admitir que ellos hacían la distinción que nosotros venimos haciendo, á no ser que digamos, que ellos escribieron cosas absolutamente increíbles. En efecto, refiere Home-

ro (1) que Aquiles, en los juegos fúnebres por la muerte de Patroclo, fijó como primer premio á los concurrentes, una esclava y un trípode de oro; como segundo, una yegua de seis años; como tercero, una copa que podía contener cuatro medidas, y como cuarto, dos talentos de oro. De lo que se sigue que dos talentos valían mucho menos que una yegua y aún que una copa, y por consecuencia que esos dos talentos, no eran tales por su peso, que hubiera equivalido á 72,000 libras francesas ó sea, 14,400 escudos, á cuyo valor, ciertamente que no podía llegar la yegua; sino verosimilmente estos talentos eran una moneda de oro que llevaba el nombre de talento, pero que era de mucho menor precio que lo que indicaba su peso. Virgilio también habla de dos talentos de precio desigual cuando dice:

Argenti magnum dat ferre talentum. [2]

Así, pues, aunque no podamos saber con certeza el valor del *talento moneda*, podemos decir, sin temor de errar, que era menor que el *talento peso*, lo cual basta para satisfacer á la dificultad.

Pero se nos objetará que en las sagradas letras nunca se hace mención de esta doble clase de talentos; pero no era necesario hacer men-

(1) Iliada 23.

(2) Eneida, Lib. VII.

ción de una cosa bastante conocida en la antigüedad.

Los agiógrafos, replican los incrédulos, siempre que hablan de los talentos, nos los presentan como de un valor tan grande, que no se podía reunir sin gran dificultad. Así, Senaquerib impuso á Ezequías, el tributo de trescientos talentos de plata y treinta de oro y se dice que para reunir esta suma, consumió todo el tesoro real y además, despojó el templo de sus puertas que estaban forradas de oro. [1]

El rey Joaquín, para pagar á Neco, rey de Egipto, el tributo que le había impuesto de cien talentos de plata y uno de oro, tuvo que imponer nuevos tributos á todos sus súbditos. (2)

Nada de esto puede constituir una dificultad seria. Aunque supongamos en efecto, que el valor del talento peso, es cuádruple del de la moneda talento, el tributo impuesto á Ezequías, llegaría á la suma de 164,940 escudos de nuestra moneda; y el que Joaquín tuvo que pagar al rey de Egipto, sería de. 25,758; por lo que en las circunstancias en que se encontraban estos reyes después de su derrota y cuando el arte de acuñar metales no llegaba á la perfección á que ahora ha llegado; no era fácil en tan corto espacio de

(1) IV, Reg. XVIII, 14.

(2) IV, Reg. XXIII, 33.

tiempo, encontrar esta suma en solo el tesoro real para entregársela á los vencedores.

II. EL TEMPLO DE SALOMON.

En el templo que Salomón levantó y dedicó al culto del verdadero Dios en Jerusalem, no vió otra cosa Voltaire, sino un pobre fano ó adoratorio como los templos de Asia ó de Egipto, sin que haya razón alguna para admirarlo. Antes de responder á las dificultades que los racionalistas oponen á la veracidad de la narración en que se refiere la fábrica de ese templo magnificientísimo como lo juzgaron Vitrubio, Apolodoro y aun el mismo Tácito, autor nada sospechoso en lo que se refiere á los judíos, creemos oportuno dar de él una suscinta descripción.

El templo fué construido en el monte Moriah, que con este objeto fué unido al de Sión rellenando la grande hondonada que había entre ellos. Lo que propiamente se llamaba *Bet-Jehovah, la casa de Dios*, constaba de tres partes, esto es, el vestíbulo, el lugar santo y el lugar santísimo ó santo de los santos, que sólo medía veinte codos en sus tres dimensiones y estaba separado de las demás partes del templo, con las que se comunicaba con una puerta cubierta siempre por una cortina. Allí se guardaba el arca de la alianza enriquecida por Salomón con dos querubines de oro.

El lugar santo medía treinta codos de largo y cuarenta de ancho; en él estaba el altar del tymiana, los diez candeleros de siete brazos, las diez mesas de oro para los panes de la proposición. Delante del lugar santo estaba el vestíbulo de diez codos de ancho por veinte de largo, por donde se entraba á las celdas de los sacerdotes, que eran los únicos que tenían entrada á él, pues sólo por ellos se desempeñaban las funciones sagradas. En el Santo de los santos sólo entraba el Sumo sacerdote una vez al año en el día de la expiación para ejercer el ministerio sagrado.

La mayor parte del edificio la constituían los atrios que rodeaban el santuario. El primero era el atrio de los sacerdotes y de los levitas, donde estaba el altar de los holocaustos y el mar de bronce. El otro estaba destinado á la multitud de los hijos de Israel, para que oyeran la lectura de la ley ó para presenciar la oblación de los sacrificios cruentos. Después, en tiempo de Herodes, se añadió un tercer atrio para los gentiles ó prosélitos, á quienes estaba prohibida la entrada al atrio de los judíos.

Hecha esta suscinta descripción, vamos á satisfacer á los incrédulos respondiendo á algunas dificultades que suelen oponernos. La primera nace del gran número de operarios que se emplearon en la fábrica. *Salomón*,

dice el tercer libro de los Reyes; (1) *tuvo setenta mil hombres destinados á cargar la piedra y ocho mil que la cortaban en el monte, fuera de los sobrantes que vigilaban cada una de las obras y que eran tres mil trescientos.*

De lo que aparece que 153,300 eran los hombres que durante siete años trabajaron para la edificación del templo. Ahora bien, dice Voltaire, ciento cincuenta y tres mil hombres para edificar un templo que apenas medía noventa y un piés de longitud es cosa que parecerá increíble al que tenga aunque sea una suscinta idea de arquitectura. Y después añade: "Cincuenta hombres en Londres, en el espacio de seis meses, edifican una casa de dimensiones mayores al templo de Salomón."

Debemos advertir, para responder á esta dificultad, que Salomón no sólo edificó el templo propiamente dicho, ó sea el Santuario que sólo tenía las dimensiones indicadas, sino todo el conjunto de edificios que hemos descrito y que eran atrios, celdas, pórticos, claustros, etc. Además, debió rellenar la barranca que mediaba entre los montes Sión y Moriah, lo que no exigía un corto número de operarios.

Las dificultades que se ofrecían para llevar á cabo esta construcción, no podían superarse de otro modo que multiplicando los bra-

1 III. Reg. V, 13.

zos. Era necesario arrancar la piedra de los montes y pulirla después, obra ciertamente trabajosa en un tiempo en que faltaban las máquinas é instrumentos con que ahora se aceleran esta clase de obras. En Asiria y Egipto, las portentosas obras que aun hoy admiramos, fueron hechas á fuerza de brazos, como nos lo muestran las pinturas y monumentos de la época. Uno de ellos nos muestra la empresa de transportar una estatua colosal y en él se advierten una multitud de operarios que llenan completamente toda la extensión del relieve, é indican que son mucho más los que trabajaban en el transporte, que no pudieron ser grabados por falta de espacio para hacerlo.

Sólo la más insigne mala fé pudo parangonar á los operarios de Salomón con los trabajadores de Londres en época no muy remota á la nuestra, cuando además de tener la materia ya preparada, poseen instrumentos más perfectos que facilitan y aceleran la obra.

Finalmente, el número de ciento cincuenta mil hombres, no trabajaban simultáneamente sino por turnos de diez mil cada mes, como leemos en el mismo libro tercero de los Reyes.

Ofrecen nueva dificultad á los incrédulos las palabras que se leen en el capítulo VI, verso 7, sobre la edificación del templo: *Mientras se edificaba la casa del Señor con*

pedras pulidas y perfectas, no se oyó el golpe del hacha ó del martillo. Esto, que parece absurdo á nuestros adversarios, dejará de parecerlo, si no nos apegamos tenazmente al rigor de las palabras. El sagrado texto no quiere decir que ningún instrumento se oyó durante la construcción del templo, sino que no fué necesario que allí mismo y antes de colocar las piedras en su lugar y de armar las maderas, pulirlas, cuadrarlas, recortarlas, etc., porque todo esto estaba ya hecho por los siervos de Hiram, queriendo con esta frase indicar el autor, la precisión con que estaban tomadas las medidas y la habilidad de los que cortaban la piedra y maderas.

La tercera dificultad nace de la descripción del mar de bronce que leemos en el mismo capítulo VII: *Hizo también un mar, obra de fundición, que media de labio á labio diez codos y tenía un collar que lo ceñía de treinta codos de circunferencia.* Esto pugna abiertamente con la geometría que ha demostrado no ser la proporción del diámetro á la circunferencia de uno á tres; sino de uno á tres y un séptimo. Este vaso debió tener por consiguiente treinta y un codos y medio de circunferencia para que correspondía á los diez codos de diámetro. No es extraño que este mar sea llamado por los racionalistas. *el vaso imposible.*

La primera respuesta á la dificultad nos la proporcionan el Abulense y Menoquío.

Dicen que el autor del libro habló como vulgarmente se habla, según el común adagio: *poco por nada se reputa.* y así las fracciones de número se desprecian, de modo que el sentido de este lugar es: *Hizo también un mar de bronce y el collar que le ceñía tenía una dimensión de cerca de treinta codos.* Ni esto es raro en las Escrituras. Así de David se lee: *Reinó en Hebrón siete años,* (1) siendo así que reinó un poco más, esto es, siete años y medio. También del rey Joaquín se dice: *Reinó tres meses en Jerusalem* [2], constando que reinó diez días más. Por lo que con razón dice San Agustín: "La Escritura suele, cuando se trata del tiempo, omitir lo que excede ó falta del perfecto ó redondo."

Otra solución es la que nos suministra el Abate Moigno y los autores modernos. Cree que el espesor de las paredes del vaso, según leemos en la Escritura, media cerca de un palmo, por lo que había dos circunferencias, una interior y otra exterior. Ahora bien, la circunferencia interior, quitado el palmo de espesor, bien pudo ser de treinta codos. Consideremos, en efecto, un vaso esférico, con una circunferencia interior de treinta codos piramidales, su diámetro sería de . . . 238,73 pulgadas piramidales, y daría por grueso 5 pulgadas, espacio que la mano de

(1) II. Reg. V, 4.

(2) III. Reg. XXV, 12.

un hombre robusto cubriría á corta diferencia. En este caso, la capacidad cúbica de semejante hemisferio fuera 3.562,070 pulgadas piramidales, y este número dividido por 50, número piramidal de 2 y 5, da 71,242 pulgadas cúbicas.

III. LA MESA DE SALOMON.

Cierto escritor anónimo de que nos habla Cristóbal de Zabuesning, se burla de lo que leemos en el tercer libro de los Reyes, acerca de la vitualla que diariamente se consumía en el palacio de Salomón. *Era, dice el escritor hagiógrafo, el alimento diario de Salomón; treinta coros de harina de flor y sesenta coros de harina común; diez bueyes cebados, veinte de pasto y cien corderos, sin contar la caza de ciervos, cabras, búbalos y aves.*

Sobre este asunto, dice el citado anónimo: He hecho el siguiente cálculo con un carnicero. Un buey cebado pesa 700 libras; en consecuencia, los diez bueyes pesarian 7,000. Los veinte bueyes de pasto, suponiendo que cada uno pese 500 libras, suman 10,000 libras. Las cien ovejas (debería decir corderos), dando á cada una un peso de 60 libras, pesarian 6,000. Pongamos, finalmente, que los ciervos, cabras, etc., hayan pesado en conjunto 1,000 libras, tendremos una suma de 23,000 libras. Ahora bien, ni en todas las cortes de Europa, tomadas juntamente, se hace en un día consumo semejante de carne.

Respondo con Veith: A nadie parecerá increíble que en la corte de Salomón se consumieran diariamente tantas libras de carne, si se atiende al gran número de hombres que en ella tenían plato. Villalpando opina que eran 48,600, lo que supuesto, no tocaría ni á media libra de carne á cada uno de los operarios ó empleados, según el citado cálculo hecho por el anónimo incrédulo. Calvisio, según Calmet, cuenta 54,000 hombres en la casa de Salomón.

Que Salomón tuviese que proporcionar alimento á muchos miles, nos consta, porque esa vitualla era recogida no de una provincia, sino de muchas y muy distantes, y no por uno ú otro, sino por muchos procuradores ó ecónomos. Todo nos lo refiere distintamente la Escritura después del lugar que ahora se pone en cuestión. Salomón *tenía toda la región que hay más allá del río, desde Taspá hasta Gaza, y eran tributarios suyos los reyes de esas regiones; y había paz en todo el rededor* (1). Y en el mismo capítulo, verso 7, se lee: *Tenia Salomón doce prefectos sobre todo Israel que ministraban vitualla al rey y á su casa.* Y después, el versículo 27 añade: *Los dichos prefectos del rey ministraban lo necesario á la mesa del rey á su debido tiempo.*

A quien no agrade esta solución, puede

(1) III. Reg. IV, 24.

responder que todo esto no indicaba la cantidad de vitualla que se consumía diariamente en la mesa de Salomón; sino el tributo que se pagaba todos los días al rey, y era llamado alimento ó plato real, como aun hoy se llama el sueldo ó los honorarios que se pagan á diversos dignatarios, lo que, es claro no se consume todo en la mesa.

IV. LAS CABALLERIZAS DE SALOMON.

Y tenía Salomón cuarenta mil pesebres de caballos de tiro y doce mil de silla (1). Ahora bien, nos dicen los racionalistas, ni en las mayores cortes de Europa se encuentra tal multitud de caballos.

La dificultad se agrava notablemente si se atiende á que en el mismo libro dice que Salomón hizo venir del Egipto estos caballos, siendo así que en esa región son muy raros, como nos consta, así de la ausencia de los mismos en los monumentos antiguos como de que en el reino de los Faraones no puede haber caballos porque al corto tiempo de estar allí ciegan completamente.

Para dar algún valor á esta dificultad, necesitaríamos á punto fijo saber cuál es el genuino sentido de la palabra hebrea que el traductor vierte: *pesebre*. No teniendo modo de conocerlo debemos buscar la explicación de este pasaje en el lugar pa-

(1) III. Reg. IV, 26.

ralelo del libro de los Paralipómenos, en donde se lee: *Tuvo también Salomón cuarenta mil caballos en sus pesebres y doce mil carros y caballeros y los distribuyó en las ciudades de las cuadrigas, etc.* Según esto, Salomón no tuvo más que 52,000 caballos, número no exagerado, sobre todo en aquellos tiempos en que los carros ó bigas necesitaban un gran repuesto de animales de tiro.

En segundo lugar, falsamente suponen que todos estos caballos sólo estaban destinadas á lucir en la comitiva real, sino que formaban parte del ejército de Salomón, cuya fuerza principal era la caballería y los carros de guerra. Ahora bien, supongamos que para cada uno de los carros estaban destinados cuatro caballos, dos para el tiro y dos para reserva; en este caso, el número de carros con que contaba el ejército de Salomón era de diez mil, y ¿quién podrá decir que esto es inverosímil, sabiendo que los reyes de Asiria equipaban triple número de los mismos?

Falso es de todo punto que en esa época se escaseasen caballos en Egipto. Aunque sea un hecho que en los más antiguos monumentos del Egipto, anteriores á la XVIII dinastía, no encontramos descrito un sólo caballo; sin embargo, desde esta dinastía, esto es, desde el año de 1800, antes de nuestra era, y 800 antes de Salomón, el caballo se encuentra con tanta frecuencia como el

asno y el camello, lo que demuestra que entonces era empleado así en la guerra como en los usos domésticos.

Lo que se asegura sobre la ceguera de los caballos en el Egipto es falso, si eso quiere decir que no hay caballo en esa región sin tener ese defecto. Verdad es que la referida enfermedad es demasiado común en ese país, proveniente de la irritación que produce en los ojos la arena ardiente del desierto, enfermedad que igualmente aqueja á los hombres; pero poniendo las debidas cautelas, es fácil evitar este mal, como de hecho lo evitan hoy la gran mayoría de sus habitantes.

CAPITULO XXVII.

ELIAS Y ELISEO.

En los dos últimos libros de los Reyes, se encuentran no pocos lugares que dan pábulo á las objeciones, ya hermenéuticas, ya críticas, que no podemos pasar en silencio. Casi todas ellas se relacionan con los hechos de los profetas y particularmente de Elías y Eliseo. Antes de hablar de las principales y que merecen su artículo especial, apuntaremos las que sólo se basan en mala interpretación de las palabras:

I. Refiérese que durante la permanencia de Elías en el desierto, fué provisto de pan con que sustentar la vida por unos cuervos que fueron mandados por Dios para proporcionár-

selo. Suelen dividirse los intérpretes en la explicación de este pasaje sobre la voz hebrea *orebin*. Nuestra Vulgata la traduce cuervos; pero otros vierten mercaderes ó árabes, habitantes de la ciudad de Arab. Como esta voz en otros lugares significa cuervos y así es traducida en los Setenta, en la Paráfrasis Caldea y en las versiones de Aquila, Simaco y Teodoción, creemos que deba tenerse como genuina.

Ni debe retraernos de admitirla el que este animal era considerado como impuro en la ley mosaica y no se puede creer que un profeta tan santo la violara recibiendo de él su alimento, porque esta inmundicia se contraía comiéndolo y no tocándolo como sucedía con los cadáveres. Además, los profetas se podían dispensar en caso de necesidad urgente en las leyes meramente ceremoniales, como lo hizo David cuando tomó para sí y para los suyos los panes de proposición que sólo los israelitas podían comer; tanto más que, recibiendo Elías por un milagro este pan, nada podía objetar á Dios para no oír como San Pedro esta reprensión: *no te atrevas á tener como impuro lo que Dios santificó.*

II. No pueden presentar verdadera dificultad las palabras del cap. II en el libro IV de los Reyes, en que se refiere que Elías fué arrebatado en un carro de fuego tirado por caballos también de fuego. Esto no es extraño ó inaudito en los autores así sagrados co-

asno y el camello, lo que demuestra que entonces era empleado así en la guerra como en los usos domésticos.

Lo que se asegura sobre la ceguera de los caballos en el Egipto es falso, si eso quiere decir que no hay caballo en esa región sin tener ese defecto. Verdad es que la referida enfermedad es demasiado común en ese país, proveniente de la irritación que produce en los ojos la arena ardiente del desierto, enfermedad que igualmente aqueja á los hombres; pero poniendo las debidas cautelas, es fácil evitar este mal, como de hecho lo evitan hoy la gran mayoría de sus habitantes.

CAPITULO XXVII.

ELIAS Y ELISEO.

En los dos últimos libros de los Reyes, se encuentran no pocos lugares que dan pábulo á las objeciones, ya hermenéuticas, ya críticas, que no podemos pasar en silencio. Casi todas ellas se relacionan con los hechos de los profetas y particularmente de Elías y Eliseo. Antes de hablar de las principales y que merecen su artículo especial, apuntaremos las que sólo se basan en mala interpretación de las palabras:

I. Refiérese que durante la permanencia de Elías en el desierto, fué provisto de pan con que sustentar la vida por unos cuervos que fueron mandados por Dios para proporcionár-

selo. Suelen dividirse los intérpretes en la explicación de este pasaje sobre la voz hebrea *orebin*. Nuestra Vulgata la traduce cuervos; pero otros vierten mercaderes ó árabes, habitantes de la ciudad de Arab. Como esta voz en otros lugares significa cuervos y así es traducida en los Setenta, en la Paráfrasis Caldea y en las versiones de Aquila, Simaco y Teodoción, creemos que deba tenerse como genuina.

Ni debe retraernos de admitirla el que este animal era considerado como impuro en la ley mosaica y no se puede creer que un profeta tan santo la violara recibiendo de él su alimento, porque esta inmundicia se contraía comiéndolo y no tocándolo como sucedía con los cadáveres. Además, los profetas se podían dispensar en caso de necesidad urgente en las leyes meramente ceremoniales, como lo hizo David cuando tomó para sí y para los suyos los panes de proposición que sólo los israelitas podían comer; tanto más que, recibiendo Elías por un milagro este pan, nada podía objetar á Dios para no oír como San Pedro esta reprensión: *no te atrevas á tener como impuro lo que Dios santificó.*

II. No pueden presentar verdadera dificultad las palabras del cap. II en el libro IV de los Reyes, en que se refiere que Elías fué arrebatado en un carro de fuego tirado por caballos también de fuego. Esto no es extraño ó inaudito en los autores así sagrados co-

mo profanos. Nahum [1] á los escudos y lanzas doradas de los caldeos, las llama de fuego, y lo mismo dice Virgilio en el libro X de la Eneida.

Stans celsa in puppi, clypeum tum deinde sinistra.

Extulit ardentem.

Leemos en el libro IV de los Reyes: *Subió Eliseo á Betel y mientras iba en el camino salieron unos muchachos de la ciudad y se burlaron de él diciéndole: Sube calvo, sube calvo. Viéndolos el profeta los maldijo en el nombre del Señor, y salieron dos osos del bosque y despedazaron á cuarenta y dos de ellos.* (2) Grande oposición mueven á este lugar, objetando: 1. ° Que en la Palestina no hay ni puede haber osos, tanto porque la temperatura no es bastante fria para que puedan vivir, como porque no hay bosques en donde puedan guarecerse. 2. ° Parece este acto por parte de Eliseo, hijo de una increíble venganza para con unos niños cuya ligereza lo indujo á pedir á Dios un castigo como el que leemos en el lugar citado.

A lo primero respondo que es inegable haber osos en la Palestina. De ellos nos hablan varios autores sagrados como David, Isaías, Amos, Jeremías, Sirach el autor del Eclesiástico, etc. La razón tomada de la tem-

(1) Nah. II, 3.

(2) IV, Reg. II, 23, 24.

peratura de la Palestina valdría si se tratase del oso blanco ó negro que sólo habitan parajes muy frios; pero no tiene lugar si hablamos del oso pardo ó gris que pueden vivir en regiones templadas y aun cálidas, como lo atestiguan las historias, pues los romanos para sus juegos hacían venir osos de la Libia y de la Numidia.

Ni es meñor cierto que ellos aun en tiempos posteriores solían habitar en las selvas de la Palestina, en donde á más del testimonio de los hagiógrafos tenemos el de los viajeros, entre los que citaremos á Halssequit, que por mandato del rey de Suecia imprimió su itinerario el año de 1789, en el que leemos: "Salí el 2 de Mayo de Acre en dirección á Nazaret. . . pasamos por un pueblo llamado Rama: más allá había grandes bosques de encinas. Al salir de dichos encinares penetramos en las bellas llanuras de Zabulón. En la estremidad encontramos un hermoso encinar en el que vimos á unos árabes que habían cazado un oso de gran tamaño y que lo traían en triunfo paseándolo por todas las aldeas del rededor."

Con relación al segundo punto objetado debemos decir que la palabra *maldecir*, no significa desear, augurar ó pedir á Dios un mal contra estos muchachos, sino simplemente reprobar su conducta; por lo que Eliseo que ardía en el mismo zelo que su predecesor Elías no pudo disimular la conducta

de esos muchachos inducidos probablemente por sus padres idólatras á que se burlaran del ministerio divino de los profetas. Para que no parezca extremado este castigo debemos atender á que la Escritura llama niños á los jóvenes ya crecidos y con pleno uso de su razón. Ahora bien, si cualquier pecado mortal es castigado con la muerte eterna ¿será mucho que Dios para escarmiento de los demás lo castigue también con la temporal?

CAPITULO XXXVIII.

EL REINADO DE EZEQUIAS.

Vamos ahora á responder á dos dificultades que suscita la incredulidad en contra de dos hechos que se refieren al reinado de Ezequías; estos son: la destrucción del ejército de Senaquerib y el prodigio obrado en el Cuadrante de Acab.

I. LA DESTRUCCION DEL EJERCITO DE SENAQUERIB.

En el libro IV de los Reyes leemos que habiendo pretendido Ezequías librarse del yugo de los asirios, Senaquerib movió sus ejércitos contra la Judea; pero sabiendo que Ezequías había hecho alianza con los reyes de Egipto y de Cus, quiso primero sujetar á éstos, como lo hizo en una guerra que les declaró y que se prolongó durante tres años,

después de los cuales se volvió y ocupó las principales ciudades de la Judea.

Ezequías, sin contar ya con el auxilio del Faraon, trató por todos los medios posibles de aplacar á Senaquerib, entre ellos le ofreció la enorme suma de trescientos talentos de plata y treinta de oro, El rey pérfido de Asiria prometió la paz; pero no bien hubo recibido el dinero, cuando olvidando su promesa mandó á sus generales Rabsaces y Tartan para intimar vasallaje al Rey de Asiria por parte del pueblo judío, si no querían ver destruido su templo y ciudad y llevados todos sus habitantes á ominoso cautiverio.

Rabsaces llenó su cometido blasfemando del Dios de Israel con tanta insolencia, que el piadoso Ezequías rasgó sus vestiduras y cubierto con un saco, se presentó al templo á donde llamó á Isaías. Este profeta respondió á los enviados del rey: *Esto di rēi s á vuestro Señor: He aquí lo que dice el Señor: No temas al oír las palabras que escucharon tus oídos de blasfemia en los labios de los ministros del rey de los asirios contra mí. Yo le mandaré el espíritu y oirá á un mensajero y se volverá á su ciudad y yo lo haré traspasar con espada en su misma tierra.*

Entretanto, oyendo Senaquerib que el rey de Etiopía venía á auxiliar á Ezequías, se dirigió en contra de él; pero primero escribió á Ezequías cartas llenas de amenazas y blasfemias. Cuando éste las leyó subió al

de esos muchachos inducidos probablemente por sus padres idólatras á que se burlaran del ministerio divino de los profetas. Para que no parezca extremado este castigo debemos atender á que la Escritura llama niños á los jóvenes ya crecidos y con pleno uso de su razón. Ahora bien, si cualquier pecado mortal es castigado con la muerte eterna ¿será mucho que Dios para escarmiento de los demás lo castigue también con la temporal?

CAPITULO XXXVIII.

EL REINADO DE EZEQUIAS.

Vamos ahora á responder á dos dificultades que suscita la incredulidad en contra de dos hechos que se refieren al reinado de Ezequías; estos son: la destrucción del ejército de Senaquerib y el prodigio obrado en el Cuadrante de Acab.

I. LA DESTRUCCION DEL EJERCITO DE SENAQUERIB.

En el libro IV de los Reyes leemos que habiendo pretendido Ezequías librarse del yugo de los asirios, Senaquerib movió sus ejércitos contra la Judea; pero sabiendo que Ezequías había hecho alianza con los reyes de Egipto y de Cus, quiso primero sujetar á éstos, como lo hizo en una guerra que les declaró y que se prolongó durante tres años,

después de los cuales se volvió y ocupó las principales ciudades de la Judea.

Ezequías, sin contar ya con el auxilio del Faraon, trató por todos los medios posibles de aplacar á Senaquerib, entre ellos le ofreció la enorme suma de trescientos talentos de plata y treinta de oro, El rey pérfido de Asiria prometió la paz; pero no bien hubo recibido el dinero, cuando olvidando su promesa mandó á sus generales Rabsaces y Tartan para intimar vasallaje al Rey de Asiria por parte del pueblo judío, si no querían ver destruido su templo y ciudad y llevados todos sus habitantes á ominoso cautiverio.

Rabsaces llenó su cometido blasfemando del Dios de Israel con tanta insolencia, que el piadoso Ezequías rasgó sus vestiduras y cubierto con un saco, se presentó al templo á donde llamó á Isaías. Este profeta respondió á los enviados del rey: *Esto di rēi s á vuestro Señor: He aquí lo que dice el Señor: No temas al oír las palabras que escucharon tus oídos de blasfemia en los labios de los ministros del rey de los asirios contra mí. Yo le mandaré el espíritu y oirá á un mensajero y se volverá á su ciudad y yo lo haré traspasar con espada en su misma tierra.*

Entretanto, oyendo Senaquerib que el rey de Etiopía venía á auxiliar á Ezequías, se dirigió en contra de él; pero primero escribió á Ezequías cartas llenas de amenazas y blasfemias. Cuando éste las leyó subió al

templo y las extendió en la presencia del Señor, dirigiéndole fervorosa oración. Dios se dignó oírle y mandó al profeta Isaías para decirle: *No entrará el rey de Asiria á esta ciudad, ni arrojará una sola saeta por encima de sus muros, ni pasará sus puertas un escudo, ni será circunvalada, por el camino que trajo se volverá y no entrará á la ciudad.*

Y así sucedió: *En aquella noche vino el angel del Señor é hirió en los campamentos de los asirios ciento ochenta y cinco mil. Al día siguiente, cuando se levantó Senaquerib, vió los cadáveres de sus soldados y entonces decidió retirarse á la ciudad de Ninive, y yendo á orar en el templo de su dios Nesroch, sus dos hijos Adramelech y Sarasar lo traspasaron con su espada y huyeron á la tierra de los armenios y reinó en su lugar Asaradon.*

Después de leído esto, replican los racionalistas, ¿es posible dar fé á matanza tan grande cuando de ella ni una mención hallamos en la Historia Profana?

Podemos desde luego negar esta aserción, porque la Historia Profana nos suministra tales datos sobre algunos de los puntos de esta narración, que ellos nos sirven para inferir la veracidad de los que calla. Tenemos noticia: 1.º de la venida del Senaquerib á la Judea y del tesoro que le entregó Ezequías. La hallamos en una inscripción cuneiforme recientemente descubierta por M. Oppert.

Hé aquí la inscripción tal como se lee en los Anales de Filosofía Cristiana: Senaquerib, el gran rey, el rey poderoso, el rey de las legiones, el rey de Asiria y de las cuatro regiones. . . . Yo hice salir á Padi de Jerusalem y yo le reintegré en su soberanía. Mas Ezequías, el judío, no se sometió. Hubo cuarenta y cuatro ciudades muradas. . . . con las cuales yo combatí domando su orgullo. . . . Auxiliado por el fuego, las matanzas, los combates y las torres de guerra, tomé cuarenta y cuatro grandes ciudades, villas, muradas y lugares pequeños. Yo las ocupé, hice salir de ellas dos mil ciento cincuenta personas grandes y pequeñas, hombres y mujeres, mulos, caballos, bueyes y carneros sin número, y yo los tomé como cautivos. En cuanto á él (Ezequías) yo lo encerré en Jerusalem, la ciudad de su poder, como un ave en su jaula. . . . El envió para mí en Ninive, la ciudad de mi soberanía, treinta talentos de oro, cuatrocientos de plata. . . . metales, rubís, perlas y gruesos diamantes. . . el contenido de todo su tesoro."

En otras descripciones que descifró Rawilson, se encuentra á poca diferencia la misma narración. "Como Ezequías rehusara someterse á mi dominación, yo le arrebaté y saqué cuarenta y seis ciudades fortificadas y otras innumerables que le pertenecían. Déjéle, sin embargo, Jerusalem, su capital y algunas otras ciudades insignificantes de los

alrededores . . . Yo me llevé treinta talentos de oro y ochocientos de plata, los tesoros de los nobles de la corte. . . Yo volví á Nínive . . . considerando dicho botín como el equivalente del tributo que rehusaba pagarme."

Lo único de que aquí no se hace mención es de la destrucción del ejército de Senaquerib, lo cual no debe admirarnos, porque las derrotas nunca se perpetúan en los monumentos de los pueblos que las sufren; sin embargo, queda bastante indicada desde el momento en que después de tantas victorias obtenidas se volvió el rey de Asiria á Nínive sin tomar á Jerusalén.

De esta destrucción hablan Herodoto y Beroso, aunque conforme á su costumbre mezclen á cada paso la historia con la fábula. El primero dice: Habiendo invadido al Egipto Senaquerib, rey de los árabes y de los asirios, al frente de numerosos ejércitos, un sacerdote imprudente se presentó en el templo y allí se lamentó con el ídolo, de todos los peligros á que estaban expuestos, y en estas quejas le sorprendió el sueño en el que le pareció ver al dios anunciándole que nada sufrirían, si se pusiera el rey al frente de los árabes. Hízolo así el rey, pero en la noche salió de la ciudad, una gran multitud de ratones silvestres que royeron las saetas y correas de los escudos de modo que al día siguiente cuando se trató de pelear, encontrán-

dose sin armas, emprendieron la fuga dejando á muchos en el campo. [1] Beroso, que escribió la historia de los caldeos, cuenta la cosa de otro modo. Dice que Senaquerib rey de los asirios, recorrió toda el Asia y el Egipto y que volviendo de esta última expedición, encontró á Rabsaces á quien había dejado sitiando á Jerusalem, en angustia extrema por la peste que devoraba su ejército, peste, añade, mandada por el Dios de esa región. Hé aquí oculta bajo esas fábulas, la verdad de nuestra historia.

Si se pregunta cómo un ejército tan innumerable pudo ser destruido en una sola noche, hallaremos diversas respuestas en los expositores. Los hebreos, según San Jerónimo, apoyados en dos lugares de la profecía de Isaías, [2] piensan que por mandato del ángel, cayó sobre ellos, fuego del cielo. Otros que de diversa manera interpretan las palabras de Isaías, pretenden que los asirios se degollaron entre sí, como los Madianitas en tiempo de Gedeón. Josefo, dice que el ángel del Señor, trajo consigo una peste devastadora al campamento de Senaquerib. Ni faltan quienes entiendan á la letra el salmo setenta y cinco en el cap. XXIX de Isaías y atribuyan la matanza á una tempestad que se desencadenó sobre ellos.

[1] In Euterp. lib. 2.

[2] Is. X, 16, 1718.—XXXIII, 3 y sig.

Más probable y verosímil nos parece la opinión del Tostado y Saliano que opinan que Dios mandó una plaga oculta en alguna de las más nobles entrañas, que les causó una muerte repentina. Tiene su fundamento esta opinión en el libro del Eclesiástico, que hablando de esta matanza, dice: *Disjecit castra assyriorum et contrivit eos angelus Domini.* [1] Ahora bien las palabras *disjicere* y *conterere*, indican que la muerte de los Asirios fué violenta como de rayo, pues todo este destrozo se verificó en el espacio de una noche.

II. EL CUADRANTE DE ACAZ.

El mismo libro IV de los Reyes nos refiere que estando enfermo Ezequías, Dios, por medio del profeta Isaías, le prometió la salud, y cuando el rey pidió al profeta una señal de que se cumpliría su vaticinio, Isaías respondió: *Esta será la señal de que Dios cumplirá lo que ha dicho: ¿Quieres que (en el reloj solar de Acaz) suba la sombra diez líneas ó que retroceda otros tantos grados? Y dijo Ezequías. Es fácil que la sombra del sol crezca diez líneas y no quiero que así se haga, sino que se atrase diez grados. Así, pues, invocó Isaías profeta, al Señor y obligó á la sombra á retroceder los diez grados que ya había recorrido en el reloj de Acaz.* [2]

(1) Ecli, XLVIII, 24.

(2) IV, Reg, XX, 8 y seq.

Pero si el sol, replica la incredulidad, se atrasó diez líneas, este milagro hubiera traído consigo la perturbación del orden natural en todo el universo, y de esta perturbación se hubiera conservado memoria en los escritos y monumentos profanos de la antigüedad. Ambas reflexiones nos convencen de la inverosimilitud de esta narración.

Respondemos, que si bien para Dios es tan fácil alterar el orden de la naturaleza como el conservar inviolables sus leyes, sin embargo, decimos con Bullet, Weissenbach y casi todos los autores modernos, que no fué el sol, sino su sombra la que retrocedió en el cuadrante de Acaz, de modo que el milagro no fué universal sino particular y solo visto en el palacio del rey Ezequías; por lo cual no es de estrañarse que los historiadores de los demás pueblos, no hayan hecho mención de él. Sin embargo, San Dionisio [1] creyó encontrar memoria de este milagro en la adoración del triple sol ó mithra, considerado en estas tres frases: adelantando en su carrera, retrocediendo y volviendo al punto á que antes había llegado.

Las razones en que se apoya nuestra opinión, son las siguientes:

1ª La Escritura en diversos lugares solo dice que la sombra fué la que retrocedió en el cuadrante de Acaz y si Isaías en el capi-

(1) Epist. ad Polycarpum.

tulo XXXVIII, dice: *volvì el sol á ganar las diez líneas que se había atrasado*, esto debe entenderse de solo su sombra, como se infiere del contexto y de los lugares paralelos, tanto más, cuanto que no es raro en la Escritura tomar la causa por el efecto y hablar de los efectos del sol como del sol mismo, como lo vemos en el capítulo IV de Jonás.

2ª Dios, que no falta en lo necesario, tampoco abunda en lo superfluo, por lo que si este milagro solo tenía por objeto asegurar á Ezequías el cumplimiento de la promesa que le había hecho, no es de creerse que hiciera un milagro que tenía que ser visto por el mundo entero.

3ª Los legados del rey de Babilonia vinieron á tomar noticias de Ezequías acerca del portento que había tenido lugar en la tierra. (1) Ahora bien, si el portento también se hubiera visto en Babilonia ¿para qué vinieron los emisarios reales á tomar noticias de él en Jerusalem?

4ª De este modo el hecho se explica sin que el orden astronómico hubiera sufrido perturbaciones y se comprendería el silencio de los historiadores.

Tenemos antes de concluir, que responder á dos dificultades de los enciclopedistas: 1ª Los eruditos, dicen, han demostrado que los judíos antes de su cautiverio en Babilonia

(1) II. Par XXXII. 24.

ninguna idea tuvieron de relojes ó de gnomones, mas aun en su lengua ni siquiera existe una voz para significarlo, pues en el libro de los reyes se indica el cuadrante de Acáz con el nombre de *hora de la piedra*.

Muy bien podemos en respuesta á la dificultad, negar á nuestra vez el aserto de los eruditos citados por los autores de la enciclopedia. ¿De dónde supieron que los judíos carecieron de relojes hasta la época de la cautividad? Por el contrario, todos los arqueólogos aseguran que era muy comun el uso de los relojes entre los egipcios y caldeos mucho antes del reinado de Senaquerib. Ahora bien, los hebreos, desde muy atrás, tuvieron frecuente comercio con ambas naciones. Acáz, hizo alianza con Teglatphasar, de quien pudo recibir un instrumento tan necesario para todos los usos de la vida. Ni es cierto que los judíos llamasen al gnomon, hora de la piedra, sino al contrario *piedra de las horas* indicando así la materia con que se construían los cuadrantes y el objeto á que se destinaban.

La segunda objeción que se nos opone, es que cómo pudo Ezequías creer que era más fácil el que la sombra se retrasase diez grados, que el que los recorriese en un solo instante, importando ambas, una perturbación del orden natural? Respondemos que de todo esto no se sigue otra cosa, sino que Ezequías era muy poco versado en las ciencias

matemáticas, lo que no disputaremos, y por eso, atribuyendo el milagro á un cambio en el curso del sol, creyó que era mayor milagro el que este astro deshiciera el camino ya hecho, que el de moverse con más rapidez, recorriendo en un minuto, el camino que debería andar en diez horas. En esto no iba muy descaminado, porque el primer portento sería de primer orden ó sea en cuanto á la substancia y el segundo sería solo de tercer grado ó sea con relación al modo. Un milagro es tanto mayor cuanto son más numerosas é importantes las leyes naturales que se alteran.

CAPITULO XXIX.

TOBIAS.

El libro de Tobías nos ofrece un cuadro íntimo de las virtudes, de los sufrimientos y de las alegrías del destierro de Tobías. No es el frío relato de sucesos casualmente unidos entre sí, sino el cuadro de sencillez y de grandeza, de las pruebas de un hombre justo y misericordioso. Tobías es un segundo Job, cuyas desgracias y cuya salvación están de tal modo unidas, que hacen al mismo tiempo de su historia, el manual de los esposos. El ejemplo del joven Tobías muestra cómo deben contraerse las uniones agradables á Dios. La humanidad, el amor paternal, la piedad filial, la dulzura y la probidad de los dos Tobías son

el desarrollo del pensamiento fundamental del libro; la confianza en Dios que no puede confundir al justo." (1)

Este optimismo del cuadro que nos ofrece este libro, así como las dificultades de todo género que surgen de su lectura, movieron á no pocos intérpretes aún católicos, á negar el carácter histórico de este libro, y colocarlo entre los apólogos ó parábolas. Por los datos histórico-cronológicos y geográficos que este libro nos suministra, así como la opinión unánime de los intérpretes católicos y de los rabinos y el uso de la Iglesia que en su liturgia habla del arcangel Rafael y de Tobías y da culto al primero, nos obligan á creer que esta hermosa biografía es rigurosamente histórica. Las dificultades que se objetan, tienen satisfactoria solución como vamos á verlo.

I. LA CEGUERA Y CURACION DE TOBIAS.

¿Quién ha dicho jamás que el estiércol de golondrinas produce ceguera? pregunta la incredulidad y sin embargo, este es el hecho consignado en el cap. II del libro de Tobías, del que parten todas las peripecias del viaje de su hijo y la trama entera de este apólogo. Hé aquí las palabras con las que se refiere este hecho: *Sucedió que cierto día [Tobías] fatigado de haber dado sepultura á un cadá-*

(1) Hauneberg. Historia de la revelación bíblica. Tom. II. 92*

matemáticas, lo que no disputaremos, y por eso, atribuyendo el milagro á un cambio en el curso del sol, creyó que era mayor milagro el que este astro deshiciera el camino ya hecho, que el de moverse con más rapidez, recorriendo en un minuto, el camino que debería andar en diez horas. En esto no iba muy descaminado, porque el primer portento sería de primer orden ó sea en cuanto á la substancia y el segundo sería solo de tercer grado ó sea con relación al modo. Un milagro es tanto mayor cuanto son más numerosas é importantes las leyes naturales que se alteran.

CAPITULO XXIX.

TOBIAS.

El libro de Tobías nos ofrece un cuadro íntimo de las virtudes, de los sufrimientos y de las alegrías del destierro de Tobías. No es el frío relato de sucesos casualmente unidos entre sí, sino el cuadro de sencillez y de grandeza, de las pruebas de un hombre justo y misericordioso. Tobías es un segundo Job, cuyas desgracias y cuya salvación están de tal modo unidas, que hacen al mismo tiempo de su historia, el manual de los esposos. El ejemplo del joven Tobías muestra cómo deben contraerse las uniones agradables á Dios. La humanidad, el amor paternal, la piedad filial, la dulzura y la probidad de los dos Tobías son

el desarrollo del pensamiento fundamental del libro; la confianza en Dios que no puede confundir al justo." (1)

Este optimismo del cuadro que nos ofrece este libro, así como las dificultades de todo género que surgen de su lectura, movieron á no pocos intérpretes aún católicos, á negar el carácter histórico de este libro, y colocarlo entre los apólogos ó parábolas. Por los datos histórico-cronológicos y geográficos que este libro nos suministra, así como la opinión unánime de los intérpretes católicos y de los rabinos y el uso de la Iglesia que en su liturgia habla del arcangel Rafael y de Tobías y da culto al primero, nos obligan á creer que esta hermosa biografía es rigurosamente histórica. Las dificultades que se objetan, tienen satisfactoria solución como vamos á verlo.

I. LA CEGUERA Y CURACION DE TOBIAS.

¿Quién ha dicho jamás que el estiércol de golondrinas produce ceguera? pregunta la incredulidad y sin embargo, este es el hecho consignado en el cap. II del libro de Tobías, del que parten todas las peripecias del viaje de su hijo y la trama entera de este apólogo. Hé aquí las palabras con las que se refiere este hecho: *Sucedió que cierto día [Tobías] fatigado de haber dado sepultura á un cadá-*

(1) Hauneberg. Historia de la revelación bíblica. Tom. II. 92*

ver, llegando á su casa se recostó sobre la pared y se durmió. Cayó entonces de un nido de golondrinas estiércol caliente sobre sus ojos y quedó ciego. No hay, concluyen nuestros adversarios, proporción alguna entre el efecto y la causa.

Respondemos que de dos modos se puede resolver esta dificultad. El sabio Moigno, hablando sobre este asunto con el notabilísimo químico Mr. Dionisio M. Menard, obtuvo esta explicación que acaba por completo con la dificultad: «El fiemo de golondrina, caracterizado por su olor fuerte, por la sensación de quemadura que causa en su contacto con las membranas del ojo, contiene una porción sensible de cantaridina, procedente sin duda de que las golondrinas cazan la mosca cantárida que vive en el fresno y en algunos otros árboles. Por esto mismo es vegigatorio ese fiemo y puede muy bien determinar la opacidad de la córnea.» (1) En otro lugar añade: según se nos refiere, encuéntrase muy á menudo, en los nidos pequeñas golondrinas ciegas; ¿no pudieran serlo por alguna causa análoga á la ceguera de Tobías? [2]

Pero aun prescindiendo de las cualidades cáusticas de este fiemo, ¿acaso el estiércol caliente de la golondrina, no pudo determinar en los ojos de Tobías una irritación que des-

(1) Esplendores. T. XVIII, pág. 1.ª Rectificación.

(2) Tomo III. p. 35.

cuidada ó mal curada pudo producir después la ceguera? ¿No es verdad que las más graves enfermedades, las que terminan muchas veces con la muerte, reconocen por primera causa ó principio del mal, cualquier descuido, cualquier accidente despreciable en sí mismo? Esto se hace más verosímil á quien considere que la Escritura no dice que la ceguera de Tobías le acaeció de un modo repentino.

Pero ¿es de creerse, replican los racionalistas, que Tobías durmiese con los ojos abiertos? Respondo que esto no es imposible ni aun inverosímil porque hay muchos animales que duermen de ese modo; pero no tenemos que acudir á ese caso que no es el común, pues muy bien pudo suceder que el estiércol caliente al caer hiciese despertar á Tobías y al abrir los ojos, se introdujese en su interior.

Lo segundo que se nos objeta en esta ceguera de Tobías, es lo que se refiere en el capítulo XI sobre la curación del santo anciano. Se dice que *tomando Tobías (el joven) la hiel del pez, untó con ella los ojos de su padre, esperó como una media hora y comenzó á salir de ellos una tela blanca como membrana de huevo y tomándola Tobías la arrancó de los ojos de su padre y al punto recobró la vista.* Los naturalistas, objetan nuestros adversarios, no dicen una sola palabra de esta admirable virtud de la hiel del pez.

Los católicos no pretendemos que Tobías

recibiera su curación de las fuerzas de la naturaleza. Aunque ignoramos si la hiel del pez tiene efectivamente esta virtud, creemos, sin embargo, que esta admirable curación debe atribuirse á una especial virtud que Dios por esa vez y en premio á las virtudes de Tobías confirió á la hiel del pez. Séanos lícito volver á citar en esta cuestión al esclarecido Moigno. "Lo que se ignora en nuestros días es que la hiel de ciertos pescados pueda curar las queratitis y hacer caer de los ojos las cataratas bajo la forma de tenues membranas. ¿Por qué no ha de ser así? La ceguera de Tobías, lo mismo que la de Saulo, reconocía evidentemente por causa, la opacidad de la córnea transparente. Pues bien, esta córnea está equivalente, si no absolutamente formada de capas ó laminitas separadas ó separables, interiores unas y exteriores otras, siendo la condensación de una ó muchas de estas laminitas lo que causa las cataratas ó manchas de la córnea, cuyas variedades principales son el *albugo*, la *nubecilla* ó *nefelión* y el *leucoma*, y uno de los medios de curación de dichas cataratas es la abrasión, por cuya operación, con un bisturi escarificador se quita la laminita de la córnea en que se encuentra la mancha. Pues bien, lo que el bisturi puede hacer, con mayor razón puede hacerlo el milagro, y nada científicamente se opone á que la catarata ó la capa invadida por la mancha haya podido desprenderse bajo la forma de una películ

muy delgada respecto de Tobías y de escama respecto de Saulo. (1)

II. EL PEZ DE TOBIAS.

No es menos opuesto á la historia natural lo que se refiere en el mismo libro acerca de la existencia en el Tigris, de un pez capaz de devorar al joven Tobías. He aquí una nueva objeción de la Falsa Ciencia.

Respuesta.—Si hemos de dar crédito á las relaciones de los viajeros, así antiguos como modernos, no es raro encontrar peces de gran magnitud en el Tigris. Thevenon dice: "Uno de los hombres de nuestro Kelec cogió por la noche y ayudado por la claridad de la luna un grueso pescado; tenía más de cinco piés de largo, y aunque era del tamaño de un hombre, se me dijo que era un pez joven, y que ordinariamente son mucho mayores. Tenía la cabeza de un pie de largo; los ojos á cuatro pulgadas más arriba de la garganta, redondos y grandes como un medio dinero [ó un antiguo ochavo español], fauce redonda y cuando estaba abierta, era tan grande como la boca de un cañón; mi cabeza hubiera podido entrar por ella." [2]

Podemos citar á un testigo aun más reciente. En 1853 M. Víctor Place, Cónsul de Francia en Mossoul, en una carta que dirigió á

(1) Tomo III.

(2) Viaje á Levante, tom. III, lib. VI.

sus maestros escribía: "Bien os acordaréis del famoso pez del joven Tobías, cuya existencia fué admitida con tanta dificultad tratándose de un río en el cual no se espera ciertamente encontrar pez alguno capaz de asustar á un hombre. Pues bien: el pez existe; es pescado á menudo en el Tigris. Cuando yo esté menos ocupado, iré con algunos hombres á coger uno del mayor tamaño posible, y si salgo bien en mi empresa, llevaré su piel al Museo de Historia Natural. Ayer me trajeron uno; más en primer lugar no fuí yo quien lo pesqué, y luego apenas pesaba 300 libras; es muy pequeño y lo distribuí entre mis operarios cristianos que comen de vigilia." (1)

Pero supongamos que este pez no fué bastante grande para devorar á Tobías; ¿es inverosímil que un joven inexperto y que nunca había visto peces de regular tamaño se atemorizase al verlo por primera vez y llamase en su auxilio al ángel? ¿Si fuera vano su temor, por eso resultaría falsa la historia?

Ni hay por qué admirarnos de que el arcángel hubiera mandado á Tobías tomar el pez por las agallas, ya porque éste era el medio más á propósito para tomarlo, ya porque de ese modo, no podía dañar á Tobías con los dientes, ya, en fin, porque siendo las braqueas los órganos de respiración, impedidas éstas,

(1) Cosmos, tom. III, pág. 314.

el pez queda muy debilitado y son menores los esfuerzos que hace para evadirse.

III. EL DEMONIO ASMODOO.

Todavía es más inverosímil, dice la incredulidad, lo que se lee en nuestro libro acerca de Sara y del demonio Asmodeo. Porque ¿cómo puede creerse que el demonio amase á Sara con amor carnal y que impulsado por los celos diese muerte á los maridos de la misma?

Bien fácil nos parece la respuesta á esta primera objeción. Las palabras de Tobías el joven: *Temo, no sea que muera si la tomo por esposa, porque el demonio la ama*, que no se encuentran sino en el texto griego, expresan solamente la opinión del mismo joven que se hizo eco de una creencia vulgar é infundada que atribuía la muerte de los maridos de Sara á los celos de Asmodeo. Ahora bien, no resulta falsa una historia porque los personajes de la misma tengan erradas opiniones, pues basta para la veracidad de la historia que el escritor consigne en su libro los hechos y dichos de los mismos con toda fidelidad.

Asmodeo dió muerte á los maridos de Sara por permisión divina y en castigo de su desenfrenada liviandad. Así lo manifestó el ángel Rafael cuando respondió á las palabras de Tobías antes citadas: *Escúchame y te mostraré quiénes son aquellos contra quiénes puede prevalecer el demonio: Son los que entran al matrimonio excluyendo á Dios de sus almas y*

de sus pensamientos; los que no escuchan más que la voz de la carne como hacen las bestias privadas de razón: sobre éstos tiene poder el demonio. Todo esto también lo permitió Dios para que Sara quedase reservada á Tobias, como estaba decretado por el Señor. *No temas*, dijo el angel á Raquel *al darle á Tobias, porque á este hombre temeroso de Dios estaba reservado casarse con tu hija*; por eso otro no pudo poseerla. (1)

II. Increíble también parece que después del segundo, ó á lo más, después del tercer marido muerto, todavía otros cinco, ó por lo menos cuatro maridos, pretendiesen desposarse con Sara.

O bien, después de la muerte de uno ó dos maridos, Sara cambió de domicilio de modo que los nuevos pretendientes ignoraban la suerte de los primeros, ó bien, aquellos estaban de tal manera ciegos por la sensualidad que sólo atendieron á satisfacerla; porque es bien sabido que la lascivia produce en el alma una inconcebible ceguera y que el lascivo no atiende á otra cosa que á procurarse deleite y consumir así su ruina.

III. No cesan aquí las dificultades que los incrédulos oponen á la veracidad del libro de Tobias. ¿Qué proporción puede haber, añaden, entre la fuga del demonio y la cremación del hígado y de la hiel del pescado?

(1) Tob. VII, 12.

De tres maneras, suelen responder á esta objeción los incrédulos. Hugo Grocio pretende que el demonio Asmodeo no era otra cosa que una indisposición ó afección nociva en el cuerpo de Sara que contagiaba y daba muerte á sus maridos. De este modo, fácilmente explica el ahuyentamiento de Asmodeo diciendo que el humo producido por la cremación del hígado del pez, tenía cierta virtud antiséptica que saneó la habitación y el tálamo nupcial. Para confirmar su opinión, recuerda que los hebreos daban el nombre de demonio á no pocas enfermedades y aun parece que su aserción se deduce de las palabras de Rafael: *El humo expulsa toda clase de demonios, tanto del hombre como de la mujer.*

[1] Pero esta opinión choca con la dificultad nacida de la sentencia común de los Santos Padres y expositores, y supone, además, que los esposos de Sara hicieron vida marital con ella, lo cual pugna con el texto en donde se dice ó se insinúa lo contrario.

Tirino refiere todo este prodigio á la inmediata virtud del angel, de modo que, el humo referido, ni por virtud natural, ni por virtud milagrosa produjo la expulsión del demonio. Busca Tirino apoyo de su opinión en las palabras de nuestra Vulgata en la que no se dice que el demonio fué ahuyentado por el humo, sino que al punto en que Tobias arrojó

(1) Tob. VI, 8.

una parte del hígado del pez en los carbones encendidos el angel Rafael tomó al demonio y lo ató, etc. Y si en el texto griego se atribuye la fuga del demonio al humo del pez, depende de que en la Escritura con mucha frecuencia se consideran ciertos hechos como efectos de un suceso anterior, aunque de él no dependan en manera alguna.

De preferirse nos parece la opinión de Estio que cree haber Dios concedido por esta vez una virtud milagrosa á las entrañas del pez. Dice, que así como en los sacramentos de la Iglesia, Dios confiere á las cosas materiales virtud sobrenatural para causar la gracia y arrojar de las almas al demonio, así en esta ocasión la concedió al hígado del pez para arrojarlo del cuerpo de Sara. Esta opinión nos parece preferible á las demás por apegar-se más que las otras al sentido literal y además, nada tiene de inverosímil, ni multiplica indefinidamente el número de milagros, ni finalmente carece la historia de la Iglesia de hechos milagrosos semejantes.

No dejaremos de la mano la presente cuestión sin decir dos palabras para quitar el escozor que causa á los racionalistas aquella expresión con que acaba este episodio, á saber: que el angel encadenó al demonio en el desierto meridional del Egipto para que no dañase á los hombres.

Cualquier hombre que no carezca de sentido común, entiende todo esto de un modo me-

tafórico y apropiado á la naturaleza de los espíritus. Aprisionar á Asmodeo en este lenguaje misterioso no es otra cosa que obligarlo ó imponérsele con virtud divina. Ligarlo es impedir que perjudique á los demás. Reducirlo á determinado lugar es prohibirle ó impedirle que ejerza su acción fuera de él. En fin, si se dice que el angel encadenó al demonio en el desierto del Egipto, ó bien, debemos entender que el lugar determinado está puesto en vez del indeterminado, ó bien el angel quiso indicar que el demonio sería arrojado muy lejos de la casa de Sara, y por eso se habla de un lugar tan distante de Persia cual lo es el desierto meridional del Egipto.

CAPITULO XXX.

JUDIT.

Las mismas razones que movieron á no pocos escritores católicos á desconocer el carácter histórico del libro de Tobías, los impulsan á negarlo igualmente tratándose del de Judit. Añádese con relación á este último la dificultad de colocar el episodio que en él se refiere en algunas de las épocas de la historia israelita.

No podemos, sin embargo, admitir que toda esta bellísima narración sea una mera parábola por las múltiples alusiones históricas, cronológicas y geográficas que en él encontramos y que son muy ajenas de las parábolas

una parte del hígado del pez en los carbones encendidos el angel Rafael tomó al demonio y lo ató, etc. Y si en el texto griego se atribuye la fuga del demonio al humo del pez, depende de que en la Escritura con mucha frecuencia se consideran ciertos hechos como efectos de un suceso anterior, aunque de él no dependan en manera alguna.

De preferirse nos parece la opinión de Estio que cree haber Dios concedido por esta vez una virtud milagrosa á las entrañas del pez. Dice, que así como en los sacramentos de la Iglesia, Dios confiere á las cosas materiales virtud sobrenatural para causar la gracia y arrojar de las almas al demonio, así en esta ocasión la concedió al hígado del pez para arrojarlo del cuerpo de Sara. Esta opinión nos parece preferible á las demás por apegar-se más que las otras al sentido literal y además, nada tiene de inverosímil, ni multiplica indefinidamente el número de milagros, ni finalmente carece la historia de la Iglesia de hechos milagrosos semejantes.

No dejaremos de la mano la presente cuestión sin decir dos palabras para quitar el escozor que causa á los racionalistas aquella expresión con que acaba este episodio, á saber: que el angel encadenó al demonio en el desierto meridional del Egipto para que no dañase á los hombres.

Cualquier hombre que no carezca de sentido común, entiende todo esto de un modo me-

tafórico y apropiado á la naturaleza de los espíritus. Aprisionar á Asmodeo en este lenguaje misterioso no es otra cosa que obligarlo ó imponérsele con virtud divina. Ligarlo es impedir que perjudique á los demás. Reducirlo á determinado lugar es prohibirle ó impedirle que ejerza su acción fuera de él. En fin, si se dice que el angel encadenó al demonio en el desierto del Egipto, ó bien, debemos entender que el lugar determinado está puesto en vez del indeterminado, ó bien el angel quiso indicar que el demonio sería arrojado muy lejos de la casa de Sara, y por eso se habla de un lugar tan distante de Persia cual lo es el desierto meridional del Egipto.

CAPITULO XXX.

JUDIT.

Las mismas razones que movieron á no pocos escritores católicos á desconocer el carácter histórico del libro de Tobías, los impulsan á negarlo igualmente tratándose del de Judit. Añádese con relación á este último la dificultad de colocar el episodio que en él se refiere en algunas de las épocas de la historia israelita.

No podemos, sin embargo, admitir que toda esta bellísima narración sea una mera parábola por las múltiples alusiones históricas, cronológicas y geográficas que en él encontramos y que son muy ajenas de las parábolas

las orientales. Por ejemplo, se dice que la guerra declarada contra Arfaxad y contra sus protegidos los judíos, tuvo lugar en el año duodécimo de Nabucodonosor. Se cuentan los tres años y seis meses de la viudez de Judit. Se teje la genealogía de ésta y de Ozías hasta el mismo patriarca Jacob. Igualmente se describe minuciosamente la dirección del ejército de Holofernes por la Siria y la Media.

La dificultad nacida de la época de la historia en que deba colocarse el hecho esforzado de Judit, se resuelve colocándola en el reinado de Manassés, ó sea antes de la cautividad de Babilonia. En dicha época, los judíos habían vuelto de la primera cautividad babilónica; pero su rey Manassés se había quedado aherrojado en la cárcel. Con este motivo, el reino de Judá estaba gobernado por algún administrador, que debió ser el sumo sacerdote Eliacim ó Joaquín, de que se habla en nuestro libro, porque sabemos que dicho sacerdote tenía toda la confianza de Ezequías, padre de Manassés.

Las objeciones que ordinariamente se oponen á la autenticidad de este libro, no se toman del campo de la ciencia, por lo que sólo diremos brevemente cuál es la solución que debe aplicárseles.

I. En el cap. I se dice que Arfaxad, rey de Media, edificó á Ecbatana, siendo así que en la historia profana se buscará en vano un

rey Arfaxad, y además, se dice que Dejoces fué el fundador de la ciudad referida.

Respondemos que el rey medo Arfaxad es el mismo que Herodoto llama Fraortes, cuyo nombre propio debe ser *Fra* y la terminación *ortes*, es un adjetivo que en la lengua persa significa grande, y así *Arta xerxes*, es lo mismo que gran xerxes. Los hebreos, por condiciones especiales de su lengua, pronunciaban *Arfa* en vez de *fra* y añadieron *xad* en lugar de *ortes*, porque este nombre significa clemente, aludiendo con él á la clemencia con que permitió á los judíos que halló cautivos ó relegados á diversos lugares que volviesen á su patria, con el objeto quizás de engrosar las filas de los enemigos de Assurbanipal.

Con relación á la ciudad de Ecbatana, cuya fundación atribuye Herodoto á Dejoces, respondemos que en la historia no sólo se llama fundador de una ciudad al que echa los primeros cimientos de sus murallas, sino también al que la amplifica y la engrandece. Así, por ejemplo, aunque Virgilio sabía muy bien que Rómulo fué el fundador de Roma, no deja, sin embargo, de dar este título á Evandro en uno de los versos de la Eneida.

Tum Rex Evandrus romanae conditor arcis.

II. Suelen también oponer á la veracidad y santidad de este libro el que se alabe en él un hecho de Judit, que visto desapasionadamente sólo merece vituperio.

Es inmoral que una mujer se adorne para

tender un lazo al prójimo, á fin de que caiga en faltas contra la honestidad, y tanto más, cuanto que su fin era dar muerte con traición á Holofernes.

Hagamos notar desde luego que en la Escritura se alaban muchas veces algunos hechos por el fin noble á que se dirigen ó por el principio bueno que los inspira, aunque los medios empleados para realizarlos, no siempre hayan correspondido á la santidad de su principio y objeto, sobre todo, cuando el error ó la buena fé disculpan á los que de tales medios se han valido.

Esto sucede en el caso presente. Es indudable que Judit es acreedora á las alabanzas de los de su nación por su amor á la patria, y por lo esforzado de su ánimo que la expuso á ser sacrificada sin conseguir su objeto.

No merece vituperio por el hecho de haber engañado á Holofernes, porque estas asechanzas son permitidas en tiempo de guerra y el general que da oídos á palabras halagadoras de alguno de los enemigos, á nadie, sino á sí mismo debe acusar, si detrás de ella se oculte alguna asechanza.

Lo que es reprobable en la conducta de Judit, es el haberse engalanado para atraerse la voluntad de Holofernes, halagando su sensualidad y exponiéndose ella misma á faltar á la castidad; pero todo esto debe hallar disculpa en la buena fé que guió á Judit, la que por lo pronto no vió otra cosa que á su pueblo

próximo á ser destruido, ni encontró otro medio para impedirlo que el que felizmente llevó á cabo.

Ni se diga que el Escritor Sagrado hace cómplice á Dios mismo del medio reprobado que empleó Judit cuando dice que *el Señor le dió hermosura*, porque según el modo de hablar de los judíos que todo lo atribuían inmediatamente á Dios, sin intervención de las causas segundas, no debemos entender que esta hermosura le hubiese venido de un modo milagroso, sino que fué efecto de su empeño en adornarse y unirse.

CAPITULO XXXI.

ESTER.

Dios, que no abandonó el reino de Judá á pesar de sus crímenes en el tiempo de la cautividad babilónica, tampoco desamparó á las tribus de Israel dispersas en el vasto territorio que gobernaban los reyes Persas. Prueba de ello es el suceso referido en el libro de Ester.

Ahasverus (Asuero) por un motivo fútil había repudiado á la reina Vasthi é hizo que le fuesen presentadas las doncellas más hermosas que se encontraran en su reino para escoger entre ellas á la que debía ocupar el lugar de la repudiada. Cúpole esta fortuna á la judía Ester, sobrina de Mardoqueo.

Una desatención de éste hacia el favorito del Monarca, Aman, excitó en el ánimo de és-

tender un lazo al prójimo, á fin de que caiga en faltas contra la honestidad, y tanto más, cuanto que su fin era dar muerte con traición á Holofernes.

Hagamos notar desde luego que en la Escritura se alaban muchas veces algunos hechos por el fin noble á que se dirigen ó por el principio bueno que los inspira, aunque los medios empleados para realizarlos, no siempre hayan correspondido á la santidad de su principio y objeto, sobre todo, cuando el error ó la buena fé disculpan á los que de tales medios se han valido.

Esto sucede en el caso presente. Es indudable que Judit es acreedora á las alabanzas de los de su nación por su amor á la patria, y por lo esforzado de su ánimo que la expuso á ser sacrificada sin conseguir su objeto.

No merece vituperio por el hecho de haber engañado á Holofernes, porque estas asechanzas son permitidas en tiempo de guerra y el general que da oídos á palabras halagadoras de alguno de los enemigos, á nadie, sino á sí mismo debe acusar, si detrás de ella se oculte alguna asechanza.

Lo que es reprobable en la conducta de Judit, es el haberse engalanado para atraerse la voluntad de Holofernes, halagando su sensualidad y exponiéndose ella misma á faltar á la castidad; pero todo esto debe hallar disculpa en la buena fé que guió á Judit, la que por lo pronto no vió otra cosa que á su pueblo

próximo á ser destruido, ni encontró otro medio para impedirlo que el que felizmente llevó á cabo.

Ni se diga que el Escritor Sagrado hace cómplice á Dios mismo del medio reprobado que empleó Judit cuando dice que *el Señor le dió hermosura*, porque según el modo de hablar de los judíos que todo lo atribuían inmediatamente á Dios, sin intervención de las causas segundas, no debemos entender que esta hermosura le hubiese venido de un modo milagroso, sino que fué efecto de su empeño en adornarse y ungirse.

CAPITULO XXXI.

ESTER.

Dios, que no abandonó el reino de Judá á pesar de sus crímenes en el tiempo de la cautividad babilónica, tampoco desamparó á las tribus de Israel dispersas en el vasto territorio que gobernaban los reyes Persas. Prueba de ello es el suceso referido en el libro de Ester.

Ahasverus (Asuero) por un motivo fútil había repudiado á la reina Vasthi é hizo que le fuesen presentadas las doncellas más hermosas que se encontraran en su reino para escoger entre ellas á la que debía ocupar el lugar de la repudiada. Cúpole esta fortuna á la judía Ester, sobrina de Mardoqueo.

Una desatención de éste hacia el favorito del Monarca, Aman, excitó en el ánimo de és-

te el odio de raza y la codicia; quien movido de estas dos pasiones indujo á Ahasverus á dictar sentencia de muerte contra todos los judíos residentes en el vasto imperio Persa, como lo hizo, designando la suerte el mes undécimo para llevarla á cabo.

Ester, que hasta entonces había ocultado cuidadosamente su origen, mueve al rey á dar una orden contraria, y el favorito, al caer de la gracia del rey, fué condenado á sufrir la pena que preparaba á Mardoqueo. Como las leyes dadas por los monarcas persas no podían ser revocadas ni por ellos mismos, Ahasverus dió un decreto permitiendo á los judíos defenderse si eran atacados por los persas en virtud del primer edicto. Así lo hicieron, matando en el día designado por la suerte á 75,000 de sus enemigos. En memoria de este hecho, que suscitadamente, y omitiendo muchos episodios, hemos referido, se estableció la fiesta llamada *Purim* ó de las suertes.

Trataremos en este capítulo de probar la autenticidad del relato y su carácter histórico, así como de responder á las dificultades que se le oponen.

I. AUTENTICIDAD DE LA HISTORIA DE ESTER.

La primera prueba de la veracidad de este libro la encontraremos en la celebración anual de la fiesta *Purim* ó de las suertes. Tanto en la historia de los judíos cuanto en la profana

consta que aquellos, desde tiempo inmemorial han celebrado esta fiesta. El autor del segundo libro de los Macabeos hace mención de ella y la llama *el día de Mardoqueo* [1], menciónala también Flavio Josefo y aun hoy día es celebrada universalmente con más ó menos pompa por los judíos.

El autor, además, para asegurar más la fé de sus contemporáneos sobre lo que escribía, los provoca á los anales de la Media y de la Persia en un tiempo en que estos anales existían y en que hubiera podido hacérsele ver la falsedad de su dicho, si hubiera tenido el atrevimiento de citar lo que no se encontraba en las fuentes á que provocaba.

Finalmente, todo cuanto leemos en el libro concuerda perfectamente con las costumbres de la época y con los datos que nos proporciona la historia profana. Los nombres de los personajes son persas, el número de los sátrapas, la división de las provincias, la extensión del reino, el modo con que se llevaban á cabo los negocios, es decir, en sus convites, la inmutabilidad de las leyes, etc., todo esto concuerda perfectamente con lo que nos refieren tanto los escritores sagrados como Daniel, cuanto los profanos, como Herodoto.

El carácter y las diversas circunstancias de Ahasverus, conviene muy bien á Jerjes el Grande. A éste nos los pinta Herodoto como

) II Mac., XV, 37.

un hombre cruel, necio, vengativo y licencioso, cualidades que en su conjunto é intensidad no se hallan en monarca alguno de su época. De Jerjes sabemos que hizo azotar al Helesponto porque había destruido el puente de barcas por el que lo debía atravesar su ejército. Plutarco también nos refiere cosas extraordinarias hijas de su carácter irascible y de sus necedades, entre ellas que escribió una carta al monte Atos prohibiéndole que hiciese rodar piedras sobre sus soldados. Todo esto es muy conforme á lo que en nuestro libro se refiere del monarca Persa que asoció á su imperio á la judía Ester.

La versión griega, traducida en la parte deuterocanónica de nuestra Vulgata traduce por Artajerjes el nombre persa Ahasverus ó Asucro. Ahora bien, como quiera que el adjetivo *artes á ortes* en lengua persa significa «grande,» creemos que Artajerjes fué por antonomasia el nombre del rey que emprendió la gran expedición á la Grecia, aunque sus sucesores no queriendo ser menos que él, conserváran el adjetivo unido al nombre propio y se añadieran después el mote ó apodo que había de distinguirlos de los demás del mismo nombre.

Sobre todo, los acontecimientos referidos en nuestro libro cuadran perfectamente con lo que de Jerjes Magno refieren los historiadores griegos. Ahasverus reinó desde la India hasta la Etiopía sobre 127 provincias y

Herodoto dice que Jerjes antes de su gran expedición hizo tributarios suyos á los indios y á los etíopes. Daniel nos dice que Dario Medo dividió su imperio en 120 provincias, [1] no es extraño que uno de sus sucesores hubiera aumentado siete más.

De Jerjes sabemos por el mismo Herodoto, que antes de su excursión á la Grecia, celebró en Susa un grande convite para tratar de esta expedición, lo cual concuerda con el convite celebrado por Ahasverus donde fué repudiada Vasthi. Si en nuestro libro no se habla de la guerra que se intentaba emprender, fué porque ella estaba completamente fuera de su objeto; pero se indica lo bastante, cuando se dice que entre el repudio de Vasthi y la elevación de Ester mediaron más de dos años, intervalo de tiempo que se explica perfectamente colocando allí la guerra contra los griegos.

En fin, el autor sagrado dice que Ahasverus en este tiempo impuso un nuevo tributo á sus súbditos, lo que es muy aplicable á Jerjes que debió quedar exhausto después de su infausta excursión, y aun Herodoto dice que mandó convertir en numerario la estatua de oro que había en Babilonia.

Una dificultad cronológica es la que suele oponerse á la identificación que acabamos de hacer. Mardoqueo fué llevado cautivo junta-

(1) Dan VI, 2.

mente con Jeconías Rey de Judá; así pues, era imposible que viviese en tiempo de Jerjes Magno, ó sea 120 años después. Respondemos ó que Mardoqueo vivió más de 125 años, lo que no era raro en esa época, ó bien el que fué llevado cautivo á Babilonia no fué Mardoqueo sino su bisabuelo Cis, pudiéndose de este último entenderse el texto sagrado.

Las cualidades de la esposa de Jerjes, suelen también replicarnos, no convienen con las de Ester. Aquella tuvo por padre á Otanis, jefe del ejército, mientras que Ester era hija de un judío. Esta era una mujer santísima, mientras que Amestris, la mujer de Jerjes, como lo dice el tantas veces citado Herodoto, (1) fué una mujer impía y cruelesísima que hizo morir de una manera atroz á la mujer de Mansiste. En cambio, Ester fué santísima, tuvo una piedad sincera hacia Dios y cumplía exactamente con todas las prescripciones de la ley de Moisés. Respondemos que es probable que Jerjes hubiera tenido varias mujeres no sólo sucesiva sino simultáneamente. Por lo cual, las crueldades de que habla Herodoto deben atribuirse ó á Amestris, ó á Vasthi ó más bien á alguna de las otras concubinas que principalmente, durante la guerra de Grecia fueron elevadas al rango de reinas y olvidadas después de que la corte volvió á establecerse en Susa.

(1) Lib. IX, c. 107.

En general, no dejaremos de anotar que Herodoto no merece entera fé cuando se trata de las diversas circunstancias que acompañan á la historia, de modo que si es reputado como un historiador de peso en la substancia de los hechos, no es lo mismo tratándose de las circunstancias con que adornó los hechos que refiere, pues que demasiado amante de lo maravilloso, siempre que pudo fantaseó demasiado para hacer agradables sus narraciones.

II. SOLUCION DE LAS DIFICULTADES.

1. Es inverosímil un convite de ciento ochenta días preparado para los sátrapas y magnates, y otro de siete días para todo el pueblo, desde el mayor hasta el menor.

Lo sería, ciertamente, si durante los ciento ochenta días los convidados hubieran tenido que estar sentados á la mesa, lo cual no se dice en nuestro libro, sino que para salir verdadera la narración, basta que el convite estuviera preparado durante todo este tiempo para que conforme fueran llegando los sátrapas, fueran asistiendo á él. Los ejemplos de convites populares á los que se admiten á todos los que se presentan, no son raros en la historia y aun en nuestros días suelen celebrarse en las campiñas circunvecinas á la ciudad de Moscow en la coronación de los Czares.

2. Es inverosímil que Ester hubiera podi-

do ocultar su origen judío al Rey, á Amán y á toda la corte.

No nos parece, desde el momento en que á esto no se da grande importancia en los países en que reina la poligamia. ¡Cuántas mujeres hay en los harems, cuya familia es desconocida y aun imposible de descubrir! Mardoqueo había recomendado á Ester que ocultase su origen, y como quiera que la reina había nacido en Persia, hablaba la lengua del país y tenía nombre persa, le era muy fácil disimular su nacionalidad y responder sin traicionar su secreto á todas las preguntas que le hiciera su real esposo.

3. Es igualmente increíble que Amán haya diferido once meses su venganza. ¿Cuándo el vengativo ha dado tan grande ejemplo de paciencia?

¿Cómo, además se puede creer, que si el monarca persa, dominado por su favorito, consintió en aniquilar á todo el pueblo judío que habitaba en su reino lo hubiese hecho anunciar públicamente en todas las provincias y no lo hubiera avisado en secreto á sus gobernadores?

La respuesta no nos parece muy difícil. Los persas eran muy supersticiosos; creían en la existencia de días faustos y nefastos. Amán, pues, encomendó la elección del día en que se había de consumir su venganza á la suerte, que designó el mes duodécimo del año 473, antes de nuestra Era, duodécimo del reinado

de Jerjes. La Providencia lo dispuso así, para dar lugar á los diversos acontecimientos referidos en el libro en los que hizo tan brillante ostentación de su poder y amor hacia el pueblo de Israel.

Pero entonces ¿para qué publicar el edicto con tanta anticipación? Es probable que Amán, no obstante el peligro de que muchos judíos escapasen á su venganza, urgiera la publicación del edicto por temor de que el Rey lo revocara antes de llegar el tiempo de cumplirlo.

Con esta publicación anticipada conseguía también Amán excitar la codicia de los persas, prometiéndoles parte de los bienes del pueblo proscrito.

El ponerse á salvo era muy difícil á los judíos, porque la Palestina, Asiria, Arabia, etc., estaban sojuzgadas por los persas, y en caso de que algunos lograsen escapar completamente del odio de Amán, quedábanle á éste por lo menos, los cuantiosos bienes de los judíos, con los que esperaba pagar al Rey los diez mil talentos que le había prometido.

4. No es menos increíble que cuando el Rey, habiéndose arrepentido de su edicto y rehusándose sin embargo á revocarlo, hubiese autorizado á los judíos para que se defendiesen aun dando muerte á los que los atacasen, dejando así que pereciesen 75,000 hombres vasallos del Rey.

En primer lugar el número de muertos no

es inverosímil en un imperio que se extendía desde la India hasta la Etiopía. En un reino mucho más pequeño, Mithridates hizo matar en un solo día á 80,000 romanos. El efecto del segundo decreto del Rey debió ser el de obligar á los principales ciudadanos á que desistiesen de atacar á los judíos para no incurrir en la desgracia de Asuero y de Mardoqueo.

Además, nadie podía impedir á los sátrapas y á los magnates el sostener secreta y aun públicamente á los que estaban tan bien quistos en la corte. ¿Quién ignora, de lo mucho que es capaz un funcionario, particularmente en Levante, para agradar á aquellos que pueden proporcionarle medro ó por lo menos la conservación del empleo que gozan? El interés quitó á los persas todo escrúpulo y éste, más que el segundo edicto, cortó las alas de su ambición y los movió á dar gusto al sol que acababa de nacer, es decir, al nuevo favorito, Mardoqueo.

5. Es igualmente increíble, se nos vuelve á objetar, que después de que los judíos en el día designado por la suerte para su destrucción dieron muerte en solo la metrópoli del reino á 500 persas, el Rey hubiera consentido en que al día siguiente continuara la matanza de sus súbditos. Igualmente parece inverosímil que la Reina Ester, olvidada de su piedad y de la timidez propia de su sexo hubiera solicitado esto mismo del Rey.

Ambas dificultades se responden diciendo que no era permitido á los judíos tomar la ofensiva y atacar á sus enemigos; sino sólo el de defenderse de los que se arriesgaran á atacarlos. Ahora bien, el permiso obtenido por Ester se redujo á prolongar por un día más esta facultad, que sin duda alguna era indispensable, ya que muchos de los persas quizá habrían dejado para el día siguiente, cuando los hebreos no se podían defender, la revancha de lo que habían padecido el día anterior.

Para conjurar este peligro intervino Ester con su regio esposo. Estamos muy lejos de suponer que en esto haya obrado la Reina con la dulzura que después aconsejó el Evangelio; pero hay que atender á la época en que vivió y á las costumbres y carácter de su nación. Como hemos dicho tratándose de Judit, si no todo es igualmente laudable en su conducta, todos tenemos que rendir homenaje á su patriotismo y al amor sincero que tuvo á su pueblo y que la llevó hasta exponer la propia vida para conjurar la ruina que amenazaba á todos sus conciudadanos.

No concluiremos esta materia sin ocurrir á otra dificultad que suele oponerse á la divinidad del libro. Se advierte esta grande diferencia entre la parte principal de este libro que es la protocanónica, y los demas libros de la Biblia, en los que campea tanto el espíritu religioso. A penas sí en él, se alude á una

que otra práctica piadosa como el ayuno, práctica no desconocida de las religiones paganas. El nombre santo de Dios en vano se buscará en sus páginas, pues que ni una sola vez se halla consignado en ellas.

Esta observación háse ya ocurrido á muchos intérpretes católicos y han propuesto una hipótesis muy verosímil, que explica perfectamente este silencio y ausencia del nombre de Dios y alusiones al culto divino en el libro de Ester.

La hipótesis es la siguiente: Como se dice en el mismo libro de Ester, para perpetuar la memoria de este hecho quedó instituida anualmente una festividad llamada *Purim* ó de las suertes. Esta festividad debió ser religiosa, pues los judíos no conocían solemnidades exclusivamente cívicas. Consistía ella, como nos lo ha conservado la tradición, en la lectura que se hacía en el templo de la historia de este hecho y los judíos solían llevar escrito en un ladrillo ó en una tablita el nombre de Amán, y cada vez que el lector pronunciaba este nombre golpeaban sobre ella con martillos que llevaban á propósito y exclamaban: *Perezca su nombre*, así como prorrumplía en exclamaciones de júbilo cuando oían los de Ester y Mardoqueo.

Con el transcurso del tiempo, los judíos se olvidaron de la sanidad propia de esta fiesta y la convirtieron en día de embriaguez y desórdenes, al grado de que para indicar á un

hombre que había perdido por completo el uso de sus sentidos á causa de la embriaguez, solían decir: *ya desconoce á Amán*, aludiendo á que los que iban borrachos á la solemnidad del Purim, equivocaban los nombres y batían palmas al nombre de Amán, mientras golpeaban sobre la tablilla al oír los otros nombres tan caros á los judíos.

Ahora bien; como los judíos profesaban un respeto profundísimo al nombre santo de Dios, es de creerse que para evitar la consiguiente profanación, algún profeta ó sacerdote celoso del honor divino, sacase del libro primitivo un compendio que es el que poseemos, en el que estudiosamente se quitó el nombre de Dios para que no fuese profanado.

Esta conjetura se hace más verosímil, si atendemos á que la parte deuterocanónica en la que se refiere más detalladamente alguno de los hechos contenidos en la primera y contiene el texto de algunos documentos citados, en aquella respira la más fervorosa piedad y respeto á la ley divina, y el nombre de Dios se repite con notable frecuencia. Todo nos hace creer que esta parte sea una colección de los fragmentos del libro original ó primitivo que han podido sustraerse á la acción devastadora de los siglos.

CAPITULO XXXII.

LOS SALMOS.

Los racionalistas tratando del precioso libro en que se contienen los más hermosos cánticos y las más fervientes plegarias que el hombre jamás ha elevado á su Dios, comienzan por negar que David, el rey cantor y profeta, sea el autor de cualquiera de ellos, dándoles una fecha muy reciente á la muerte del santo rey fundador de la dinastía judaica.

Nosotros no pretendemos ciertamente decir que todos los salmos que hay en este libro reconozcan á David por autor, muchos tienen inscripciones que indican distinta paternidad y otros por su argumento nos enseñan ser posteriores á este rey. Lo que sí diremos, siempre conforme á la tradición universal de los judíos y de los cristianos, que la mayor parte de los salmos reconoce por autor á David, de modo que bien podemos llamar á este libro, como lo hace la Iglesia: El Salterio de David.

Lo que tenemos que hacer ahora, conforme á nuestro propósito, es vindicar este libro de dos notas que suelen atribuirle nuestros adversarios: la de encontrarse en él sentimientos de ódio y deseos de venganza, y de que su autor se hizo eco de varios errores científicos que corrían en su época.

I. LOS SALMOS IMPRECATORIOS

He aquí como se expresan sobre este punto Stanley, dean racionalista de Westminster y Reville antiguo pastor de la Iglesia walona de Rotterdam.

«El espíritu vengativo de la antigua alianza no se manifiesta con más claridad en las guerras de Josué y el cántico de Débora, que en las imprecaciones de los salmos 69, 109 y 137 según el texto hebreo. Cuando Clovis alimentaba su alma de bárbaro con el salmo 18, es porque hallaba en él un reflejo, ó una chispa del fuego de odio que lo alimentaba. (1)

Se puede decir de una manera general que nada hay tan raro en los salmos como la compasión para el adversario, vencido ó no. No es posible odiar más vigorosamente de lo que se hace en estos piadosos cánticos. Este es principalmente el carácter que denuncia su nacionalidad judía y ellos han dado los textos y los pretextos á los más tristes excesos de la intolerancia cristiana. No se trata en ellos sino de la exterminación de los enemigos, del deber de pulverizarlos en nombre del Eterno, del placer de volverles con usura el mal que han podido hacer. La hermosa elegía que es el salmo 137, en donde el Salmista pinta con una melancolía embriagadora á los hijos de Israel, llorando la patria perdida, no pudiendo ya cantar sus himnos y habiendo suspen-

(1) A. P. Stanley, *The Jewish Church*. II. 128.

dido sus arpas en los sauces del camino, esta conmovedora expresión del patriotismo más tierno acaba por este deseo de venganza atroz: «Babilonia devastadora, bendito quien tome á tus hijos pequeñitos y los estrelle contra una piedra.» (1)

Difícilmente se podría pintar un cuadro más negro del libro de los salmos. Cualquiera que no se hubiese tomado el trabajo de leerlo, y que su noticia solo la hubiese por las líneas que acabamos de copiar creería fácilmente que este libro no es de piedad, sino que su objeto es solo pronunciar imprecaciones contra los enemigos de Israel, y sin embargo, la mayor parte de los salmos tienen por objeto cantar la omnipotencia, misericordia y providencia del Señor, recordar los beneficios que el Señor había concedido á su pueblo y alentar las esperanzas de éste anunciándole al Mesías. Alguno que otro de los salmos contienen imprecaciones terribles, pero éstas deben entenderse según el modo de hablar de los orientales, propensos siempre á la exageración y á la hipérbole ó bien son las profecías de los castigos que Dios enviará sobre los impíos.

En efecto, á no ser que digamos que el autor se contradice á sí mismo, no podemos dejar de confesar que los sentimientos de odio y los deseos de venganza están bien lejos del

(1) Le Psautier juif. p. 190-191.

espíritu del real salmista. Hay salmos enteros dedicados á cantar la excelencia de la ley que Dios promulgó por medio de Moisés. Pues bien, en esa ley se dice: *No serás vengativo y no guardarás resentimiento contra los hijos de tu pueblo, amarás á tu prójimo como á ti mismo.* (1) Dios en el Deuteronomio se reserva á sí mismo el derecho á la venganza [2] y en este sentido los salmos llaman al Señor: *el Dios de las venganzas* (3) y afirman que solo de El reciben el poder de castigar. [4] El mismo libro de los salmos coloca al vengativo entre los enemigos de Dios y de los hombres. (5)

Si algunas veces los autores de estos cánticos piden á Dios con palabras vehementes el castigo ó la victoria sobre sus enemigos; ¿acaso alguna vez se ha creído ilícito el invocar el poder del cielo contra los opresores inicuos y los tiranos impíos? ¿Quién no desea en una guerra la derrota de los enemigos? No hay ciertamente en los salmos otra cosa que un sentimiento bastante exaltado de patriotismo y no la manifestación del odio personal.

Es verdad que algunas de estas expresiones son bastante fuertes; pero no debemos olvidar que ellas pintan las costumbres de su

(1) Lev. XIX. 8.

(2) Deut. XXXII. 35.

(3) Ps. XCIV. 1.

(4) Ps. XVIII. 48.

[5] Ps. VIII. 4.

época y que los salmos particularmente el 137, *Super flumina Babylonis*, que se nos objeta con insistencia, lo que piden es la pena del talión que estaba en uso en todos los pueblos. Además, estas frases que rebosan odio, deben mitigarse, digámoslo así, con la consideración de lo ardiente de la fantasía de los orientales. Ellos son naturalmente dados á la hipérbole, así cuando quieren manifestar el cariño como cuando tratan de mostrar su resentimiento. Quien haya visitado el Oriente ó por lo menos, se haya familiarizado con la literatura de esta región, saben muy bien que estas fórmulas imprecatorias no producen en los que allá las oyen el mismo efecto que en nosotros. El lenguaje tiene un valor relativo y es necesario interpretarlo según el uso de los lugares en que se halla. Lo que se lee en los salmos no tiene comparación con lo que los viajeros oyen todos los días en el Cairo ó en Jertusalem. Cuando uno no está acostumbrado á estas exageraciones de los pueblos del Levante, se espanta de esas explosiones que parecen ser el efecto de un odio violentísimo, pero no tarda en comprender que los criollos no dan á estas imprecaciones la misma importancia que el extranjero; algunos momentos después de que dos árabes se han mutuamente ofendido de esta manera, se reconcilian y quedan como buenos amigos. Pasa la tempestad, el cielo se serena de nuevo y se les oye prodigarse afectos de ternura no

menos exagerados que las injurias y las imprecaciones.

Así, pues, lo que leemos en los salmos no tiene á los ojos de los orientales de hoy, el grado de violencia y de odio que en ellos encuentran los críticos. El poeta está siempre obligado en la debida proporción á hablar el lenguaje de su tiempo y de su país, bajo la pena de no agradar y aún de no ser comprendido. Sería, pues, sobremanera injusto, juzgarlo según nuestras costumbres y nuestro lenguaje y exigir que un poeta que vivía en la ley antigua se expresase como si hubiera vivido en alguna de nuestras regiones después de que se impregnaron con el suave perfume del Evangelio.

Otra explicación puede darse á estas imprecaciones y es, que en estos salmos no se trata de los enemigos personales del autor, sino de los pecadores, de los impíos á quienes se considera como enemigos de Dios, y así al sentirse indignado contra ellos, esta indignación la causa el espectáculo de la malicia de los hombres que ultraja á Dios sin pudor, que seduce á la inocencia, que persigue á los justos, que oprime al huérfano y á la viuda. ¿Puede haber sentimiento más triste en el corazón?

No debemos tampoco olvidar que algunos de esos salmos imprecatorios son principalmente proféticos y que por consiguiente en ellos, no tanto se desea el castigo de los pecadores, cuanto se anuncia y se predice su

desastroso fin. Sobre todo, el Salmo 109 según el hebreo, en el que se contienen las más terribles imprecaciones, es indudablemente profético. En efecto, San Pedro en el concilio que tuvo con los demás apóstoles; para la elección de San Matías, cita este Salmo como una profecía del Espíritu Santo por la boca de David, acerca de la infausta suerte del traidor Judas, y dice que en ese momento debía cumplirse el vaticinio contenido en este Salmo: *episcopatum eius accipiat alter*; sea otro elegido en su lugar. Siendo esto así, cesan todas las dificultades, pues que una cosa es desear mal al prójimo y otra anunciar los males que pueden sobrevenirle en castigo de su mala conducta. Nadie ha tachado de cruel á un padre, cuando predice á sus hijos el abismo á que pueden arrojarlos sus vicios, porque todos saben que si sus ojos ven un negro porvenir para sus hijos, su corazón es incapaz de desearles mal.

II. LOS PRETENDIDOS ERRORES CIENTIFICOS DE LOS SALMOS.

Suelen también los incrédulos, señalar en particular algunos lugares de los Salmos como opuestos á los principios ó conclusiones científicas, ó bien á lo que nos enseña la experiencia de todos los días. La mayor parte de estas objeciones son verdaderamente fútiles y solo proceden de la mala inteligencia del texto. Así por ejemplo, sobre aquellas palabras

que el cantor sagrado dirige al Señor: *Tú fundaste á la tierra sobre su propia estabilidad y no se inclinará en los siglos de los siglos* [1] dicen que aquí se asegura la inmovilidad de la tierra, contra las conclusiones del sistema de Coopérnico. Pues bien, en este texto no se asegura la inmovilidad de nuestro planeta; sino que adelantándose á los descubrimientos científicos y apartándose de las opiniones del vulgo en su tiempo, el poeta afirma que la tierra no está sostenida en los lomos de un elefante, ni en los hombros del gigante Atlas, ni suspendida de cadenas; sino que sola y aislada en el espacio y á pesar de ello, conservará su lugar ó sea el equilibrio hasta el fin de los tiempos.

Suelen principalmente los racionalistas, siguiendo las huellas de Voltaire, acusar al autor de estos cánticos de haberse hecho eco de una fábula, cuando en el Salmo 58, v. 5 y 6, dice: *El furor de ellos es semejante al de las serpientes. Como el aspid que se ensordece á sí mismo, tapándose los oídos para no oír la voz de los encantadores, aun del que con más habilidad los practica.* Hoy, dice la incredulidad, ningún naturalista admite que la serpiente cierre sus oídos á fin de librarse de los encantamientos.

Respondemos: 1º Bochart, que con admirable erudición ha tratado este asunto, demuestra con numerosas citas, que los antiguos

[1] Ps. CIV. 5.

conocieron varias especies de serpientes que sabían eludir el mágico efecto del encantamiento. Los autores por él citados, discuten en el modo con que lograban conseguirlo. S. Agustín, Casiodoro, Beda y S. Isidoro, dicen que el aspid apenas ha percibido el primer rumor de la música, cuando aplica un oído á la tierra y se tapa el otro con la extremidad de la cola, hasta que concluye la evocación. Los Padres Griegos, como Eusebio, S. Atanasio y Teodoreto, decían que estas serpientes poseen un instinto ó arte especial para producir en sí mismas la sordera. El mismo Bochart, dice que de dos maneras pueden las serpientes eludir el influjo mágico de los encantadores: 1.º, emitiendo un poderoso silbido que supere ó por lo menos iguale á la voz del encantador; lo cual solían expresar los latinos con la voz *recanere*. 2.º Cerrando sus oídos como lo asegura el real profeta ó extriusecamente ó por medio de algún veneno que excita el sistema nervioso y enerva el poder del encantador.

2.º No podemos negar que el encantamiento de las serpientes haya sido un hecho en la antigüedad, pues que lo es aún en el día de hoy. Todos los viajeros que han visitado el Egipto, la Arabia y la India y aun la América del Norte á principios de este siglo, han visto á hombre cuya profesión es encantar á las serpientes, adormeciéndolas y enrollándolas en su propio cuerpo, ó bien obligándolas

á seguirlos como un falderillo. Esto no puede parecer imposible en el presente siglo en que los fenómenos del hipnotismo están á la vista de todos. Ni estos encantamientos deben juzgarse como efectos de arte diabólica, pues que casi siempre son efectos puramente naturales debidos á la música, al canto, á la imitación de sus silbidos ó á la inhalación de algunos olores que producen la anestesia en dichos animales.

Ahora bien, si el encantamiento de las serpientes es un hecho, nadie negará la posibilidad de que se encuentren algunas refractarias á todos estos halagos y siendo esto así, las palabras del real salmista son rigurosamente verdaderas, pues que el aspid que por el oído percibe la música que lo adormece, lo cierra para no oír las voces que pueden producirse.

3. Si alguien se obstinase en relegar á las fábulas todo lo que historiadores y viajeros refieren de los encantamientos de las serpientes, puede hacerlo, sin que por eso padezca lo más mínimo la veracidad de la Sagrada Escritura. Pero como dice Belarmino y Calmet, para la exactitud de la comparación que hace David importa muy poco que sea verdadero ó falso lo que se dice del aspid que cierra sus oídos para no oír la voz del maléfico encantador; David hace uso para su semejanza, de una opinión vulgar, verdadera ó falsa que atribuía este poder á las serpientes, para

lo cual, lo que importaba era que la imagen ó semejanza fuese bien adecuada, pues que en estas comparaciones lo que se busca es solamente lo apropiado de la comparación.

Las escrituras sagradas, aunque gozaran de la divina inspiración, hablaban y se acomodaban al vulgo, para que sus escritos fueran comprendidos. Por eso vemos en la Escritura que se atribuye á Dios el odio, la ira, el arrepentimiento, así como ojos, oídos, manos y pies. Se lee que Dios oye el clamor de los polluelos de la gallina; se ponen como ejemplo la sencillez de la paloma y la prudencia de las serpientes, y Salomón dice que hay cuatro cosas, que aunque muy pequeñas, son portento de sabiduría: la hormiga, la liebre, la langosta y la lagartija. ¿Por qué, pues, el salmista no podría acomodarse al modo de entender del vulgo y comparar al pecador con la serpiente que se niega á oír la voz de los encantadores?

Por lo demás, la comparación está perfectamente hecha. El pecador se parece al aspid que se ensordece, porque sabiendo que la predicación y el pensamiento de los castigos que Dios tiene reservados á los malos, son medios poderosos para llevarlo á una vida nueva, no queriendo abandonar sus placeres y devaneos se aleja de todo lo que puede serle saludable, cierra sus oídos á las inspiraciones divinas y continúa hasta el fin en la misma perniciosa vida que ha llevado.

CAPITULO XXXIII.

LA HORMIGA EN EL LIBRO DE LOS PROVERBIOS.

Pasamos por alto responder á singularísima opinión de Juliano el Apóstata á quien siguió Voltaire, que no hallan en el libro de los Proverbios de Salomón otra cosa que una colección de máximas triviales, incoherentes, sin gusto, sin elección y sin objeto. [1] Este lenguaje no hace daño á otro que al impío y blasfemo que lo escribió. Todos los hombres de buena fé, en todos los tiempos han reconocido los méritos del libro de los Proverbios. La mejor respuesta que pudiéramos dar á estos insultos será recomendar al lector que recorra siquiera sea ligeramente el libro de Salomón.

Una dificultad que se hace en nombre de la historia natural, es la que nos va á ocupar en el presente artículo. Latreille que se ha hecho célebre por sus observaciones sobre las hormigas, dice hablando de estos insectos: "Ya que un sabio, [Salomón en los Proverbios] [2] nos ha enviado después de muchos siglos á la escuela de la hormiga, oigamos sus lecciones. No quisiera yo perpetuar el error popular sobre el que se funda el conse-

(1) Dictionaire Philosophique, art. Salomón.

(2) Prov. VI, 8.

lo cual, lo que importaba era que la imagen ó semejanza fuese bien adecuada, pues que en estas comparaciones lo que se busca es solamente lo apropiado de la comparación.

Las escrituras sagradas, aunque gozaran de la divina inspiración, hablaban y se acomodaban al vulgo, para que sus escritos fueran comprendidos. Por eso vemos en la Escritura que se atribuye á Dios el odio, la ira, el arrepentimiento, así como ojos, oídos, manos y pies. Se lee que Dios oye el clamor de los polluelos de la gallina; se ponen como ejemplo la sencillez de la paloma y la prudencia de las serpientes, y Salomón dice que hay cuatro cosas, que aunque muy pequeñas, son portento de sabiduría: la hormiga, la liebre, la langosta y la lagartija. ¿Por qué, pues, el salmista no podría acomodarse al modo de entender del vulgo y comparar al pecador con la serpiente que se niega á oír la voz de los encantadores?

Por lo demás, la comparación está perfectamente hecha. El pecador se parece al aspid que se ensordece, porque sabiendo que la predicación y el pensamiento de los castigos que Dios tiene reservados á los malos, son medios poderosos para llevarlo á una vida nueva, no queriendo abandonar sus placeres y devaneos se aleja de todo lo que puede serle saludable, cierra sus oídos á las inspiraciones divinas y continúa hasta el fin en la misma perniciosa vida que ha llevado.

CAPITULO XXXIII.

LA HORMIGA EN EL LIBRO DE LOS PROVERBIOS.

Pasamos por alto responder á singularísima opinión de Juliano el Apóstata á quien siguió Voltaire, que no hallan en el libro de los Proverbios de Salomón otra cosa que una colección de máximas triviales, incoherentes, sin gusto, sin elección y sin objeto. [1] Este lenguaje no hace daño á otro que al impío y blasfemo que lo escribió. Todos los hombres de buena fé, en todos los tiempos han reconocido los méritos del libro de los Proverbios. La mejor respuesta que pudiéramos dar á estos insultos será recomendar al lector que recorra siquiera sea ligeramente el libro de Salomón.

Una dificultad que se hace en nombre de la historia natural, es la que nos va á ocupar en el presente artículo. Latreille que se ha hecho célebre por sus observaciones sobre las hormigas, dice hablando de estos insectos: "Ya que un sabio, [Salomón en los Proverbios] [2] nos ha enviado después de muchos siglos á la escuela de la hormiga, oigamos sus lecciones. No quisiera yo perpetuar el error popular sobre el que se funda el conse-

(1) Dictionaire Philosophique, art. Salomón.

(2) Prov. VI, 8.

jo que nos da el sabio y que no se ha cesado de repetir en el transcurso de los siglos. No atribuyamos á la hormiga una previsión inútil: adormecida durante el invierno ¿para qué reunir provisiones para esta estación?"

Muchos otros naturalistas, antes y después de él, han tratado de error popular lo que Salomón dice de la hormiga. La veracidad del libro queda ciertamente á salvo si decimos que la hormiga se ocupa, como todos los días la vemos, en llevar hasta el interior de sus hormigueros granos de trigo y de cebada, hojas de diversas plantas, etc., y que en esta faena aparecen verdaderamente infatigables, pues nunca vemos ociosa y parada una hormiga. Esto basta, decimos, para que el sabio la presente como modelo al perezoso, para que aprenda á trabajar.

Sin embargo, las relaciones de algunos viajeros modernos vienen á dar toda la razón al sabio, quedando así á salvo no sólo la veracidad relativa, sino también la absoluta del libro de los Proverbios. Por ellos sabemos, en efecto, que las hormigas negras del Oriente hacen sus graneros y que es falso el que pasen adormecidas todo el invierno.

M. Thomson, que ha vivido veinticinco años en Palestina, dice: "Yo he leído últimamente, en un libro que no carece de pretensiones, que las hormigas no acarrean ni trigo ni cebada. Se dice con el sabio que la hormiga reúne su alimento durante la estación de

la mies. Digan los sabios cuanto quieran, los labradores de Siria son del mismo parecer que Salomón, porque las hormigas son los mayores ladrones del país. Dejad un montón de cebada cerca de una de estas ciudades subterráneas, y en un tiempo muy corto, toda la república se habrá entregado al pillaje. Una no interrumpida columna se extiende desde el grano hasta el agujero, y si las observais cuidadosamente, os espantaréis del resultado. Cada grano parece provisto de patas y camina precipitadamente á lo largo de la negra columna, por eso sin remordimiento entregan al fuego cuantos hormigueros se encuentran en los alrededores de las arenas en donde avientan el trigo. Además, Salomón no dice que las hormigas reúnan provisiones para el invierno; sino que ellas reúnen su alimento en la época de la mies, lo cual ellas lo hacen con diligencia, como puede verlo cualquiera que se tome el trabajo de observarlas. (1)

M. Lortet, decano de la facultad de Medicina de Lyon, acabará de responder á las objeciones de Latreille en el trozo siguiente que nos da á conocer las observaciones que hizo sobre las hormigas de Siria: "En los campos de trigo de los alrededores de Jaffa nos divertíamos en estudiar las costumbres de las gruesas hormigas muy comunes en Siria. Esta especie, muy semejante á las que se llaman *Al-*

(1) W. Thomson, *The Land and the Book*, p. 89.

ta bárbara tiene un tamaño considerable y una coloración completamente negra. Los millares de trabajadoras que se encuentran en una de estas repúblicas están activamente ocupadas en buscar los granos de trigo caídos a' suelo y en introducirlos en sus vastos graneros subterráneos. Las mandíbulas de este insecto no son bastante poderosas para romper la cubierta exterior del grano, así es que se ven obligadas á esperar que la humedad del suelo, favoreciendo los fenómenos de la germinación ablande la corteza y transforme las materias amylaceas en glucosas. Ellas conocen la acción de un trabajo químico semejante al que da lugar á la formación de la cerveza. Lo que hay más notable es que estas hormigas, con los cuidados particulares que saben dar al trigo ó quizá por medio de ciertos líquidos que inoculan en el grano, puedan avanzar ó retardar la germinación y por consiguiente prepararse un alimento conveniente para cuando la necesidad se haga sentir.

Las trojes de estos hormigueros, muy vastas y profundas, forman muchos pisos reunidos por galerías sobrepuestas unas á otras. En estas excavaciones se encuentran cantidades de trigo algunas veces considerables, así es que cuando la mies no es abundante, los fellahs tienen la precaución de ir á despojar á estos laboriosos insectos de las provisiones que han hecho para el invierno. Háblase ya de este uso en los antiguos libros sagrados de los

hebreos, cuyos legisladores han asegurado cuidadosamente el derecho de los pobres y de las viudas que vayan á espigar en los campos. Si se abren los graneros de repuesto de estas hormigas en el momento de la cosecha, el grano que contienen pertenece al propietario del campo; pero en los graneros descubiertos después de la partida de los segadores, las capas superiores deben pertenecer á los pobres, mientras que las capas profundas, es decir, aquellas que han sido acopiadas por las hormigas, cuando la planta estaba aún en pié, vienen á ser legalmente del propietario del campo. [1]

El eminente escriturario M. Vigouroux, que nos suministra estos datos, quiso por sí mismo rectificarlos y nos dice: "Ignoro de dónde sacó M. Lortet estos últimos detalles. M. Bost, capellán del hospicio francés de Jaffa, que es un excelente observador y á quien yo rogué que verificase estas afirmaciones, me respondió: Yo he preguntado á muchos fellahs sobre la costumbre de ir á pedir á las hormigas sus provisiones en los días de carestía; pero no tenían conocimiento de esta costumbre. Pero lo que sí es rigurosamente exacto, es que estas hormigas hacen muy abundantes provisiones de grano en unas galerías muy largas sobrepuestas unas á otras. Estas galerías son muy profundas; las primeras quedan á 30 centímetros debajo del suelo. ®

(1) La Syrie d'aujourd'hui, 1884, p. 382.

Ellas están casi siempre en el centro de los caminos. El instinto las hace obrar así, sin duda á fin de que los carros dejen á salvo el terrero que rodea las entradas de los hormigueros. Yo no he podido verificar el detalle relativo á la debilidad de las mandíbulas de estos insectos, pero no creo que esperen para alimentarse que los fenómenos de la germinación hayan venido á suavizar la cubierta exterior. En ese caso ¿de qué vivirían durante todo el estío? (1)

CAPITULO XXXIV.

EL LIBRO DEL ECCLESIASTES.

Ecclesiastés es la palabra griega con que fué traducida la hebrea *Kohelet* y significa: el que predica ó habla á una asamblea. Fué escrito por Salomón hacia el fin de su vida, como lo enseña la unánime tradición de judíos y cristianos y se desprende de la simple lectura del libro. En él trata Salomón de demostrar que no hay en la tierra dicha verdadera, que para ser menos infeliz se necesita dominar los deseos y pasiones del corazón y que la verdadera dicha está en el temor de Dios y en la observancia de su ley.

No obstante que todo lo anteriormente enunciado se vé claramente en el libro, desde

(1) Vigouroux. Les livres saints et la critique rationaliste. Tom. IV, p. 229.

los tiempos antiguos se han hecho objeciones sobre su carácter moral. «Opiran algunos hebreos, dice San Gerónimo (1) que entre los demás escritos de Salomón que han sido olvidados, sin quedar de ellos otra cosa que el recuerdo, debía también al mismo olvido entregarse este libro, porque en él se dice que son vanas é inútiles las obras de Dios.» Añaden que solo por los últimos versos del capítulo XII, ha merecido ser colocado en el número de los libros santos. A estas dificultades verdaderamente fútiles han sucedido en nuestros días acusaciones mucho más apasionadas. Se le acusa de escepticismo, materialismo, fatalismo, epicurismo, y pesimismo. Vamos á examinar estas objeciones con tanto más gusto, cuanto que ellos nos dará ocasión de estudiar más completamente la doctrina de este libro y tocar algunas cuestiones que interesan á todo el Antiguo Testamento.

I. EL ESCEPTICISMO DEL ECCLESIASTÉS.

Oigamos como se expresa uno de los acusadores de Salomón. Leon de Rosny dice: «El combate interior que prepara el alma á abrevarse de todas las amarguras del escepticismo, se reconoce hasta en las contradicciones del Kohelet. Mientras que Job se consuela bien ó mal con la impenetrabilidad de los designios de Dios, el Ecclesiastés después

(1) Comment in Ecl.

Ellas están casi siempre en el centro de los caminos. El instinto las hace obrar así, sin duda á fin de que los carros dejen á salvo el terrero que rodea las entradas de los hormigueros. Yo no he podido verificar el detalle relativo á la debilidad de las mandíbulas de estos insectos, pero no creo que esperen para alimentarse que los fenómenos de la germinación hayan venido á suavizar la cubierta exterior. En ese caso ¿de qué vivirían durante todo el estío? (1)

CAPITULO XXXIV.

EL LIBRO DEL ECCLESIASTES.

Ecclesiastés es la palabra griega con que fué traducida la hebrea *Kohelet* y significa: el que predica ó habla á una asamblea. Fué escrito por Salomón hacia el fin de su vida, como lo enseña la unánime tradición de judíos y cristianos y se desprende de la simple lectura del libro. En él trata Salomón de demostrar que no hay en la tierra dicha verdadera, que para ser menos infeliz se necesita dominar los deseos y pasiones del corazón y que la verdadera dicha está en el temor de Dios y en la observancia de su ley.

No obstante que todo lo anteriormente enunciado se vé claramente en el libro, desde

(1) Vigouroux. Les livres saints et la critique rationaliste. Tom. IV, p. 229.

los tiempos antiguos se han hecho objeciones sobre su carácter moral. «Opiran algunos hebreos, dice San Gerónimo (1) que entre los demás escritos de Salomón que han sido olvidados, sin quedar de ellos otra cosa que el recuerdo, debía también al mismo olvido entregarse este libro, porque en él se dice que son vanas é inútiles las obras de Dios.» Añaden que solo por los últimos versos del capítulo XII, ha merecido ser colocado en el número de los libros santos. A estas dificultades verdaderamente fútiles han sucedido en nuestros días acusaciones mucho más apasionadas. Se le acusa de escepticismo, materialismo, fatalismo, epicurismo, y pesimismo. Vamos á examinar estas objeciones con tanto más gusto, cuanto que ellos nos dará ocasión de estudiar más completamente la doctrina de este libro y tocar algunas cuestiones que interesan á todo el Antiguo Testamento.

I. EL ESCEPTICISMO DEL ECCLESIASTÉS.

Oigamos como se expresa uno de los acusadores de Salomón. Leon de Rosny dice: «El combate interior que prepara el alma á abrevarse de todas las amarguras del escepticismo, se reconoce hasta en las contradicciones del Kohelet. Mientras que Job se consuela bien ó mal con la impenetrabilidad de los designios de Dios, el Ecclesiastés después

(1) Comment in Ecl.

de haber buscado en vano la explicación del enigma, no se decide á proclamar la impotencia de la razón y la vanidad de todas las cosas, sino cuando la amargura largo tiempo contenida en su corazón ulcerado, desborda á pesar suyo con grandes oleadas y ahoga sus últimas esperanzas y á su Dios. Umbieit ha escrito un libro intitulado *Kohelet scepticus*. Noldoke ha llegado á decir: «El caracter dominante en el autor es el escepticismo; no tiene ninguna convicción.»

Veamos ahora los principales pasajes de los que se toma esta acusación, para examinar si ella es justa. En el capítulo VIII, v. 16-17 dice el Ecclesiastés: «Me consagré de corazón á adquirir la sabiduría y entender las disenciones que hay en la tierra; pues hay hombre que (para adquirir la ciencia) no prueba el sueño, ni de día, ni de noche. Y entendí que el hombre nunca podrá comprender la razón de todas las obras de Dios que se verifican debajo del sol, y que cuanto más trabajare en buscarlo, tanto menos la encontrará. Aunque el sabio diga que conoce las cosas, no podrá encontrar la razón de ellas.»

Para responder á esta objeción no faltan intérpretes católicos que vean en las palabras citadas una dificultad que se propone á sí mismo el autor, para refutarla en seguida; pero esta explicación es poco satisfactoria, porque no se vé que solución alguna siga á la dificultad. Debemos sin embargo advertir

que la solución brevísima que dá Salomón á alguna objeciones ha dado márgen á que se le acuse de escéptico y materialista.

Vamos, pues á responder directamente á esta acusación. El Ecclesiastés es tan poco escéptico, que no solo no resuelve la cuestión de la certidumbre, en sentido negativo; pero ni siquiera la toca. No se pregunta si el hombre puede adquirir certidumbre de alguna cosa; se pregunta solamente si se puede gozar de dicha perfecta en este mundo, y pasando revista á los distintos objetos en que los hombres cifran su felicidad, habla de los que la buscan afanosamente en el estudio y dice que nuestro espíritu es incapaz de llegar á comprender la última razón de las cosas, la cual es una verdad incontestable. En ninguna parte Salomón pone en duda la legitimidad y la realidad de nuestros conocimientos y M. Delitzsch ha tenido razón en responder á Enrique Heine, que llamaba al Ecclesiastés «el cántico de los cánticos del escepticismo,» que por el contrario este libro es el «cántico de los cánticos del temor de Dios.»

II. EL MATERIALISMO DEL ECCLESIASTES.

La principal acusación que hace Voltaire al libro que nos ocupa, es la de materialismo. «El que habla en esta obra, dice: parece estar desengañado de las ilusiones y de las grandezas, cansado de los placeres y disgustado de la ciencia. Parece un epicureo que repite á

cada paso que el justo y el injusto están sujetos á los mismos accidentes, que el hombre nada tiene más que la bestia, que vale más no haber nacido que el vivir, que no existe otra vida y que nada hay verdadero y razonable á no ser gozar en paz del fruto de sus trabajos. Se ha creído ver en él á un materialista sensual y misántropo, que parece haber puesto en el último versículo de su libro alguna palabra edificante sobre Dios para disminuir el escándalo que semejante libro debía causar." [1]

Como se vé, al llamar materialista á Salomón no es porque haya negado la distinción entre el alma y el cuerpo, sino por que niega ó duda por lo menos de la existencia de otra vida.

El primer texto de que se sirven para demostrar la acusación de materialismo es el siguiente: *¿Quién conoció si el espíritu de los hijos de Adán sube hacia arriba y si el espíritu de las bestias desciende hacia abajo?* [2]

Esta objeción se apoya sólo en el fraseo equívoco de nuestra Vulgata Latina. Hé aquí el pasaje íntegro traducido literalmente del texto hebreo: "Lo que sucede al hombre, esto mismo sucede á la bestia, cual es la muerte del uno es la de la otra; todos tienen un mismo soplo (de vida) el hombre nada tiene más

(1) Dictionaire Philosophique, art. Salomón.

(2) Eccl. III. 21.

que la bestia; todo es vanidad. Todo va al mismo lugar; todo ha sido hecho del polvo y todo vuelve al polvo. ¿Quién conoce al espíritu del hombre que sube hacia arriba y al espíritu de la bestia que desciende hacia abajo?"

En consecuencia, el autor sagrado quiere decir: ¡Cuán pocos son los hombres que fijan su atención en lo que acaece al alma después de la muerte! Lo que se une muy bien con lo que habia dicho antes: "Yo he dicho en mi corazón: Dios juzgará al justo y al injusto.

Hay otro pasaje del Ecclesiastés que ha dado lugar á objeciones análogas. Es el siguiente: "Nadie hay que viva siempre. . . . Es mejor un perro vivo que un león muerto. Los vivos saben que han de morir; pero los muertos nada ya pueden conocer y no recibirán ya recompensa. Todo lo que tu mano pueda hacer, haslo pronto, porque en el *sche-ol* [sepulcro] no hay trabajo, ni razón, ni sabiduría, ni ciencia. [1] Dos cosas se desprenden de este pasaje, dicen los racionalistas, que el autor no cree en la inmortalidad del alma y que ninguna idea tiene de recompensa después de la muerte.

Como quiera que esta objeción tiene mayores visos de verosimilitud, justo es que veamos si en otros pasajes del mismo libro, Salomón se explica con más claridad á fin de fijar

(1) Eccl. IX. 4, 5, 10.

por ellos el legítimo sentido de este pasaje. Pues bien, sobre el primer punto, vemos que la creencia en la inmortalidad del alma, además de estar bastante indicado en la palabra *sche-ol* que significa el lugar en donde están las almas después de salir de los cuerpos, lo demuestran suficientemente las palabras del último capítulo: El cuerpo del hombre vuelva á la tierra de donde fué sacado y el espíritu [del hombre] vuelva á Dios que lo creó.» [1] Así, pues, el autor del *Ecclesiastés*, afirma aquí la distinta suerte del cuerpo que se descompone y reduce á polvo, y la del alma que vive en Dios ó lo que es lo mismo, afirma la existencia de otra vida. ¿Es justo que cuando de una manera tan clara se afirma la inmortalidad del alma, vengan los enemigos de la revelación á asegurarnos lo contrario, apoyados en unas palabras bien oscuras y que se prestan á diversas interpretaciones.

Con más claridad, aun si cabe, proclama Salomón en este mismo libro el dogma de la remuneración. Las palabras, son, en efecto, bien claras y terminantes: *Cuncta quae fiunt adducet Deus in iudicium pro omni errato, sive bonum sive malum illud sit* (2) leemos en nuestra Vulgata. El texto original es más explícito porque como lo hace notar Knobel, dice *pro omni occulto* en vez de *pro omni erra-*

(1) Eccl. XII. 7.

(2) Eccl. XII. 14.

to, de modo que la traducción de este pasaje, es la siguiente: *Todo lo que sucede será llevado por Dios á su juicio, á fin de que inquiera todo lo oculto sea bueno ó sea malo.* Si se examina este pasaje sin prevenciones, dice el mismo Knobel, se debe convenir en que el autor habla formalmente de un verdadero juicio que tendrá lugar después de la muerte. Es lo que nos vemos obligados á concluir de la expresión. «Dios hará comparecer todas las acciones ante su tribunal,» para pronunciar su sentencia sobre ellas, y en seguida de la expresión con que nos dice que este juicio se extenderá aun á las cosas ocultas.» [1]

Además, el dogma de la retribución de las obras, no sólo está expresado en el último versículo del libro, lo está también en muchos otros lugares. En uno de ellos, Salomón apela del juicio de los hombres al juicio de Dios que reparará las injusticias de los tribunales de la tierra: *Vi dice, debajo del sol, á la impiedad en vez del juicio, y en lugar de la justicia la iniquidad y dije en mi corazón: Dios juzgará al justo y al impío y entonces será el tiempo de que cada cosa sea puesta en su lugar.* [2] «La prosperidad de los impíos y los sufrimientos de los justos en este mundo, dice sobre este motivo Mendelssohn, suministran la prueba más poderosa en favor de la

(1) Comm. uber das B. Cohelth. p. 23.

(2) Eccl. III. 16-17.

inmortalidad del alma, porque nadie podrá negar que Dios es justo y si algún día el hombre [piadoso y el impío no recibe cada uno su recompensa, Dios sería injusto; por eso quien cree en la existencia de Dios y en su justicia, debe creer también en la inmortalidad del alma, á menos de negar la evidencia, á saber, que en este mundo á menudo el justo sucumbe y el impío prospera.”

Como conclusión de todas estas premisas, sólo añadiremos otras palabras más claras aun si cabe en las que se vé la fé viva del autor del Kohelet en la vida futura. *Sábeta, dice, que por todas estas cosas te llamará el Señor á juicio.* [1] Ahora bien ¿de qué servirá este juicio si el alma no es inmortal, si no hay otra vida más allá de la muerte?

Si, pues, Salomón en este mismo libro afirma estos dogmas de una manera tan terminante, debemos buscar al texto objetado una respuesta conforme á las doctrinas que acabamos de exponer.

Así, pues, en este texto, trata Salomón de explicar un hecho mal comprendido, que desanima á menudo al hombre de bien: es que el justo es tratado lo mismo que el pecador. En vez de dar lugar al abatimiento, es preciso obrar con más ardor, porque ha de llegar el tiempo en que no podremos ya obrar. Un proverbio dice: Vale más un perro vivo que un

[1] Eccl. XI. 9.

leon muerto. Los vivos saben muy bien que han de morir y este pensamiento debe excitarlos á aprovecharse del momento presente. En el fondo, es la misma doctrina que se expresa más claramente en el Nuevo Testamento: *Mientras tenemos tiempo obremos el bien.* [1] *Se acerca la noche cuando nadie puede trabajar.* [2] Los muertos no pueden imitar á los vivos; su destino está ya fijado y no pueden ya con sus obras crear un porvenir lisonjero, no pueden ya entregarse á la actividad y al trabajo y han concluido para ellos y para siempre los goces terrestres.

III. EL FATALISMO DEL ECCLESIASTES.

Se acusa al Ecclesiastés de inclinarse fuertemente á un fatalismo según el que todo en la tierra tiene una marcha fija, inmutable, contra la que nada pueden los esfuerzos humanos por poderosos que sean. La necesidad reina en todas partes, no sólo en lo que concierne á las leyes de la naturaleza, sino también en lo que concierne al destino humano. En el destino humano, lo mismo que en los fenómenos naturales, todo es fijo y constante. Así como el sol, los vientos y los ríos tienen un curso invariable é igual, así por efecto de una ley eterna una generación sigue á otra generación. [3] Esta ley de lo alto es inevita-

(1) Gal. VI. 16.

(2) Joan. IX. 4.

(3) Eccl. I, 4.

ble para el hombre; según esta ley, todos tienen un mismo destino que no puede ser cambiado por la sabiduría ó la necesidad, por la piedad ó la impiedad. Así se expresa el ya citado Knobel.

El Ecclesiastés, en efecto, reconoce que todo está sujeto á las órdenes de la Providencia, como especialmente lo confiesa en el capítulo V, v. 8, pero no hace estas órdenes fatales para el hombre como para la naturaleza. Sólo exagerando mucho su pensamiento puede verse en él un ligero asomo de fatalismo. El mismo Knobel se ve obligado á reconocer que Salomón combate este error "cuando enseña que el varón justo y prudente obra en su propio interés, cuando hace el bien; mientras que el hombre impío é insensato se perjudica á sí mismo al obrar mal. Lo mismo sucede cuando dirige algunas exhortaciones que presuponen en él, la creencia en la libertad humana.

Objétasenos también que el v. 11 del capítulo en donde leemos: *Vi debajo del sol... el tiempo y la casualidad en todas las cosas.* Esto significa, no que el ciego destino rige todas las cosas; sino que los cálculos más hábiles pueden caer por tierra por causas más poderosas que el hombre y causas que nos son desconocidas, como lo demuestra el contesto. El autor del Ecclesiastés admite la responsabilidad del hombre, puesto que enseña que debemos dar cuenta de nuestros actos en el

juicio de Dios como lo vimos en el artículo anterior; y por consiguiente admite que somos libres, porque sólo el ser libre puede ser responsable.

IV. EL EPICUREISMO DEL ECCLESIASTÉS.

Sobre todo en nombre de la moral es en el que se ataca á nuestro libro. Oigamos á uno de nuestros principales adversarios, á M. Noeldeke. "¿Cómo debe el hombre abrirse el camino á través de esta vida de miserias? La única respuesta que el Ecclesiastés da á esta cuestión, es la siguiente: Debemos gozar del tiempo presente. Para él, es la alegría el único bien verdadero que Dios ha dado al hombre. Háse á menudo querido espiritualizar esta alegría; se ha tratado de hacer de ella un puro gozo del espíritu: pero el predicador (el Ecclesiastés) habla en términos claros, y en varios lugares, del placer propiamente dicho, del placer sensual, del placer de comer y de beber y de contemplar cosas bellas." (1) Tal es la objeción. Apóyase en los capítulos II, 24; III, 13; VIII, 15 y IX, 7-9.

Antes de responder directamente á la dificultad, es necesario advertir que en vano buscaremos en el Ecclesiastés, como en ningún otro libro del Antiguo Testamento, una exhortación á la vida de mortificación y de penitencia, tal como la encontramos en el Evan-

(1) Hist. literaria del A. T., p. 250.

gelio; los judíos en tiempo de Salomón no la hubieran comprendido. El autor del Ecclesiastés es un israelita que habla á israelitas de corazón grosero y material, que se hallaban acostumbrados á oír sancionada la observancia de la ley con penas temporales y alentados á cumplirla con la felicidad temporal que se les promete en el Deuteronomio. Pues bien, el goce de las cosas terrenas no es malo en sí mismo, sólo es malo por el abuso que se hace de ellas y nadie podrá demostrar que Salomón aprueba este abuso.

No es necesario suponer con San Jerónimo, Bossuet y otros comentadores que en los lugares donde se trata de las alegrías de la tierra, el Ecclesiastés recuerda las palabras de los impíos y habla en su nombre. Con motivo del v. 7 del capítulo IX: *Ve pues y come alegremente tu pan, y bebe con gozo tu vino, porque á Dios agradan tus obras*, San Jerónimo dice en su comentario: «Ahora, trata del error tan común en los hombres por el que mutuamente se exhortan á gozar de los bienes de esta vida y hace una promopopeya conforme á la costumbre de los retóricos y de los poetas. Todo esto lo dicen Epicuro y Aristipo y Cirenaico y la demás ralea de filósofos.... Pero yo digo que de todo esto juzgará Dios.» Dificilmente se probará que Salomón no habla en su nombre; pero fácilmente se puede justificar su lenguaje, con tal de que no se exagere su alcance, y se recuerde que la ley

antigua, como hemos dicho antes, prometía principalmente á los israelitas las bendiciones temporales como premio al cumplimiento del deber.

Knobel mismo, que como hemos visto, acusa á Salomón de materialismo, confiesa ingenuamente que su nombre no puede colocarse entre los epicúreos. «El, dice, se distingue esencialmente del epicúreo en que no recomienda el placer como fin, sino que quiere que hagamos uso de las comodidades de la vida con reconocimiento á la bondad de Dios que nos las concede, ya que el mejor medio de agradecer el beneficio es hacer uso de él, dentro del orden debido. Además, por gozar de la vida entiende usar tranquila y dulcemente de los bienes de la tierra y no olvida recomendar que se use de ellos con temor de Dios, recordando que Dios ha de juzgar á todos los hombres. Jamás entiendo por gozar de la vida entregarse á una loca embriaguez de los sentidos, á diversiones frívolas, á pasiones desarregladas; lejos de ello condena formalmente todos estos excesos, y demuestra con su propio ejemplo que en vano buscaría el hombre verdadera felicidad en todo esto, porque sólo encontrará, *vanidad, trabajo, dolor y aflicción de espíritu*.»

Un escritor que pregona la inmortalidad del alma, el juicio después de la muerte y consiguientemente la responsabilidad de los actos, que declara deberse usar de los bienes de este

mundo como dones de Dios, á quien será preciso dar cuenta de todas las acciones buenas ó malas, ocultas ó públicas, ciertamente que no es un epicúreo; y no solamente su moral es irrepreensible, sino que es digna de elogios, porque trae consigo el pensamiento de la eternidad y prepara así al Evangelio.

V. EL PESIMISMO DEL ECCLESIASTÉS.

Desde que se inventó el pesimismo, se ha encontrado también este error en el Ecclesiastés y los pesimistas reclamán como suyo al rey sapientísimo, Salomón. Schopenhauer lo saluda como uno de sus antepasados. A. Taubert llama á este libro el catecismo de los pesimistas y recomienda su lectura á todos los partidarios de las desesperadas doctrinas de Eduardo von Hartmann y de Schopenhauer. «El Kohelet, dice Renan, es un libro . . . profundamente moderno. El pesimismo de nuestros días encuentra en él, su más delicada expresión. El autor se nos presenta como un Schopenhauer resignado muy superior, á tantos á quien un golpe de fortuna obliga todos los días á vivir miserablemente en las fondas alemanas.» (1)

Ciertamente, es verdad, que el Ecclesiastés describe los desencantos de la vida con una elocuencia melancólica que produce en nuestro ánimo la impresión más profunda. Pero

(1) L'Ecclesiaste, p. 90.

el pesimismo de este libro es diametralmente opuesto al de los filósofos de nuestro siglo. Estos son materialistas y ateos, aquel cree firmemente en el vicio y en la virtud, en una vida futura más allá de la tumba, en un Dios personal que juzgará á todos los hombres: todas éstas son creencias inconciliables con el pesimismo que es una de las enfermedades de nuestro siglo. No se puede ser pesimista sin ser ateo, porque negar la bondad, la sabiduría y la Providencia de Dios, es negar su existencia. Pues bien, dice el mismo Renan, tan poco consecuente consigo mismo, como siempre lo es; se puede encontrar al escéptico, al materialista, al fatalista, al pesimista sobre todo en el autor del Kohelet, lo que seguramente no hallaremos en él, es al ateo. Para él, negar á Dios, sería negar al mundo, sería el absurdo, la locura misma.» [1]

Antes de concluir, digamos dos palabras acerca de las múltiples contradicciones que se pretenden encontrar en el Ecclesiastés: ellas son aparentes y no reales. Así como el autor es la personificación de la humanidad unas veces alegre [XI. 9.; VIII 15.] otras triste y melancólica, (I. 2.) así también su lenguaje es la expresión de los diversos sentimientos, sentimientos cambiantes y variables; pero corregidos aquí, por la idea religiosa, puesto que el autor es inspirado. Las contradicciones

(1) L'Ecclesiaste, p. 20.

de su espíritu, son las contradicciones propias de la vida porque atravesamos. Así, en el capítulo III, v. 11, dice que Dios ha puesto lo infinito en el corazón del hombre; pero que el hombre no puede llegar al fin que le ha sido asignado. En el capítulo III, 12, 13, dice que lo mejor del mundo es gozar de la vida; pero añade, que no podremos conseguirlo sino por un don de Dios; en el capítulo VIII, 12-14, que los que temen á Dios serán salvados y los que no lo temen, castigados; pero que en esta vida se ven ejemplos de lo contrario. Estos son los hechos. En el mundo moral, nada es absoluto, toda regla sufre excepciones, solo hay una cosa inmutable, es la ley misma, la necesidad de temer á Dios.

CAPITULO XXXV.

EL CANTAR DE LOS CANTARES.

Los hebreos, cuya lengua carece de comparativo y superlativo, se veían obligados á repetir el nombre sustantivo cuando trataban de expresar la excelencia ó superioridad de una cosa. Así es que, «Cantar de los cantares,» ó cántico de los cánticos, significa cántico excelente ó sea el mejor de los que contenía la literatura hebrea. Este pequeño libro ha sido siempre atribuido á Salomón y creese que fué la obra de su juventud, como los Proverbios lo fueron de su edad madura y el Ecclesiastés de su ancianidad.

Trátase en él, si sólo atendemos al sentido literal, de celebrar el matrimonio de Salomón con la hija del rey de Egipto, representándolos bajo la figura de dos pastores; pero además de este sentido literal tiene otro sentido místico, y es en el que fué dictado por el Espíritu Santo y por él colocado en el canon ó catálogo de los libros sagrados. Este sentido místico tiende á representar ó bien el amor de Dios á su pueblo escogido, ó el de Cristo para con la Iglesia, su inmaculada esposa, ó bien el del Señor para con el alma del justo. No trataremos de dilucidar estas cuestiones y determinar en cuál de estos sentidos debe interpretarse el «Cantar de los cantares;» sino únicamente de responder á las dos dificultades que á la divinidad de este libro oponen los impíos de la escuela de Strauss y de Renan.

Ellas son dos: Primero: niegan que este libro haya tenido ó podido tener entre los judíos significación alguna mística.

Segunda: Que el lenguaje del libro es ofensivo á la pureza de las costumbres. Vamos á examinar ambas dificultades.

1.^a Renan escribe sobre este libro: «Sólo por un milagro y gracias á una equivocación, que á la crítica no desagradará, pues que por él tenemos el más curioso quizá de los monumentos de la antigüedad, ha llegado hasta nosotros un libro, obra de un momento de olvido en un pueblo que alentaba siempre con

de su espíritu, son las contradicciones propias de la vida porque atravesamos. Así, en el capítulo III, v. 11, dice que Dios ha puesto lo infinito en el corazón del hombre; pero que el hombre no puede llegar al fin que le ha sido asignado. En el capítulo III, 12, 13, dice que lo mejor del mundo es gozar de la vida; pero añade, que no podremos conseguirlo sino por un don de Dios; en el capítulo VIII, 12-14, que los que temen á Dios serán salvados y los que no lo temen, castigados; pero que en esta vida se ven ejemplos de lo contrario. Estos son los hechos. En el mundo moral, nada es absoluto, toda regla sufre excepciones, solo hay una cosa inmutable, es la ley misma, la necesidad de temer á Dios.

CAPITULO XXXV.

EL CANTAR DE LOS CANTARES.

Los hebreos, cuya lengua carece de comparativo y superlativo, se veían obligados á repetir el nombre sustantivo cuando trataban de expresar la excelencia ó superioridad de una cosa. Así es que, «Cantar de los cantares,» ó cántico de los cánticos, significa cántico excelente ó sea el mejor de los que contenía la literatura hebrea. Este pequeño libro ha sido siempre atribuido á Salomón y creese que fué la obra de su juventud, como los Proverbios lo fueron de su edad madura y el Ecclesiastés de su ancianidad.

Trátase en él, si sólo atendemos al sentido literal, de celebrar el matrimonio de Salomón con la hija del rey de Egipto, representándolos bajo la figura de dos pastores; pero además de este sentido literal tiene otro sentido místico, y es en el que fué dictado por el Espíritu Santo y por él colocado en el canon ó catálogo de los libros sagrados. Este sentido místico tiende á representar ó bien el amor de Dios á su pueblo escogido, ó el de Cristo para con la Iglesia, su inmaculada esposa, ó bien el del Señor para con el alma del justo. No trataremos de dilucidar estas cuestiones y determinar en cuál de estos sentidos debe interpretarse el «Cantar de los cantares;» sino únicamente de responder á las dos dificultades que á la divinidad de este libro oponen los impíos de la escuela de Strauss y de Renan.

Ellas son dos: Primero: niegan que este libro haya tenido ó podido tener entre los judíos significación alguna mística.

Segunda: Que el lenguaje del libro es ofensivo á la pureza de las costumbres. Vamos á examinar ambas dificultades.

1.^a Renan escribe sobre este libro: «Sólo por un milagro y gracias á una equivocación, que á la crítica no desagradará, pues que por él tenemos el más curioso quizá de los monumentos de la antigüedad, ha llegado hasta nosotros un libro, obra de un momento de olvido en un pueblo que alentaba siempre con

esperanzas infinitas y que en él sólo pensó en cosas de la tierra.» (1)

Este libro, añade Reuss, es completamente distinto de todo el resto de la Escritura Santa, y está concebido en un espíritu que no nos contentaremos con llamar antirreligioso, sino positivamente extraño á los sentimientos que dominan en toda la colección de los libros hebreos [2]

La razón que han tenido nuestros adversarios es que nuestro libro aparece enteramente ajeno á los sentimientos de piedad que inspiran los demás, y puede decirse que Dios que llena las Escrituras está ausente del cantar de Salomón.

Pudiéramos conceder todo esto por no intrincarnos en una cuestión que la índole de esta obra no nos permitiría dilucidar; podríamos responder que todo esto sería verdad, si este libro no tuviera un sentido místico, más elevado que el literal, y si esta letra ó esta poesía amatoria fuese otra cosa que la corteza bajo la que se ocultan grandes y tiernísimos misterios. Por eso la tradición así de los judíos, como de los cristianos, ha creído siempre que el Espíritu Santo sólo en un sentido místico dictó este librito.

En consecuencia, para salvar el carácter divino del Cántico, es necesario salvar su ca-

(1) *Le Cantique*, 2.ª ed., pág. IV.

(2) *Le Cantique des Cantiques*, pág. 3 y 4.

rácter místico y de ahí el empeño en negar este último que vemos en los racionalistas. El arriba citado Renan, dice sobre este punto: «¡A cuántas inverosimilitudes se expone quien se empeña en encontrar tan grande desarrollo en la teología trascendental, al atribuir á este libro una significación mística, en el siglo X antes de Cristo. Nada se halló más lejos del misticismo que el espíritu hebreo. La idea de poner el Creador en relación con la criatura, la suposición de que pueden enamorarse uno á otra, los mil refinamientos de este género en que el misticismo hindou y el misticismo cristiano se han dado vuelo, son completamente antípodos de la concepción severa del Dios semítico. Ciertamente que tales ideas parecerían blasfemias en Israel. Ningún pueblo fué más sobrio en simbolismo que el pueblo hebreo, así como en alegorías y especulaciones sobre la divinidad. Trazando una línea divisoria entre Dios y el hombre, ha hecho imposible toda familiaridad, todo sentimiento tierno, toda reciprocidad entre el cielo y la tierra.» (1)

Si no supiéramos que Renan, con el objeto de saciar su odio contra la Iglesia de Cristo y como se ha sabido después, con el de llenar sus arcas con el oro de Rostchild, ha recorrido y estudiado toda la Sagrada Escritura, al leer las anteriores líneas lo acusaríamos de la

(1) *Le Cantique*, 1870, p. 119-121.

más crasa ignorancia. Pero no pudiendo proceder de ella las palabras citadas, tenemos derecho de atribuir las á la más insigne mala fé. Nada hay, en efecto, tan frecuente en la Escritura como la comparación de las relaciones entre Dios y el hombre con las de un esposo con su esposa. Léanse capítulos enteros en que ésta alegoría se continúa y amplía en la profecía de Ezequiel. Su longitud nos impide transcribir aquí sus palabras; por eso preferimos citar las de Jeremías, en cuya profecía leemos: *Ve, dice Dios al profeta, y grita en los oídos de Jerusalem: Así habla Jehovah: Yo me he acordado de tí, de los favores que te he concedido en tu juventud, de tu amor y de nuestros desposorios cuando tú me seguiste al desierto de Siná (1). Tu Criador es tu esposo, dice Isaías, Jehovah Sabaoth es su nombre. [2] Como el esposo se regocija con su esposa, así tu Dios se regocija contigo, (3) añade el mismo profeta.*

Todo sentimiento tierno, toda reciprocidad eran imposibles entre Dios y su pueblo, se nos dice y sin embargo ¿en dónde se podrán encontrar sentimientos más tiernos que en el libro de los Salmos? ¿Podrá hallarse más bien expresado el mutuo afecto entre Dios y la criatura, de lo que vemos esplayarse en no

(1) Jer. II, 2.

(2) Is. LIV, 5.

(3) Is. LXII, 5.

pocos de estos sagrados cánticos? La idea de poner en relación al Criador con la criatura es antípoda de la idea severa del Dios semita, añade Renan, y sin embargo, no hay libro sagrado entre los hebreos, en que esta relación no se halle establecida.

Así, pues, ni el genio del Oriente ni las costumbres literarias ó morales de los israelitas, se oponen á que el Cántico de los Cánticos, sea un poema alegórico; al contrario, todo nos revela en ellos, una inclinación á la alegoría y en particular, á la alegoría que la tradición ha visto siempre en el cántico de Salomón. En efecto, si Dios y el pueblo de Israel son comparados á menudo con el esposo y la esposa, ¿es extraño que las ternezas del uno y el amor de la otra, sean expresados en un cántico epitalámico como el Cantar de los Cantares.

2. La segunda objeción que se hace al carácter sagrado de este libro, es el lenguaje algún tanto libre de que usa para expresar las ideas, al grado de que Voltaire llamó á este libro "una canción de cuerpo de guardia."

Hace cerca de veinte siglos, que las almas más puras, las vírgenes más honestas, las Cecilia y las Inés, vienen repitiendo las palabras de este cántico, y lo que no escandalizó á esas vírgenes que por no perder su pureza, dieron la vida, ofende á los castos oídos de Voltaire y de Renan! *Ri sum teneatis.*

"Cuando yo leo ese famoso Cántico de los

Cánticos, que Voltaire llamaba con tanto gusto una canción de cuerpo de guardia, quedé admirado, dice Lacordaire, de permanecer tan frío delante de tan grande y tan oriental desnudez de expresión; yo me preguntaba el por qué, no comprendiendo aún, que si hay un arte de ocultar el vicio bajo las formas de estilo sábiamente calculadas; haya también un arte de ocultar la virtud bajo colores que parecerían los de la pasión. Sucede con el Cántico de los Cánticos, lo mismo que con el Crucifijo: ambos están desnudos y están desnudos impunemente porque son divinos.» [1]

Respondamos directamente á la objeción. Las costumbres del Oriente nos explican el carácter de su literatura. Los hombres y las mujeres viven completamente separados, y de allí resulta que el lenguaje es menos reservado y la poesía difiere en muchos puntos de la del Occidente, sobre todo por el naturalismo de las imágenes. Además, la civilización hebrea, no era tan refinada como la nuestra. Lo que el presidente de Broses decía de ciertas leyes del Pentateuco, se puede decir también del Cantar de los Cantares. "Cuando un pueblo es salvaje, escribía, es sencillo y sus expresiones lo son también, como quiera que no le causan estrañeza, no tiene necesidad de velarlas con diversos giros de lenguaje, sig-

(1) Lacordaire. Lettres á un Jeune homme, Paris, 1877 tit. IX, p. 28, 289.

nos inequívocos de que la imaginación se halla corrompida. El pueblo hebreo era semi-salvaje (es decir, poco avanzado en la civilización) el libro de sus leyes, trata sin rodeos de las cosas naturales, que nuestras lenguas tienen cuidado de velar. Esta es una señal de que estos modos de hablar nada tenían de licencioso entre ellos; porque no se hubiera escrito un libro de una manera contraria á las costumbres." (1)

Resulta de esta sencillez de costumbres y de lenguaje, dice Rosenmüller, que una poesía alegórica y religiosa tal como el Cántico de los Cánticos, según la interpretación antigua y general, nada tiene de extraño, ni escandaloso para los Orientales. (2) Concluymos con las palabras del Apóstol San Pablo: Todo es limpio para los limpios; para los malvados y pecadores nada es limpio. *Omnia munda mundiis; inquinatis autem et peccatoribus nihil est mundum.* (3)

CAPITULO XXXVI.

EZEQUIEL.

La crítica negativa que tanto se ceba negando la genuinidad de la mayor parte de los libros santos, trata con más consideración las

(1) *Traité de la formation mécanique des langues*, 1795, t. II, n. 189.

(2) *Das alte und neue Morgenland* n. 938, t. IV, p. 180.

(3) Ep. ad Tit.

Cánticos, que Voltaire llamaba con tanto gusto una canción de cuerpo de guardia, quedé admirado, dice Lacordaire, de permanecer tan frío delante de tan grande y tan oriental desnudez de expresión; yo me preguntaba el por qué, no comprendiendo aún, que si hay un arte de ocultar el vicio bajo las formas de estilo sábiamente calculadas; haya también un arte de ocultar la virtud bajo colores que parecerían los de la pasión. Sucede con el Cántico de los Cánticos, lo mismo que con el Crucifijo: ambos están desnudos y están desnudos impunemente porque son divinos.» [1]

Respondamos directamente á la objeción. Las costumbres del Oriente nos explican el carácter de su literatura. Los hombres y las mujeres viven completamente separados, y de allí resulta que el lenguaje es menos reservado y la poesía difiere en muchos puntos de la del Occidente, sobre todo por el naturalismo de las imágenes. Además, la civilización hebrea, no era tan refinada como la nuestra. Lo que el presidente de Broses decía de ciertas leyes del Pentateuco, se puede decir también del Cantar de los Cantares. "Cuando un pueblo es salvaje, escribía, es sencillo y sus expresiones lo son también, como quiera que no le causan estrañeza, no tiene necesidad de velarlas con diversos giros de lenguaje, sig-

(1) Lacordaire. Lettres á un Jeune homme, Paris, 1877 tit. IX, p. 28, 289.

nos inequívocos de que la imaginación se halla corrompida. El pueblo hebreo era semi-salvaje (es decir, poco avanzado en la civilización) el libro de sus leyes, trata sin rodeos de las cosas naturales, que nuestras lenguas tienen cuidado de velar. Esta es una señal de que estos modos de hablar nada tenían de licencioso entre ellos; porque no se hubiera escrito un libro de una manera contraria á las costumbres." (1)

Resulta de esta sencillez de costumbres y de lenguaje, dice Rosenmüller, que una poesía alegórica y religiosa tal como el Cántico de los Cánticos, según la interpretación antigua y general, nada tiene de extraño, ni escandaloso para los Orientales. (2) Concluymos con las palabras del Apóstol San Pablo: Todo es limpio para los limpios; para los malvados y pecadores nada es limpio. *Omnia munda mundiis; inquinatis autem et peccatoribus nihil est mundum.* (3)

CAPITULO XXXVI.

EZEQUIEL.

La crítica negativa que tanto se ceba negando la genuinidad de la mayor parte de los libros santos, trata con más consideración las

(1) *Traité de la formation mécanique des langues*, 1795, t. II, n. 189.

(2) *Das alte und neue Morgenland* n. 938, t. IV, p. 180.

(3) Ep. ad Tit.

profecías de Ezequiel. Es que el estilo uniforme y el carácter sostenido de los vaticinios y su conformidad con las costumbres y situación de los hebreos cautivos en Babilonia, ha cortado el vuelo á la llamada crítica interna.

Sin embargo, los incrédulos del siglo pasado combatieron algunos de los pasajes de Ezequiel, más con las armas del ridículo, que echando á la vanguardia algunas de las observaciones científicas. Tindal, juzgaba inaceptable una parte de los relatos contenidos en este libro, porque contiene mandatos imposibles ó por lo menos indignos de Dios; por ejemplo, la orden de dibujar la ciudad de Jerusalem en la corta extensión de un ladrillo. Pues bien, un ladrillo encontrado en Babilonia y representando el plano de esta ciudad atravesada por el Eufrates, ha mostrado que el hecho era no sólo posible, sino muy conforme con los usos de la Caldea.

Se ha tratado también de poner en ridículo la orden dada á Ezequiel de comerse un libro, [1] de permanecer durante 390 días recostado hácia su lado izquierdo y 40 días sobre el derecho (2), de extraer de su casa todos los muebles y utensilios que en ella había, y salir el mismo por un agujero hecho en la muralla; (3) pero todos estos son símbolos y

(1) Ez. IV, 12-15.

(2) Ez. IV, 4-6.

(3) Ez. XII, 3-7.

profecías de acción, destinadas á herir la imaginación de sus compañeros de cautiverio, con más viveza que meras palabras que en un momento pasan y no dejan huella tan duradera.

Por lo demás, sólo los sucesores de aquellos groseros cafarnaitas que tan materialmente entendieron la promesa de la Eucaristía pueden entender materialmente la manducación del libro; pues al más torpe con tal que no se deje dominar por la mala fé, se ocurrirá que bajo este símbolo, se significa en cualquiera parte del mundo, la compenetración ideal de la inteligencia con los conceptos contenidos en él.

Tampoco se nos dice en esta profecía, ni estamos obligados á entender, que los 430 días en que estuvo Ezequiel recostado sobre el ladrillo, fueran días completos en lo que el profeta no hiciera otra cosa que dormir sucesivamente sobre el lado derecho y sobre el izquierdo; basta para la significación del asedio de Jerusalem que el profeta, por orden de Dios, quería dar á entender, que hácia el crepúsculo de la tarde, á la hora en que los judíos solían, como suelen hacerlo aun hoy, salir á solazarse en las puertas de las ciudades, cuando se ponen á conversar cada uno en la postura que le parece más cómoda, Ezequiel apareciera constantemente echado sobre el ladrillo, prolongando así por 430 días la profecía é impidiendo que la olvidaran.

En general, muchos intérpretes creen que todo esto sólo acaeció en visión, manifestando el profeta á sus conciudadanos lo que el Señor antes le había manifestado en el secreto de su oración.

Tenemos ahora necesidad de ocuparnos de la indigna y sucia burla que hace Voltaire del hecho referido en el capítulo IV de esta profecía, al que en su lenguaje soez, llama el almuerzo de Ezequiel. Mandó Dios al profeta que cociera su pan, valiéndose del estiércol humano como combustible, para manifestar la penuria á que quedarían reducidos los sitiados en Jerusalem, y cuando el profeta manifestó la repugnancia que esto le causaba, Dios que tantos miramientos ha guardado siempre al hombre (*cum reverentia disponis nos,*) le permitió que sustituyera el estiércol humano, con excrementos de buey.

Como se vé, Dios no mandó al profeta Ezequiel la acción indigna que supone Voltaire. Algunos años después el indigno patriarca de Ferney, moría desesperado y haciendo lo que tan de mala fé aseguró que Dios había mandado á Ezequiel.

Cualquiera que haya viajado en Oriente, ó leído las relaciones de los viajeros, comprenderá toda la verosimilitud y carácter local de este pasaje. En Egipto, se ve todos los días á las mujeres, recogiendo el estiércol de las vacas, destinado á reemplazar la leña en extremo rara en esos lugares. En la Palestina y

principalmente en Galilea, se ven las terrazas de casi todas las habitaciones cubiertas de estos desechos de los animales, á fin de secarlos al sol, mezclarlos luego con paja y calentar con ellos los hornos pequeños en que cuecen el pan. Esto mismo sucede en la India, como lo describe largamente J. Philaire, [1] en la revista científica la "Nature."

Quiso, pues, el Señor, manifestar al pueblo cautivo de Babilonia, que á causa del sitio, sus hermanos de Jerusalem, darían muerte á todo el ganado y después no tendrían ni este miserable recurso para encender los hogares.

No será fuera de lugar para añadir una nueva confirmación á la veracidad de este libro, sirviéndonos de los descubrimientos modernos de los asiriólogos, que digamos dos palabras sobre los animales simbólicos que describe Ezequiel.

Los museos asirios de París y de Lóndres, ofrecen hoy á la mirada de los visitantes, varias estatuas colosales, llamadas impropriamente Toros alados, y que parecen haber sido sacados de su olvido secular, para ser testigos gigantescos de la verdad de los libros santos. «Cuatro de aquellas enormes figuras, dice el Abate Darrás, en las cuales la Asiria había simbolizado el Genio, la estabilidad del poder y la actividad de su Imperio, decoran en la actualidad la primera sala del museo

(1) La cremation dans l'Inde meridionale. II, p. 100.

minivita del Louvre. Coloquémonos, pues, delante de una de ellas, y con el texto del profeta á la vista, [1] analicemos en todos sus detalles, aquellos monumentos extraños: Allí veremos un animal alegórico, con rostro humano, cuerpo de toro, cola de león y alas de águila, cuya actitud no carece de majestad, ni de unidad, ni de cierto carácter artístico. La dignidad humana es la que predomina en el conjunto y cautiva sobre todo la mirada; es por cierto lo que decía el profeta: *El aspecto de ellos es una semejanza humana.* Si se fija bien la atención, descúbreanse allí todas las particularidades de la visión profética. *Los piés de ellos son unos piés derechos, cuya planta es semejante á la de un pié de toro. Cada uno camina delante de su rostro, ellos tienen á la derecha, cuatro caras de león, á la izquierda cuatro figuras de toro, en lo alto, cuatro figuras de águila con alas extendidas.* La única diferencia entre los animales de la visión y el monumento lapidario, está en que el del profeta, tenía otra ala abatida sobre todo el cuerpo, cuya desnudez velaba. [2]

[1] Es. I. 5.

[2] Historia de la Iglesia, Tom. III, p. 238.

CAPITULO XXXVII.

DANIEL.

En tres partes suelen dividir los intérpretes el libro de Daniel. La primera parte que es histórica, la segunda en donde se contienen las profecías y la tercera que es deutero-canónica, en que se refiere la historia de la casta Susana y la destrucción de Belo y del Dragón. Trataremos de resolver las dificultades que se hacen contra cada una de ellas.

I. PARTE HISTORICA DEL LIBRO DE DANIEL.

La primera dificultad que se opone á la autenticidad de este libro tomada de su parte histórica, dice Kuenen, es la misma elección de cuatro hebreos para ocupar puestos muy distinguidos en la corte de Babilonia. ¿Era verosímil que para tales empleos llamasen á sus esclavos? (1)

Ciertamente que sí. Es preciso no suponer que los caldeos tuviesen las mismas ideas y las mismas costumbres que nosotros. Tenían costumbre de procurarse esclavos de diferentes naciones, y cuando éstos recibían la educación caldea, se les miraba como caldeos. Los reyes, además, tenían necesidad de ocupar cerca de ellos oficiales de los países que habían conquistado.

(1) Hist. crit. de l'A. T. T. II, p. 558.

minivita del Louvre. Coloquémonos, pues, delante de una de ellas, y con el texto del profeta á la vista, [1] analicemos en todos sus detalles, aquellos monumentos extraños: Allí veremos un animal alegórico, con rostro humano, cuerpo de toro, cola de león y alas de águila, cuya actitud no carece de majestad, ni de unidad, ni de cierto carácter artístico. La dignidad humana es la que predomina en el conjunto y cautiva sobre todo la mirada; es por cierto lo que decía el profeta: *El aspecto de ellos es una semejanza humana.* Si se fija bien la atención, descúbrese allí todas las particularidades de la visión profética. *Los piés de ellos son unos piés derechos, cuya planta es semejante á la de un pié de toro. Cada uno camina delante de su rostro, ellos tienen á la derecha, cuatro caras de león, á la izquierda cuatro figuras de toro, en lo alto, cuatro figuras de águila con alas extendidas.* La única diferencia entre los animales de la visión y el monumento lapidario, está en que el del profeta, tenía otra ala abatida sobre todo el cuerpo, cuya desnudez velaba. [2]

[1] Es. I. 5.

[2] Historia de la Iglesia, Tom. III, p. 238.

CAPITULO XXXVII.

DANIEL.

En tres partes suelen dividir los intérpretes el libro de Daniel. La primera parte que es histórica, la segunda en donde se contienen las profecías y la tercera que es deutero-canónica, en que se refiere la historia de la casta Susana y la destrucción de Belo y del Dragón. Trataremos de resolver las dificultades que se hacen contra cada una de ellas.

I. PARTE HISTORICA DEL LIBRO DE DANIEL.

La primera dificultad que se opone á la autenticidad de este libro tomada de su parte histórica, dice Kuenen, es la misma elección de cuatro hebreos para ocupar puestos muy distinguidos en la corte de Babilonia. ¿Era verosímil que para tales empleos llamasen á sus esclavos? (1)

Ciertamente que sí. Es preciso no suponer que los caldeos tuviesen las mismas ideas y las mismas costumbres que nosotros. Tenían costumbre de procurarse esclavos de diferentes naciones, y cuando éstos recibían la educación caldea, se les miraba como caldeos. Los reyes, además, tenían necesidad de ocupar cerca de ellos oficiales de los países que habían conquistado.

(1) Hist. crit. de l'A. T. T. II, p. 558.

Cuando la crítica ha puesto en duda este lugar de la profecía de Daniel, no sospecha que los monumentos asirio-caldeos iban á demostrarnos esta costumbre de introducir extranjeros en las escuelas reales. Senacherib en el cilindro de Bellino dice: *A Belibni, hijo de un sabio de los alrededores de Suauna que como un doncel se ha educado en mi palacio, yo lo establecí al frente del reino de los Sumir y de los Akkad.* [1]

Otros varios documentos cuneiformes podrían proporcionar más evidencia á nuestra solución. Además, en tiempos muy posteriores ciertamente á Nabocodonosor, pero bastante retirados de los nuestros, en tiempo de los primeros emperadores romanos, sabemos que los libertos, extranjeros muchos de ellos, gozaban de tanto favor y tenían tanto influjo sobre los Césares, que casi eran ellos los que gobernaban el imperio.

La segunda objeción es la siguiente: En una fiesta idolátrica, narrada por Daniel, se encuentra la enumeración de cierto número de instrumentos de música, entre los cuales hay algunos que llevan nombres griegos. Los racionalistas infieren de aquí que el libro en que leemos estas palabras griegas no fué escrito sino en el tiempo de la dominación macedónica. Así lo dice Reuss. Estos instrumentos eran la guitarra ó cítara (kitharis) el

(1) Smith, History of Senacherib, p. 27.

arpa (psalterion) y el cuerno (symphonia.) Algunos añaden la sambuca [sabka.]

Podríamos responder en general que el intérprete latino expresó con nombres de instrumentos que en latín habían conservado sus nombres griegos, los de instrumentos músicos caldeos cuya traducción ó identificación no conocía.

Es, además, muy probable que el nombre que leemos en el original *pesanterin* y que se halla traducido en la Vulgata por salterio, sea el instrumento que los caldeos llamaban *santur*.

Y ¿por qué no, podríamos preguntar á nuestros adversarios, por qué no podrían ser netamente griegos los nombres de estos instrumentos? En los autores antiguos leemos que los caldeos estuvieron en frecuente relación con ellos. Abideno dice que el hijo de Senaquerib, Assaradon á quien él llama Axerdis, tenía á sueldo auxiliares y artistas helenos. En el palacio de Nabucodonosor se hallaba también el hermano del poeta Alceo, Antiménidas. Los Fenicios, que eran entonces el gran pueblo comerciante, derramaban en el Asia los productos de los griegos, y entre esos se hallaban los instrumentos de música, perfeccionados por los helenos, y muy buscados por los asiáticos, grandes amadores de la armonía. Como sucede siempre en la importación de mercancías exóticas, el nombre extranjero se introducía con el objeto que lo

llevaba y por eso el instrumento conservaba su nombre griego en la corte de Nabucodonosor.

Tómase la tercera dificultad de la estatua que Nabucodonosor erigió á sí mismo en el campo de Doura. Es inverosímil la estatua hecha de oro macizo y sería monstruosa si tuviera las dimensiones que le asigna la Biblia, es decir 60 codos de altura por 6 de latitud.

Nadie, sin embargo, se atreverá á decir que ésta estatua fué de oro macizo. Este adjetivo no se halla en el original, ni en la Vulgata, se halla sólo en la falsa interpretación ó en la mala fé de los racionalistas. Con frecuencia, no sólo en la Escritura, sino en los autores profanos, llámase de oro á lo que sólo es dorado, como ya varias veces lo hemos advertido.

Tocante á las dimensiones de la estatua, diremos: que las artes caldeas jamás se acercaron á la perfección que después alcanzaron las griegas. Si bien la estatuaría y la pintura asiria son muy superiores á las egipcias, todavía les falta mucho para llegar al grado de perfección de las obras de Apeles y de Fidias. Sobre todo, la altura de 60 codos representa la altura total del monumento coronado por la estatua y podemos juzgar que dicho monumento consistía en una columna sobre la cual estaba el busto ó estatua de Nabucodonosor. Así lo rezaba antiquísima tradición

que nos conservaron los primeros cristianos en algunas pinturas de las catacumbas, en donde los tres niños cubiertos con sus tiaras y cerca del horno, tienen á un lado la estatua real colocada encima de una columna.

Es la cuarta dificultad la que se desprende de la rara enfermedad con que Dios castigó á Nabucodonosor.

Refiérenos Daniel que después de un sueño profético en el que Dios manifestó al Rey de Babilonia el castigo con que iba á herirlo en pena del orgullo con que había querido hacerse adorar como Dios, éste comenzó á cumplirse en todas sus partes, y Nabucodonosor vió crecerle el vello y las uñas, y encorvándose como un cuadrúpedo huyó á los bosques donde permaneció por siete años, viviendo entre las bestias y alimentándose como muchas de ellas de vegetales.

Esta enfermedad no fué otra cosa que la *Lycantropia* ó *insania zoantrópica*, que es una de las múltiples formas de la demencia, por la cual los hombres se creen cambiados en animales y se ponen á caminar sobre las manos y los piés y comen yerbas como los herbívoros. M. Rosch cita un ejemplo entre varios que presencié él mismo en un hospital de Wurtemberg. [1] Los médicos, lejos de hallar que oponer en la narración de Daniel,

1 Rosch Nabopolassar, tomo XV, pág. 521.

admiran por el contrario su exactitud y conformidad con las observaciones modernas.

Lo extraordinario de este hecho fué sólo su predicción; pero, fuera de esto, nada sale de lo verosímil, con la condición de que nos coloquemos en las circunstancias de tiempo y lugar en que esto sucedió. Hoy en un caso semejante se hubiera colocado al monomaniaco en una casa de orates y allí se le hubiera observado y cuidado con empeño hasta obtener su curación. Entonces los cortesanos se quedaron estupefactos al ver la manía del Rey, que á todos, quizá, era desconocida antes de que llegara ese caso, y no encontrando modo de sujetarlo por el respeto profundo que tenían á sus reyes á quienes adoraban como dioses, lo vieron salir del palacio y desaparecer entre los bosques sin poderlo impedir.

Ni debe parecernos increíble que le hubiera crecido el pelo y las uñas hasta asemejarse en todo á las bestias, porque además de que en las casas de enajenados, todos pueden observar el desarrollo extraordinario del vello en los dementes, esto debió acontecer con mayor causa á Nabucodonosor expuesto á la intemperie durante tanto tiempo y sin cuidado ninguno de su persona.

El silencio de los autores profanos contemporáneos se explica fácilmente, atendiendo á que los antiguos jamás consignaban los hechos adversos ó ignominiosos, de modo que si han

llegado algunos de ellos hasta nosotros, es porque nos los conservaron los anales de los pueblos sus enemigos. Esto de un modo especial debió acontecer con el que examinamos, porque si bien debió ser un hecho notorio y de sensación, no tuvo ese carácter de internacional que pudiera dar motivo á historiadores extranjeros de referirlo.

Sin embargo, no faltan en los monumentos asirios, indicios vehementísimos de este acontecimiento. En una inscripción relativa á los muros de Babilonia, el mismo orgulloso monarca escribió: "Nebatnetzar, Rey de Babilonia, yo mismo declaro: Nabopolasar mi padre que me engendró, emprendió construir el gran recinto de Babilonia, que Bel Dagón guarda. Dios Merodach, gran Señor, bendice también las tentativas de mi mano, sé propicio, *acepta mi humillación, concédeme la prolongación de mi vida*, hasta los días más remotos.

Beroso, citado por Flavio Josefo (1), hace alusión á la enfermedad de Nabucodonosor, diciendo: "Después de haber empezado la construcción de los muros, aquel monarca fué acometido de una enfermedad que lo redujo á la impotencia."

Lo último que suele oponerse á la veracidad de esta primera parte del libro de Daniel, es que el nombre de Baltazar, en vano se busca en el catálogo de los reyes de Babilonia.

(1) Cont. Ap. I, I. c. vi,

El último rey de Babilonia, dice M. Kuenen, bajo cuyo reinado espiró este poderoso imperio, cayendo bajo el poder de los Medo-Persas, fué Nabonid, y es muy difícil identificar á éste con Baltazar.

Es cierto, no podemos decir que Nabonid y Baltazar son nombres que corresponden á la misma persona; pero sí podemos y debemos decir que Baltazar fué el hijo de Nabonid. Nos lo enseña una inscripción cuneiforme que dice: "En lo que toca á Baltazar [Bilsar-usur], mi hijo primogénito, el vástago de mi corazón, que el temor de tu divinidad grande se ponga en su corazón á fin de que no se incline hácia el pecado y no se incline hácia la injusticia."

La causa de que el nombre de Baltazar no se halle en el catálogo de los reyes de Babilonia, es que este rey nunca gobernó sólo, pues el mismo Daniel nos lo presenta al entrar Ciro á la capital del reino, como teniendo el segundo rango en el mismo; porque queriendo dar al profeta la más amplia recompensa que estaba en sus manos, le ofreció el primer lugar después del que él ocupaba y que era el *tercero en el imperio*, lo que prueba que Baltazar sólo ocupaba el segundo.

Las inscripciones de Nabonid explican y confirman todos estos detalles. Este monarca se hallaba entónces fuera de la ciudad, y había dejado el mando de la misma á su hijo primogénito que de ese modo se halló sólo

encargado de la defensa de la ciudad y llenando las funciones de Rey. Lo que nos dice de Baltazar el libro de Daniel, es tanto más notable y tanto más concluyente en favor de su autoridad, cuanto que ningún autor antiguo nos ha conservado el nombre del hijo de Nabonid que sólo nos era conocido por los escritos del profeta judío, antes de que los monumentos asirios vinieran de nuevo á revelárnoslo. La única dificultad que quedaría en pié, sería la de que Baltazar es llamado en nuestro libro, hijo de Nabucodonosor, si no supiéramos la costumbre de los orientales, de llamarse hijos de aquel de sus antepasados que adquirió mayor lustre ó fama entre los suyos.

II. LA HISTORIA DE SUSANA.

En la parte deuterocanónica del libro de Daniel, es decir, en esa parte escrita en caldeo y que no se encuentra en el texto hebreo, encontramos la bella historia de la casta Susana. Había entre los israelitas cautivos en Babilonia, un hombre bastante rico, llamado Joaquín. No debe admirarnos ni parecernos inverosímil, el que entre los cautivos hubiera un judío bastante rico, hasta tener una gran casa con magnífico jardín y estanques y criados y perfumes, como se nos pinta en este libro. Todo el mundo conoce la facilidad con que los judíos se enriquecen á costa de los pueblos en medio de los que viven, de modo

que es muy verosímil lo que sirve de principio á esta historia.

Joaquín tenía una esposa llamada Susana, cuya hermosura excitó los desenfrenados deseos de dos viejos lascivos á quienes ni sus canas, ni el cargo de jueces que ejercían entre su pueblo fueron capaces de contener; así es que formaron el propósito de seducirla, introduciéndose furtivamente en el jardín donde estaba el estanque destinado al baño. Habiendo formado cada uno separadamente este malvado designio, dió la casualidad de que en el mismo día y en la misma ocasión, lo pusieran en práctica.

La incredulidad halla también esto inverosímil; ¿pero lo es que dos ancianos se hayan al mismo tiempo prendado de la hermosura de una mujer? ¿Lo es que los dos hayan escogido el mismo lugar para solicitarla? No lo creemos, ya que dadas las condiciones de las casas y las costumbres orientales, era este lugar el que se ofrecía más propicio para llevar á cabo el propósito nefando. ¿Acaso en el tiempo escogido por ambos, hay inverosimilitud? Tampoco, ya que cada uno por su lado pudo informarse del día en que Susana bajaba al baño y así, encontrarse en la misma ocasión.

Prosigue Daniel contándonos cómo resistió Susana y la infame calumnia que profirieron los viejos, ante el tribunal israelita que la condenó conforme á la ley de Moisés á que

fuese apedreada. Pero ¿es de creerse que los judíos cautivos, tuviesen jueces de su misma nación y pudiesen ser juzgados conforme á sus propias leyes, aun á la pena de muerte? Ciertamente que esto no sucedería en las sociedades actuales en las que la ciencia del gobierno ha llegado á un notable grado de perfección; pero no tenemos razón alguna para negar que esto sucediese en la antigüedad, siempre que nos lo refiera un autor como Daniel, digno de toda fé. A no pocos, parece también inverosímil el que Susana hubiese sido condenada sin ser oída y sobre el testimonio de sus mismos acusadores; pero ¿acaso en la historia es éste el primer ejemplo de un juicio inicuo en el que se haya pasado sobre lo que aconseja la misma *sindéresis*? Además, las canas de los dos acusadores y su calidad de jueces, hicieron grande violencia en el ánimo de los magistrados israelitas, para creer indudable la comisión del que imputaban á Susana.

Dios Nuestro Señor, no quiso que se consumara esta obra de iniquidad; sino que destinó al joven Daniel para que pusiese en claro la inocencia de Susana y la infamia de los ancianos. Cuando la inocente esposa de Joaquín, era llevada al suplicio, Daniel se puso á clamar en voz bastante alta para que la oyese todo el pueblo: *Soy inocente en la sangre que se va á derramar*. Entonces el pueblo en masa detuvo la ejecución de la sentencia

y autorizó á Daniel para que de nuevo juzgase á Susana y á sus acusadores.

No debe extrañarse que el pueblo se haya detenido para dar lugar á un nuevo juicio. Daniel pertenecía á la familia real y probablemente había ya hecho algún vaticinio que le había captado anticipadamente la estimación del pueblo; á lo que debemos añadir que el grande valimiento que gozaba en la corte de Nabucodonosor debió influir mucho en el ánimo de los jueces para permitir que se emprendiera de nuevo el juicio.

La principal dificultad que se opone á la veracidad de esta historia, es el juego de palabras que se encuentra en el texto griego y que es de creerse no se hallase en el texto original, ya fuese hebreo ó ya caldeo.

Llamó Daniel al primero de los acusadores y le preguntó bajo qué árbol vió á Susana faltar á la fé prometida á Joaquín y lo oyó responder: debajo de un cerezo.

En griego este árbol se designa con la palabra *sxinos*, *schinos*, y entonces el profeta replicó: Tú has mentido en contra de tu propia cabeza. Mira llegar el angel del Señor que te va á cortar [*schisei*] por el medio. Luego, habiendo hecho retirar al primero, llamó al segundo y le dijo: Raza de Canán y no de Judá, la belleza te ha seducido y la sensualidad ha invadido tu corazón.... Dime ahora bajo qué árbol los sorprendiste? El respondió: bajo de un castaño (*prinos*). Entonces

Daniel replicó: Tú también has mentido contra tu propia cabeza. El Angel del Señor te va á partir, *prisei*; ya te espera con la espada en la mano para cortarte en dos partes y exterminar á los dos.

Este juego de palabras que hallamos en la versión griega se nos dice que es imposible en hebreo ó en caldeo y por consiguiente no puede haber sido escrito por el mismo Daniel, dicen los racionalistas.

Admira la seguridad con que después de veinticinco siglos los semi-sabios incrédulos afirman que en caldeo ó en hebreo es imposible un juego semejante. Uno de los principales enemigos de la autenticidad de este pasaje, M. Reuss, al traducirlo al francés, ha encontrado un juego muy semejante: ¿por qué, pues, el traductor griego no haría lo mismo al vertir este pasaje de su idioma primitivo? Sería además muy posible que este juego de palabras no haya existido en el texto tal como existe en la traducción; pero si existía, lo que es más inverosímil, se puede suponer, como lo hizo Orígenes, respondiendo á esta misma dificultad propuesta por Julio Africano, que el autor semita ha empleado nombres de árboles diferentes que se prestaban á esta paronomasis en hebreo ó en caldeo, y que el traductor griego Teodocion substituyó á estos nombres los de otros árboles que le permitieron conservar este juego de palabras.

Una cosa semejante hizo San Jerónimo, cuando no pudiendo conservar el juego de palabras que se encuentra en el texto hebreo del capítulo de Jeremías, en donde le mostró Dios al profeta una vara de almendro que en el original suena lo mismo que el futuro del verbo *vigilar*, dejó la traducción literal de la especie á que pertenecía la vara que vió el profeta y tradujo así *virgam vigilantem ego video*; juego que sería imposible en español. "El género de las alusiones, dice Moulinie, era muy común en el Oriente, tanto que lo vemos aún en el Nuevo Testamento, como cuando Jesucristo dijo á San Pedro: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. Sin embargo, Jesucristo no hablaba griego sino siro-caldeo. ¿Qué es lo que ha sucedido? Que los evangelistas han traducido en griego, la alusión que también favorece el siríaco, en el que *Cephas* significa piedra, lo mismo que el griego *Keipha*. Lo mismo sucedió con las alusiones de Daniel, que el traductor Teodoción debe haber encontrado el medio de verterlas en griego, sin alterar el sentido del original." (1)

Para concluir esta materia, responderemos á la última dificultad que resulta del juicio de Daniel y de la condenación de los ancianos. Suelen decirnos que el juicio de los an-

(1) Notice sur les livres apocryphes de l'Ancien Testament. Geneve. 1828, p. 94.

cianos, fué tan tumultuoso, precipitado é ilegal como había sido el de Susana.

Nada hay más falso que esta aserción. El juicio fué llevado á punto de sentencia, aunque con gran rapidez, desde el momento en que en el ánimo del juez y aun en el de los espectadores se produjo la evidencia de la calumnia de que había sido objeto Susana. Una vez sucedido esto, la pena estaba indicada en la ley de Moisés: la pena del talión; y como los judíos no dejaban pasar intervalo alguno de tiempo entre la pronunciación de la sentencia y su ejecución, los viejos lascivos y calumniadores, fueron inmediatamente sacados de la ciudad y apedreados.

III. HISTORIA DE BELO Y EL DRAGON.

Dos son las dificultades que oponen los incrédulos acerca de estos dos puntos de la profecía de Daniel. La primera dice que falsamente se atribuye á la ingeniosa traza de Daniel, la destrucción del templo de Belo, cuando sabemos que fué destruido por un rey de Persia, Jerjes, como lo refieren Herodoto, Strabon y Arriano.

Podemos responder, ó bien que Daniel no habla de la demolición del templo, sino de su destrucción en calidad de tal, ó sea de su execración, destruyendo sólo el ídolo y el altar, y dedicando luego el edificio á otros usos, ó bien que después de la muerte de Nabucodonosor se reedificó de nuevo, lo cual no es

improbable, dada la rapidez con que los asirios levantaban los edificios, multiplicando asombrosamente los brazos, tanto más, cuanto que entre Nabucodonosor y Jerjes, transcurrieron cerca de doscientos años.

Herodoto, al describirnos el templo de Belo, nos suministra otra solución. Según dicho escritor, todo el edificio sagrado, *hierón*, consistía en una pirámide de muchos pisos sobrepuestos, en cuya cúspide se hallaba un pequeño santuario (*neos*) donde era honrada la gran estatua de oro de Belo, cerca de la que había una gran mesa también de oro. En esta mesa se colocaban los manjares que se hacía creer al rey, eran devorados por el dios. [1] De este modo el historiador griego, confirma admirablemente el relato de Daniel, porque según esta descripción, el santuario que mandó destruir el Profeta, fué el que se hallaba al pie de la pirámide.

En segundo lugar, se nos objeta que los caldeos, jamás dieron culto á los animales vivos, como lo supone el libro de Daniel, al referirnos que dió muerte al dragón que adoraban los babilonios y á quien llamaban el Dios vivo. Lo contrario de lo que se asienta en esta objeción, nos aseguran los más fundados asiriólogos así creyentes, como racionalistas.

Lenormant, hablando sobre un texto de Jeremías, dice, "que en algunos templos de

(1) Herodoto, I. 181, 183.

Babilonia, se alimentaban serpientes como intérpretes de los dioses y sirviéndose de ellos para dar oráculos." [1] M. Schrader, racionalista, dice: "Sólo por un craso error ó por una inconcebible mala fé, se ha negado que el culto de la serpiente, haya estado en voga entre los babilonios." (2)

CAPITULO XXXVIII.

LOS PROFETAS MENORES.

Llámanse así los doce varones enriquecidos con el espíritu profético que vivieron en los últimos años de los reinos de Israel y de Judá, y aun en los que siguieron á la cautividad con la misma misión que los mayores, es decir, apartar al pueblo de la idolatría, anunciarle las amenazas que Dios les hacía para alejarlos del mal camino y vaticinar diversos hechos y cualidades del futuro Mesías.

Tienen el nombre de menores, ó bien porque escribieron menos que los mayores, ó bien, porque sus vaticinios fueron de menor importancia que los otros. La brevedad de sus escritos ha hecho que la crítica racionalista se cebe menos en ellos que en los demás libros de la Escritura. Las dificultades que nacen de su lectura son más bien hermenéuticas que críticas, por lo que las pasamos en

(1) La divination chez les chaldeens, pág. 90.

(2) Wörterbuch des biblischen, Tit. I. p. 288.

improbable, dada la rapidez con que los asirios levantaban los edificios, multiplicando asombrosamente los brazos, tanto más, cuanto que entre Nabucodonosor y Jerjes, transcurrieron cerca de doscientos años.

Herodoto, al describirnos el templo de Belo, nos suministra otra solución. Según dicho escritor, todo el edificio sagrado, *hierón*, consistía en una pirámide de muchos pisos sobrepuestos, en cuya cúspide se hallaba un pequeño santuario (*neos*) donde era honrada la gran estatua de oro de Belo, cerca de la que había una gran mesa también de oro. En esta mesa se colocaban los manjares que se hacía creer al rey, eran devorados por el dios. [1] De este modo el historiador griego, confirma admirablemente el relato de Daniel, porque según esta descripción, el santuario que mandó destruir el Profeta, fué el que se hallaba al pie de la pirámide.

En segundo lugar, se nos objeta que los caldeos, jamás dieron culto á los animales vivos, como lo supone el libro de Daniel, al referirnos que dió muerte al dragón que adoraban los babilonios y á quien llamaban el Dios vivo. Lo contrario de lo que se asienta en esta objeción, nos aseguran los más fundados asiriólogos así creyentes, como racionalistas.

Lenormant, hablando sobre un texto de Jeremías, dice, "que en algunos templos de

(1) Herodoto, I. 181, 183.

Babilonia, se alimentaban serpientes como intérpretes de los dioses y sirviéndose de ellos para dar oráculos." [1] M. Schrader, racionalista, dice: "Sólo por un craso error ó por una inconcebible mala fé, se ha negado que el culto de la serpiente, haya estado en voga entre los babilonios." (2)

CAPITULO XXXVIII.

LOS PROFETAS MENORES.

Llámanse así los doce varones enriquecidos con el espíritu profético que vivieron en los últimos años de los reinos de Israel y de Judá, y aun en los que siguieron á la cautividad con la misma misión que los mayores, es decir, apartar al pueblo de la idolatría, anunciarle las amenazas que Dios les hacía para alejarlos del mal camino y vaticinar diversos hechos y cualidades del futuro Mesías.

Tienen el nombre de menores, ó bien porque escribieron menos que los mayores, ó bien, porque sus vaticinios fueron de menor importancia que los otros. La brevedad de sus escritos ha hecho que la crítica racionalista se cebe menos en ellos que en los demás libros de la Escritura. Las dificultades que nacen de su lectura son más bien hermenéuticas que críticas, por lo que las pasamos en

(1) La divination chez les chaldeens, pág. 90.

(2) Wörterbuch des biblischen, Tit. I. p. 288.

silencio. Sólo nos ocuparemos de aquellas que nos oponen invocando el nombre de la ciencia. Ellas son principalmente sobre la milagrosa conservación de Jonás en el vientre del pez, y sobre una amenaza que hace Dios á Israel en la profecía de Habacuc. De ellas vamos á ocuparnos. Hacemos caso omiso de la que en el siglo pasado se hizo acerca del reducido valle de Josafat, en el que debería verificarse el juicio universal, como del cap. III de la profecía de Joel solían enseñar los expositores católicos y algunos protestantes. Hoy ningún expositor entiende las palabras de Joel, del valle que corre entre el monte Olivete y la ciudad de Jerusalem, sino que traduciendo la palabra *Josaphat* que quiere decir *juicio de Dios*, y no dándole el significado del nombre propio del rey de Judá y del valle donde fué sepultado, nos enseñan que este acto solemne se verificará en un gran valle, que por este mismo hecho se llamará del juicio de Dios.

I. JONAS.

El hecho de Jonás arrojado al mar y sepultado en el vientre de una ballena, en donde permaneció durante tres días al cabo de los cuales salió ileso de su vientre, dá también motivo á la falsa ciencia para negar la veracidad de las divinas Escrituras.

Antes de responder á las objeciones debemos advertir que se trata aquí de un hecho

rigurosamente histórico, conservado en las tradiciones orientales hasta el día de hoy.

Oigamos en prueba de esto á M. Victor Laplace, consul de Francia en Mossul, cuyas observaciones en punto á hechos bíblicos, hemos citado ya en otra parte: «Este país está lleno de los más curiosos recuerdos; hé aquí uno de ellos que os sorprenderá sin duda alguna. La semana pasada celebró la ciudad de Nínive tres días de ayuno seguidos de un día de regocijo en conmemoración de la penitencia impuesta á los ninivitas por Jonás. Bien podéis decir que sabéis por un cónsul que se halla en el mismo lugar, que una ciudad entera conmemora todos los años uno de los hechos más extraños y antiguos de la Biblia. Lo más curioso es que los musulmanes mismos respetan era tradición y celebran la fiesta al mismo tiempo que los cristianos. Es cierto que el Corán consagra un capítulo entero á Jonás, y que á la vista de Mossul hay sobre un montecillo artificial una mezquita muy venerada en la cual es fama que se oculta el sepulcro de Jonás. Dicha mezquita es aun tan venerada que, aunque tengamos la prueba de que aquél montecillo encierra los más preciosos restos de arqueología asiria, no nos ha sido posible hacer en ella exploración alguna.

El tocar el suelo que sustenta el sepulcro de Jonás fuera exponerse á hacer estallar una revolución. Cada viernes á la hora de la ora-

ción, las gentes vienen en tropel de Mossul, para hacer allí una peregrinación.»

Si, pues, Jonás fué un personaje histórico y el recuerdo de su predicación en Nínive se ha conservado á través de los siglos, tócanos ahora examinar estas dos cuestiones que se relacionan estrechamente con la conciencia: 1. ^o ¿Es creible lo que se refiere sobre que Jonás fué devorado por una ballena? 2. ^o ¿Es posible que Jonás sin morir hubiera permanecido durante tres días en el vientre de este animal? Vamos á examinarlas.

I. EL PEZ DE TOBIAS.

Antes de entrar de lleno á la cuestión y responder directamente á la pregunta que nos hemos propuesto, es necesario inquirir sobre el sentido de las palabras con que en el libro de Jonás y en el Evangelio de San Mateo se designa el pez en cuestión. Nuestra vulgata lo llama *cetus*, ballena, el griego igualmente escribe *Ketos*; pero el texto hebreo pone un término más general y dice que fué *doggadol* un *pez grande*, sin determinar la especie á que pertenecía, lo cual es muy conforme á las probabilidades y constituye una prueba intrínseca de la verdad del relato. El historiador es creible que no supiese el nombre específico de los peces que poblaban el Mediterráneo, ya que en las Escrituras sólo se hallan designados con sus nombres propios los animales que se hallaban más en contac-

to con los israelitas, y estos no eran ciertamente los grandes monstruos marinos que habitaban en alta mar.

En este sentido la cuestión queda reducida á lo siguiente: ¿Hay en el Mediterráneo un pez bastante grande para devorar á Jonás sin despedazarlo?

Si damos fe á lo que han observado los naturalistas y los viajeros, no podemos negarlo. Al Abate Moigno no parece imposible que haya sido una ballena. Por una parte si la generalidad de la ballenas tienen muy estrechas las fauces, nada prueba que no existan algunas de más ancha garganta tanto más cuanto que nos faltan suficientes observaciones para asegurar que es imposible el hecho que defendemos. Por otra, si nos es frecuente encontrar ballenas en el Mediterráneo, tenemos, sin embargo, no pocos testimonios que nos asegura haberlas visto en dicho mar y entre ellos Echrict en el año de 1854.

Pero además de la ballena, hay en el Mediterráneo dos peces bastante grandes para devorar á un hombre. Estos son la *lamia* ó *carcana*, en francés *requin* y el *Tiburón*. Del primero, olvidando testimonios de los antiguos que pudieron parecer poco fundados, dice Rondelet en su *Historia de los peces* que vió uno en Santoña cuya garganta era bastante grande para que pudiera entrar por ella un hombre grueso y robusto; y que se han pescado algunos en el Mediterráneo cuyo pe-

so era de quince mil libras y de cuyo vientre se han extraído hombres enteros aun completamente armados. Cosas semejantes nos refiere la Historia natural acerca del tiburón.

2. LA VIDA DE JONAS DENTRO DEL VIENTRE DEL PEZ.

Notemos desde luego que nunca las exegetas han tratado de explicar el hecho de Jonás sin la intervención del milagro. De modo que si la ciencia llega á demostrar que es absolutamente imposible, esto es, que en ninguna circunstancia puede un hombre conservarse vivo impedido el ejercicio de la respiración, todavía no habrían demostrado la falsedad del relato sagrado; se necesitaría que probasen la imposibilidad del milagro.

Y si Jonás, al ser devorado, perdió la vida ¿acaso Dios por cuya virtud resucitó Lázaro que hacía cuatro días estaba en el sepulcro, no pudo resucitar á Jonás después de tres días de muerto al arrojarlo el pez en la playa? Pero la ciencia humana está muy lejos de haber demostrado ser de todo punto imposible la vida en las condiciones de Jonás.

Desde luego tenemos un ejemplo de lo contrario en la vida de los niños cuando aun están en el seno de la madre, sin ejercicio alguno de la respiración, por el solo acto de la circulación de la sangre que puede aun haberse suspendido en Jonás como sucede en

ciertos estados de letargo, ó de síncope, con persistencia de los movimientos del corazón.

Pero últimamente la ciencia experimental ha llegado á adquirir la certidumbre de que este hecho es posible aun sin la intervención del milagro. Durante mucho tiempo se tuvo como fabuloso lo que referían algunos viajeros de algunos indios que por una suma de dinero se dejaban enterrar vivos y se sembraba sobre ellos arroz y eran desenterrados vivos aun después de la siega.

Hoy que se han hecho varios experimentos semejantes con algunos sapos se ha empezado á creer en la posibilidad de este relato. En efecto, un hecho muy notable de este género se sometió al dictamen de la Academia de Ciencias el 4 de Agosto de 1851 y una comisión de los más notables naturalistas franceses, entre los cuales se hallaban Elías de Beaumont, Flourens, Milne Edwards, Dumeul y otros se encargó de estudiarlo. La comisión declaró haber visto en la cavidad de un grueso sílice, un sapo vivo, apoyado sobre el vientre, echado y replegado sobre sí mismo, en un espacio muy reducido que llenaba enteramente agazapado encogido y apretado. En vano se trató de encontrar una vía de comunicación con el aire exterior, algún boquete ó canal que pudiera haber dejado penetrar el aire hasta el animal. Los mismos sabios que no pudieron dar una explicación satisfactoria de éste hecho, confiesan que desde hacía dos

siglos, se venían observando hechos semejantes, cuya explicación no ha estado hasta hoy, al alcance de la ciencia.

No era posible, sin embargo, que los hombres á quienes *entregó Dios el mundo para que disputasen sobre él*, se quedasen sin renovar estas experiencias, y en efecto, M. Seguín, célebre ingeniero, hizo un experimento por sí mismo. Colocó una docena de sapos, unos en vasijas de barro y otros en varios restos de regaderas de hojas de lata, envolviéndolos con yeso amasado. Al cabo de algunos días, inspeccionó las vasijas y habiendo encontrado un sapo vivo, resolvió conservar los demás, durante un número de años muy considerable. "En opinión de mi familia, dice M. Seguín, ellos permanecieron allí diez años. Al cabo del tiempo presumido, que si no fué de diez años, no debió bajar de cinco á seis, rompí el yeso que estaba muy duro, y encontré en uno de los vasos, un sapo en perfecto estado de salud; el yeso hallábase enteramente amoldado sobre él, y éste llenaba la cavidad de aquel. En el momento en que rompí el yeso, dicho animal hizo un esfuerzo para salir de su estrecha prisión, mas fué detenido por una de sus patas que permanecía pegada. Rompí esa parte del yeso, el animal saltó al suelo, y recobró sus movimientos habituales como si no hubiese habido interrupción alguna en su modo de existir.

Hé aquí, pues, á la ciencia verdadera ase-

gurando un hecho mucho más difícil que el de la conservación de la vida de Jonás en el vientre de la ballena. Así, pues, la que grita á lo imposible, es la supuesta, es la falsa ciencia.

II. HABACUC.

En el capítulo III de los vaticinios de este profeta, hace la siguiente amenaza al pueblo de Israel tan negligente en cumplir la santa ley de Dios: "*La higuera no florecerá*. Pues bien, replica la incredulidad, todo el mundo sabe que en ninguna estación del año y en ningún lugar de la tierra, el higo dá flores, como las dan los demás árboles frutales, sino que dá inmediatamente los frutos ó sea los higos. En consecuencia, esto no pudo ser un castigo sino la naturaleza misma de la higuera.

Esta dificultad es una nueva demostración de la mala fé que anima á los adversarios de la Sagrada Escritura, que se aprovechan de todo cuanto puede servir para inspirar á los de poca instrucción, el desprecio de este libro divino. Desde luego en el texto hebreo, en vez de la palabra *florebit, florecerá*, que leemos en la Vulgata, se encuentra la voz *Farac*, que lo mismo significa *florece* que *pulular* ó *germinar*. El contexto mismo indica suficientemente, que esta voz significa la fructificación de la higuera, pues se trata allí del fruto de otras plantas cuando se dice: "*No habrá pimpollo en la vid, faltará el fruto del olivo y los*

campos no producirán el pan. Los setenta intérpretes así traducen este lugar, así como el texto siríaco, el arábico y la antigua Itala.

Podríamos responder también, siguiendo la opinión de algunos botánicos, que si bien el higo no tiene una flor tan aparente y vistosa como en los otros árboles, es decir, si carece de corola, no por eso deja de tener las partes esenciales de la flor, que son los pistilos y el ovario, aunque estén encerrados dentro del mismo fruto.

Pero aun cuando no puede decirse que la higuera en algun sentido produce flor antes que el fruto, la expresión de nuestra Vulgata, que evidentemente es figurada, puede muy bien emplearse como en los clásicos latinos la encontramos empleada de la misma manera, sin que nadie se atreva á decir que choca á la ciencia ó al sentido común. Así Virgilio dice: *Pampineo gravidus autumnus floret ager* (1) y sin embargo, la vid no florece en el otoño, y Lucrecio en el mismo sentido dice: *Floret mare navibus.* (2)

CAPITULO XXXIX.

LOS MACABEOS.

El autor ó los autores de los dos libros de los Macabeos, dicen con un aplomo admirable los enemigos de la divina revelación, mani-

(1) Georg. lib. II. vers. 5.

(2) Libro V.

fiestan una supina ignorancia en cuanto se refiere á la historia profana contemporánea á la época que historían. Comienzan en el primer capítulo del primer libro por decirnos que Alejandro Magno antes de morir dividió su reino entre sus principales capitanes; siendo así que la historia profana enseña que después de la muerte del gran conquistador fué cuando sus capitanes se disputaron y dividieron el imperio. El mismo Alejandro, hijo de Felipe y oriundo de Grecia como todos saben, es llamado en este libro, originario de la tierra de Cethin; que según el libro de los Números (1) es la Italia. Finalmente, ni siquiera mostró tener rudimentos del derecho público y de la historia romana, cuando asegura que los romanos *encomendaban anualmente á un magistrado elegido por ellos el gobierno de su república*, (2) siendo así, como todos sabemos, que la república romana era regida por dos cónsules que eran elegidos cada año, entre los ciudadanos. Para colmo de la ignorancia, el autor del primero de nuestros libros, supone que los espartanos son del linaje de Abraham, por lo que los llama hermanos de los hebreos. (3).

Vamos á contestar á cada una de estas dificultades. Con relación á los últimos años de la vida de Alejandro Magno, nada cierto ha-

(1) XXIV. 24.

(2) I. Mac. VIII. 16.

(3) I. Mac. XII. 6. 7.

campos no producirán el pan. Los setenta intérpretes así traducen este lugar, así como el texto siríaco, el arábico y la antigua Itala.

Podríamos responder también, siguiendo la opinión de algunos botánicos, que si bien el higo no tiene una flor tan aparente y vistosa como en los otros árboles, es decir, si carece de corola, no por eso deja de tener las partes esenciales de la flor, que son los pistilos y el ovario, aunque estén encerrados dentro del mismo fruto.

Pero aun cuando no puede decirse que la higuera en algun sentido produce flor antes que el fruto, la expresión de nuestra Vulgata, que evidentemente es figurada, puede muy bien emplearse como en los clásicos latinos la encontramos empleada de la misma manera, sin que nadie se atreva á decir que choca á la ciencia ó al sentido común. Así Virgilio dice: *Pampineo gravidus autumnus floret ager* (1) y sin embargo, la vid no florece en el otoño, y Lucrecio en el mismo sentido dice: *Floret mare navibus.* (2)

CAPITULO XXXIX.

LOS MACABEOS.

El autor ó los autores de los dos libros de los Macabeos, dicen con un aplomo admirable los enemigos de la divina revelación, mani-

(1) Georg. lib. II. vers. 5.

(2) Libro V.

fiestan una supina ignorancia en cuanto se refiere á la historia profana contemporánea á la época que historían. Comienzan en el primer capítulo del primer libro por decirnos que Alejandro Magno antes de morir dividió su reino entre sus principales capitanes; siendo así que la historia profana enseña que después de la muerte del gran conquistador fué cuando sus capitanes se disputaron y dividieron el imperio. El mismo Alejandro, hijo de Felipe y oriundo de Grecia como todos saben, es llamado en este libro, originario de la tierra de Cethin; que según el libro de los Números (1) es la Italia. Finalmente, ni siquiera mostró tener rudimentos del derecho público y de la historia romana, cuando asegura que los romanos *encomendaban anualmente á un magistrado elegido por ellos el gobierno de su república*, (2) siendo así, como todos sabemos, que la república romana era regida por dos cónsules que eran elegidos cada año, entre los ciudadanos. Para colmo de la ignorancia, el autor del primero de nuestros libros, supone que los espartanos son del linaje de Abraham, por lo que los llama hermanos de los hebreos. (3).

Vamos á contestar á cada una de estas dificultades. Con relación á los últimos años de la vida de Alejandro Magno, nada cierto ha-

(1) XXIV. 24.

(2) I. Mac. VIII. 16.

(3) I. Mac. XII. 6. 7.

lamos en la historia profana y en consecuencia, debemos más fe á nuestro libro que á los autores profanos. En efecto, es una regla admitida por todos en la crítica histórica, que todo autor contemporáneo debe preferirse á los autores posteriores. Pues bien, no hay autor más cercano á la época de Alejandro Magno, como el autor del primer libro de los Macabeos.

Es tanta la incertidumbre tratándose de los últimos años de la vida de Alejandro, que Arriano dice: "Sobre Alejandro, se han escrito más y más memorias, no hay hombre de quien más se haya escrito y de quien se hayan proferido más cosas contradictorias. (1) Curcio mismo, aunque no admite el hecho referido en nuestro libro, es decir, que Alejandro antes de morir, dividió su imperio entre sus generales, dice que esta era la opinión de muchos escritores de su época. Dice textualmente: Algunos han creído que las provincias del imperio griego, fueron distribuidas por el testamento de Alejandro; pero este rumor aunque haya sido propagado por muchos autores, nos parece poco verdadero. [2] ¿Pero es verosímil que Alejandro, haciendo á un lado á sus propios hijos, dejase el imperio á sus capitanes? A nadie parecerá esto difícil, si atiende á que cuando murió Alejandro no

(1) De expeditioni Alexandri M. I. 1.

(2) De rebus gestis Alexandri M. X. 10.

tenía otro hijo que el que le había dado á luz una bailarina, que siendo persona vil, no podía suceder á su padre en el imperio Heleno. Es verdad que tuvo un hijo legítimo póstumo; pero ó se ignoraba que la reina había al fin concebido ó temió que sus generales le diesen muerte por arrebatarle el imperio.

La objeción tomada de la patria de Alejandro, que en nuestro libro se dice ser Cethin, sólo puede mover á los espíritus poco familiarizados con la lectura de la Sagrada Biblia, porque todos los que han hecho de ella algún estudio, saben perfectamente que con el nombre de Cethin que literalmente quiere decir islas, designaban los hebreos á todas las regiones situadas más allá del mar Mediterraneo. El error geográfico de llamar islas al continente europeo, debía perdonarse á los escritores hebreos que no estaban en la obligación de adelantarse á su época y conocer mejor que sus contemporáneos la configuración de los otros países. Además, la razón principal por la que daban este nombre á las regiones europeas, era por la necesidad de embarcarse para llegar á ellas y esto es rigurosamente cierto, ya sea que se trate del continente, ya de las islas adyacentes. En consecuencia, cuando el autor del primer libro de los Macabeos, llama á Alejandro hijo de la tierra de Cethin, solamente quiso asegurar que había nacido en Europa.

Digamos ahora dos palabras sobre lo que se

nos objeta acerca del gobierno de los romanos. Las palabras que nos oponen no son de nuestro autor, sino del emisario que trató este asunto con Júdas Macabeo. Hé aquí textualmente el lugar que se nos objeta: *Oyó Judas el nombre de los romanos y supo que eran muy poderosos y que encomendaban á un hombre el gobierno, etc.*, por lo que si esto es falso, no debe atribuirse al autor; sino al que se supone que habla con Júdas, ya que los errores propios de los hombres de quienes trata la historia, á ellos y no á esta, deben atribuirse, porque si no, sería imposible una historia verdadera.

No faltan, sin embargo, quienes crean que las palabras citadas, no se oponen á la verdad, ya porque los dos cónsules no forman sino una persona moral, ya porque aunque fuesen dos los nombrados se turnaban en el despacho de los negocios públicos, de modo que en un momento dado, era uno solo quien ejercía la suprema majestad.

El último punto de la dificultad, se refiere al parentesco de los espartanos con los judíos. Sobre esto decimos, que así como fuera de lo que se lee en este libro, no tenemos otra prueba con que demostrar la existencia real de esta cognación; así tampoco nuestros adversarios tienen razón alguna para negarla. Quizá la grande semejanza que se puede observar entre las costumbres de uno y otro pueblo, pudo engendrar la idea de este parentes-

co. Pero aunque supongamos que es una falsedad, de ahí no se sigue la desautorización del libro que nos ocupa. En efecto, estas palabras se encuentran en la carta que los judíos dirijieron á los lacedemonios y por eso, aunque sea falso lo que en ella se asienta, no se vicia la veracidad de la historia que queda en salvo siempre que dicha carta tal cual se halla consignada en nuestro libro, fuera escrita por los judíos.

2 De lo que llaman errores históricos, pasan los racionalistas á oponer diversos hechos que juzgan inverosímiles, de los que sólo uno vamos á citar y esclarecer en cuanto sea posible. Dícese en el cap. VI. v. 37 y siguientes del primer libro: En el ejército de Antioco Eupator, había treinta grandes elefantes instruidos en el arte de pelear, y sobre cada uno había unas torres de madera con sus máquinas de guerra y con treinta y dos hombres fuertes, que peleaban desde ellas, aparte del indus que gobernaba la bestia.

Que todo esto no sea increíble lo atestiguan los escritores profanos. Juvenal habla de las torres que se colocaban sobre el lomo de los elefantes como de una cosa bien conocida:

In dorso ferre cohortem,

Partem aliquam belli, et eumten in praelia
(turrim [1])

(1) In. vit. Ap. l. 2, c. VI.

Plinio que casi puede llamarse autor contemporáneo de esta época, refiere que Julio César hizo que en el Circo Romano peleasen veinte elefantes, sobre cada uno de los cuales se encontraban sesenta gladiadores [1].

En tiempos más posteriores sabemos que cuando los portugueses sitiaron á Malacea en 1511, el Rey de esta ciudad iba montado sobre un elefante, y apoyado á derecha é izquierda por otros dos elefantes cuyos lomos sustentaban fuertes castillos, desde donde las flechas y los dardos caían como el granizo (2).

Con razón, pues, concluimos con Calmet: "Es cierto que el elefante puede cargar cinco y aun seis mil libras de peso. Pues bien, treinta hombres con una ligera armadura cual era la que antiguamente usaban los sagitarios ó flecheros no llega ni con mucho al peso de seis mil libras, pues si cada uno pesara ciento cincuenta libras, el total apenas sumaría cuatro mil y ochocientas." El P. Veit añade: "Todo esto, cuando lo refieren los autores profanos, obtiene el asentimiento de todo el mundo; pero cuando los autores sagrados refieren cosas mucho menores entonces, todo parece increíble" [3].

3. El último capítulo de donde se toman las dificultades en contra de la veracidad de

(1) Lib. VIII. c. 7.

(2) Historia de los viajes, Tom. I, pág. 333.

(3) S. Scriptura P. IV, S. IV, núm. 192.

los dos libros de los Macabeos, es de las contradicciones que creen haber encontrado entre las narraciones de uno y otro libro. El primer ejemplo sea la expedición de Lysias contra Judas Macabeo, que se refiere de distinto modo en el primero y en el segundo de nuestros libros. En el primero se lee que Lysias reunió un ejército de 60,000 peones y 500 caballos, de los cuales 5,000 quedaron muertos en el campo de batalla. En el segundo libro se dice que Lysias llevó á la Judea un ejército de 80,000 hombres de infantería aparte de la caballería y de los elefantes, y que de ellos perdió 11,000 hombres. ¿Cómo estos datos pueden conciliarse entre sí?

Dejemos, ante todo, advertido que los errores numéricos que muy bien pueden haber provenido de la negligencia ó impericia de los amanuenses, no llegan á probar que la parte substancial de la historia sea falsa. Pero con mucha probabilidad podemos responder que el segundo libro de los Macabeos se refiere á una expedición de Lysias posterior á la que describe el primero, pues sabemos que este general muchas veces intentó sojuzgar á los judíos, hasta que habiendo sabido la muerte de Antioco Epifanes trató de paz con ellos.

Para con una sola palabra satisfacer á las dificultades que nacen de la diferente cronología que se observa entre los dos libros; diremos que ambos usan la era de los Seleuci-

das; pero el autor del primer libro, siendo hebreo y escribiendo para los hebreos palestinos cuenta el año según la costumbre de sus conciudadanos comenzando por el mes de Nisan correspondiente á nuestro Marzo ó Abril, mientras que el autor del segundo libro que escribió para los judíos helenistas cuenta el año del mes de Caslen [Octubre] en adelante, por lo que en algunos hechos hay entre los dos libros la diferencia de un año.

No negamos que en algunos números haya exageración; pero á nadie debe causar extrañeza que estos libros hayan sufrido las mismas vicisitudes que los demás, y que debido á la impericia de los copistas hayan variado los nombres y números que se encontraban en el original.

Finalmente, la principal dificultad que se hace contra nuestros libros se toma del modo contradictorio con que se refiere la muerte de Antioco, en el lib. I, cap. VI, en el lib. II, cap. I y en el cap. IX del mismo libro. En el primero de los lugares citados se dice que el rey Antioco murió en Babilonia después de haber intentado en vano despojar el templo de Elymaide en Persia, el año de 149 [164 A. C.] En la segunda cita leemos que Antioco murió apedreado dentro del templo mismo de una de las ciudades de Persia. En el último, en fin, Antioco, después de su tentativa de despojo del templo de Persépolis,

viéndose obligado á huir, murió miserablemente cerca de Ecbatana. ¿Puede ser más evidente la contradicción?

Responderemos citando las diversas maneras que han hallado los exégetas para explicar esta antilogía; pero antes dejaremos sentado que la primera narración con gran facilidad se puede conciliar con la tercera. La diferencia sólo consiste en el lugar donde estaba situado el templo que Antioco iba á despojar, y en el que le sorprendió la muerte. Pues bien, la ciudad de Elam ó Elymaida es la misma ciudad de Persépolis, y si se designa con dos nombres distintos, es que Elam es una voz caldea de que usaban los hebreos para designar á la Persia; mientras que Persépolis es el nombre griego de la metrópoli llamada así por todos los helenistas. Saben bien todos los amantes del estudio de la historia antigua, que los autores griegos suelen traducir en su lengua los nombres propios de los lugares; práctica que no observaron los demás escritores, ni la observamos nosotros en la época presente, pues al traducir un libro dejamos intactos y sin traducir los nombres propios de personas y de lugares.

Con más facilidad aún se explica la contradicción tomada del lugar en que acaeció la muerte de Antioco, porque en la primera cita sólo se dice que el rey, avergonzado y fugitivo, quiso volver á Babilonia; mientras que en el segundo se dice que la muerte no le dejó

cumplir su propósito, sino que le sorprendió en Ecbatana, cubriéndolo de una horrible úlcera que le arrancó palabras de tardío arrepentimiento. Como se ve, que no existe contradicción alguna. Mayor es la dificultad para conciliar con estas dos narraciones la que leemos en la carta de los judíos palestinos contenida en el cap. I del segundo libro de los Macabeos. Para llegar á este objeto hay varias opiniones:

La primera es de Pereira (1) que piensa ser este Antioco Epifanes el mismo de que se habla en los dos lugares objetados; pero cree que ésta no es la narración de su muerte; sino del revés que le acaeció en la Persia, de modo que, aunque fué apedreado al intentar el despojo del templo, no murió allí mismo, sino que pudo huir hasta Ecbatana donde murió. Si aquí se habla de la muerte de Antioco fué, ó por mala información de los que escribieron la carta, ó por error de los copistas.

Otros, como Roberto, Serario, Cornelio Alápide y el P. Patrizi, creen que el Antioco de que se trata en esta carta, no es Antioco Epifanes, sino Antioco Sidetes VII. Así se disiparía la contradicción, pero no es admisible la opinión, ya que esta carta fué escrita antes del año 160, antes de la era cristiana, puesto que se habla de Aristóbulo,

(1) In. Dan. l. IX. p. 267.

maestro del rey Ptolomeo y se supone que Júdas Macabeo aún vivía, y sabemos que murió el año 161 A. C., mientras que Antioco Sidetes, reinó del año 138 al 129, antes de nuestra era.

El P. Manuel Sá, supone que los autores de esta epístola, consignaron en ella, no la verdad del hecho, sino un falso rumor que se había esparcido acerca de la muerte de Antioco Epifanes. "Juntamente, dice, con la noticia del infeliz éxito de la expedición de Antioco contra el templo de Persépolis, parece que llegó á la Judea un vago rumor, como casi siempre sucede, que algún tiempo después, se disipó dando lugar á la versión fiel de esta muerte. La carta, pues, de los judíos palestinos, fué escrita cuando aún dominaba los ánimos el rumor primitivo." Esta respuesta, aunque sea calificada de dura por Cornelio Alápide, no carece de probabilidad.

Sin embargo, nos parece más verosímil la sentencia de Lira, Dionisio Cartujano, Melchor Cano, quienes opinan tratarse aquí de la muerte de Antioco el Grande, del que sabemos por la historia profana, que pretendiendo apoderarse de los tesoros del templo de Belo, fué muerto en medio de un tumulto. Así lo refieren Apiano, (1) Diodoro Siculo, [2] Estrabon [3] y particularmente,

(1) Syr. 38

(2) Fragm. 29.

(3) Strab. XVI, 744.

Justino, que refiere el hecho y lo explica diciendo que vencido Antioco por los romanos, y teniéndoles que pagar el exorbitante tributo ó indemnización de quince mil talentos eubeos, no pudiendo de otro modo reunir esta cantidad, pretendió despojar el templo de Belo, pero pereció en la demanda. (1)

Las dificultades que pudieran oponerse á esta composición serian que los autores profanos dicen que el templo que trató de despojar Antioco, estaba consagrado á Belo y que fué el pueblo quien dió muerte al rey, mientras que el autor sagrado dice que el templo estaba dedicado á Nanée, y que fueron los sacerdotes, los homicidas del rey. Creemos que esto se compone fácilmente diciendo que en el mismo templo, bien pudieron ser adoradas las dos divinidades, Belo y Nanée y que los sacerdotes fueron los primeros en arrojar piedras á Antioco, habiendo sido después secundados por el pueblo.

Después de esta larga excursión á través de los Libros Santos del Antiguo Testamento, creemos poder asegurar con confianza: HASTA AHORA LA VERDADERA CIENCIA NO HA PRESENTADO NINGUNA DIFICULTAD INSOLUBLE CONTRA LA VERACIDAD DE LOS LIBROS SANTOS.

Just. XXXII, 2.

INDICE.

Capítulos	Páginas
PROLOGO.	
I. La Creación del Universo	9
II. La Creación del hombre	29
III. La Creación de Eva	39
IV. Unidad originaria del género humano	41
V. La antigüedad del hombre	54
VI. El Paraíso terrenal y la caída del primer hombre	76
VII. Los Hombres antediluvianos	84
VIII. El Diluvio	93
VIII. [bis] El ramo de oliva y el iris	119
IX. La Torre de Babel	125
X. Abraham	129
XI. Jacob	134
XII. La vida patriarcal	136
XIII. La persecución de los hebreos en Egipto	149
XIV. Las plagas de Egipto	157

Justino, que refiere el hecho y lo explica diciendo que vencido Antioco por los romanos, y teniéndoles que pagar el exorbitante tributo ó indemnización de quince mil talentos eubeos, no pudiendo de otro modo reunir esta cantidad, pretendió despojar el templo de Belo, pero pereció en la demanda. (1)

Las dificultades que pudieran oponerse á esta composición serian que los autores profanos dicen que el templo que trató de despojar Antioco, estaba consagrado á Belo y que fué el pueblo quien dió muerte al rey, mientras que el autor sagrado dice que el templo estaba dedicado á Nanée, y que fueron los sacerdotes, los homicidas del rey. Creemos que esto se compone fácilmente diciendo que en el mismo templo, bien pudieron ser adoradas las dos divinidades, Belo y Nanée y que los sacerdotes fueron los primeros en arrojar piedras á Antioco, habiendo sido después secundados por el pueblo.

Después de esta larga excursión á través de los Libros Santos del Antiguo Testamento, creemos poder asegurar con confianza: HASTA AHORA LA VERDADERA CIENCIA NO HA PRESENTADO NINGUNA DIFICULTAD INSOLUBLE CONTRA LA VERACIDAD DE LOS LIBROS SANTOS.

Just. XXXII, 2.

INDICE.

Capítulos	Páginas
PROLOGO.	
I. La Creación del Universo	9
II. La Creación del hombre	29
III. La Creación de Eva	39
IV. Unidad originaria del género humano	41
V. La antigüedad del hombre	54
VI. El Paraíso terrenal y la caída del primer hombre	76
VII. Los Hombres antediluvianos	84
VIII. El Diluvio	93
VIII. [bis] El ramo de oliva y el iris	119
IX. La Torre de Babel	125
X. Abraham	129
XI. Jacob	134
XII. La vida patriarcal	136
XIII. La persecución de los hebreos en Egipto	149
XIV. Las plagas de Egipto	157

Capítulos	Páginas
XV. El Maná.....	168
XVI. El Becerro de oro.....	171
XVIII. La Construcción del Taber- náculo.....	177
XIX. Prescripciones higiénico-reli- giosas de la ley de Moisés.....	181
XX. Job.....	187
XXI. La detención del sol.....	203
XXII. Sansón.....	225
XXIII. Los libros de Samuel.....	235
XXIV. Reinado de Salomón.....	248
XXVII. Elías y Eliseo.....	264
XXVIII. Reinado de Ezequías.....	268
XXIX. Tobías.....	278
XXX. Judit.....	289
XXXI. Esther.....	293
XXXII. Los Salmos.....	305
XXXIII. La hormiga en el Libro de los Proverbios.....	317
XXXIV. El Libro del Ecclesiastés.....	322
XXXV. El Cantar de los Cantares.....	338
XXXVI. Ezequiel.....	345
XXXVII. Daniel.....	351
XXXVIII. Los profetas menores.....	367
XXXIX. Los Macabeos.....	376

ERRATA MUY NOTABLE

La hay en el orden de los capítulos, por haberse repetido el VIII y saltado del XXIV al XXVII.

FIN.

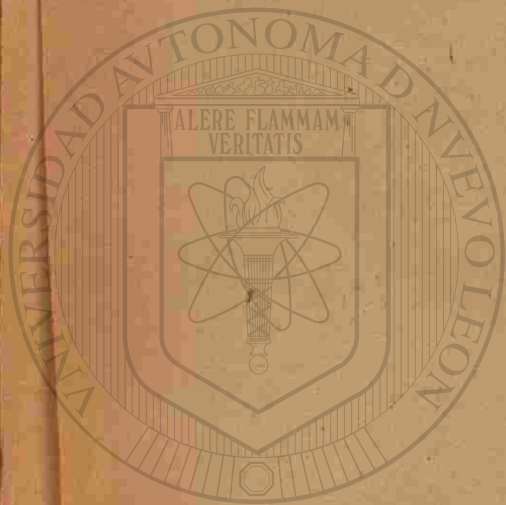
A. M. D. G.

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



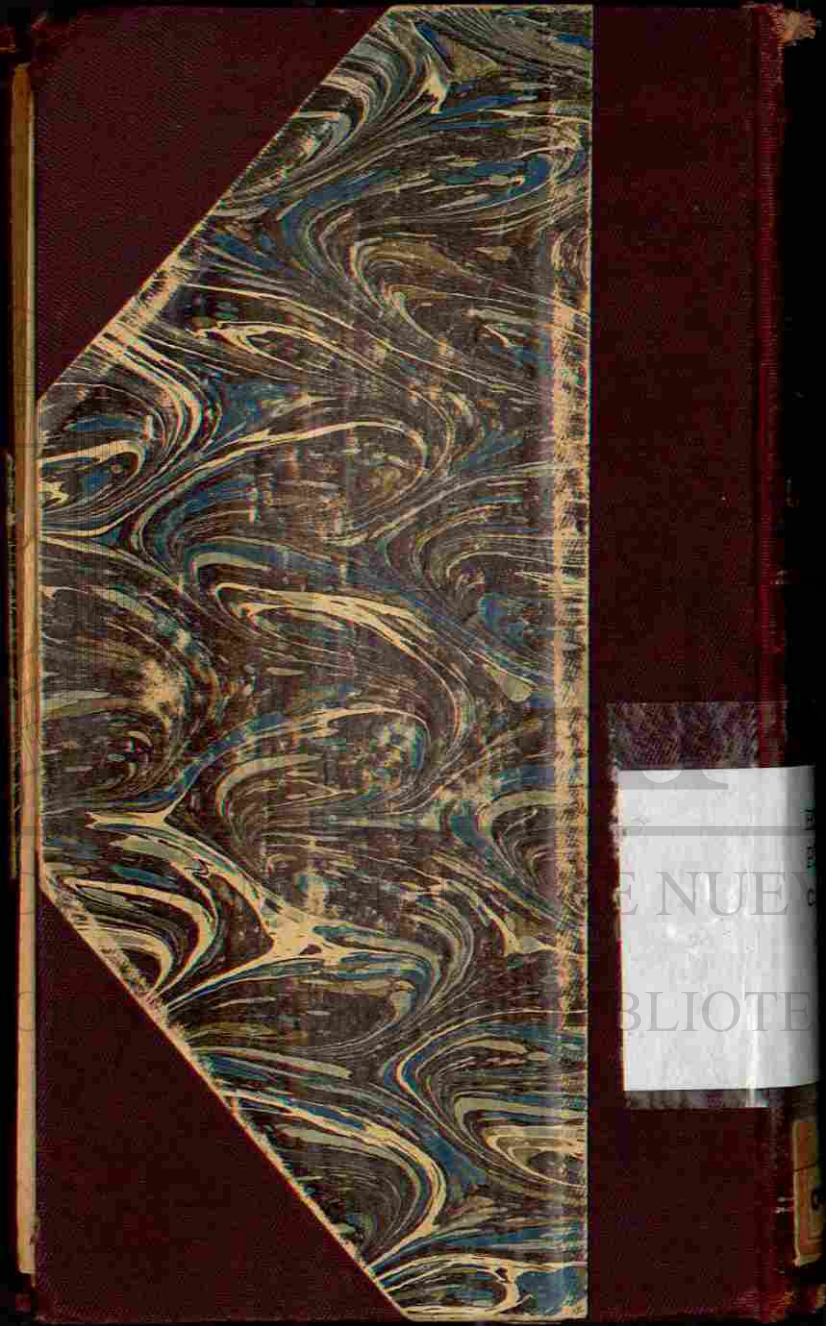
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E NUEX
BLIOTE